LOS MISTERIOS DE LA INDIA

EMILIO SALGARI

LOS MISTERIOS DE LA INDIA

PRINTED IN SPAIN

BIBLIOTECA NACIONAL

La aparición me miró y lanzó un gemido prolongado, desgarrador, desapareciendo después de mi vista. (PAG. 13)

35030

VIAJES Y AVENTURAS

LOS MISTERIOS DE LA INDIA

BIBLIOTECA NACIONAL

POR

Emilio Salgari

VERSION ESPAÑOLA

DE

Carmen de Burgos

Obra ilustrada con 18 láminas de J. PASSOS

QUINTA EDICION

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907
y gran premio en la de Buenos Aires 1910
CALLE DE MALLORCA, 166

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

PARTE PRIMERA

Los misterios de las Sunderbunds

CAPITULO I

EL ASESINATO

El Ganges, el famoso río celebrado por los indios antiguos y modernos, cuyas aguas se consideran sagradas en aquel país, después de regar las níveas montañas del Himalaya y las ricas provincias de Sirinagar, Denté, Odhe, Bahare y Bengala, a unas doscientas veinte millas del mar, se divide en dos brazos, formando un delta gigantesco, intrincado, maravilloso y tal vez único.

La imponente masa de las aguas se divide y subdivide en multitud de riachuelos, canales y canalillos, que cortan de mil modos la inmensa extensión de tierras ceñidas por el Hugli, el verdadero Ganges, y el golfo de Bengala. Y de esto proceden infinidad de islas, islotas y bancos que, ya cerca del mar, reciben el nombre de *Sunderbunds*.

Nada más desolado, más extraño, más horrible, que los *Sunderbunds*. Ni ciudades, ni aldeas, ni campiñas, ni una sola guarida; de Sur a Norte, de Este a Oeste, no sed escubren más que inmensas plantaciones de bambúes espinosos, unidos los unos a los otros, cuyas altas copas ondean al soplo del viento, infestado por las hediondas emanaciones de millares y millares de cuerpos humanos, que se descomponen en las venenosas aguas de los canales.

Es extraño el descubrir un banano que se eleve sobre aquellas cañas gigantescas; aun más raro el hallar un grupo de mangos, de *giaqueros* o *nagasos* surgir entre los pantanos, o aspirar el suave perfume del jazmín, de la musenda o la magnolia, descollando tímidamente entre aquel caos vegetal.

Durante el día reina un silencio abrumador, fúnebre, que infunde terror a los más audaces; de noche, por el contrario, se percibe un concierto horrible de gritos, rugidos y silbidos que hielan la sangre.

Decid a un bengalés que pise los *Sunderbunds* y se negará; prometedle ciento, doscientas, quinientas *rupias*, y seguirá inalterable en su decisión. Proponed a un *molango* (1) que habita en las *Sunderbunds* desafiando el cólera y la peste, las fiebres y la infección de aquel ambiente apestado, que penetre en las *junglas*, y se negará igual que los bengaleses. Y unos y otros tienen razón, porque penetrar en las *junglas* es ir en busca de la muerte.

Aquí y allí, entre los macizos de espinas y de bambúes, entre los pantanos y las aguas amarillentas, se esconden los tigres, acechando el paso de los botes para perseguir a las embarcaciones, lanzarse sobre el puente y destrozar al barquero o al marinero que se atreve a asomarse; allí espían también la presa, los hórridos y gigantescos cocodrilos, ávidos siempre de carne humana; por aquellos contornos vaga el formidable rinoceronte, a quien todo excita y enloquece; allí viven y mueren las numerosas variedades de serpientes indias, entre las cuales se destaca la *rubdira mandali*, cuya mordedura hace sudar sangre, y la pitón, que tritura entre sus anillos a un buey; allí, en fin, tal vez atisba el *thug* bre para estrangularlo y ofrecer la apagada existencia a su indio, esperando ansiosamente la llegada de cualquier hom- terrible divinidad.

---

(1) Llámanse así los habianttes de las Sunderbunds. Son hombres pequeños, grácile, negros y rojos a causa de las fiebres y del cólera, enfermedades causadas por las pestíferas emanaciones de los vegetales putrefactos y de los cadáveres que los indios arrojan al Ganges.

Sin embargo, la tarde del 16 de Mayo de 1885, un fuego gigantesco iluminaba las *Sunderbunds* meridionales, precisamente a unos trescientos o cuatrocientos pasos de las bocas del Mangal, fangoso río procedente del Ganges y que desemboca en el golfo de Bengala.

Aquella claridad, que se destacaba vivamente sobre el obscuro fondo del cielo, iluminaba con fantástico resplandor una vasta y sólida cabaña de bambúes, y al lado dormía envuelto en un gran *dootée di chites* estampado, un indio de atlética figura, cuyos miembros desarrollados y musculosos, denotaban una fuerza nada común y una agilidad de cuadrumano.

Era un hermoso tipo de bengalés; tendría unos treinta años, su piel era amarillenta y muy brillante a causa de la reciente untura de aceite de coco; tenía hermosos rasgos, labios frescos, sin ser muy gruesos, los cuales dejaban entrever una dentadura admirable; nariz bien formada, frente alta y surcada por líneas trazadas con ceniza, signo especial de los sectarios de Siva.

Toda su figura revelaba una rara energía y un valor extraordinario, que suele faltar generalmente a sus compatriotas.

Como ya hemos dicho, dormía; mas su sueño no era tranquilo. Gruesas gotas de sudor humedecían su frente, que se fruncía; su amplio pecho se agitaba impetuosamente, separando el *dootée* que le envolvía; sus manos, pequeñas como las de una mujer, se cerraban convulsivamente y se elevaban a veces hacia la cabeza, arrancando el turbante y dejando al descubierto el cráneo completamente afeitado.

De sus labios salían, de cuando en cuando, palabras sueltas, frases extrañas, pronunciadas con un tono de voz dulce y apasionado.

—Allí está—decía sonriendo.—El sol se oculta... desciende tras los bambúes... el pavo real calla; el carabú se eleva; el chacal aulla... ¿por qué no sale?... ¿qué le he hecho yo?

¿No es este el sitio?... ¿No es aquel el macizo de las hojas sangrientas?... Ven, ven, ¡oh dulce aparición!... sufro... ¿lo sabes?... sufro y anhelo el instante de volverte a ver. ¡Ah!... allí... allí... sus ojos azules me miran, sus labios me sonríen... oh... ¡qué divina sonrisa! Celeste visión, ¿por qué permaneces muda? ¿Por qué me miras así?... No tengas miedo: soy Tremal-Naik, el «cazador de serpientes de la jungla negra»... Habla, habla, deja que yo escuche tu dulce voz... El sol se oculta, las tinieblas descienden, como cuervos sobre los bambúes... ¡no desaparezcas, no desaparezcas, no quiero, no!

El durmiente emitió un sonido agudísimo, y en su rostro se pintó viva angustia.

A aquel grito salió corriendo de la cabaña otro indio. Era de menos estatura que el que dormía: muy flácido, con piernas y brazos que semejaban nudosos bastones, cubiertos de cuero. Su tipo era fiero, la mirada fosca, el corto *languti* que cubría sus caderas, los pendientes que colgaban de sus orejas, todo, en suma, demostraba al primer golpe de vista que era un *maharato*, de raza belicosa de la India occidental.

—Pobre amo—murmuró, contemplando al durmiente.—¡Quién sabe qué terrible pesadilla turba su sueño!

Volvió a atizar el fuego y después se sentó junto a su dueño, agitando suavemente un *dugbah* de bellísimas plumas de pavo real.

—Qué misterio—exclamó de nuevo el dormido con voz abatida,—¡me parece ver manchas de sangre!... Dulce visión, huye de allí... te mancharás... ¿Por qué está todo rojo?... ¿Qué significan aquellas emboscadas?... ¿Se quiere estrangular a alguien? ¿Qué misterio es éste?...

—¿Qué dice?—se preguntó el *maharato* con sorpresa.—Sangre, visiones, lazos... ¡Qué extraño sueño!

Al cabo de un rato, el durmiente se agitó, abrió los ojos brillantes como dos diamantes negros, y se sentó.

—¡No... no!—exclamó con voz ronca,—¡No quiero!

El *maharato* le miró con ojos compasivos.

—Amo mío—murmuró,—¿qué tienes?

El indio pareció volver en sí. Cerró los ojos, después volvió a abrirlos, fijándolos en el rostro del *maharato*.

—¡Ah! eres tú, Kammamuri—profirió.

—Sí, amo mío.

—¿Qué haces aquí?

—Velo a tu lado y mato los mosquitos.

Tremal-Naik aspiró con fuerza el aire y se pasó varias veces la mano por la frente.

—¿Dónde están Hurti y Aghur?—preguntó después de breve silencio.

—En la *jungla*. Ayer tarde descubrieron las huellas de un tigre, y esta mañana fueron a darle caza.

—¡Ah!—exclamó sordamente Tremal-Naik.

Su frente se frunció, y un suspiro profundo que más bien parecía un rugido ahogado, brotó de sus labios.

—¿Qué tienes, amo mío?—preguntó Kammamuri.—¿Estás enfermo?

—No.

—También te quejabas en sueños.

—¿Yo?

—Sí, hablabas de extrañas visiones.

Una amarga sonrisa se insinuó en los labios del «cazador de serpientes».

—Sufro, Kammamuri — profirió con rabia. — ¡Oh, sufro mucho!

—Lo sé, amo mío.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Te observo desde hace quince días; advertiertо sobre tu frente profundas arrugas y pareces melancólico y taciturno. Antes no estabas tan triste.

—Es cierto, Kammamuri.

—¿Qué dolor te aflige? ¿Tal vez te hastía permanecer en la *jungla*?

—No, Kammamuri.—Aquí, entre estos desiertos, entre estos pantanos, en la tierra de los tigres y las serpientes, donde he nacido y crecido, en mi amada *jungla*, he de morir.

—¿Entonces?

—¡Lo que me trastorna es una mujer, una visión, un fantasma!

—¡Una mujer!—exclamó Kammamuri sorprendido.—¿Has dicho una mujer?

Tremal-Naik movió la cabeza afirmativamente y se oprimió la frente entre las manos, cual si quisiese ahogar un tétrico recuerdo.

Durante algunos minutos reinó entre los dos un fúnebre silencio, interrumpido apenas por el murmullo de las aguas que asaltaban la ribera y los gemidos del viento, que agitaba la inmensa *jungla*.

—Pero, ¿dónde has visto a esa mujer?—preguntó al fin Kammamuri.—¿Dónde, si en la *jungla* no hay más habitantes que los tigres?

—La he visto en la *jungla*—dijo Tremal-Naik con voz sorda. Era una tarde... ¡no la olvidaré jamás! Buscaba serpientes sobre la ribera de un arroyuelo, y allí mismo, en lo más intrincado de los bambúes, a veinte pasos de mí, en medio de una mata de *mussendá*, entre las sangrientas hojas, apareció una visión, una hermosa mujer, radiante, soberbia. No he creído jamás que pudiese existir sobre la tierra una criatura tan bella, ni que los dioses fuesen capaces de crearla. Tenía negros y fulgurantes ojos, nítidos los dientes, morena la piel y su cabello de un castaño obscuro ondeaba sobre los hombros y esparcía un perfume que embriagaba los sentidos. La aparición me miró y lanzó un gemido prolongado, desgarrador desapareciendo después de mi vista. No pude moverme y permanecí con los brazos extendidos hacia ella, como en un sueño. Cuando volví en mí y me dediqué a buscarla, la noche había descendido sobre la *jungla* y no vi ni oí nada. ¿Quién era era aquella aparición? ¿Una mujer, o un espíritu celeste?... Aún lo ignoro.

Tremal-Naik calló. Kammamuri advertió que temblaba de tal modo, que infundía el temor de que padeciese fiebres.

—Aquella visión fué para mí fatal—continuó Tremal-Naik con ira.—Desde aquella tarde se apoderó en mí un extraño cambio, me parece que soy otro hombre, y en mi corazón arde una terrible llama. Parece que la aparición me ha hechizado. Si estoy en la *jungla*, la veo danzar ante mis ojos; si me hallo en el río, la contemplo ante la proa de mi barca; pienso, y mi pensamiento vuela hacia ella; duermo y se me aparece siempre. ¡Voy a enloquecer!...

—Me asustas, amo mío—dijo Kammamuri, lanzando en torno suyo una mirada temerosa.—¿Quién era aquella hermosa criatura?

—Lo ignoro. Pero era divina; sí, ¡muy bella!—exclamó Tremal-Naik con apasionado acento.

—¿Será un espíritu?

—Tal vez.

—¿Una divinidad?

—¿Quién lo sabe?

—¿Y no la has vuelto a ver?

—Sí. La he visto muchas veces. La tarde siguiente, a la misma hora, sin saber cómo, me hallé en la ribera del arroyo. Cuando la luna se elevó tras las obscuras florestas del norte, aquella soberbia criatura volvió a aparecer entre las matas de la *mussendá*.

—¿Quién eres?—le pregunté.

—Ada—me respondió.—Y al desaparecer, lanzó el mismo gemido que el día anterior. Me pareció que se ocultaba bajo la tierra.

—¡Ada!—indicó Kammamuri;—¿qué nombre es éste?

—Un nombre que no es indio.

—¿Y no dijo nada más?

—Nada.

—Es extraño; no yo hubiera vuelto a aquel sitio.

—Yo, en cambio, vuelvo siempre. Parece que una fuerza

Biblioteca Nacional de España

patente, irresistible, me impulsa, a pesar mío, hacia aquel lugar; muchas veces traté de huir y me faltaron las fuerzas. Ya te dije que quedé como hechizado.

—¿Y qué sentiste en su presencia?

—No lo sé; pero el corazón me latía apresuradamente.

—¿No habías experimentado nunca aquella sensación?

—Jamás—dijo Tremal-Naik.

—Y ahora, ¿ves aún a aquella criatura?

—No, Kammamuri; la contemplé diez tardes consecutivas; a la misma hora aparecía ante mis ojos, me miraba en silencio y luego desaparecía misteriosamente. Una vez le hice una seña, pero no se movió; otra entreabrí los labios para hablarla, pero ella colosó un dedo sobre su boca, indicándome que callase.

—¿Y no la seguiste nunca?

—No, porque aquella mujer me daba miedo. Hoy hace quince días se me apareció vestida de seda rosa, y me miró más rato que otros días. A la tarde siguiente en vano la esperé, en vano la llamaba; no la he vuelto a ver más.

—¡Es una aventura muy extraña!—murmuró Kammamuri.

—Di más bien terrible—interpretó Tremal-Naik con voz sorda.—No soy feliz, no parezco el de antes; me siento febril y se apodera de mí un anhelo furioso de volver a contemplar la visión que me hechizó.

—Es que la amas.

—¡La amo!... No sé qué significa esta palabra.

En aquel mismo instante, a una gran distancia, hacia los pantanos del Sud, se escucharon algunas notas muy agudas. El *maharato* se levantó de repente y palideció.

—¡El *ramsinga*! (1)—exclamó con terror.

—¿Por qué te asustas?—preguntó Tremal-Naik.

—¿No escuchas el *ramsinga*?

---

(1) Una trompa grande formada por cuatro tubos de metal delgadísimo, que esparce los sonidos a una gran distancia. Es preciso que el que la toque posea un pecho muy robusto.

—Sí, ¿pero qué quieres decir con eso?

—Amo mío, augura una desgracia.

—Estás loco.

—No; jamás he oído sonar el *ramsinga* en la *jungla*, fuera de la noche en que fué asesinado el pobre Tamul.

Ante aquel recuerdo, una profunda arruga surcó la frente del «cazador de serpientes».

—No te asustes—dijo esforzándose por aparecer tranquilo.—Todos los indios saben tocar el *ramsinga*, y tal vez algún atrevido cazador ha pisado la tierra de los tigres y de las serpientes.

Apenas terminó de decir esto, se escuchó el triste ladrido de un perro, y poco después, un agudo maullido, que podía tomarse por el rugir de una fiera. Kammamuri tembló de pies a cabeza.

—¡Ay, amo mío!—exclamó,—también el perro y el tigre anuncian una desgracia.

—¡Darma, Punthy!—gritó Tremal-Naik.

Un magnífico tigre real, de formas vigorosas, de piel jaspeada, salió de la cabaña y miró a su amo con ojos que lanzaban terribles destellos. Tras él apareció un perrazo negro con cola larga, orejas levantadas y el cuello defendido por un grueso collar de hierro, cuajado de púas.

—¡Darma, Punthy!—repitió Tremal-Naik.

El tigre se encogió, lanzó un sordo rugido y, de un salto, fué a caer a los pies de su dueño.

—¿Qué sucede, Darma?—preguntó pasando sus manos sobre el robusto lomo de la fiera.—Estás inquieto.

El perro, en lugar de acudir al llamamiento de su amo, se plantó sobre las cuatro patas, alargó la cabeza hacia el sud, olfateó por algunos momentos el aire y ladró lastimeramente tres veces.

—¿Habrá acaecido alguna desgracia a Hurti y a Aghur?—murmuró el «cazador de serpientes», con zozobra.

—Eso temo—dijo Kammamuri, lanzando medrosas mira-

das hacia la *jungla*.—A estas horas ya debían estar aquí, y no han dado señales de vida.

—¿Has oído alguna detonación?

—Sí, una, hacia el medio día; después nada.

—¿Hacia dónde sonaba?

—Hacia el sud.

—¿Has visto a alguna persona sospechosa internarse en la *jungla*?

—No; pero Hurti me dijo que una tarde había visto sombras en la ribera de la isla Raymangal, y Aghur, que había escuchado extraños rumores, que procedían del «banano sagrado».

—¡Ah, del «banano»!—exclamó Tremal-Naik.—¿Has oído tú también algo?

—Tal vez; pero, ¿qué hacemos, amo mío?

—Esperar.

—Pero pueden...

—Silencio—dijo Tremal-Naik, oprimiéndole un brazo con tal fuerza, que le paralizó la circulación momentáneamente.

—¿Qué has oído?—preguntó el *maharato* castañeteando los dientes.

—Mira hacia allí, ¿no te parece que los bambúes de la *jungla* se mueven?

—Es cierto.

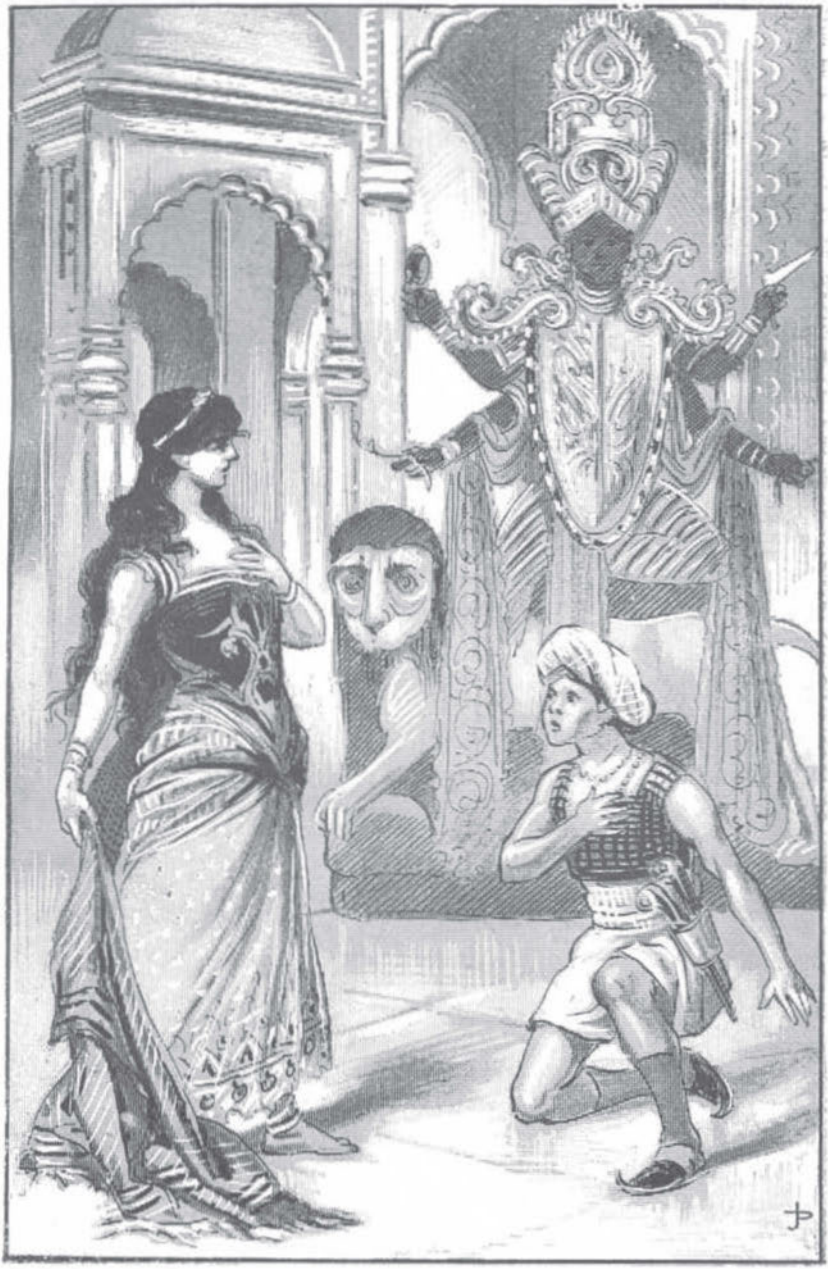
Punthy dejó oír por tercera vez su triste aullido, al que parecieron contestar las agudas notas del misterioso *ramsinga*. Tremal-Naik se arrancó de la faja de piel de tigre que llevaba, una larga y valiosa pistola incrustada en plata, y la amartilló.

En aquel instante un indio de gran estatura, casi desnudo, armado solamente de una guadaña, se lanzó fuera de los bambúes, corriendo precipitadamente hacia la choza.

—¡Aghur!—exclamaron a una Tremal-Naik y el *maharato*.

Punthy se lanzó hacia él, aullando lúgubremente.

—¡Amo, amo... mí...o!—balbuceó el indio.



Aquella forma me miró un momento y extendió un brazo hacia mí.
(PÁG. 20)

Llegó como un rayo ante la cabaña, vaciló cual si le hiriese de improviso una enfermedad, se le extraviaron los ojos, lanzó un grito desgarrador y cayó entre las hierbas, cual un árbol arrancado por el viento.

Tremal-Naik se precipitó sobre él y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

El indio parecía moribundo. Por sus labios asomaba una espuma sangrienta, tenía el rostro lacerado y cubierto de sangre; sus ojos extraviados se dilataban enormemente y jadeaba lanzando roncos suspiros.

—¡Aghur!—exclamó Tremal-Naik.—¿Qué te ha pasado?... ¿dónde está Hurti?

El rostro de Aghur se contrajo espontáneamente al oir aquel nombre, y con las uñas removió furiosamente la tierra.

—¡Amo... a...mo!—balbuceó con terror profundo.

—Continúa.

—Me ahogo... he corrido... ¡Ah!

—¿Se ha envenenado?—preguntó Kammamuri.

—No—dijo Tremal-Naik.—El pobre ha galopado como un caballo, y se ahoga: dentro de algunos momentos podrá hablar.

Efectivamente, Aghur comenzaba a volver en sí y a respirar libremente.

—Habla, Aghur—ordenó Tremal-Naik, al cabo de algunos minutos.—¿Por qué vuelves solo? ¿Qué te aterroriza? ¿Qué le ha pasado a tu compañero?

—¡Ay!—balbuceó el indio temblando.—¡Qué desgracia!

—El *ramsinga* la anunció—murmuró Kammamuri suspirando.

—Sigue, Aghur—insistió el «cazador de serpientes».

—Si le vieras al pobrecillo... estaba allí tendido en el suelo, rígido, con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Quién... quién?...

—¡Hurti!

—¡Hurti muerto!—exclamó Tremal-Naik.

—Sí, le han asesinado al pie del «banano sagrado».

—¿Pero quién le ha dado muerte? Dímelo, para ir a vengarle.

—No lo sé.

—Cuéntalo todo.

—Habíamos partido para cazar un hermoso tigre. A seis millas de aquí descubrimos a la fiera, que herida por la carabina de Hurti, huyó hacia el sud. Seguimos durante cuatro horas su pista y la hallamos cerca de la ribera, frente a la isla Raymangal, pero no llegamos a matarla, porque apenas nos descubrió, se tiró al agua, saltando de nuevo a tierra al pie del gran «banano».

—Bien, ¿y después?

—Yo quería volver; pero Hurti se negaba, diciendo que el tigre estaba herido y que era fácil presa. Atravesamos el río a nado y llegamos a la isla Raymangal, donde nos separamos para explorar los contornos.

El indio se detuvo: sus dientes castañeteaban a causa del terror, y estaba muy pálido.

—Llegaba la noche—añadió con voz ronca.—Bajo los bosques se extendían las sombras, y reinaba un fúnebre silencio, que causaba pavor. Al cabo de un rato, una nota aguda, el sonido del *ramsinga* rompió el silencio. Miré a mi alrededor, y mis ojos se encontraron con los de una sombra, que se hallaba a unos veinte pasos de mí, casi oculta entre el césped.

—¡UUna sombra!—exclamó Tremal-Naik.—¿Has dicho una sombra?

—Sí.

—¿Quién era? ¡dímelo, Ághur!

—Me pareció una mujer.

—¿De veras?

—Sí, estoy seguro.

—¿Hermosa?

—Estaba muy obscuro para que pudiese advertirlo.

Tremal-Naik se pasó una mano por la frente.

—¡Una sombra!—repitió varias veces.—¿Si sería la visión que contemplé?... Prosigue.

—Aquella forma me miró un momento y extendió un brazo hacia mí, indicándome que me alejase rápidamente. Sorprendido y atemorizado, obedecí, pero aún no había dado cien pasos, cuando un grito desgarrador llegó a mis oídos. Aquel grito lo conocí al momento: ¡lo lanzaba Hurti!

—¿Y la sombra?—preguntó Tremal-Naik, presa de una profunda agitación.

—No me volví para ver si continuaba allí o había desaparecido. Me lancé a través de la *jungla* con la carabina en la mano, y llegué al gran «banano», donde hallé tendido sobre el dorso al pobre Hurti. Le llamé y no me respondió: le palpé y aún se hallaba caliente; ¡pero su corazón ya no latía!

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Dónde estaba herido?

—No descubrí en su cuerpo ninguna herida.

—¿Es posible?

—Te lo juro.

—¿Y no viste a nadie?

—A nadie, ni oí ningún rumor. Tuve miedo, me tiré al río, le atravesé, perdiendo la carabina, y volví a nuestra *jungla*. Creo que he corrido seis millas sin respirar, tal era mi espanto. ¡Pobre Hurti!

CAPITULO II

LA ISLA MISTERIOSA

Un profundo silencio siguió a la narración del indio. Tremal-Naik, sumamente nervioso, pareaba ante el fuego con la cabeza inclinada sobre el pecho, la frente fruncida y los brazos cruzados. Kammamuri, encogido por el terror, meditaba; hasta el perro había dejado de lanzar el triste ladrido y permanecía tumbado junto a Darma.

Las agudas notas del misterioso *ramsinga* arrancaron de su meditación al «cazador de serpientes». Levantó la cabeza como un caballo de campaña al oir la señal del clarín, lanzó una profunda ojeada a la desierta *jungla* sobre la que ondeaba entonces una densa niebla cargada de venenosas emanaciones, giró sobre sí mismo y acercándose bruscamente a Aghur, le dijo:

—¿Has escuchado alguna otra vez el *ramsinga*?

—Sí, mi dueño—respondió el indio,—pero una sola vez.

—¿Cuándo?

—La noche que desapareció Tamul; hará unos seis meses.

¿De modo que crees, como Kammamuri, que indica una desgracia?

—Sí.

—¿Sabes quién lo toca?

—No lo he sabido nunca.

—No lo he sabido nunca.

—¿Crees que el que emplea ese instrumento tiene relación con los misteriosos habitantes de Raymangal?

—Ciertamente.

—¿Quiénes sospechas que pueden ser esos hombres?

—¡Ah! ¿pero son hombres?

—No creo que sean las almas de los muertos.

—Entonces tal vez piratas—dijo Aghur.

—¿Y qué interés pueden tener en asesinar a mis siervos?

—¡Quién sabe! Quizá el de asustarnos y tenernos alejados.

—¿Dónde supones que tienen sus cabañas?

—Lo ignoro; pero me atrevo a asegurar que todas las noches se reunen bajo la obscura sombra del «banano sagrado».

—Está bien—prosiguió Tremal-Naik.—Kammamuri, toma los remos.

—¿Qué pretendes hacer?—preguntó el *maharato*.

—Ir al «banano».

—¡Oh, no, amo mío!—gritaron a una los dos indios.

—¿Por qué?

—Te matarán, como al pobre Hurti.

Tremal-Naik los contempló con fulgurante mirada.

—El «cazador de serpientes» no tembló jamás, en su vida ni temblará esta noche tampoco. ¡A la canoa, Kammamuri!—profirió con un tono que no admitía réplica.

—Pero...

—¿Tienes miedo, tal vez?—preguntó despectivamente Tremal-Naik.

—¡Soy *maharato*!—contestó el indio con fiereza.

—Vamos, pues. Esta noche sabré quiénes son aquellos seres misterioso que me han declarado la guerra; y quién es la que me ha hechizado.

Kammamuri cogió un par de remos y se dirigió hacia la ribera. Tremal-Naik penetró en la cabaña y descolgó de un clavo una larga carabina, adornada de arabescos; se proveyó de gran cantidad de pólvora y se colgó de la cintura una enorme cuchilla.

—Aghur, tú permanece aquí—dijo cuando salió.—Si dentro de dos días no hemos vuelto, ven a buscarnos a Raymangal, con el tigre y con Punthy.

—¡Ay, amo mío!...

—¿Tendrás valor de llegar hasta allí?

—No tiemblo por mí, es que temo te suceda alguna desgracia en aquella isla maldita.

—Tremal-Naik no se deja asesinar impunemente, Aghur.

—Llévate a Darma, podría serte útil.

—Descubriría mi presencia y quiero desembarcar sin ser visto ni oído. Adiós.

Se echó la carabina al hombro y se reunió del Kammamuri, que le esperaba al lado de un pequeño *gonga*, tosca y pesada embarcación, construída del tronco de un árbol.

—Partamos—dijo.

Saltaron a la navecilla y comenzaron a navegar lenta y silenciosamente.

Una profunda obscuridad producida por una pestilente niebla que cubría los canales, las islas y los peñascos, cubría las *Sunderbunds* y la corriente del Mangal.

A ambos lados se extendían enormes masas de bambúes

espinosos, de exuberantes céspedes entre los cuales aullaban los tigres y silbaban las serpientes, entre largas hierbas entrelazadas de tal modo, que cerraban el paso.

Sin embargo, en lontananza, sobre la obscura línea del horizonte, se divisaban aquí y allá algunos árboles, mangos cargados de exquisita fruta, palmeras enanas, cocoteros de aspecto majestuoso coronados por largas hojas.

Un silencio fúnebre, misterioso, reinaba en torno de ellos, interrumpido apenas por el murmullo de las amarillentas aguas que rozaban las flores de loto y las plantas acuáticas, y por el ruido de los bambeús agitados por un soplo de aire, caliente, asfixiante, envenenado.

Tremal-Naik, echado a popa con el fusil en las manos, guardaba silencio y miraba alternativamente a una y a otra orilla, donde se seguían escuchando los roncos aullidos de las fieras y los tristes silbidos de las serpientes. Kammamuri, sentado en el centro, hacía volar el *gonga*, que dejaba tras sí una estela de admirable fosforescencia, cual si las aguas se hallasen saturadas de fósforo. De rato en rato dejaba de remar, contenía la respiración y escuchaba algunos momentos, preguntando después al cazador si veía u oía algo.

Hacía ya media hora que navegaban, cuando el sonido del *ramsinga* interrumpió el silencio hacia la orilla derecha, y tan cercano, que parecía sonar a unos cien pasos de distancia.

—¡Alto!—murmuró Tremal-Naik.

No había terminado la palabra, cuando otro *ramsinga* respondió al primero, pero a mayor distancia, entonando una melodía melancólica, en lugar de la otra, que era brillante y fuerte. La música india se basa en cuatro sistemas íntimamente relacionados con las cuatro estaciones del año

y a cada uno de ellos se aplica un tono y un modo particular.

Es melancólica en el invierno, viva y alegre en la primavera, lánguida en el verano y brillante en el otoño.

¿Por qué, pues, aquellos dos instrumentos sonaban de tan diverso modo? ¿Era tal vez una señal? Kammamuri temía esto.

—Amo mío—exclamó,—nos han descubierto.

—Es probable — respondió Tremal-Naik, que escuchaba atentamente.

—¡Si nos volviéramos!...

—Tremal-Naik no retrocede nunca. Rema y deja que los *armsingas* suenen a su antojo.

El *maharato* volvió a coger los remos y navegaron de nuevo hasta un sitio en que el río se estrechaba tanto, que parecía el cuello de una botella. Un soplo de aire, tibio, sofocante, cargado de pestíferas exhalaciones, hirió el olfato de los dos indios.

Ante ellos, a unos trescientos o cuatrocientos pasos, oscilaban multitud de llamas que vagaban caprichosamente sobre la negra superficie del río. Algunas, cual si fuesen impulsadas por una fuerza misteriosa, llegaron a oscilar ante la proa del *gonga*, alejándose después con rapidez fantástica.

—Este es el cementerio flotante—dijo Tremal-Naik.—Dentro de diez minutos habremos llegado al «banano».

—¿Podremos pasar con el *gonga*?—preguntó Kammamuri.

—Sí, con un poco de paciencia.

—Es imprudente ofender a los muertos.

—Brahma y Visnu nos perdonarán. Rema, Kammamuri.

El *gonga* penetró por la parte estrecha del río y llegó a una especie de fuente sobre la cual se entrelazaban las ramas de colosales tamarindos, formando una calada bóveda de follaje.

Allí flotaban muchos cadáveres que los canales del Ganges habían arrastrado hasta el Mangal.

—¡Adelante!—profirió el «cazador de serpientes».

Kammamuri iba a requerir los remos, cuando la bóveda de verdura que cubría el cementerio flotante, se abrió (1) dejando ver un tropel de extraños seres con alas negras, zancas larguísimas y picos agudos y enormes.

—¿Qué es aquello?—preguntó Kammamuri sorprendido.

—Los marabúes—dijo Tremal-Naik.

Efectivamente, un centenar de los fúnebres pájaros del sagrado río agitaba alegremente las alas y se posaban sobre los cadáveres.

—Adelante, Kammamuri—repitió Tremal-Naik.

El *gonga* cruzó ante ellos, y al cabo de una media hora después de atravesar el extraño cementerio, llegó a otra laguna más amplia y solitaria, dividida en dos brazos por una aguda punta de tierra sobre la que se destacaba un enorme y extraño árbol.

—¡El «banano»!—exclamó el cazador.

Al escuchar aquel nombre, Kammamuri tembló.

—¡Amo mío!—murmuró medrosamente.

—No temas, maharato. Suelta los remos y deja que el *gonga* encalle en la isla. Tal vez haya alguien en los alrededores.

El criado obedeció echándose en el fondo de la canoa, mientras Tremal-Naik, después de armar la carabina, se echaba también por precaución.

El *gonga*, arrastrado por la corriente, se dirigió, girando sobre sí mismo, hacia la punta septentrional de la isla

(1) Estos cementerios flotantes se hallan con frecuencia en las *Sunderbunds* del Ganges. Los indios que consideran el Ganges como un río sagrado, suelen abandonar los cadáveres a la corriente convencidos de que navegan por él directamente al cielo.

Raimangal, alojamiento de los seres misteriosos que habían asesinado al pobre Hurti.

Un profundo silencio reinaba en aquel sitio. No se escuchaba ni aún el ruido de los gigantescos bambúes, a causa de haber cesado la brisa nocturna, ni las notas de los *ramsingas*: el mismo río parecía haberse transformado en una corriente obosa.

Tremal-Naik, sin embargo, alzaba de cuando en cuando la cabeza con precaución y escudriñaba atentamente las riberas, sin fiarse de aquel silencio. El *gonga* encalló con leve roce a unos cien pasos del «banano»; pero ninguno de los dos se movió.

Pasaron diez minutos de angustia espectante; después, Tremal-Naik se levantó. Lo primero que advirtió fué una forma negra, confusa, echada entre las hierbas a unos veinte metros de la ribera.

—Kammamuri—murmuró,—levántate y arma tus pistolas.

El maharato no se hizo repetir dos veces la orden.

—¿Qué ves, amo mío?—preguntó con sutil voz.

—Mira allí.

—¡Ah!—profirió el criado cerrando los ojos.—¡Un hombre!

—¡Silencio!

Tremal-Naik alzó la carabina, apuntando a aquella cosa negra que tenía la apariencia de un sér humano tendido, pero la bajó sin descargarla.

—Vamos a ver qué es eso; este hombre no está vivo.

—¿Y si se hiciese el muerto?

—Peor para él.

Los dos indios desembarcaron, dirigiéndose cautelosamente hacia el individuo que no daba señales de vida. Se hallaban ya a unos doce pasos, cuando un marabú se alzó, volando ruidosamente hacia el río.

—Es un muerto—murmuró Tremal-Naik.—Si será...

No terminó la frase. En cuatro saltos llegó hasta el cadáver, y una sorda exclamación brotó de sus labios, contraídos por la ira.

—¡Hurti!

Efectivamente, aquel cadáver era el de Hurti, el compañero de Aghur. El infeliz se hallaba tendido sobre el dorso, con las piernas y los brazos encogidos probablemente a causa de los espasmos: el rostro espantosamente descompuesto y los ojos abiertos saltando de las órbitas. Tenía las rodillas rotas y ensangrentadas, lo mismo que los pies, signo evidente de que había sido arrastrado durante algún tiempo por el suelo, tal vez cuando aún se hallaba agonizando, y por la entreabierta boca asomaba un palmo de lengua.

Tremal-Naik levantó al desventurado indio para ver en qué sitio había sido herido, pero no halló sobre su cuerpo ninguna herida. Sin embargo, examinándole mejor, vió alrededor del cuello un cardenal muy marcado, y en el cráneo una contusión que parecía causada por una gruesa bola o por una piedra redonda.

—Le han aturdido y después le estrangularon—murmuró con voz sorda.

—¡Pobre Hurti!—dijo el maharato.—¿Pero por qué le han dado muerte?

—Lo sabremos, y le aseguro que no dejaré impune el delito.

—Pero temo que los asesinos sean muy potentes.

—Tremal-Naik los vencerá. Ea, vuelve a la canoa.

—¿Y a Hurti le dejaremos aquí?

—Le arrojaré a las sagradas aguas del Ganges al amanecer.

—Mas los tigres le devorarán esta noche.

—Al lado del cadáver de Hurti velará el «cazador de serpientes».

—¿Pues qué, no vuelves tú a la embarcación?

—No; permanezco aquí; cuando haya saldado mis cuentas, abandonaré esta isla.

—¿Pero quieres que te asesinen?

Una sonrisa desdeñosa plegó los labios del fiero indio.

—Tremal-Naik es hijo de la *jungla*—profirió con orgullo; y ordenó:—vuelve a la canoa, Kammamuri.

—¡Jamás, amo mío!

—¿Por qué?

—Y si te acontece una desgracia, ¿quién te auxiliará? Deja que te acompañe, y te juro que te seguiré a donde vayas.

—¿Aunque tratare de hablar la visión?

—Sí.

—Permanece, pues, a mi lado, valiente maharato, y verás cómo entre los dos luchamos por diez. ¡Sígueme!

Tremal-Naik se dirigió hacia la orilla, sujetó el *gonga*, y con una violenta sacudida, le derribó, hundiéndole perpendicularmente.

—¿Qué haces?—preguntó Kammamuri sorprendido.

—Nadie debe saber que estamos aquí. Ahora a nosotros nos toca descubrir el misterio.

Cambiaron la pólvora de las carabinas a las pistolas, para estar seguros de no errar el golpe, y se dirigieron hacia el «banano», cuya imponente masa se destacaba atrevida en las profundas tinieblas.

CAPITULO III

EL VENGADOR DE HURTI

—Los «bananos», que también se denominan «morales» o «higueras de las pagodas», son los árboles más extraños que se pueden imaginar.

Tienen la altura y el tronco semejantes a las mayores encinas, y de sus innumerables ramas, tejidas horizontalmente, descienden finísimas raíces aéreas que, apenas llegan a la tierra, se introducen en ella y se fortalecen rápidamente, proporcionando nuevo alimento y existencia más vigorosa al árbol.

Las ramas se alargan de continuo, dando vida a otras raíces, y éstas a nuevos troncos, separados los unos de los otros de tal modo, que un solo árbol cubre una vastísima extensión de terreno. Se puede decir que forma una floresta sustentada por centenares y centenares de extrañas columnas, entre las cuales los sacerdotes de Brahma colocan sus ídolos. En la provincia de Guzerate existe un «banano» llamado *Cobir-bor*, muy venerado por los indios, que debe

contar unos trescientos años de edad; tiene una circunferer ciade dos mil pies y unas tres mil columnas o raíces. Anti guamente era aun más enorme; pero fué destruído por las aguas del Nerbudda, que inundaron una parte de la isla en que crece.

El «banano» bajo el cual los dos indios se disponían a pasar la noche, era uno de los más gigantescos, provisto de seiscientas columnas, que sostenían desmesuradas ramas, llenas de pequeños y rojos frutos; el tronco principal era muy grueso, pero se hallaba cortado a cierta altura.

Tremal-Naik y Kammamuri, después de haber examinado escrupulosamente columna por columna para cerciorarse de que tras ellas no acechaba ninguno, se sentaron cerca del tronco, con las carabinas cargadas sobre las rodillas.

—¿Crees que los seres misteriosos que asesinaron a Hurti acudirán aquí?—preguntó el siervo.

—Estoy segurísimo. Ya verás como muy pronto sabremos algo.

—Nos apoderaremos del primero que venga y le castigaremos.

—Según las circunstancias. Ea, ahora silencio y ojo avizor.

Sacó de un bolsillo una hoja semejante a la de la yedra, conocida en la India con el nombre de *betel*, que tiene un sabor amargo y un poco picante, lo unió a un pedacito de *arecche* y a un poco de cal, y se puso a masticar esta mezcla, que dicen que conforta el estómago, fortifica el cerebro, conserva la dentadura y perfuma el aliento.

Pasaron más de dos horas, que se les hicieron dos siglos, durante las cuales ningún rumor turbó el silencio que reinaba bajo la calada sombra del árbol gigantesco. Sería media noche, poco más o menos, cuando a Tremal-Naik le pareció escuchar un ruido extraño.

Se diría que era el retumbar que precede a un terremoto.

Biblioteca Nacional de España

Al «cazador de serpientes» le invadió inusitada inquietud.

—Kammamuri—murmuró débilmente,—ponte en guardia.

—¿Qué has visto?—preguntó el maharato, leavntándose precipitadamente.

—Nada; pero he oído un rumor desconocido.

—¿Dónde?

—Parecía subterráneo.

—¡Eso es imposible!

—Ignoro lo que es, pero ya lo averiguaremos.

—Amo mío, aquí hay algún misterio terrible.

—¿Tienes miedo?

—No; soy maharato.

—Entonces lo sabremos todo.

En aquel instante se escuchó distintamente bajo tierra repetirse el misterioso retumbar. Los dos indios se miraron con sorpresa.

—Parece que debajo de nosotros suena algún enorme tambor, el *ahuk*, por ejemplo (1)—dijo Tremal-Naik.

—Puede ser—respondió Kammamuri;—¿pero cómo se escucha bajo tierra? ¿tendrán su alojamiento bajo la *jungla* estos seres misteriosos?

—Eso debe suceder.

—¿Y qué hacemos?

—Continuar aquí; alguna persona saldrá por algún lado.

—¡*Tykora*!—gritó una voz.

Los dos indios se pusieron a un tiempo en pie. Cosa extraña, increíble; aquella voz se escuchaba tan cerca, cual si se hallase a sus espaldas el que la emitía.

—¡*Tykora*!—murmuró Tremal-Naik.—¿Quién ha pronunciado este nombre?

---

(1) Enorme tambor indio que no se puede tocar sin el permiso del *semidar* del distrito, que sólo lo concede en ciertas festividades mediante el pago de una suma determinada.

Con un tremendo golpe de su cuchillo cortó en dos trozos a la pitón...
(PÁG. 45)

BIBLIOTECA
NACIONAL

Miró en torno suyo, pero no vió a nadie; dirigió la vista hacia lo alto, pero no descubrió más que las ramas del «banano», que apenas se distinguían entre las sombras.

—¿Se ocultará alguien entre las ramas?

—No—dijo Kammamuri temblando,—la voz sonaba detrás de nosotros.

—Es extraño.

—¡*Tykora!*—exclamó la misma voz misteriosa.

Los dos indios volvieron a mirar a su alrededor. No era posible engañarse, alguien estaba a su lado, pero tal vez la sorpresa y el terror les impedía verle.

—Amigo mío, ¿será algún espíritu?

—No creo en los espíritus—respondió Tremal-Naik.—Y a este sér que se complace en asustarnos, ya le descubriremos.

—¡Oh!...—exclamó el maharato dando tres o cuatro pasos, tambaleándose como un beodo.—¡Mira allí, mira!...

Tremal-Naik alzó los ojos hacia el «banano» y descubrió un haz de luz que salía del tronco tajado. A pesar de su extraordinario valor, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Luz!—balbuceó asombrado.

—¡Huyamos!—suplicó Kammamuri.

Bajo tierra se escuchó por tercera vez el misterioso bramido, y del tronco del «banano» brotaron los vibrantes sones del *ramsinga*, mientras a lo lejos se advirtieron otras parecidas.

—¡Huyamos, amo mío!—repitió Kammamuri.

—¡Jamás!—profirió Tremal-Naik con resolución.

Había colocado el puñal entre sus dientes y enarbolaba la carabina para servirse de ella como de una maza. Pero al poco rato mudó de pensamiento.

—Ven—indicó a Kammamuri.—Antes de entablar la contienda, debemos ver con quién tenemos que luchar.

Arrastró al *maharato* a unos doscientos pasos del árbol sagrado y se escondieron detrás de un grupo de columnas, formadas por las raíces del «banano», desde donde veían sin ser vistos.

—Ahora silencio—indicó,—y en el momento oportuno, ya te avisaré.

Del colosal tronco del «banano» salió una última nota agudísima que vibró por todas las *Sunderbunds*. El haz de luz que brotaba de la cavidad del árbol, se esparció, iluminando a una cabeza humana cubierta por una especie de turbante amarillo.

Con su escrutadora mirada escudriñó las sombras para asegurarse de que nadie se hallaba bajo el gigantesco árbol, y salió por fin un hombre de raza india, a juzgar por el color de su rostro. Tras él salieron cuatro más, que se deslizaron desde las columnas hasta el suelo.

Estaban casi desnudos. Solamente cubría sus flancos un *dubgah*, especie de faldilla de un amarillo sucio; en el pecho se descubrían tatuajes extraños que parecían signos del sanscrito (1) y en el centro se destacaba una serpiente con cabeza de mujer.

Un sutil cordón de seda, que parecía un lazo y tenía una bola de plomo en la extremidad, rodeaba el *dubgah*, y en aquel extraño cinturón se afianzaba un puñal.

Aquellos seres misteriosos se sentaron en el suelo, formando un círculo en torno de un anciano de brazos larguísimos y mirada fosforescente, cual la de un gato.

—¡Hijos míos!—exclamó con voz solemne.—Nuestra po-

(1) Lengua muerta en la que están escritos la mayor parte de los libros sagrados de los indios y se acerca mucho, en algunos vocablos al zendo, persa, griego, latín, teutónico, gótico e irlandés.

tente mano ha herido al desgraciado que se ha atrevido a pisar este suelo consagrado a los *thugs*, que debe ser inviolable para todo extranjero. Es una nueva víctima que añadir a las demás que cayeron bajo nuestro puñal; pero la diosa no está aún satisfecha.

—Lo sabemos—contestaron a una los indios.

—Sí, libres hijos de la India, nuestra diosa exige otros sacrificios.

—Ordena y partiremos a obedecerte.

—Ya sé que sois valientes—dijo el anciano—, pero aún no ha llegado el momento.

—¿Qué esperas, pues?

—Hijos míos, un gran peligro nos amenaza.

—¿Cuál?

—Un hombre ha fijado sus ojos en la virgen que custodia la pagoda de la diosa.

—¡Horror!—profirieron los indios.

—Sí, un hombre audaz osó contemplar el rostro de la ideal joven, mas si no cae herido por la venganza de la diosa, le apresaremos con nuestros infalibles lazos.

—¿Quién es ese hombre?

—Ya lo sabréis. Ahora traedme la víctima.

Dos indios se levantaron dirigiéndose hacia el lugar donde yacía el cadáver del desdichado Hurti. Tremal-Naik, que había observado sin pestañear aquella extraña escena, a la vista de aquellos hombres que sujetaron el cadáver por los brazos arrastrándole hacia el tronco del «banano», se levantó de un salto con la carabina en la mano.

—¡Ah, malditos!—exclamó con voz sorda, apuntándolos.

—¿Qué haces?—susurró Kammamuri cogiéndole el arma.

—Deja que los destroce—dijo el «cazador de serpientes»—. Han matado a Hurti y es justo que le vengue.

—¿Quieres perdernos? ¡son cuarenta!

—Tienes razón, Kammamuri; acabaremos con ellos de una sola vez.

Bajó la carabina y volvió a acurrucarse, mordiéndose los labios para dominar la cólera.

En tanto, los dos indios habían arrastrado a Hurtí en medio del círculo, dejándole caer a los pies del viejo.

—¡Kali!—exclamó alzando los ojos al cielo.

Y sacando un puñal de la cintura, le hundió en el pecho de Hurti.

—¡Miserable!—aulló Tremal-Naik. —¡Esto es ya demasiado!

Se había lanzado fuera de su escondite. Un relámpago fulguró en las tinieblas, seguido de una estrepitosa detonación, y el anciano indio, herido en el pecho por la bala del «cazador de serpientes», cayó sobre el cuerpo de Hurti.

CAPITULO IV

EN LA «JUNGLA»

A la imprevista detonación, los indios se habían puesto en pie con el lazo en la mano derecha y el puñal en la izquierda. Viendo a su jefe caer por tierra ensangrentado, olvidaron por un instante al matador para prestarle auxilio; pero este instante fué suficiente para que Tremal-Naik y Kammamuri se fugasen sin ser advertidos.

La *jungla*, cubierta de ramajes espinosos y de bambúes gigantescos, les brindaba seguro refugio. Los dos indios se precipitaron dentro de ella corriendo aceleradamente cinco o seis minutos; después se dejaron caer bajo un grupo muy compacto de bambúes de unos dieciocho metros de altura.

—Si quieres conservar la vida—dijo rápidamente Tremal-Naik a Kammamuri,—no te muevas.

—¡Ay, amo mío! ¿qué has hecho?—exclamó el pobre *maharato*,—se echarán todos sobre nosotros y nos estrangularán como al desdichado Hurti.

—He vengado a nuestro compañero; además, no nos descubrirán.

—Deben de ser espíritus.

—Son hombres. Calla y mira bien a tu alrededor.

A lo lejos se escuchaban los terribles aullidos de los moradores del «banano sagrado».

—¡Venganza! ¡Venganza!—decían.

Tres notas agudas, las del *ramsinga*, vibraron en la *jungla*, y bajo tierra retumbó la trepidación que antes les había alarmado. Los dos cazadores se encogieron, conteniendo la respiración. Sabían que si llegaban a descubrirlos serían estrangulados irremisiblemente por los lazos de seda de aquellos monstruosos individuos que tantas víctimas sacrificaban.

No habían transcurrido aún tres minutos cuando los bambúes se separaron violentamente y vieron entre las tinieblas a uno de aquellos hombres, con el lazo en la mano derecha y el puñal en la izquierda, cruzar como una flecha ante la maleza que los ocultaba y desaparecer en lo más intrincado de la *jungla*.

—¿Le has visto?—preguntó en voz baja Tremal-Naik.

—Sí—respondió el *maharato*.

—Creen que nos hallamos muy lejos y corren, esperando alcanzarnos; dentro de algunos instantes no tendremos ni un solo hombre a nuestras espaldas.

—Desconfiemos: esos hombres me aterrorizan.

—No temas, estoy a tu lado. Silencio y atención.

Otro indio, armado como el primero, pasó corriendo un momento después y desapareció entre los bambúes.

A lo lejos se escuchaba aún el sordo ruido, que debía ser una señal; después todo quedó en silencio.

Transcurrió media hora. Sin duda los indios, lanzados sobre una pista falsa, se habían alejado. El momento no po-

día ser más propicio para huir en dirección contraria, hacia la ribera.

—Kammamuri—dijo Tremal-Naik,—podemos ponernos en marcha. A mi parecer, los indios deben ir tras nosotros por el centro de la *jungla*.

—¿Estás seguro?

—No siento ningún rumor.

—¿Y a dónde iremos? ¿tal vez al banano?

—Sí, *maharato*.

—¿Quieres que te cacen allí dentro?

—No, mañana por la noche volveremos aquí y descubriremos el misterio.

—Pero, ¿quiénes supones que son aquellos hombres?

—No lo sé; pero lo averiguaré, como también sabremos quién es la joven que vela en la pagoda de la terrible diosa. ¿Oiste todo lo que dijo el anciano?

—Sí.

—No lo sé; pero preveo que hablaba de mí y que aquella vrgien que nombraba era...

—¿Quién?

—La mujer que me ha hechizado. Cuando el viejo la nombraba, sentía que el corazón me palpitaba con extraña vehemencia, y eso me sucede siempre que...

—¡Silencio!—murmuró Kammamuri con voz ahogada.

—¿Qué has oído?

—Moverse un bambú.

—¿Dónde?

—Allí... a treinta pasos de nosotros. ¡Silencio!

—Tremal-Naik levantó la cabeza y escudriñó atentamente la negra masa de los árboles; pero no descubrió a nadie. Un rumor, apenas perceptible, se escuchaba en la dirección indicada por el *maharato*; se diría que una mano apartaba

con suma precaución las largas y acorazonadas hojas de las gigantescas plantas.

—Alguien se acerca—murmuró,—no te muevas, Kammamuri.

El ruido aumentaba lentamente. Al poco tiempo vieron separarse dos bambúes y aparecer un indio, el cual se inclinó hacia la tierra, poniéndose una mano en el oído. Estuvo así un instante; después se alzó y pareció que olfateaba el aire.

—¡Gary!—susurró.

Otro indio salió del mismo sitio.

—¿Oiste algo?—preguntó el recién venido.

—Nada absolutamente.

—Pues creí que alguien siseaba.

—Te habrás engañado. Hace cinco minutos que estoy aquí con el oído atento. Seguimos una pista falsa.

—¿Dónde están los demás?

—Todos delante de nosotros. Se teme que los hombres audaces que han desembarcado atenten un golpe contra la pagoda.

—¿Con qué objeto?

—Hace quince días la virgen de la pagoda halló a un hombre. Uno de los nuestros descubrió que se hacían señas.

—¿Y qué temen?

—Que ese joven temerario quiera libertar a la *virgen*.

—¡Horrendo delito!—exclamó el indio que se llamaba Gary.—Esta noche un compañero del miserable que se atrevió a posar sus ojos sobre la sacerdotisa de la venerable diosa, ha desembarcado. Vino a espiar, sin duda.

—Pero fué estrangulado.

—Es cierto; pero tras él llegaron otros hombres, y uno de ellos asesinó a nuestro sacerdote.

—¿Y quién es el audaz que contempló a la *virgen*?

—Un hombre temible, Gary; es capaz de todo: es el «cazador de serpientes» de la *jungla negra*.

—Es preciso que muera.

—Morirá; por mucho que corra le alcanzaremos, y nuestros lazos le estrangularán. Ahora, parte; vete a la ribera del río; yo vuelvo a la pagoda, a vigilar a la *virgen*. Adiós y que la diosa te proteja.

Los dos indios se separaron, tomando distintas direcciones. Apenas cesó el ruido de sus pasos, Tremal-Naik, que lo había escuchado todo, se puso en pie.

—Kammamuri—exclamó con viva emoción,—es preciso que nos separemos. Ya lo has oído: saben que he desembarcado, y me buscan.

—Ya lo he escuchado.

—Tú seguirás al indio que se dirige al río, y en cuanto puedas, gana la opuesta orilla. Yo sigo al otro.

—Tú me ocultas algo, amo mío, ¿por qué no vienes también a la ribera?

—Debo ir a la pagoda.

—¡Oh, no hagas tal cosa!

—Estoy decidido; allí se oculta la mujer que me ha hechizado.

—¿Y si te asesinan?

—Me matarán a su lado y me juzgaré dichoso. Vete, Kammamuri, que estoy febril.

El criado lanzó un profundo suspiro y se levantó.

—Amo mío—dijo con voz conmovida,—¿dónde nos volveremos a ver?

—En la cabaña, si escapo de la muerte; vete.

El *maharato* se internó en la *jungla*, siguiendo las huellas del indio en dirección a la ribera. Tremal-Naik le vió partir con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada.

—¡Ahora—murmuró levantando la cabeza con altiva fiereza, cuando vió alejarse al *máharato*,—a desafiar la muerte!

Se echó la carabina al hombro, lanzó una última mirada a aquellos sitios y se alejó rápida y silenciosamente, siguiendo las huellas del indio, que no debía hallarse muy lejos.

El camino era intrincadísimo. El terreno se hallaba cubierto hasta donde podía alcanzar la vista por un sin fin de bambúes que se ergían hasta una altura extraordinaria.

Allí se distinguían, cubiertos de hojas gigantescas, los *bans tulda*, que en menos de quince días adquieren un tamano asombroso.

Los *beha rbans*, que apenas tienen un metro, cuyo tronco es hueco, pero está armado de largas espinas, y otra numerosa variedad de bambúes, conocidos generalmente en los *Sunderbunds* con el nombre genérico de *bans*, y se hallaban tan cerca, que era forzoso servirse del cuchillo para abrirse paso.

Una persona poco práctica se hubiera extraviado en aquellos sitios, y se hubiese hallado en la imposibilidad de dar un paso sin producir fuerte ruido; pero Tremal-Naik, que había nacido y vivido en la *jungla*, caminaba con sorprendente rapidez y seguridad, sin producir el menor ruido.

No andaba, porque esto resultaba imposible, sino que, arrastrándose cual un reptil, se deslizaba entre las plantas sin detenerse, sin titubear en el camino que debía seguir. De rato en rato aplicaba el oído sobre la tierra, y así se hallaba seguro de no perder la pista del indio que le precedía.

Había recorrido ya más de una milla, cuando advirtió que el indio se había detenido de improviso. Apoyó tres o cuatro veces el oído, pero no escuchó ningún rumor; se le-

vantó para oir mejor, pero ningún ruido llegó hasta él y comenzó a inquietarse.

—¿Qué habrá sucedido?—murmuró mirando alrededor,—¿advertirá mis huellas? ¡Estaré en guardia!

Recorrió otros tres o cuatro metros arrastrándose, después levantó la cabeza, pero la bajó instantáneamente. Había tropezado contra un cuerpo blando que pendía de lo alto y que se había separado bruscamente.

—¡Ah!—exclamó.

Un pensamiento terrible le asaltó el cerebro; se separó con presteza a un lado, desenvainando el cuchillo, y miró hacia arriba.

No vió nada, pero estaba seguro de haber tropezado con algo que no debía ser las hojas de bambú.

Estuvo algunos minutos inmóvil como una estatua.

—¡Un pitón!—exclamó sin asombrarse.

Un rumor repentino se había sentido en medio de los bambúes; después un cuerpo obscuro, largo, flexible, ondeó por las plantas. Era una monstruosa serpiente pitón, de más de veinticinco pies de largo, la cual se alargaba hacia el cazador, esperando enlazarle entre sus viscosos anillos y estrangularlo con una de esas terribles opresiones que no es posible resistir. Tenía la boca abierta, la mandíbula inferior dividida en dos, cual los hierros de una tenaza: la hendida lengua rígida y los ojos encendidos, brillaban siniestramente en la obscuridad.

Tremal-Naik se había echado al suelo para no dejarse coger por el monstruoso reptil, que le reduciría a un montón de huesos y de carne sanguinolenta.

—Si me muevo, estoy perdido—pensó con extraordinaria sangre fría.—Si el indio que me precede no advierte nada, me he salvado.

El reptil había descendido tanto, que con la cabeza lle-

gaba a la tierra. Se extendió hacia el «cazador de serpientes», el cual conservaba la rigidez de un cadáver; ondeó unos momentos sobre él, lamiéndole con su helada lengua, y después trató de enroscársele. Tres veces lo intentó, silbando de rabia, y otras tantas se retiró serpenteando de mil modos, subiendo y bajando por el bambú a que se había enroscado.

Tremal-Naik, tembloroso, asustado, permanecía inmóvil, haciendo esfuerzos sobrehumanos por dominarse; pero apenas vió al reptil alzarse enroscándose en parte sobre sí mismo, apresuróse a alejarse cinco o seis metros. Creyéndose fuera de peligro, se había vuelto para levantarse, cuando una voz amenazadora le gritó:

—¿Qué haces aquí?

Tremal-Naik oprimió el cuchillo en su mano. A seis o siete metros de distancia, cerca del lugar ocupado por el reptil, había surgido de improviso un indio, de alta astatura y sumamente delgado, esgrimiendo un puñal y una especie de lazo que terminaba en una bola de plomo.

Su pecho ostentaba el tatuaje con la misteriosa serpiente con cabeza de mujer, rodeada de algunos caracteres sanscritos.

—¿Qué buscas?—repitió el indio con tono amenazador.

—¿Y tú?—contestó Tremal-Naik con calma glacial.—¿Eres tal vez uno de esos miserables que se entretienen en asesinar a las personas que desembarcan aquí?

—Sí, y lo mismo te va a acontecer.

Tremal-Naik se echó a reir mirando el reptil que comenzaba a deshacer sus anillos oscilando sobre la cabeza del indio.

—Crees matarme—dijo el cazador,—y la muerte te acecha.

—¡Antes morirás tú!—gritó el indio, tratando de lanzar el lazo.

Un melancólico silbido le detuvo en el momento en que iba a lanzar la bola de plomo.

—¡Ah!—exclamó manifestando un profundo terror.

Al levantar la cabeza, había hallado ante sí al reptil. Trató de huir y dió un salto atrás, pero tropezó en un bambú tronchado y cayó entre las hierbas.

—¡Socorro, socorro!—gritó con desesperación.

El enorme reptil se había dejado caer y sujetado al indio en sus anillos, oprimiéndole de tal modo, que casi crujían sus huesos.

—¡Socorro!... ¡socorro!...—profirió desalado, abriendo los ojos de un modo espantoso.

Tremal-Naik, en un movimiento espontáneo, se había lanzado hacia él. Con un tremendo golpe de su cuchillo, cortó en dos a la pitón, que silbaba furiosamente, llenando de sangrienta baba a su víctima, pero en aquel instante se agitaron los bambúes al ser fuertemente sacudidos.

—¡Aquí!—exclamó una voz.

Y aparecieron varios indios compañeros del desdichado, que el reptil, aunque partido en dos, seguía aprisionando haciendo brotar su sangre. Tremal-Naik comprendió el peligro que corría, y sin esperar más, apeló a la fuga al través de la *jungla*.

—¡Allí va, allí va!—repitió la misma voz.—¡Haced fuego sobre él! Un tiroteo general resonó en la espesura. Tremal-Naik, que había escapado milagrosamente de las balas, se volvió rugiendo, cual una fiera de las que cazaba en los bosques.

—¡Ah miserables!—gritó furiosamente.

Se había detenido y apuntaba a los que venían en su seguimiento con los puñales en la boca y los lazos en la mano, prestos a estrangularle.

De su carabina brotó un chispazo, seguido de una detonación, y cayó un indio lanzando un aullido terrible.

Tremal-Naik emprendió de nuevo la desenfrenada carrera,

saltando a derecha e izquierda, para impedir a los enemigos que le siguiesen la pista; tronchó varios bambúes y se internó en la exuberante *jungla*, sin dejar huella.

Continuó corriendo durante un cuarto de hora, se detuvo un instante a tomar aliento y después se lanzó como un loco en medio de los terrenos pantanosos, surcados por innumerables canalillos de aguas estancadas. Tenía los ojos inyectados en sangre y los labios llenos de espuma; pero corría cual si tuviese alas en los pies, salvando todos los obstáculos, sumergiéndose en los pantanos y canales, no pensando más que en interponer el mayor espacio posible entre él y sus perseguidores.

No podía calcular lo que había corrido. Cuando se detuvo, se hallaba a doscientos pasos de una soberbia pagoda, que se erguía solitaria sobre la orilla de un vasto estanque rodeado de colosales ruinas.

CAPITULO V

LA VIRGEN DE LA PAGODA

La pagoda era del más puro estilo indio y la más hermosa que Tremal-Naik había visto en las *Sunderbunds*. Toda ella estaba construída con granito gris, tenía unos sesenta pies de alto y su base era de dos tercios de la altura, rodeada por colosales columnatas, esculpidas con la valentía que distingue a la raza india.

Según iba elevándose el templo, se reducía su tamaño hasta concluir en una cúpula terminada por una inmensa bola de metal, en la que se destacaba una aguda barra sosteniendo la misteriosa serpiente con cabeza de mujer.

En los ángulos de la pagoda se descubría la trimurti india, representada por tres cabezas, sustentadas sobre un solo cuerpo, sostenido por tres piernas; y aquí y allá una multitud de extrañas esculturas, de representaciones de la historia sagrada de la India: Brahma, Siva, Visnú, Parvardi, la siniestra diosa de la muerte sentada sobre un león; Darma-Ragia el Plutón indio, y otras mil divinidades, al lado

de monstruos espantosos, con cabeza de elefantes, en que se destacaban las erguidas trompas.

Tremal-Naik estaba absorto al hallar una pagoda donde creía encontrar la intrincada *jungla*.

—¡Una pagoda!—exclamó.—¡Estoy perdido!

Lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Se halla en una especie de planicie sin árboles, ni vegetación.

—¡Estoy perdido!—repitió con ira,—si no hallo donde ocultarme, dentro de un instante llegarán esas gentes feroces y me estrangularán.

Tuvo por un instante la idea de retroceder para internarse en la *jungla*, pero tenía que recorrer unos ochocientos metros, empleando el tiempo suficiente para que pudieran descubrirlo. Pensó también ocultarse entre las ruinas que rodeaban el estanque, pero era imposible.

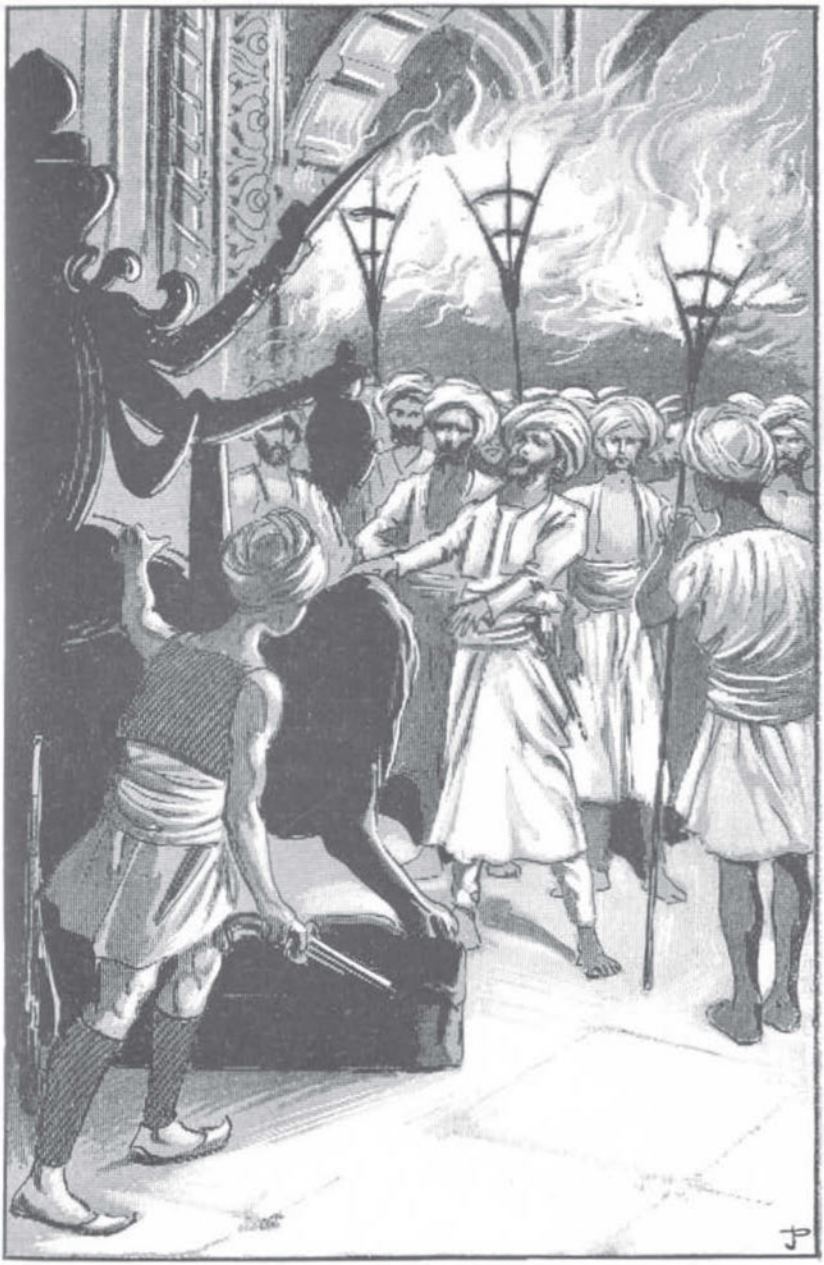
—¿Si me ocultara allí?—murmuró, mirando la profunda masa de la pagoda.—¿Y por qué no?

Un hombre como él, acostumbrado a toda clase de ejercicios, y que poseía una fuerza hercúlea, unida a una agilidad extraordinaria, digna de ser envidiada por un mono, era capaz de escalar hasta la cúpula, ascendiendo por las columnas y las esculturas que se escalonaban, cual extraños peldaños de una caprichosa escalinata.

Se dirigió hacia la pagoda, después de desarmar la carabina y de echársela al hombro; escuchó algunos momentos, y asegurándose del profundo silencio que reinaba, comenzó la audaz ascensión.

Con una rapidez sorprendente, subió a una columna, ascendió a las paredes del templo, sirviéndose de las piernas de la divinidad. Trepando sobre su cuerpo, posandoi los pies sobre su acbeza, agarrándose a la trompa de los elefantes y a los cuernos de los toros de Siva.

¡Cosa extraña, incomprensible, misteriosa: según ascen-



...lanzóse de un solo salto ante la monstruosa divinidad. (PÁG. 70)

BIBLIOTECA
NACIONAL

día, notaba que su corazón palpitaba apresuradamente y sus miembros adquirían una fuerza extraordinaria! Sentíase atraído por una fuerza irresistible hacia el centro de la pagoda, y al contacto de las heladas piedras, experimentaba sensaciones desconocidas, inexplicables.

Serían las dos de la mañana cuando, después de realizar maniobras aéreas capaces de helar la sangre de un gimnasta y de haber corrido cien veces el peligro de desplomarse y aplastarse el cráneo, llegó a la cúpula. Con un postrer esfuerzo, se agarró a la gigantesca esfera de metal coronada por la punta que sostenía la simbólica serpiente.

Con gran sorpresa se halló sobre una ancha abertura, profunda y obscura como un pozo, atravesada por una barra de bronce sobre la cual halló el medio de apoyar los pies.

—¿Dónde estoy?—se preguntaba.—Sin duda este pozo va a terminar al interior de la pagoda.

Abandonó la inmensa bola y se agarró a la barra, mirando hacia dentro, pero no distinguió más que tinieblas; escuchó, pero el más profundo silencio reinaba bajo él, signo evidente de que la pagoda se hallaba solitaria. Sólo advirtió una cuerda bastante gruesa formada por un vegetal brillante y muy flexible, anudada a la barra y que desaparecía en la abertura. La agarró, y con todas sus fuerzas la atrajo hacia sí, advirtiendo súbitamente que en su extremidad pendía un cuerpo algo pesado que al moverse tintineaba.

—Debe de ser una lámpara—pensó Tremal-Naik.

Al poco tiempo se golpeó la frente.

—¡Ah! sí, ahora recuerdo—exclamó con viva emoción.—Sí... aquellos hombres hablaron de una pagoda... de una virgen que velaba... ¡Gran Visnú!... ¡sería!...

Se detuvo, llevándose ambas manos al corazón, que le latía con extraordinaria vehemencia. Experimentaba una emo-

ción análoga a la que advertía las noches que se hallaba ante la extraña visión.

En un instante se agarró a la cuerda y comenzó a descender en las tinieblas, sin pensar en las consecuencias que podía tener su decisión. A los pocos minutos se posaron sus pies sobre un objeto redondo que lanzó un sonido metálico que los ecos del templo repitieron varias veces.

Iba a inclinarse para ver qué era aquello, cuando un crugido semejante al de una puerta que gira sobre sus goznes llegó a sus oídos. Miró hacia abajo y le pareció descubrir entre las tinieblas una sombra que se movía, mas sin producir rumor alguno.

—¿Quién será?—se preguntó alarmado.

Con una mano oprimió una pistola, decidido a verder cara su vida si le llegaban a descubrir, aunque se hallaba inmóvil como una estatua de granito.

Un profundo suspiro llegó hasta él, impresionándole de nuevo de un modo misterioso. Creyó sentir cual una puñalada en el corazón.

—Estoy loco o hechizado—murmuró.

La sombra se había detenido ante una mole negra, enorme, que se hallaba precisamente bajo la cuerda.

—¡Aquí me tienes, horrible divinidad!—exclamó una voz de mujer que penetró en el fondo del alma de Tremal-Naik, que en el colmo del asombro vió caer sobre el suelo un líquido y esparcirse después por el aire un suave perfume.

—¡Monstruosa gente!—pensó,—pero esa sombra tiene una voz tan dulce como las notas del *sanguy* (1). ¡Es extraño, tiemblo cual si tuviera fiebre!... ¿Por qué?

—¡Te odio!—profirió la misma voz con profunda amargura.—Te odio, espantosa divinidad, que me has condenado a

(1) Especie de violoncello, pero más pequeño que los nuestros, que causa una música dulcísima y delicada.

eterno martirio, después de haberme robado todo lo que más quería en el mundo. ¡Asesinos, malditos seáis en esta y en la otra vida.

Ruidosos sollozos siguieron a la maldición que aquel sér misterioso había lanzado sobre los que llamaba asesinos. Tremal-Naik tembló de nuevo, y él, el hombre audaz y el salvaje hijo de la *jungla*, el «cazador de serpientes», se conmovió por primera vez en su vida.

Tuvo por un instante la idea de dejarse caer, pero aún desconfió. Ademsá ya era tarde, porque la sombra se había alejado, desapareciendo entre las tinieblas, y poco después escuchó el chirrido de la puerta que se cerraba.

—¡Y no poder descubrir aún este misterio!—murmuró con rabia.—¿Pero quiénes son estos monstruos que tienen necesidad de tantas víctimas? ¿Quién es esta terrible divinidad? ¿Quién es la mujer que maldice en las sombras, en la hora de los crímenes, de los fantasmas y de las venganzas?... ¿Quién es este sér que mientras los demás estrangulan, llora? ¿Quién es la que, en tanto que los otros me irritan, ella me conmueve? Su voz es dulce y suave como una armonía celestial... ¡Quiero verla, quiero hablarla, y todo me lo revelará. No sé, pero una voz interior me dice que a esta mujer la he visto otras veces, que ha hecho palpitar mi corazón, que es...

Se detuvo anhelante, casi asustado. Su rostro ardía y le inundaba el sudor.

—¡Si fuese la aparición!—exclamó trémulo y emocionado. —Cuando me elevaba por el templo, me hallaba conmovido; cuando descendí aquí, temblaba. ¿Si fuese...? Descendamos.

Se dejó caer y posó los pies en un objeto duro que chocó con el sonido particular de los cuerpos metálicos y especialmente de los bronces.

Advirtió que se hallaba junto a la forma negra ante la

cual la mujer había derramado el perfume, había lanzado la maldición y había llorado.

—¿Qué es esto?—murmuró.

Se inclinó, y apoyando la mano sobre la masa de bronce se deslizó hasta llegar a tierra. Sus pies se arrastraron sobre una superficie lisa y húmeda.

—Este es el perfume derramado por ella. Mañana sabré dónde me hallo y lo que debo hacer.

Dió seis o siete pasos inciertos entre las tinieblas; después se acurrucó con la pistola en la mano esperando que un rayo de luz iluminase aquel misterioso templo.

Pasaron algunas horas sin que ningún rumor turbase el fúnebre silencio que reinaba en aquel lugar; hacia la abertura por donde había descendido, comenzaba a aclararse el cielo y a palidecer las estrellas, bajo los primeros albores matutinos. Tremal-Naik, inmóvil, con los ojos abiertos desmesuradamente y el oído atento, esperaba con la paciencia característica de la raza asiática.

Hacia las cuatro, el sol apareció sobre el horizonte, iluminando la gran esfera de bronce que se erguía sobre la cima de la pagoda, y por la vasta abertura descendió un rayo de luz. Tremal-Naik se puso súbitamente en pie, asombrado del espectáculo que se ofrecía ante su vista.

Se hallaba en una especie de inmensa cúpula, cuyas paredes estaban extrañamente decoradas. Las diez primeras encarnaciones de Visnú (1) el dios conservador de los indios, que tiene su residencia en el *Vaicondu* o mar de leche

(1) Las encarnaciones de Visnú son veintiuna. Nueve se han realizado ya, la décima, según los indios, debe ser al fin de la presente edad y el dios aparecerá bajo la figura de un caballo con un sable dibujado en una pata y un escudo en otra, y bajo esta terrible forma, destruirá a todos los malvados; el sol y la luna se oscurecerán, la tierra temblará, las estrellas caerán y la serpiente *Adisseccien* vomitará fuego suficiente para abrasar toda la tierra.

de la serpiente *Adisscscieu*, estaban pintadas alrededor, rodeadas de las principales *deverkeli*, o semidioses venerados por los nidios, como protectores de los ocho ángulos del mundo, y habitantes del *sorgon*, esto es, el paraíso de los que no tienen bastantes méritos para ir al *calaisson*, o edén de Siva. A la mitad de la cúpula se hallaban esculpidos los *cateri*, gigantescos genios malvados, que divididos en cinco tribus vagan por el mundo, del cual no pueden salir, ni alcanzar la dicha de los hombres, sino después de haber recogido gran número de plegarias.

En el centro de la pagoda se elevaba una gran estatua de bronce, representando una mujer de cuatro brazos, con los cuales blandía, en uno, una larga daga, y en el otro una cabeza.

Un enorme collar de cráneos descendía hasta los pies, y un cinturón de manos y brazos cortados le adornaban las caderas.

El rostro de aquella espantosa mujer estaba tatuado, sus orejas adornadas de anillos, la lengua pintada de rojo, de color de sangre, y le salía un palmo fuera de los labios; su rostro sonreía ferozmente; las manos estaban exornadas de gruesos brazaletes, y los pies se posaban sobre un gigante cubierto de heridas.

A primera vista parecía que la divinidad, transformada por la embriaguez de la sangre, danzaba sobre el cuerpo de su víctima.

Otro objeto extraño era una vasija de mármol blanco incrustada en el pavimiento. Estaba llena de un agua clarísima, y dentro nadaba un pez de un hermoso color de oro, semejante a una especie muy general en el Ganges.

Tremal-Naik contemplaba absorto a la divinidad, con mezcla de estupor y miedo.

¿Quién era aquella deidad, rodeada de cráneos y ornada

de sangrientos despojos? ¿Qué significaba aquel pececillo dorado, que nadaba en la blanca pecera? ¿Qué relación existía entre aquellos dos extraños símbolos con los feroces hombres que perseguían y estrangulaban a sus semejantes?

—¿Estaré soñando?—murmuró Tremal-Naik, frotándose los ojos.—No comprendo nada de esto.

No había aún terminado, cuando un chirrido llegó a sus oídos. Se volvió con la carabina en la mano, pero casi se incrustó en la monstruosidad divina, conteniendo apenas un grito de asombro y alegría.

Ante él, en el dintel de una puerta dorada, apareció una jovencita de maravillosa hermosura, con el terror pintado en el rostro.

Tendría unos catorce años (1). Su porte era gracioso y sus formas soberbiamente elegantes.

Tenía los rasgos de una pureza antigua, animados por la brillante expresión de la mujer anglo-india.

Su piel era rosada, de una morbidez incomparable; los ojos, grandes y negros, brillaban cual diamantes; su nariz recta, nada tenía de india, sus labios sutiles y rojos como el coral, se plegaban en melancólica sonrisa, que descubría dos hileras de dientes níveos; una hermosa cabellera de un castaño obscuro, separada sobre su frente por una diadema de gruesas perlas, se hallaba recogida y entrelazada con flores de *esciambaga* de suave perfume.

Tremal-Naik no pudo contenerse, y exclamó:

—¡Ada, Ada!... ¡la aparición de la *jungla*!...

No pudo decir más y permaneció allí mudo, anhelante, absorto, contemplando aquella soberbia criatura que continuaba mirándole con profundo terror.

---

(1) En las mujeres nacidas en la India el desarrollo es muy precoz. Se casan a los diez años y en general, a los veinticinco o treinta son viejas.

Al cabo de un rato la niña dió un paso hacia adelante, dejando caer en tierra el amplio *sari* de seda, orlado de una ancha franja azulada llena de complicados dibujos, la cual las cubría como una amplia capa.

Un rayo de luz fulgurante la envolvió, obligando al «cazador de serpientes» a cerrar los ojos.

La jovencita eba completamente cubierta de oro y piedras preciosas de precio exorbitante. Una coraza de oro, sembrada de los más hermosos diamantes, de Golconda y Gucerata, cubría la misteriosa serpiente con cabeza de mujer que rodeaba su pecho, y desaparecía en un largo chal de cachemir, tejido con plata, que ceñía sus caderas; varios collares de perlas y diamantes gruesos como pepitas de fruta, pendían de su cuello: Anchos brazaletes cuajados de piedras preciosas adornaban sus desnudos brazos, y el largo pantalón de seda blanca se le ceñía sobre los desnudos y diminutos pies, adornados con arillos de coral del rosa más bello y delicado. Un rayo de sol, penetrando por un estrecho agujero al caer sobre aquella profusión de oro y de joyas, envolvía a la jovencita en un fulgor deslumbrador.

—¡La visión!... ¡La visión!—balbuceó por segunda vez el indio, extendiendo los brazos hacia ella.—¡Oh, qué hermosa!

La jovencita miró a su alrededor con desaliento y poniendo un dedo sobre sus labios, le indicó que callase, y se dirigió hacia él.

—¡Desgraciado!—profirió aterrorizada.—¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Qué locura te arrastró a este horrible recinto?

El «cazador de serpientes» había caído de rodillas, sin darse cuenta, y tendía las manos hacia ella; pero la niña, aun más alarmada:

—¡No me toques!—balbuceó débilmente.

Tremal-Naik lanzó un profundo suspiro:

—¡Qué hermosa eres!—exclamó con pasió

—¡Calla!

—Sí, ¡qué bella!...—repitió el feroz hijo de la *jungla*.

Ella volvió a colocar un dedo sobre sus labios.

—Si no quieres perderme, no hagas el menor ruido—dijo la jovencita con suave reproche.—Ignoras los tremendos peligros que nos amenazan.

—¡Soy Tremal-Naik!—indicó con orgullo.—¿Quién es el hombre que te amenaza? ¡Dímelo, y el «cazador de serpientes» te jura que mañana habrá dejado de existir!

—No hables de ese modo.

—¿Por qué? Escucha, niña mía: no había contemplado jamás en mi *jungla* un rostro de mujer, pues allí sólo habitan los tigres; por eso cuando te vi por primera vez, iluminada por los últimos rayos del sol poniente, sobre los céspedes y entre las frondas, se conmovió todo mi sér, me pareciste una divinidad celeste y te adoré.

—¡Calla! ¡Calla!—repitió con voz angustiosa la niña, ocultando su rostro entre las manos.

—No puedo callar, flor delicada de la *jungla*—exclamó él con mayor apasionamiento.—Al desaparecer tu visión, creí que el corazón se me despedazaba; parecía hallarme ébrio; ante mis ojos oscilaba tu imagen; por mis venas circulaba más rápida la sangre, y ardientes llamaradas me conmovían; ¡juzgué que me habías hechizado!

—¡Tremal-Naik!—suplicó ansiosa la niña.

—Aquella noche no dormí—prosiguió el «cazador de serpientes».—Tenía una fiebre anhelante de volverte a ver. ¿Por qué? Lo ignoraba. Era la primera vez en mi vida que experimentaba tal emoción.

»Transcurrieron quince días; todas las tardes, a la hora del crepúsculo te volvía a ver y me sentía feliz, me creía transportado a otro mundo; me parecía ser otro hombre. Tú

no me hablabas, pero tus divinos ojos me contemplaban, y para mí era demasiado, porque me decían que tú...

Se detuvo anhelante, mirando a la niña, que ocultaba el rostro entre sus manos.

—¡Ah!—exclamó con tristeza,—no quieres que prosiga.

La jovencita se descubrió y le contempló con ojos llorosos.

—¿Por qué hablar—balbuceó,—cuando nos hallamos sobre un abismo? ¿para qué has venido, desdichado, a despertar en mi corazón una esperanza irrealizable? ¿No sabes que este sitio es funesto, sobre todo para los que yo amo?

—«¿Que yo amo?»—exclamó Tremal-Naik gozoso.—¡Repite, repite esa palabra, hermosa flor de la *jungla*! ¿Es cierto que tú me amas? ¿No es una ilusión el que ibas a verme todas las tardes, porque me amabas?

—¡No me hagas sufrir!—rogó la niña con angustia.

—¡Sufrir! ¿por qué? ¿qué peligro te amenaza? ¿No estoy aquí para defenderte? ¿qué importa que se abra un abismo entre los dos? Soy fuerte, tanto, que por ti destruiré este templo y derribaré el horrible monstruo ante el cual viertes perfumes.

—¿Cómo lo sabes? ¿quién te lo ha dicho?

—Te he visto esta noche.

—¿Estabas, pues, aquí?

—Sí, estaba allí colgando de aquella lámpara, precisamente sobre tu cabeza.

—¿Pero quién te condujo al templo?

—La suerte, o, mejor dicho, las asechanzas de los hombres que habitan esta tierra maldita.

—¿Te han visto?

—Sí, me han dado caza.

—¡Ah, desgraciado! ¡estás perdido!—exclamó la niña, desesperada.

Tremal-Naik se abalanzó hacia ella.

—Pero, dime, ¿qué misterio es este?—preguntó con ira y pena reconcentrada.—¿Por qué tanto terror? ¿Qué significa ese monstruoso ídolo? ¿Qué indica ese dorado pez? ¿Qué simboliza la serpiente con cabeza de mujer que llevas sobre la coraza? ¿Quiénes son estos hombres que estrangulan a sus semejantes y que viven bajo tierra? ¡Quiero saberlo, Ada, es preciso!

—No me interrogues, Tremal-Naik.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¡si tú supieses qué terrible destino pesa sobre mí!

—Soy fuerte, y te libertaré.

—¿Qué vale la fuerza contra estos hombres?

—Les haré una guerra despiadada.

—Te derrumbarán como a un tierno bambú. ¿No desafían el poder de Inglaterra? ¡Son poderosos y crueles! Nada resiste a su empuje, ni las flotas, ni los ejércitos. Todo perece ante su hálito venenoso.

—¿Quiénes son?

—No puedo decirlo.

—¿Y si yo te lo mandase?

—Me negaría.

—¿Pero es que desconfías de mí?—exclamó el cazador con ira.

—¡Tremal-Naik, Tremal-Naik!—murmuró la jovencita con acento desgarrador; y prosiguió:—una sentencia terrible, horrorosa, pesa sobre mí, y no cesará más que con mi muerte. Te he amado, valeroso hijo de la *jungla*, te amo siempre, pero...

—¡Ah! ¿tú me amas?—exclamó el «cazador de serpientes».

—Júralo ante aquel monstruo que nos está mirando.

—¡Lo juro!—dijo la niña tendiendo la mano hacia la estatua de bronce.

—¡Jura que serás mi esposa!...

Un espasmo conmovió a la jovencita.

—Tremal-Naik—murmuró con voz débil,—¡sería tu esposa si eso fuese posible!

—¡Ah! ¿tal vez un rival?

—No, ni habrá nadie tan audaz que se atreva a fijar sus ojos en mí. Soy sierva de la muerte.

Tremal-Naik dió dos pasos hacia atrás, llevándose las manos a la cabeza.

—¡De la muerte!—exclamó.

—Sí, la pertenezco. El día en que un hombre pose sus manos sobre mí, los lazos de los vengadores troncharán mi existencia.

—Pero, ¿estoy soñando?

—No; la que te ama es una mujer que te ama mucho.

—¡Ah! ¡tremendo misterio!

—Sí, horrible. Entre nosotros existe un abismo que nadie podrá salvar. ¡Espantosa fatalidad!... Pero, ¿qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¿Qué delito he cometido para pesar sobre mí esta maldición?

Un sollozo ahogó su voz, y su rostro se inundó de lágrimas. Tremal-Naik emitió un sordo rugido y oprimió los puños con tal fuerza, que le crugieron los huesos.

—¿Qué puedo hacer por ti?—preguntó, hondamente conmovido.—Tus lágrimas me hacen daño, delicada flor de la *jungla*. Dime qué debo hacer; ordena y te obedeceré como un esclavo. Si quieres que te arranque de este lugar, dilo y lo haré, aunque tenga que perder la vida en la empresa.

—¡Oh, no, no!—exclamó la jovencita con espanto.—Nos matarían a los dos.

—¿Quieres que me vaya de aquí? Escucha, te amo locamente; pero si tu existencia exige nuestra eterna separación ahogaré el amor que brota en mi corazón. Enloqueceré, su-

friré un continuo martirio, pero huiré de tu lado. Habla, ¿qué debo hacer?

La niña guardó silencio y siguió sollozando. Tremal-Naik la atrajo hacia sí, e iba a decir algo, cuando afuera se escuchó el agudo toque del *ramsinga*.

—¡Huye, huye!—profirió la doncella fuera de sí, aterrorizada.—¡Huye, o estamos perdidos!

—¡Ah, maldita trompa!—aulló Tremal-Naik rechinando los dientes.

—¡Que llegan!—prosiguió la joven con entrecortada voz.—Si nos encuentran juntos, nos inmolarán a su espantoso ídolo. ¡Huye, huye!...

—¡Jamás!

—¿Quieres causar mi muerte?

—¡Yo te defenderé!

—¡Vete, desgraciado

Tremal-Naik, por toda respuesta, cogió la carabina y la armó; la jovencita estaba convencida de que aquel hombre era indomable

—¡Ten piedad de mí!—insistió no obstante, con angustia.—Van a venir.

—Pues bien, los espero—respondió Tremal-Naik.—Al primero que se atreva a levantar su mano sobre ti, juro por mi dios que le mato como a un tigre de la *jungla*.

—Pues bien, quédate, ya que te obstinas, valiente hijo de la *jungla*; yo te salvaré.

Recogió el *sari* y se dirigió hacia la puerta por la cual había entrado. Tremal-Naik se lanzó a detenerla.

—¿Dónde vas?—preguntó.

—A recibir al hombre que está para llegar y a impedir que entre aquí. A media noche volveré a tu lado. Ahora se cumplirá la voluntad de los númenes, y tal vez... huiremos.

—¡Dime tu nombre!

—Ada Corisanth.

—¡Ada Corisanth! ¡Ah, qué bello es este nombre! Ve, noble criatura: hasta la noche.

La jovencita se envolvió en el *sari*; contempló por última vez con ojos llorosos a Tremal-Naik y salió ahogando un sollozo.

CAPITULO VI

LA SENTENCIA DE MUERTE

Al salir de la pagoda, Ada, conmovida aún, sus ojos estaban llorosos, pero fulguraban con ira cuando penetró en un saloncillo cubierto de esteras pintadas y decorado por monstruosas divinidades, parecidas a la del templo. La serpiente con cabeza femenina, la estatua de bronce y el recipiente con el dorado pececillo no faltaban tampoco en aquel lugar.

Allí se hallaba un hombre paseando con visible impaciencia. Era un indio de gran estatura, delgado como un palo, de rostro enérgico, mirada intensa y feroz, y el mentón cubierto de escasa y crespa barba negra. Envolvía su cuerpo en un rico *dootée*, especie de manto de seda amarilla, tejida con oro, y en el centro se destacaba el misterioso emblema. Sus brazos desnudos se hallaban cubiertos de cicatrices blancas y de extraños signos indescifrables.

Al advertir a la joven, se separó de repente, y con mirada y con una sonrisa que daba espanto:

—¡Salve a la «virgen de la pagoda»!—exclamó arrodillándose ante la jovencita.

—¡Salve al caudillo predilecto de la divinidad!—respondió Ada con temblorosa voz.

Ambos callaron, mirándose fijamente; parecía que trataban de adivinarse recíprocamente los pensamientos.

—Virgen de la pagoda sagrada—dijo poco después el indio,—te amenaza un peligro inmenso.

Ada tembló: el acento de aquel hombre era ronco y amenazador.

—¿Dónde has estado esta noche? Me dijeron que habías entrado en la pagoda.

—Es cierto. Fuí a verter los perfumes que me enviaste a los pies de tu divinidad

—Di nuestra.

—Sí, de la nuestra—repitió la jovencita entre dientes.

—¿Qué has visto en el templo?

—Nada.

—Virgen de la pagoda, te amenaza un riesgo inminente—volvió a exclamar el indio con voz aún más sorda.—¡Lo he descubierto todo!

Ada dió un paso atrás, lanzando un alarido de terror.

—Sí—prosiguió su juez inexorable, con ira reconcentrada, —¡lo sé todo! Tu corazón condenado a no palpitar jamás en esta tierra, ha latido de amor por un hombre que viste en la *jungla*. Este hombre penetró la noche pasada en nuestros dominios y después de haber alzado la mano sobre nosotros y de haber cometido un delito horrendo, ha desaparecido, mas yo le encontraré. Ese joven ha entrado en la pagoda.

—¡No es cierto, no!—exclamó la desconsolada niña.

—¡Virgen de la pagoda, al amar a ese hombre has faltado a tus deberes! ¡Pide que no se atreva a elevar sus manos hacia tí!

—¡Nada de eso es cierto!—sollozó la jovencita angustiada.

—Ese hombre no saldrá vivo de aquí—profirió el indio con feroz alegría.—Está loco: querer desafiar nuestro poder, que hace temblar hasta a Inglaterra! La serpiente entró en la cueva del león, y éste la destrozará.

—¡No harás tal cosa!

El gran sacerdote sonrió desdeñosamente.

—¿Quién podrá oponerse a los deseos de nuestra diosa?

—¡Yo!

—¿Tú?

—Sí, yo, miserable. ¡Mira!

Ada, con un rápido movimiento, se despojó del *sari* y esgrimió un puñal envenenado sobre su hermosa garganta. El indio se demudó.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó angustiado.

—Suyodhana—dijo la jovencita con acento amenazador.—Si tocas un solo cabello de aquel joven, te juro que tu diosa se queda sin sacerdotisa.

—¡Arroja ese puñal!

—Jura tú, por tu divinidad, que Tremal-Naik saldrá vivo de aquí.

—Imposible: ese hombre está condenado; su sangre se halla ya destinada a la diosa.

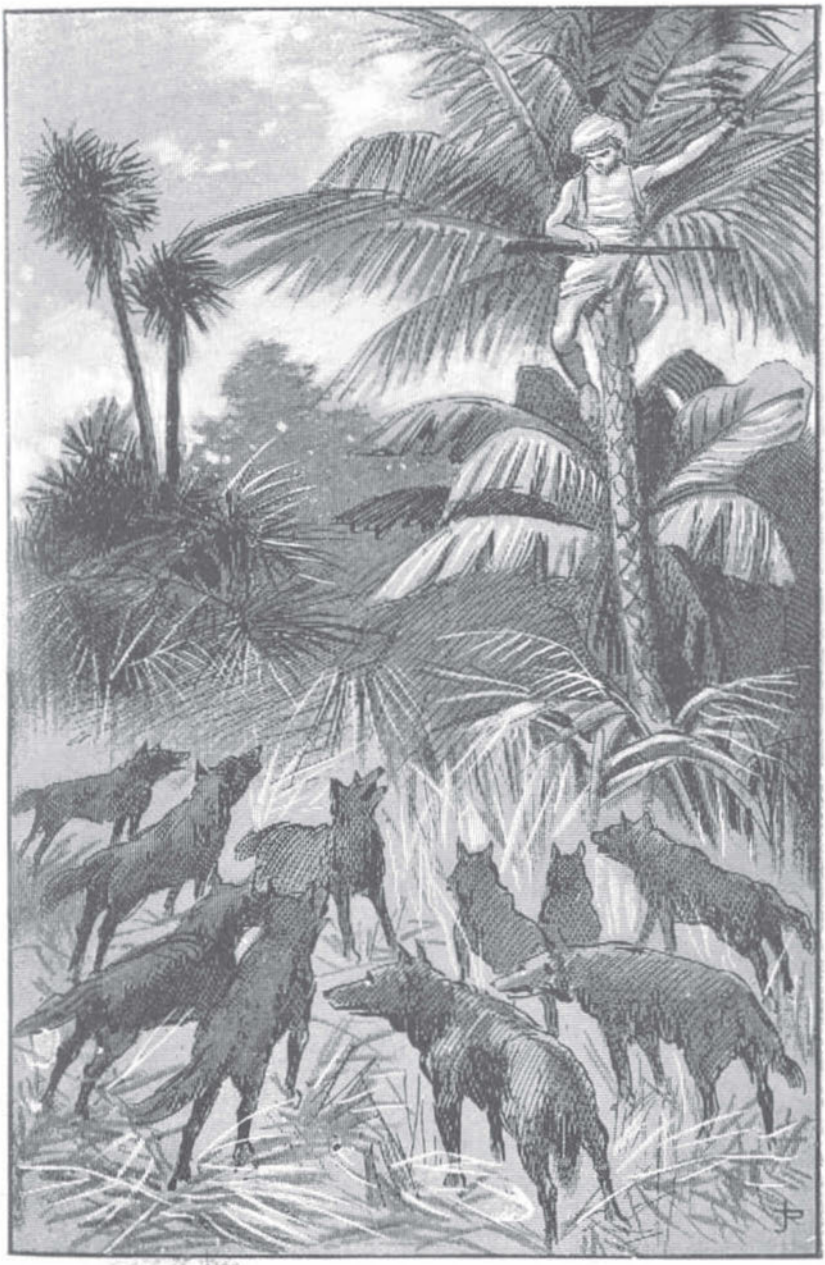
—¡Jura!—insistió Ada con acento terrible.

Suyodhana estuvo a punto de abalanzarse hacia ella; pero el temor de llegar demasiado tarde a impedir su muerte, le detuvo.

—Escucha, virgen de la pagoda—dijo con aparente calma.—Ese hombre se salvará, mas antes jura que no le seguirás amando.

Ada lanzó un gemido desgarrador, retorciéndose con desesperación las manos.

—Eres la predilecta de la diosa.



Pudo descansar pocas horas, porque un griterío infernal le desveló. (PÁG. 78)

¿Por qué quieres, monstruosa criatura, destruir tan presto una felicidad nacida apenas? ¿Para qué apagar tan pronto el rayo de sol que inundaba de gozo mi pobre corazón? No, no es posible que ahogue esta pasión, que cada momento se agiganta más.

—Haz lo que te propongo y le salvo.

—¿Pero serás inexorable? ¿No hay esperanza alguna? Yo reniego de tu espantosa deidad, que me causa horror y que he maldecido desde el primer día en que la fatalidad me trajo a vuestro lado.

—Somos inexorables—confirmó el sacerdote.

—¿Pero es que tú no has amado nunca?—preguntó la niña llorando de rabia.—¿No sabes lo que es una pasión avasalladora?

—No entiendo de amor—contestó inflexible el indio.—Jura, vírgen de la pagoda.

—¡Ah, maldito!...

—Pues bien—exclamó la infeliz con voz ahogada.—Juro... que... no amaré... más... a ese hombre...

Un grito desgarrador brotó de sus labios al terminar el juramento, se llevó las manos al corazón y cayó desvanecida sobre el pavimento. El indio lanzó una carcajada.

—Has jurado que no le amarás—dijo con satánico gozo, recogiendo el puñal que la jovencita había dejado caer;—pero yo no he jurado que él vivirá. ¡Alégrate, excelsa divinidad y goza; esta noche te ofreceremos una nueva víctima.

Acercó a sus labios un silbato de oro, y a los pocos momentos un indio, con el lazo arrollado a la cintura y el puñal es la mano penetró, arrodillándose ante Suyodhana.

—Hijo de las sagradas aguas del Ganges, aquí me tienes.

—Karna—dijo el gran sacerdote,—llévate a la virgen de la pagoda y vela a su lado.

—Cuenta conmigo, hijo del sagrado Ganges.

—La virgen tratará de matarse, pero tú se lo impedirás, pues la divinidad no la reclama todavía. Si ella muere, tú morirás también.

—Lo impediré.

—Reunirás ademas unos cincuenta fanáticos y los colocarás en torno de la pagoda. El hombre que hay en ella no ha de poder huir.

—¿Pero hay alguien en el templo?

—Sí, Tremal-Naik, el «cazador de serpientes» de la *jungla negra*, desde la madrugada está aquí.

El indio sujetó a la pobre niña entre sus brazos y salió. Suyodhana esperó a que cesase el ruido de los pasos, y después, arrodillándose ante la vasija de mármol en que nadaba el pececillo dorado.

—Padre mío—exclamó.

El pez, que se hallaba sumergido en el fondo de la pecera, al escuchar la voz, ascendió a la superficie.

—Padre mío—prosiguió el sacerdote,—un hombre, un miserable, ha elevado sus ojos hasta la virgen de la pagoda. Este hombre se halla en nuestras manos, ¿quieres que viva o que muera?

El pececillo se sumergió nadando precipitadamente. Suyodhana se alzó de repente, un siniestro relámpago fulguraba en sus ojos.

—¡La diosa le ha condenado—dijo con voz sorda,—y morirá!

. . . . . .

. . . . . .

Tremal-Naik, al quedar solo, se había dejado caer a los pies de la estatua, oprimiéndose con fuerza el corazón, que luchaba fieramente, cual si quisiera saltársele del pecho.

Jamás una emoción semejante había conmovido todas sus

fibras; jamás había experimentado un gozo tan profundo en su existencia solitaria y salvaje entre fieras y perros.

—¡Qué hermosa, qué hermosa es!—murmuraba, sin acordarse de que se hallaba en la pagoda maldita, y de que tal vez le espiaban cien ojos y cien oídos le escuchaban.—¡Ah serás mi esposa! Sí, delicada flor de la *jungla*, aunque tuviese que incendiar esta isla, aunque tuviese que luchar con los monstruos que te han condenado. Saldré de aquí, volveré a buscar a mis valientes compañeros, y entonces te robaré y salvaré. Has dicho que tus guardianes son fuertes y temibles, pero yo seré más fuerte y más terrible y les haré pagar bien caro las lágrimas que has derramado ante mí. El amor me dará la fuerza necesaria para acometer tal empresa.

Se había levantado y paseaba agitadísimo, con los puños apretados convulsivamente y el rostro descompuesto por una ira reconcentrada.

—Pobre Ada—continuó con profunda ternura.—¿Qué castigo pesa sobre ti? ¿Por qué no puedes amarme? Me has dicho que la muerte tronchará la preciada flor de tu existencia el día en que fueses mi esposa; pero yo detendré a la muerte; yo la aniquilaré con mis propias manos. ¡Ah! llegaré a descubrir este tremendo misterio, y ese día terminaré con los que te han ocndenado.

Se detuvo al escuchar las agudas notas del *ramsinga*.

—¡Maldito instrumento! — profirió. — ¡Siempre resuena en mis oídos!

Un escalofrío le acometió al asaltarle un pensamiento que exteriorizó, exclamando:

—Esta trompa anuncia alguna desventura, ¿me habrán descubierto, o habrán matado al pobre Kammamuri?

Contuvo la respiración y escuchó atentamente, y advirtió unas voces que parecían sonar en el exterior.

—¿Qué sucede? Afuera debe haber gente, ¿serán los habitantes de estos fúnebres lugares?

Miró en torno suyo con supersticioso terror; pero vió que se hallaba solo; fijó los ojos en la abertura del techo y estaba como siempre.

—Algo va a suceder, lo presiento—murmuró en voz baja. —Mas ahora demostraré quién es Tremal-Naik cuando se bate.

Examinó la carga de los pistolas y de la carabina, temiendo que alguna mano misteriosa se las hubiera robado; inspeccionó también la hoja de su puñal, teñido cien veces con sangre de los tigres y de las terpientes, y se ocultó tras la monstruosa estatua del mejor modo que le fué posible.

Las horas pasaban con una lentitud aterrorizadora para el indio, condenado a una inmovilidad casi absoluta y a un forzado ayuno.

Las sombras de la noche invadieron poco a poco toda la pagoda; a las nueve, la obscuridad era tan profunda, que no se veía a un paso de distancia, aunque la luna brillaba en el cielo reflejándose sobre la gran bola de bronce dorado y sobre la serpiente con cabeza de mujer.

El *ramsinga* no había vuelto a esparcir sus fúnebres notas y un silencio misterioso reinaba en el recinto.

Tremal-Naik no hacía más movimiento que acercar el oído a las frías losas del templo y escuchar con profunda atención.

Una voz secreta le decía que velase y desconfiara; muy pronto comprendió que aquella voz no mentía, porque hacia las once, cuando más densas eran las tinieblas, un rumor extraño aun indefinible llegó hasta él.

Parecía que alguien descendía de lo alto por la cuerda que sostenía la lámpara. Tremal-Naik, aunque hizo potentes esfuerzos, no pudo ver lo que era. Por toda precaución, em-

puñó las pistolas y se levantó silenciosamente, quedándose de rodillas.

—¿Quién será? Ada es imposible, porque la media noche aún no ha llegado; ¿si serán esos hombres terribles?

Una llamarada de ira encendió su rostro.

—Desdichado del que entre.

Un tintineo metálico sonó entre las tinieblas. Era la lámpara, que se agitaba sin duda al descender alguna persona desde lo alto.

Tremal-Naik no tuvo más paciencia.

—¿Quién va?—preguntó.

Nadie respondió a la pregunta; pero el ruido cesó.

—¿Me habré equivocado?—se preguntó.

Se levantó y miró hacia arriba. Allí, sobre la cúpula, la luna continuaba reflejándose sobre la bola de bronce y se descubría parte de la cuerda que sostenía la lámpara; pero no se veía ningún sér humano.

—Es extraño—dijo Tremal-Naik algo inquieto.

Volvió a inclinarse y a mirar en torno suyo.

Pasaron unos veinte minutos y la lámpara volvió a tintinear.

—¿Quién está ahí?—preguntó con voz estridente,—si hay alguien, que dé la cara, que Tremal-Naik le espera.

Nuevo silencio. Entonces se colgó de los pies de la gigantesca estatua, ascendió a los brazos, se elevó hasta posar los pies sobre la cabeza y sujetó la lámpara, sacudiéndola con furia.

Una carcajada resonó en la pagoda.

—¡Ah!—exclamó Tremal-Naik, que se sintió invadido de rabia.—Si hay alguien que se ríe desde allí, ahora verá.

Reconcentró sus hercúleas fuerzas, y sacudiendo furiosamente la cuerda, la partió; la lámpara cayó con un estrépito ensordecedor, resonando en todo el templo.

Una segunda carcajada hizo que Tremal-Naik descendiese de la estatua y se escondiera tras ella.

Ya era tiempo. Se abrió una puerta y un indio alto y delgado, ricamente vestido, con un puñal en una mano y una antorcha en la otra, apareció.

Aquel hombre era el cruel Suyodhana: un gozo infernal se reflejaba en su bronceado rostro, y en sus ojos fulguraba un siniestro relámpago.

Se detuvo un momento a contemplar la mostruosa divinidad, tras la cual se hallaba «el cazador de serpientes», con el puñal en la boca y las pistolas en las manos. Tras el gran sacerdote, avanzaron veinticuatro indios, colocándose doce a la derecha y doce a la izquierda, armados todos ellos de cuchillos y lazos.

—¡Hijos míos—dijo Suyodhana con un acento estremecedor,—ha llegado la media noche!

Los indios desarrollaron las cuerdas, blandieron los puñales y colocaron las antorchas en algunos agujeros de las piedras.

—¡Estamos prestos a vengarnos!—contestaron a coro.

—Un impío—prosiguió el sacerdote,—ha profanado la pagoda de nuestra diosa. ¿Qué pena merece?

—¡La muerte¡—respondieron los fanáticos.

—¡Tremal-Naik!—gritó Suyodhana con terrible acento.—¡Sal!

Una carcajada le contestó; después el «cazador de serpientes», que todo lo había oído, apareció, lanzándose de un solo salto ante la monstruosa divinidad.

No parecía el mismo hombre, sino un verdadero tigre, arrancado de la *jungla*. Una feroz sonrisa entreabría sus labios; su rostro era cruel, se hallaba alterado por una cólera furiosa y sus ojos lanzaban siniestros rayos.

El salvaje hijo de la *jungla* aparecía dispuesto a rugir y a morder.

—¡Ah, ah!—exclamó riendo.—¿Queréis matar a Tremal-Naik? Bueno. Se ve que no conocéis aún al «cazador de serpientes». Mirad, asesinos, cuánto os desprecio.

Elevó las dos pistoras, descargándolas, y las tiró después. Luego disparó la carabina, utilizándola por último como una maza.

—Ahora—dijo,—el que se sienta capaz de ello, que se ponga ante mí. ¡Me bato por la mujer que vosotros, infames y malditos, habéis condenado!

Dió un salto hacia atrás y se preparó a defenderse, lanzando su grito de guerra.

—¡Adelante, adelante—bramó,—que lucho por la virgen de la pagoda!

Un indio, sin duda el más fanático, salió a su encuentro, haciendo silbar el lazo por el aire.

Pero ya sea que lo arrojase muy lejos, o que se deslizara, lo cierto es que erró el golpe y fué a caer a los pies de Tremal-Naik.

La terrible maza se elevó y con rapidez fulminante aplastó el cráneo del indio, cuya muerte fué instantánea.

—¡Adelante, adelante!—repitió.—¡Combato por mi Ada!

Todos los indios se lanzaron, cual un solo cuerpo hacia el «cazador de serpientes», que movía como un molinete la carabina, cual atacado de fulminante demencia.

Otro sectario cayó, pero el arma no resistió aquel segundo golpe y se despedazó entre las manos de su dueño.

—¡Muera, muera!—vociferaron los indios, ciegos de ira.

Un lazo cayó sobre Tremal-Naik, oprimiéndole el cuello; pero él lo arrancó de manos del estrangulador, empuñó su cuchillo y saltó sobre la estatua de bronce, llegando a subir hasta la cabeza.

—¡Fuera, fuera!—gritó lanzando feroces miradas.

Se encogió como un tigre, y saltando sobre la cabeza de sus adversarios, trató de ganar la puerta; pero no tuvo tiempo: dos cuerdas le sujetaron los brazos y golpeándole dolorosamente las bolas de plomo.

Lanzó un terrible alarido; los indios, en un momento, cayeron sobre él, como una jauría alrededor del jabalí, y a pesar de su potente resistencia, quedó sólidamente ligado y reducido a la inmovilidad.

—¡Socorro, socorro!—profirió ahogándose.

Con hercúleo esfuerzo destrozó dos cuerdas, que era todo lo que podía hacer; pero nuevos lazos le oprimieron con tal fuerza, que se le ennegrecieron las carnes.

Suyodhana, que había contemplado impasible aquella lucha desesperada de un solo hombre contra veintidós, se acercó, mirándole con satánico regocijo durante algunos minutos.

Tremal-Naik, no pudiendo hacer otra cosa, le escupió al rostro.

—¡Impío!—exclamó el «hijo de las sagradas aguas del Ganges».

Y oprimiendo con fuerza un puñal, amenazó al prisionero, que le sonreía desdeñosamente.

—Hijos míos—preguntó,—¿qué pena merece este hombre?

—¡La muerte!—contestaron todos a una.

—Pues bien: ¡muera!

Tremal-Naik lanzó un grito postrero.

—¡Ada... mi pobre Ada!

La hoja del puñal vengador ahogó la voz en su pecho; se extravió su vista, sus miembros se agitaron con violenta sacudida, y después se quedaron rígidos. Un arroyo de sangre se deslizó por sus vestiduras, manchando el pavimento.

—Kali—dijo Suyodhana volviéndose hacia la estatua de

bronce,—escribe en tu libro negro el nombre de esta nueva víctima.

A un signo suyo, dos individuos cogieron al desdichado Tremal-Naik.

—Arrojadlo a la *jungla*, para que sea pasto de los tigres. ¡Que perezcan del mismo modo todos los impíos!

CAPITULO VII

KAMMAMURI

Kammamuri, después de separse de su amo, había recorrido la senda que conducía al río, tratando de seguir las huellas del indio que le precedía; mas fuerza es confesar que el bravo maharato se separaba de su dueño bien a pesar suyo y casi con remordimiento.

Temía, y con razón, que Tremal-Naik cometiese alguna locura, sabiendo que quería volver a contemplar la misteriosa visión; y por eso, a cada diez pasos se detenía titubeando, dispuesto a retroceder, a pesar del mandato del «cazador de serpientes».

¿Cómo volver a la cabaña, sabiendo que su amo se hallaba en la *jungla* maldita, donde pululaban los enemigos, de igual modo que crecían los bambúes? Le parecía un absurdo, una cosa imposible, casi un delito.

No había recorrido aún media milla, cuando decidió desandar lo andado, aun a costa de enojar a Tremal-Naik,

—En fin — pensó el valiente maharato, — un compañero siempre podrá ayudarle. Valor, pues, y ojo avizor.

Giró sobre sus talones y se dirigió nuevamente hacia el punto de partida, no volviéndose a acordar del indio, que hasta entonces le había precedido. No había dado aún veinte pasos, cuando escuchó una voz desesperada que profería:

—¡Favor, favor!

Kammamuri dió un salto.

—¡Favor!—murmuró.—¿Quién lo pedirá?

Se detuvo a escuchar: el vientecillo nocturno que soplaba del oeste le transportó un agudo silbido.

—Allí sucede algo—dijo el *maharato* inquieto.—El que ha gritado debe hallarse en la dirección que seguía mi amo. ¿Habrá algún asesino?

El miedo de caer en manos de los indios era fuerte; pero la curiosidad pudo vencerle.

Cogió la carabina y se dirigió hacia el oeste, separando con precaución los bambúes. En aquel instante se oyó una detonación.

El *maharato* se quedó helado; había oído sonar tantas veces la carabina de Tremal-Naik, que no podía dudar de que aquel arma era la suya.

Un cuarto de hora después se halló en una especie de plazoleta, en el centro de la cual se agitaba un objeto muy largo y obscuro; aquel cuerpo lanzaba silbidos agudos, cual los de las serpientes cuando están irritadas.

—¡Bah, una pitón!—exclamó Kammamuri, que familiarizado con los reptiles, no los tenía miedo alguno.

Iba a alejarse para evitar el asalto, cuando observó que el reptil no estaba entero y que cerca de él yacía un cuerpo humano.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Si será mi amo!—murmuró.

Cogió la carabina por el cañón, afrontó al reptil, que se retorcía con furia, desangrándose, y le aplastó la cabeza. Libertado del monstruo, corrió hacia el cuerpo, que no daba señales de vida.

—¡Visnú sea bendito!—exclamó lanzando un suspiro.—No es él.

Era un indio: el mismo que al querer lanzarse contra Tremal-Naik habían aprisionado los anillos de la pitón. El pobre diablo era tan sólo una masa informe, triturada e inundada en sangre.

Tenía la boca desmesuradamente abierta y llena de espuma sanguinolenta, los ojos fuera de las órbitas, puntas de huesos salían por el pecho, horriblemente despedazado, y los miembros triturados se hallaban esparcidos en tierra.

—El pobre no ha podido resistir a la potente opresión—dijo,—tanto peor para él; este indio no puede ser más que uno de los que trataban de cazarnos, porque veo sobre su pecho el misterioso tatuaje. Pero aquí corro el peligro de ser descubierto.

Efectivamente, los bambúes se agitaron y él se echó en el suelo prontamente, extendiéndose sobre la hierba, permaneciendo inmóvil como el cadáver que se hallaba a su lado.

Si no le habían visto aún, podría escapar sin que lo advirtiesen los que habían agitado los árboles.

El ruido había cesado, pero era forzoso desconfiar. Los indios son tan pacientes como los pieles rojas de América, y acechan la víctima, no sólo horas, sino días si es preciso; y Kammamuri, como compatriota suyo, no lo ignoraba.

Permaneció así algún tiempo, y después alzó la cabeza para mirar en torno suyo.

Un triste silbido hirió el aire y sintió oprimirle un lazo que una mano muy diestra había arrollado a su cuello.

Contuvo un grito, detuvo con potente mano la cuerda, impidiendo que le estrangularen, y volvió a caer entre las hierbas, agitándose, cual un agonizante. La astucia le salvó.

El estrangulador, que se hallaba emboscado tras un grupo de cañas de azúcar, creyendo que la víctima estaría espirando, saltó fuera para rematarla con el puñal. Kammamuri sujetaba una de las pistolas y la dirigía a él.

—¿Estás muerto?—gritó el indio.

Una detonación hirió las tinieblas; el estrangulador se tambaleó, llevándose las manos al pecho, y cayó sobre las altas hierbas.

Kammamuri se dirigió hacia él con la otra pistola en la mano.

—¿Dónde está Tremal-Naik?—le preguntó.

El indio trató de volverse a levantar, pero cayó otra vez. Un chorro de sangre salió por su boca, puso los ojos en blanco y después quedó rígido: estaba muerto.

—Huyamos—murmuró Kammamuri,—dentro de poco le buscarán sus compañeros.

Y emprendió rápida fuga, persuadido de que el muerto era el indio que le precedía antes y que Tremal-Naik había logrado salvarse.

Corrió más de una milla, internándose en la *jungla*, tratando de seguir un camino recto para llegar a la ribera del río y esperar allí la vuelta de su amo, a quien no quería abandonar. Sería media noche cuando se halló en el fin de una floresta de palmeras y cocos, árboles soberbios que superan en belleza a las palmas datileras; uno solo basta para proveer a una numerosa familia de alimento, bebida e indumentaria.

El *maharato* no quiso seguir adelante; se subió a uno de los enormes árboles e instaló allí su domicilio, seguro

de no verse asaltado por los indios y menos aún por los tigres, que debían abundar en la isla.

Se acomodó sobre el tronco, se ató con la cuerda que había cogido al estrangulador y se durmió.

Pudo descansar pocas horas, porque un griterío infernal le desveló. Una gran manada de chacales había rodeado el árbol y amenizaban la soledad con una horrenda serenata. Esos animales, muy parecidos a los lobos, que pululan como las hormigas por casi toda la India y cuyos mordiscos se cree que son venenosos, trataban de asaltar el tronco, dando brincos inverosímiles y aullando desgarradoramente.

Kammamuri hubiese deseado alejarlos con algunos disparos, pero el llamar la atención de los indios le causaba más miedo que los aullidos de las fieras, y se resignó a escuchar su concierto, que duró hasta después del alba.

Entonces pudo disfrutar del sueño, que debió prolongarse indefinidamente, porque al abrir los ojos, el sol declinaba rápidamente. Arrancó un coco completamente maduro, tan grueso como la cabeza de un hombre; se comió una buena porción de su pulpa endurecida, que tiene un sabor parecido al de las almendras, y se puso decididamente en marcha, con intención de buscar a Tremal-Naik.

Atravesó el bosque de cocoteros, y cuando la noche estaba bastante avanzada, volvió a entrar en la *jungla*, deteniéndose de cuando en cuando a examinar el terreno, con la esperanza de hallar alguna huella de su amo. Desesperando hallar ningún indicio que le pudiera guiar, estaba para buscar un árbol en que pasar lo restante de la noche, cuando dos sordos disparos le detuvieron.

—¡Ah!—exclamó sorprendido.

Un tercer dispero, más fuerte que los otros, turbó el silencio.

—¡El amo!—gritó.—Esta vez no se me escapará.

Echó a correr hacia el sur con la velocidad de un caballo, y media hora después llegaba a una ancha plazoleta donde iluminada por la espléndida luna, se destacaba una grandiosa pagoda. Dió algunos pasos, pero volvió rápidamente hacia atrás.

Dos hombres se dirigían hacia la *jungla*, llevando un cuerpo que parecía inerte.

—¿Qué es esto?—murmuró el *maharato*, que iba de sorpresa en sorpresa,—¿vendrán a enterrar ese cadáver en la *jungla*?

Se alejó, ocultándose entre unas plantas, desde donde podía ver sin ser advertido.

Dos indios atravesaron rápidamente la plazoleta, deteniéndose cerca de los bambúes.

—Animo, Sonephur—dijo uno de ellos,—echémosle ahí en medio, y estoy seguro de que mañana no hallaremos más que los huesos, si es que los tigres son capaces de dejarlos.

—¿Lo crees así?

—Claro está; nuestra amada diosa se encargará de echar sobre él media docena de esas fieras. Este indio es un hermoso bocado y bastante joven.

Los dos miserables lanzaron una ruidosa carcajada en son de burla.

—Cógelo bien, Sonephur.

—Vamos, a la una... a las dos...

Hicieron oscilar el cadáver y lo arrojaron en medio de la *jungla*.

—¡Buena suerte!—gritó uno.

—¡Buenas noches!—añadió el otro irónicamente,—mañana por la mañana vendremos a hacerte una visita.

Y se alejaron riendo ruidosamente.

Kammamuri había asistido a aquella escena, y en cuanto

los dos indios se hallaron lejos, salió de su escondite, e impelido por una fuerte curiosidad, se acercó al cadáver.

Un grito desgarrador brotó de sus labios.

—¡El amo!—exclamó con voz ahogada.—¡Ah... los miserables!

Efectivamente, era Tremal-Naik. Tenía los ojos cerrados, el rostro horriblemente alterado, y en medio del pecho se alzaba el mango de un puñal; la ropa estaba teñida en sangre que brotaba aún de la profunda herida.

—¡Amo mío, pobre amo mío!—sollozó el *maharató*.

Apoyó sus manos sobre el pecho y dió un salto, cual si hubiese tocado una pila eléctrica. Le parecía haber sentido latir el corazón.

Acercó el oído y escuchó, conteniendo la respiración. No había duda: Tremal-Naik no había muerto, porque su corazón aún aplpitaba.

—Tal vez no se halla herido mortalmente—murmuró temblando de emoción.—Calma, Kammamuri, y trabajemos sin perder un momento.

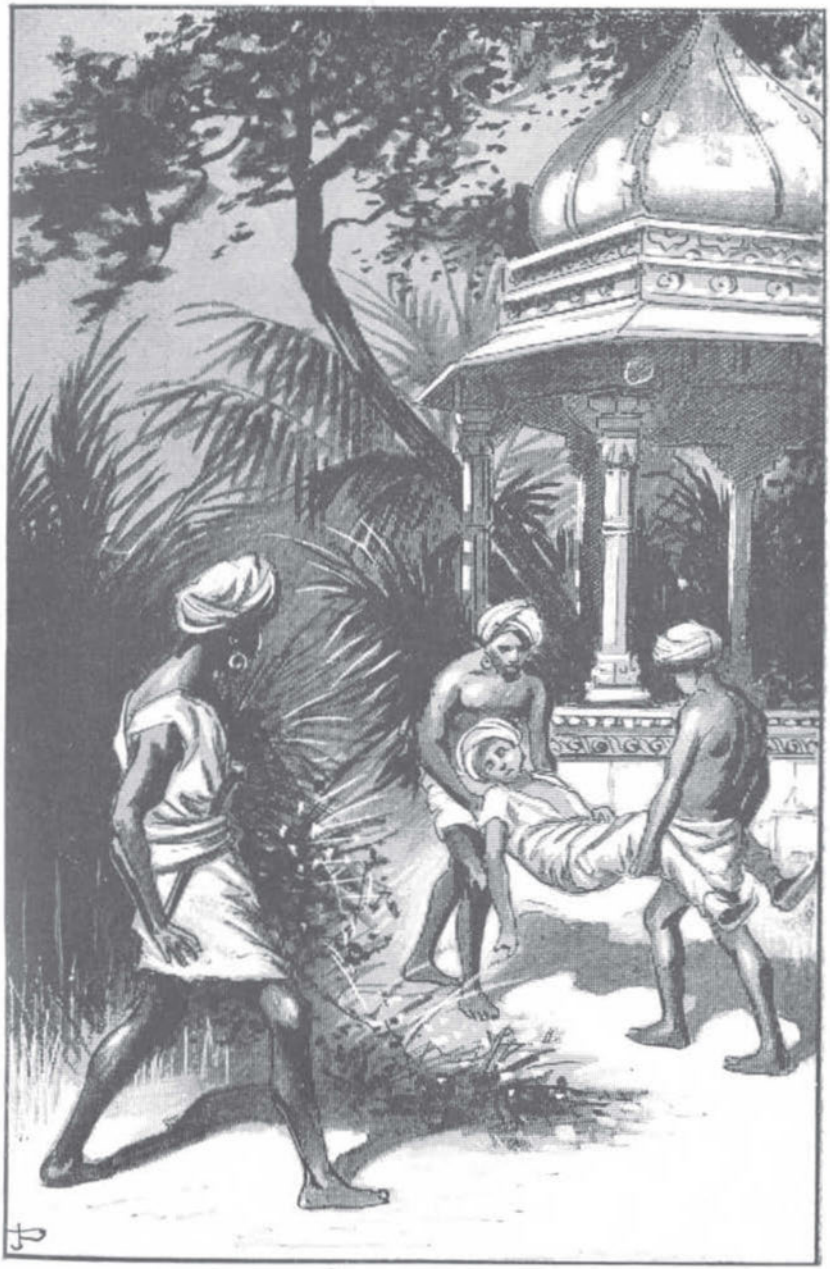
Arrancó con precaución el *kurty*, dejando desnudo el pecho de Tremal-Naik. El puñal se hallaba clavado entre la sexta y séptima costilla, mas sin haberla tocado.

La herida era terrible; pero tal vez no sería mortal, y Kammamuri, que entendía de ellas más que un médico, se dispuso a curarle.

Cogió suavemente el arma y, evitando todo choque, la sacó por completo: un chorro de sangre tibia y roja brotó de los labios de la herida. Esto era buena señal.

—Se curará—pensó el *maharato*.

Arrancó un pedazo al *kurty* y contuvo la hemorragia, que podía ser mortal para el herido. Pero necesitaba un poco de agua y algunas hojas de *youma*, para colocarlas sobre la llaga y apresurar la cicatrización.



Dos hombres se dirigían hacia la jungla, llevando un cuerpo que parecía inerte. (PÁG. 79)

BIBLIOTECA NACIONAL

—Es necesario alejarnos de aquí para encontrar un estanque—murmuró.—Tremal-Naik es fuerte, un hombre de acero y soportará el que le transporte sin empeorar su herida. ¡Animo, Kammamuri!

Reunió todas sus fuerzas, le cogió entre los brazos lo más suavemente que pudo y se alejó tambaleándose, dirigiéndose hacia el este, o sea hacia el río.

A cada cien pasos se detenía para tomar aliento y para observar si el amo daba señales de vida; inundado de sudor, sosteniéndose apenas de pie, recorrió más de una milla y se detuvo sobre la ribera de un estanque de agua purísima, rodeado por una triple hilera de diminutos bananos y cocoteros.

Depositó al herido sobre un montoncillo de hierba y aplicó sobre los bordes de la llaga un trapo empapado en agua. A aquel suave contacto, un débil suspiro, que más parecía un gemido, salió de los labios de Tremal-Naik.

—¡Amo, amo mío!—exclamó el *maharato*.

El herido agitó las manos y abrió los ojos, fijándolos en Kammamuri.

Un rayo de alegría iluminó su bronceado rostro.

—¿Me reconoces?—preguntó el afectuoso siervo.

El herido hizo una señal afirmativa con la cabeza y movió los labios, como si quisiera decir algo; pero no pudo articular más que un sonido confuso, imperceptible.

—Aun no puedes hablar—dijo el criado,—pero ya me lo contarás todo y nos vengaremos de esos miserables, que te han maltratado de tal modo.

La mirada de Tremal-Naik miró con intenso fuego y apretó los dedos arrancando las hierbas.

Debía haber comprendido lo que Kammamuri decía.

—Calma, calma; ahora buscaré algunas plantas que te

curarán, y dentro de cuatro o cinco días abandonaremos estos lugares y te conduciré a la cabaña, a terminar tu curación.

Le recomendó de nuevo silencio y completa inmovilidad, separó las matas para ver si los acechaban o si se escondía alguna feroz serpiente, y se alejó.

No tardó mucho en encontrar algunas matitas de *youma*, llamadas vulgarmente «lengua de serpiente», cuyo jugo es un bálsamo precioso para las heridas.

Recogió una porción, y se disponía a volver; pero a los pocos pasos se detuvo y cogió las pistolas.

Le había parecido ver una masa negra emboscarse silenciosamente entre los bambúes; parecía más bien un animal que un sér humano.

Olfateó con fuerza el aire y advirtió un olor selvático.

—Cuidado, Kammamuri—se dijo,—tenemos un tigre a la vista.

Cogió el cuchillo y avanzó intrépidamente hacia el estanque, mirando atentamente en torno suyo. Esperaba hallarse de un momento a otro frente al feroz carnívoro; pero, no, llegó hasta los árboles sin verle por ningún lado.

Tremal-Naik se hallaba en el mismo sitio, y parecía estar dormido, lo que regocijó al valiente *maharato*. Se puso cerca la carabina y las pistolas para hallarse pronto a la defensa, masticó las plantas, a pesar de su insoportable amargor, y las aplicó a la llaga.

—Esto va bien—dijo restregándose las manos.—El amo estará mañana mejor, y podremos irnos de este sitio, que no me parece muy seguro. Los indios, dentro de pocas horas, volverán a la *jungla*, y no hallando el cadáver, se dispondrán a la lucha. No hay que dejarse prender...

Un formidable aullido, el de un tigre, le impidió terminar

la frase. Volvió rápidamente la cabeza y alargó instintivamente las manos hacia las armas.

Allí, a quince pasos, encogido cual si fuera a lanzarse, se hallaba un enorme tigre real, que le miraba con dos ojos brillantes, que tenían los azulados reflejos del acero.

CAPITULO VIII

UNA NOCHE TERRIBLE

Tremal-Naik se despertó súbitamente al escuchar el rugido de la fiera, y trató de incorporarse cual si fuese a coger su fiel cuchillo; se reanimaba como el soldado al escuchar la señal de ataque.

—Kammamuri—articuló con un supremo esfuerzo.

—¡No te muevas!—exclamó el *maharato* fijando sus ojos en el felino, que proseguía en actitud amenazadora,—ya me prevengo para todo; acomódate y no tengas cuidado por mi vida.

—¡El tigre!—repitió el herido.

El *maharato* empuñaba una pistola, pero no se atrevía a disparar por temor de errar el golpe, y más aún de llamar la atención de los enemigos.

Al tigre, aunque se disponía a salir, le intimidaba sin duda el cañón de la pistola que tenía en frente, cual si conociera sus temibles efectos. Se golpeó tres o cuatro veces los flancos con la cola, como los gatos cuando están colé-

ricos, lanzó otro aullido más intenso que el primero y comenzó a andar hacia atrás, levantando la tierra con sus potentes pisadas, sin quitar los ojos del siervo que le seguía mirando imperturbablemente.

—¡Kam... ma... muri... el ti... gre...!—volvió a balbucear Tremal-Naik, esforzándose para incorporarse.

—No temas, se va; sin duda no se atreve a atacar al «cazador de serpientes» y a su fiel *maharato*—dijo en tono de broma,—continúa quieto, que todo marcha bien.

Al poco tiempo, el felino enderezó las orejas cual si tratase de escuchar, lanzó otro aullido y se internó en lo intrincado de la *jungla*, desapareciendo.

Kammamuri se hallaba sumamente inquieto.

—¿Quién habrá espantado al tigre?—se preguntó con ansiedad.—Alguien se acerca.

Se lanzó hacia los árboles y examinó la *jungla*, que se extendía a unos cien pasos; pero no vió a nadie y se apresuró a volver al lado de Tremal-Naik, que continuaba sobre su lecho de hojas.

—¿Y el tigre?—preguntó el herido.

—Desapareció—contestó el aludido, disimulando su inquietud.—Ha tenido miedo de mi pistola; duerme y no pienses en nada.

El herido lanzó un sordo gemido.

—¡Ada!—balbuceó.

—¿Qué quieres, amo mío?

—¡Ah! ¡qué hermosa... qué hermosa era!

—¿Qué quieres decir? ¿quién era hermosa?

—Mal...de...ci...dos, me la... han ro...ba...do... pero...

Apretó los dientes con rabia y clavó las uñas en la tierra.

—¡Ada!... ¡Ada!...—repitió.

—Delira—pensó el *maharato*.

—Sí, me la han... ro...ba...do—continuó el herido;—pero... la vol...ve...ré a encon...trar...

—No hables, amo mío, que corremos un gran peligro.

—¿Peligro—balbuceó Tremal-Naik, sin comprenderle.—¿Quién... habla de pe...li...gro? Volveré aquí... sí... infames...¡con Darma... que... os... devorará... a to...dos!

Agitó los brazos con ímpetu furioso, cerró los ojos y quedó inmóvil como un muerto.

—Duerme—dijo Kammamuri;—tanto mejor: por lo menos sus gritos no nos descubrirán. Ahora en guardia, que el tigre tal vez nos acecha.

Se sentó, cruzando las piernas según costumbre turca, colocó la carabina sobre las rodillas, procuró no dormirse y esperó pacientemente a que amaneciese, cuidando de hacer la guardia a conciencia.

Pasaron una, dos, tres horas sin que nada aconteciese; ningún tigre aulló, ningún silbido de serpiente, ningún rugido de chacal turbó el silencio que reinaba en la misteriosa *jungla*; sólo de cuando en cuando un soplo de aire, cargado de pestilentes emanaciones agitaba y curvaba los arbustos.

Las tres debían ser cuando un ruido turbó el silencio. Era un sonido especial que parecía hacer *niff, niff*.

El *maharato*, sorprendido y algo alarmado, se levantó conteniendo la respiración. El misterioso *niff, niff* se repitió muy cerca.

Armó la carabina y se acercó, sin hacer ruido, a los árboles. A treinta pasos se movía un enorme animal de unos doce pies y de pesadas y macizas formas. Tenía la piel llena de protuberancias, la cabeza grande y algo triangular, las orejas erguidas, y sobre la cavidad ósea de las narices un agudo cuerno muy prolongado.

Kammamuri comprendió en seguida la clase de enemigo con quien tenía que luchar, y se aterrorizó.

—¡Un rinoceronte, estamos perdidos!...

No disparó la carabina, pues sabía que la bala hubiera resbalado sobre aquella piel, más resistente que una coraza de acero. Claro que podía herirle en un ojo, que es el único punto vulnerable, pero el temor de errar el golpe y de ser atacado por el tremendo animal, le sugirió la idea de estarse quieto para no ser descubierto.

El rinoceronte parecía presa de viva irritación, cosa que sucede con frecuencia a este animal intratable, grosero, brutal y de escasa inteligencia. Se lanzaba cual si se hallase acometido de locura contra los bambúes y se entretenía en troncharlos con una agilidad verdaderamente pasmosa en un animal de su estructura. De cuando en cuando se detenía, respirando ruidosamente, se tumbaba en el suelo, revolcándose, arrancaba las hierbas con su agudo cuerno y atacaba nuevamente a los bambúes.

Kammamuri no se atrevía ni a respirar, para no llamar la atención del cuadrúpedo, sudaba, cual si se hallase recibiendo los vapores de una caldera en ebullición, y apretaba con mano convulsa la carabina. Tenía un miedo horrible de que el animal se acercase al estanque y descubriera a Tremal-Naik.

Permaneció indeciso algunos instantes; pero, por fin, se acercó a su amo, y arrancando toda la hierba que pudo, cubrió por completo al herido y se ocultó después bajo un *banian*.

—No puedo hacer otra cosa—pensó.

El rinoceronte continuaba destrozando arbustos. Se sentía a la tierra crugir bajo su peso; los bambúes se desgajaban y su formidable respiración semejaba el són de una trompa.

De pronto escuchó Kammamuri el maullido del tigre, y le faltó tiempo para correr hacia el estanque, mirando a su alrededor con espanto.

Sobre el árbol de que se había separado descubrió al tigre agazapado en una de las ramas; sus ojos fulguraban, cual los de un gato, y sus garras despedazaban la corteza del tronco.

Apuntó con el fusil hacia la fiera, que asustada se lanzó para ocultarse en la *jungla*, pero se halló delante del rinoceronte.

Las dos fieras se contemplaron un momento. El tigre, que debía saber la mala parte que tendría en una lucha con aquel brutal coloso, trató de huir, pero no tuvo tiempo.

El rinoceronte lanzó su grito peculiar, bajó la cabeza mostrando su agudo cuerno y se lanzó con furia sobre la fiera, sacudiendo rabiosamente su corto rabo.

El choque fué terrible. El felino había dado un salto formidable, cayendo sobre la grupa del coloso, que se echó en el suelo para desmontar a su adversario.

—¡Bravo rinoceronte!—murmuró Kammamuri.

Los dos enemigos se habían levantado nuevamente, precipitándose el uno contra el otro. El segundo asalto no fué afortunado para el tigre: el cuerno de su rival se le hundió en el pecho, lanzándole con tal fuerza, que subió a unos veinte metros de altura. Trató de volver a levantarse aullando de dolor y volvió a volar aún a más altura, perdiendo un torrente de sangre. El rinoceronte no se detuvo y embistiéndole por tercera vez, le destripó, y con sus pesadas patas le aplastó contra la tierra, convirtiendo a su enemigo en un montón de carne y huesos.

Todo esto había sucedido en pocos momentos. El coloso, satisfecho, lanzó dos o tres veces el sordo gruñido y se internó por la *jungla*, arrancando bambúes, pero sin alejarse del estanque.

Esto hacía muy difícil la situación de los dos indios, porque el potente animal podía oir sus voces y aparecer de improviso entre los árboles.

El *maharato* sabía que no tenían la probabilidad de salvarse ni aun huyendo, porque todos los rinocerontes superan en la carrera aun a los hombres más ágiles.

La retirada del animal había sido muy oportuna, porque Tremal-Naik era presa del delirio y llamaba a Kammamuri.

Este se apresuró a reunirse con su amo y a libertarle de las hierbas que lo cubrían.

—Silencio—le dijo poniéndole un dedo sobre los labios.—Si nos oyen estamos irremisiblemente perdidos.

Pero Tremal-Naik agitaba desesperadamente los brazos y de sus labios brotaban palabras incoherentes.

—¡Ada... Ada!—profería, abriendo desmesuradamente los ojos,—¿dónde estás, vrigen de la pagoda?... ¡Ah, ya me acuerdo... sí, a la media noche!... Llegaron armados... eran muchos... todos iban contra mí; ¡pero yo no temblé!... ¡Ada, soy el «cazador de serpientes»! ¡Soy poderoso! ¡Vi al hombre que te había condenado!... era muy cruel y quería estrangularme... ¿Por qué llevan esos hombres esa serpiente sobre el pecho?... ¡cuántas serpientes con cabeza de mujer... ¿Miedo yo?... ¡Tremal-Naik...

—¡Silencio, amo mío!—suplicó Kammamuri, que escuchaba al maldito animal saltar furiosamente a la entrada de la *jungla*.

El herido le miró con los ojos entornados y prosiguió en voz alta:

—Era de noche, una noche muy obscura... yo descendía y abajo se hallaba la visión. La vi verter los perfumes, ¿por qué adoras a la divinidad?... ¿no me amas?... Sonríes, pero yo estoy temblando. ¡Ignoras cuánto te ama el «cazador de serpientes»!... ¿Tengo tal vez un rival?... ¡Pobre de él!... Mira que se acercan esos miserables... ríen... y me amenazan... ¡Idos, asesinos!... Arrojan sus lazos... ¡Esperad, que yo li

vengo... ¡Asesinos, aquí me tenéis!... ¡Kammamuri, que me estrangulan!...

—¿No ves que quieren matarme? Dame las pistolas.

—¡Por favor, amo mío!—balbuceó el *maharato.*

—¡Ah, tú no sabes lo que son; me estrangulan... socorro, socorro!...

El criado ahogó sus gritos poniéndole una mano en la boca y echándole de nuevo; pero el herido se sublevaba, rugiendo como una fiera.

—¡Socorro!...

Hacia los árboles se escuchó un potente gruñido, el *maharato,* aterrorizado, vió el hocico triangular del rinoceronte asomando entre las frondas, y se consideró perdido.

—¡Gran Siva!—exclamó apoderándose del fusil.

El rinoceronte contempló el grupo con sus pequeños y brillantes ojillos; pero más con sorpresa que con ira.

No había un momento que perder. La sorpresa no duraría mucho tiempo, pues el brutal coloso se irrita fácilmente.

El *maharato,* audaz, ante la inminencia del riesgo, apuntó con la carabina: hizo blanco a uno de los ojos del animal y soltó el gatillo, pero la bala resbaló sobre la frente del rinoceronte, que embistió, disponiéndose a acometer.

La perdida de los dos indios era casi cierta. En pocos momentos correrían la misma suerte que el tigre.

Afortunaamente, Kammamuri no había perdido su sangre fría. Al ver al animal en pie, dejó caer el arma, que era ya inútil, y se precipitó sobre Tremal-Naik: le cogió en sus brazos, corrió al estanque y se tiró a él, hundiéndose hasta los hombros.

El rinoceronte acometió entonces con furia: en cuatro saltos salvó la distancia que los separaba y cayó pesadamente levantando una porción de fango y de espuma. Kammamuri, horrorizado, trató de huir, pero no pudo. Sus piernas

se hallaban empotradas en la arena de tal modo, que todo esfuerzo resultaba inútil.

—¡Socorro! ¡muerto estoy!

Oyendo tras sí los gruñidos, se volvió y vió al rinoceronte, que luchaba furiosamente, dando cornadas a diestra y siniestra; el coloso, arrastrado por su enorme peso, se había hundido hasta el vientre y continuaba sumergiéndose entre la movible arena.

—¡Socorro!—repitió el *maharato* esforzándose por sostener fuera del agua a su amo.

Un lejano ladrido respondió a su desesperado acento.

Kammamuri le reconoció y una loca esperanza cruzó por su mente.

—¡Punthy!—gritó.

Un perro negro, vigoroso, salió de unos bambúes y corrió hacia el estanque, ladrando desesperadamente. El perro, que llegaba en tan crítico momento, era Punthy, que se lanzó contra el rinoceronte, tratando de arrancarle una oreja.

Casi al mismo momento se escuchó la voz de Aghur.

—Estate quieto, Kammamuri—gritaba el joven,—estoy aquí.

El bengalés desapareció entre los bambúes y apareció después nuevamente sobre la ribera del estanque. Cargó rápidamente el fusil, se puso de rodillas y disparó contra el rinoerontce, que herido en el cerebro, cayó hacia un lado, sumergiéndose después.

—No te muevas—indicó el diestro cazador,—ahora te salvaré, pero... ¿qué tiene el amo, está herido?

—Calla y apresúrate—dijo el *maharato*, que aún temblaqa.—En la *jungla* vagan nuestros enemigos.

El bengalés se quitó la cuerda que sujetaba su *dubgah* y echó un cabo a Kammamuri, que se agarró a él sólidamente.

—¡Quieto!—insistió Aghur.

Reunió todas sus fuerzas y comenzó a tirar. Kammamuri

se dejó arrastrar hacia la orilla, sobre la que saltó presuroso.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó su salvador con ansiedad, mirando con terror al enfermo.

—Le han herido.

—¡Ah!... ¿y quién?

—Los mismos que asesinaron a Hurtí.

—¿Cuándo, cómo?

—Ya te lo diré; pero, construye una angarilla y partamos.

Aghur no insistió; desnudó su cuchillo, cortó seis o siete ramas, las ató con cuerdas y sobre ello colocó algunas brazadas de hojas. Kammamuri colocó suavemente a su amo sobre aquel armazón.

—Vamos y silencio—ordenó en seguida.—¿Tienes preparada la canoa?

—Sí, se halla entre la arena.

—¿Llevas cargadas las pistolas?

—Las dos.

—Adelante y mucha precaución.

—¿Nos espían?

—Sí.

Los dos indios cogieron las angarillas y se pusieron en marcha, precedidos del perro, a lo largo de un estrecho sendero abierto en el medio de la *jungla*. En quince minutos llegaron al río, sobre el cual se destacaba la canoa. En el momento en que se habían embarcado, Punthy ladró.

—Soilencio, Punthy—dijo el *maharato* cogiendo los remos.

El perro, en lugar de obedecer, se apoyó sobre el borde de la barca y redobló sus ladridos. Estaba sumamente excitado.

Los indios miraron hacia la *jungla*, no divisaron a nadie; pero el perro debía oir algún rumor.

Pusieron las pistolas sobre los bancos, agitaron los re-

mos y se deslizó la embarcación a lo ancho del río, remontándole. No habían recorrido aún trescientas brazas, cuando el perro comenzó de nuevo a ladrar rabiosamente

—¡Alto!—gritó una voz imperiosa.

Kammamuri se volvió, apuntando con una de las pistolas. Sobre la ribera que acababan de abandonar, un gigantesco indio, con el lazo en una mano y el puñal en la otra, les ordenaba:

—¡Detenéos!

El *maharato*, por toda respuesta, disparó, el indio se agitó moviendo los brazos, y desapareció entre las matas.

—¡Rema, rema!—gritó Kammamuri.

La canoa hendió rápidamente las aguas, dirigiéndose hacia el cementerio flotante, en tanto que una voz potente y amenazadora gritaba desde la costa de la isla maldita:

—¡Nos volveremos a ver!...

CAPITULO IX

MANCIADI

Comenzaba a alborear cuando la canoa llegó a la costa de la *jungla negra.*

Nada había cambiado: la cabaña se destacaba entre los cañaverales y parecía coronada por gigantescos arghilah (1) inmóviles sobre sus largas patas amarillas, en tanto que el fiel Darma giraba en torno de la choza, sin alejarse.

—Perfectamente—murmuró Kammamuri,—los miserables no han venido por aquí. ¡Darma!

El tigre se detuvo, alzó la cabeza, fijó en la embarcación sus ojos verdosos y se lanzó hacia la ribera, produciendo un sordo maullido.

Kammamuri y Aghur se apresuraron a desembarcar, transportando a su amo a la choza y colocándole sobre una hamaca. El tigre y el perro quedaron fuera, vigilando.

—Examina la herida, Aghur—dijo Kammamuri.

(1) Grandes pájaros semejantes a cigüeñas, pero más feos, casi pelados, y, además, hediondos, que se alimentan de animales muertos

El bengalés levantó la ligadura y contempló atentamente el pecho del infeliz Tremal-Naik. Una arruga se dibujó en su frente.

—Es grave—indicó.—El puñal ha debido penetrar hasta la empuñadura.

—¿Pero podrá curar?

—Lo espero. Mas, ¿por qué le han herido? Es difícil explicarlo. Ya sabes que él deseaba contemplar nuevamente la visión.

—Por lo menos eso había dicho.

—Pues bien, en la isla se obstinó en encontrarla. Debía conocer dónde se ocultaba, porque me ordenó regresar aquí y marchó solo. Veinticuatro horas después le hallé en la *jungla*, sumergido en un lago de sangre: le habían herido.

—Pero... ¿quién?

—Los habitantes de la isla, que custodian sin duda a aquella mujer.

—Mas, ¿por qué le hirieron?

—Seguramente para matarle.

—¿Has visto a esos seres?

—Con mis propios ojos.

—¿Son hombres, o espíritus?

—Creo que son hombres. A mí me echaron un lazo para estrangularme: maté a dos o tres. Si fueran espíritus, no hubieran muerto.

—Es extraño—murmuró Aghur, y quedó pensativo,—¿qué hacen esos hombres? ¿por qué matan a cuantos desembarcan en su isla?

—Lo ignoro; sólo sé que son terribles y que adoran una divindiad sedienta de víctimas.

—¿Te arredran?

—Tengo poderosas razones para temerlos.

—¿Crees que se presentarán en nuestra *jungla*?

—Lo espero, Aghur: ya viste que aquel hombre nos gritaba: «Volveremos a vernos».

—Peor para él. Nuestro tigre no le consentirá aproximarse.

—Lo sé; mas vigilemos atentamente. Parece que presiento algo funesto.

Kammamuri volvió junto a su señor para aplicarle una nueva cataplasma de hierbas sobre la herida, y Aghur se sentó ante la cabaña, y el tigre y el perro se acurrucaron junto a él.

El día pasó sin incidentes; Tremal-Naik tuvo aún algún acceso de delirio, durante el cual brotó mil veces de sus labios el nombre de Ada, la desventurada joven que había quedado indefensa en manos de los feroces fanáticos.

Pero volvió a caer en una especie de sopor que se prolongó hasta que el sol se puso. Los dos indios, aunque ardían en deseos de interrogarle para saber lo sucedido, creyeron prudente abstenerse de ello para no fatigarle.

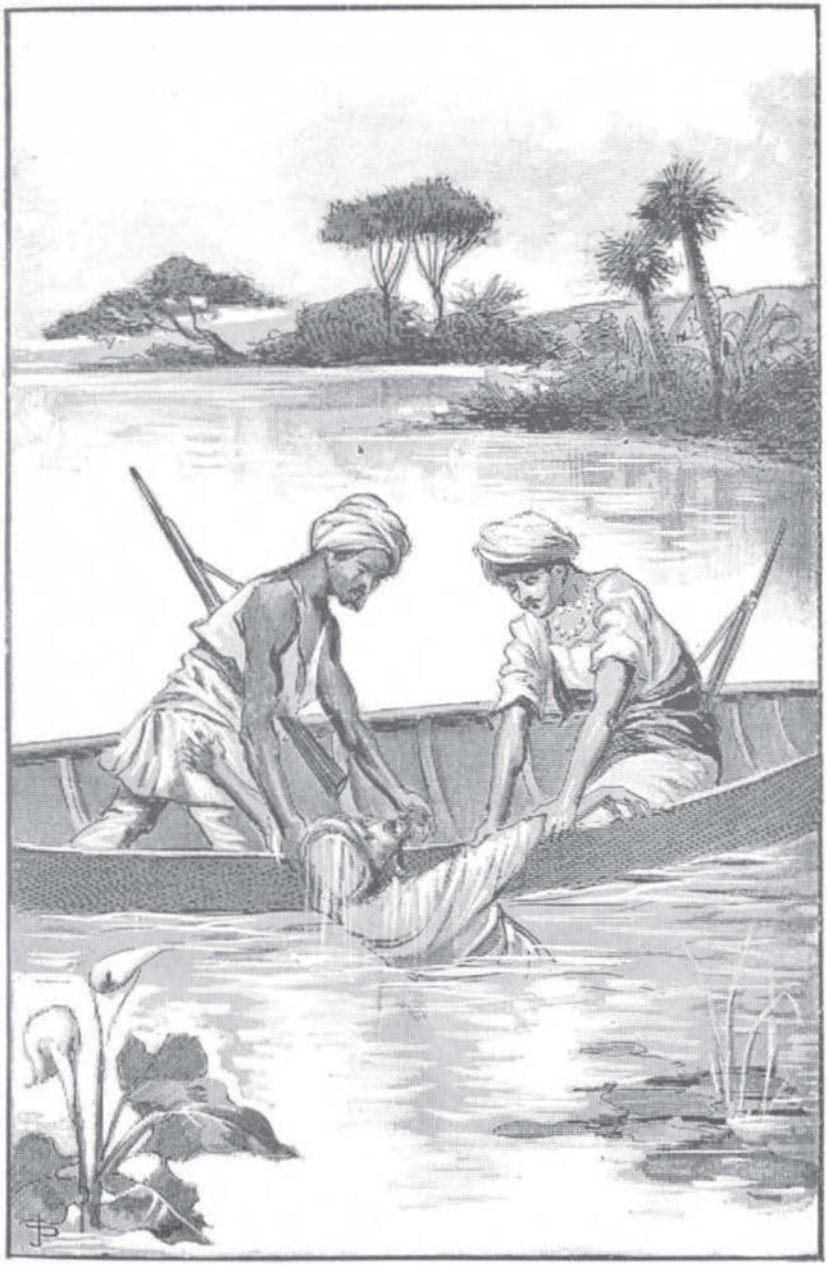
Cuando las tinieblas extendieron su negro velo sobre la silenciosa *jungla*, Aghur montó la primera guardia por fuera de la choza, armado hasta los dientes. El perro se encogía a sus pies con los ojos fijos en el sud.

A media noche ningún enemigo había aparecido aún, ni en el río, ni en la *jungla*, pero el perro olfateaba el aire y daba señales evidentes de inquietud; tal vez presentía algo desusado; quizá la presencia de alguna persona, tal vez la de algún animal salvaje.

Aghur pensaba en despertar a Kammamuri, cuando Punthy se levantó ladrando.

—¡Toh!—exclamó el indio sorprendido, ¿qué será esto?

El perro ladraba con la cabeza vuelta hacia el río, signo evidente de que allí sucedía algo. Al mismo tiempo el



...alargaron las manos al náufrago, que se asió a ellas con la fuerza que presta la desesperación. (PÁG. 98)

BIBLIOTECA

tigre apareció sobre el umbral de la cabaña, lanzando un sordo aullido.

El *maharato*, que dormitaba, preguntó:

—¿Qué sucede?

—Los animales han oído algo y están inquietos.

—¿Has escuchado tú algún rumor?

—Absolutamente nada.

—Sujeta al perro y escuchemos.

Aghur se apresuró a obedecer. De pronto se oyó gritar hacia el río:

—¡Socorro... socorro!..

El perro volvió a ladrar furiosamente.

—¡Socorro!...—repitió la misma voz.

—¡Kammamuri!—exclamó el bengalés,—alguien se ahoga.

—Seguramente.

—No debemos consentirlo.

—Pero no sabemos quién es.

—No importa: vamos a la orilla.

—Preparemos las armas y estemos atentos; no sabemos lo que puede acaecer. Tú, Darma, permanece aquí, y despedaza sin piedad a todos los que se presenten.

El tigre pareció comprender la advertencia, porque se encogió, cual si fuese a tirarse sobre algún enemigo. Los dos indios se dirigieron hacia la orilla del río, precedidos por Punthy, que continuaba ladrando con furia y miraba el río, que aparecía negro, cual si fuese de tinta.

—¿Ves algo?—preguntó Kammamuri a su compañero, que se había inclinado sobre la corriente.

—Sí, allí me parece que veo una cosa.

—¿Un hombre?

—Parece más bien el tronco de un árbol.

—¡Hola!—gritó el *maharato*,—¿quién llama?

—¡Salvadme!—respondió una voz débil.

—Es un náufrago—dijo Kammamuri.

—¿Puedes llegar a la ribera?—preguntó Aghur.

No obtuvo más respuesta que un gemido. No había que dudar; el náufrago se hallaba agonizando y podía sumergirse de un momento a otro. Los dos indios saltaron a la canoa y se dirigieron rápidamente hacia él.

Bien pronto advirtieron que el objeto que navegaba hacia la ribera, era el tronco de un árbol, al cual se hallaba agarrado un hombre. En un momento llegaron a él y alargaron las manos al náufrago, que se asió a ellas con la fuerza que presta la desesperación.

—¡Salvadme!...—balbuceó, dejándose caer en el fondo de la canoa.

Los dos indios se inclinaron hacia él, observándole con curiosidad. Era un hombre de su raza, bengalés por el tipo, de baja estatura, color muy obscuro, extremadamente delgado, pero con músculos muy pronunciados, indicio seguro de una fuerza poco común. Tenía algunas contusiones en el rostro y la túnica amarilla que le oprimía el cuerpo, manchada.

—¿Estás herido?—le preguntó Kammamuri.

—Creo que sí—contestó mirándole con sus extraños ojos, que tenían reflejos particulares.

—Tienes el traje ensangrentado; déjame ver si estás herido.

—No es nada—dijo colocándose las manos sobre el pecho, cual si tuviese miedo de descubrirlo.—Chocó mi cabeza contra ese tronco y he hechado sangre por las narices.

—¿De dónde vienes?

—De Calcuta.

—¿Cómo te llamas?

—Manciadi.

—¿Pero cómo te hallas en tal estado?

El bengalés tembló, castañeteando los dientes.

—¿Quién habita aquí?—preguntó con terror.

—Tremal-Naik, el «cazador de serpientes» — respondió Kammamuri.

—¡Feroz hombre!—balbuceó.

Aghur y el *maharato* se miraron sorprendidos.

—Estás loco—dijo el primero.

—¡Loco!... ¿no sabes que sus gentes me cazaron como si fuera un tigre?

—¡Que sus gentes te cazaron!... pero, ¡si somos nosotros sus compañeros!

El bengalés se estremeció, mirándolos con espanto.

—¡Vosotros... vosotros!—repitió,—¡estoy perdido!...

Se abalanzó al borde de la canoa, con la intención de arrojarse al río; pero Kammamuri le detuvo obligándole a sentarse.

—Explícanos la causa de este espanto—dijo con acento amenazador.—Nosotros no hacemos daño a nadie; pero te advierto que si no hablas claro, te aplasto el cráneo con la culata de la carabina.

—Sí, si no nos explicas lo que vienes a hacer aquí—insistió su compañero.

—Soy un pobre indio que me gano la vida cazando; un capitán de los cipayos me prometió cien *rupias* (1) por una piel de tigre y vine aquí a cazar.

—Prosigue.

—Ayer tarde llegué a la opuesta orilla del Mangal y me interné en la *jungla*; dos horas después se lanzaron hacia mí algunos hombres y sentí oprimido mi cuello por un lazo.

—¡Ah!—exclamaron los indios.—¿Has dicho un lazo?

—Sí—confirmó el bengalés.

(1) La *rupia* vale unas 2,60 pesetas.

—¿Viste a aquellos hombres?—preguntó Aghur.

—Sí, lo mismo que a vosotros.

—¿Qué llevan en el pecho?

—Creo que un tatuaje.

—Son los del Raimangel; continúa—dijo Kammamuri.

—Empuñé mi cuchillo—prosiguió Manciadi, que temblaba aún de espanto,—y corté la cuerda; corrí perseguido por ellos, y al llegar al río, me arrojé de cabeza.

—Sabemos lo demás—dijo el *maharato*.—¿Con que eres cazador?

—Sí, y valiente.

—¿Quieres quedarte con nosotros?

Un extraño relámpago brilló en los ojos del bengalés.

—No puedo pedir más—se apresuró a decir;—estoy solo en el mundo.

—Está bien; te adoptaremos. Mañana te presentaremos al amo.

Los dos indios empuñaron los remos y volvieron a conducir la canoa a la pequeña ensenada. Apenas desembarcaron, Punthy se lanzó contra el bengalés, ladrando con furia y mostrándole los dientes.

—Silencio, Punthy—dijo el *maharato* sujetándole,—es de los nuestros.

El perro, aunque obedeció, gruñó sordamente.

—No me parece muy cortés este animal—dijo Manciadi, esforzándose por sonreir.

—No tengas miedo; se hará amigo tuyo.

Una vez amarrada la embarcación, volvieron a la cabaña, ante la cual vigilaba el tigre. ¡Cosa extraña! también se puso a rugir de un modo poco amistoso, mirando de soslayo al recién venido.

—¡Ah!—exclamó éste espantado,—¡un tigre!

—Está domesticado. Espera, que voy a ver al amo.

—¡Al amo! ¿está aquí?—preguntó el bengalés atónito.

—Claro.

—¡Vivo aún!...

—¡Toh!—exclamó el *maharato* sorprendido.—¿Por qué me lo preguntas?

El bengalés se estremeció y quedóse confuso.

—¿Cómo sabes tú que está herido?

—Tú me lo has dicho.

—¡Yo!

—Me parece.

—No lo recuerdo.

—Y bien, ¿no puedo habéroslo oído a ti o a tu compañero?

—Puede ser.

BIBLIOTECA NACIONAL

Kammamuri y Aghur entraron en la cabaña. Tremal-Naik dormía profundamente, y soñaba, porque se escapaban de sus labios palabras entrecortadas.

—No debemos despertarle—murmuró Kammamuri, volviéndiose a Aghur.

—Mañana se lo presentaremos—dijo éste,—¿qué opinas de Manciadi?

—Tiene aspecto de ser un buen hombre, y hay motivos para creer que nos ayudará valerosamente.

—Lo mismo opino.

—Le haremos que vele hasta mañana.

Aghur cogió una cazuela de *cangi*, espeso cocimiento de arroz, y se la entregó a Manciadi, que comenzó a comerla con voracidad de lobo. Le encargó que vigilase bien y que diese el alerta si advertía algún peligro, y se apresuró a entrar de nuevo, cerrando, para más precaución, la puerta.

Apenas había desaparecido, cuando Manciadi se levantó con sorprendente rapidez. Sus ojos se habían iluminado súbitamente y sobre sus labios vagaba una satánica sonrisa.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó riendo.

Se acercó a la cabaña y apoyó el oído, escuchando con profunda atención. Estuvo así un cuarto de hora, después partió con la rapidez de una flecha, deteniéndose a una media milla de distancia.

Acercó los dedos a sus labios y lanzó un agudo silbido. Hacia el sud se divisó un punto rojizo que hendió las tinieblas, esparciendo una luz lívida que se apagó de pronto con una detonación sorda.

eS reprodujo por dos veces, y después todo quedó en la *jungla* en silencoiso misterio.

CAPITULO X

EL ESTRANGULADOR

Habían transcurrido veinte días; Tremal-Naik, merced a su robusta constitución y a los asíduos cuidados de sus compañeros, curaba rápidamente. La herida se había cerrado y ya podía levantarse.

Pero a medida que adquiría fuerzas, se hallaba más taciturno e inquieto. Sus criados le sorprendían algunas veces con el rostro oculto entre las manos y las mejillas húmedas, cual si hubiese llorado. No hablaba más que alguna vez; no contestaba a las preguntas, no se quejaba de los terribles dolores que padecía y a veces le asaltaban imprevistos accesos de rabia, durante los cuales se laceraba las carnes con las uñas y quería arrojarse de la hamaca gritando:

—¡Ada!... ¡Ada!...

Kammamuri y Aghur se esforzaban en hacerle hablar; trataban de averiguar la causa de aquellos arrebatos, que amenazaban volver a abrir la herida, aún no cicatrizada por completo, y se preguntaban quiénes serían los que él nombraba

en sus delirios y en sus sueños, qué nombre era aquel que constituía su obsesión y su tormento.

Manciadi el bengalés se asociaba algunas veces a ellos; pero esto sucedía pocas veces; antes bien, parecía que trataba de evitar la presencia del herido, no penetraba en su estancia sino cuando dormía, y esto con repugnancia. Gustaba más de vagar por la *jungla*, en busca de salvagina y de leña, o de acarrear agua. ¡Cosa singular! cada vez que escuchaba al amo invocar a Ada, le asaltaba un temblor extraodrinario, y su rostro, tranquilo de ordinario, se alteraba, cambiando hasta de color. Otro misterioso indicio era que según mejoraba Tremal-Naik, él se volvía tétrico y tenía un humor terrible. Se hubiera dicho que aquel hombre sentía que mejorase, ¿por qué? Nadie hubiera podido decirlo.

Una mañana acaeció un suceso que debía traer graves consecuencias.

Kammamuri se había levantado al amanecer; viendo que Tremal-Naik descansaba con tranquilidad se dirigió a la puerta para despertar a Manciadi, que dormía fuera, bajo un cobertizo de cañas de bambú. Levantó el pestillo y empujó la puerta, pero con gran sorpresa, ésta no se abrió; había dentro algún obstáculo.

—¡Manciadi!—gritó el *maharato*.

Nadie respondió; por la mente de Kammamuri cruzó la sospecha de que al desdichado le hubiera acaecido alguna desgracia: que los enemigos le hubieran estrangulado o que los tigres de la *jungla* le hubieran acometido. Acercó un ojo a la hendidura de la puerta y vió que el objeto que la impedía abrirse era un cuerpo humano. Observando con mayor atención, reconoció a Manciadi.

—¡Ah!...—exclamó horrorizado.—¡Aghur.

El aludido acudió con presteza.

—¡Aghur!—dijo el *maharato* aturdido,—¿has escuchado algo esta noche?

—Nada absolutamente.

—¿Ningún gemido?

—No, ¿por qué?

—Han dado muerte a Manciadi.

—¡Es imposible!—exclamó Aghur.

—Se halla tendido ante la puerta.

—Darma no ha dado ninguna señal de alarma, ni Punthy tampoco.

—Bueno, pero debe estar muerto; no contesta ni se mueve.

—Es preciso salir, empujar con fuerza.

El *maharato* apoyó un hombro en la puerta y rechazó a Manciadi. Los dos indios se lanzaron fuera de la cabaña.

El pobre bengalés parecía muerto, aunque no se descubría en él herida alguna. Kammamuri le puso una mano sobre el pecho y advirtió que el corazón latía aún.

—Está desmayado—dijo.

Arrancó una pluma a *punya* (1) que se hallaba allí cerca, la prendió fuego y la aproximó a las narices del bengalés. Un suspiro agitó en seguida su pecho, movió los brazos y las piernas, y por fin abrió los ojos, que se fijaron con languidez en los dos indios.

—¿Qué te ha pasado?—preguntó Kammamuri.

—¡Sois vosotros!—exclamó anhelante.—¡Ay, qué miedo! ¡Creía que me mataba el golpe!

—¿Pero qué has visto? ¿quién trató de matarte? ¿fueron algunos hombres?

—Hombres, ¿quién habla de ellos?

—Di, pues.

(1) Especie de abanico de plumas de pavo real.

—No ha habido hombres—dijo el bengalés.—Sí, no me engaño, fué un elefante.

—¡Un elefante!—exclamaron los dos indios,—¡un elefante aquí!

—Sí, enorme, con un trompa monstruosa y unos colmillos enormes.

—¿Y se te ha acercado?

—Sí, y por poco no me despedazó el cráneo. Dormía yo profundamente cuando me despertó un potente ersoplido; abrí los ojos y vi sobre mí la gigantesca cabeza del monstruo; traté de alzarme para huir; pero la trompa cayó sobre mi cráneo y rodé por el suelo.

—¿Y después?—preguntó Kammamuri con ansiedad.

—Después, no recuerdo nada. El golpe fué tan fuerte, que perdí el sentido.

—¿A qué hora era?

—No lo sé, porque estaba dormido.

—Es extraño—dijo el *maharato*,—Punthy no ha advertido nada.

—¿Qué hacemos?—preguntó Aghur, lanzando una mirada ardiente hacia la *jungla*.

—Dejarle en paz—contestó Kammamuri.

—Volverá—se apresuró a decir Manciadi,—y destruirá la cabaña.

—Es verdad—dijo Aghur.—Le perseguiremos, ¿por que no? Tenemos excelentes carabinas.

—Yo te ayudaré—indicó Manciadi.

—Pero no podemos abandonar al amo—observó Kammamuri,—sabéis que nos amenaza un constante peligro.

—Te quedas tú, y nosotros iremos a cazarlo—interrumpió Aghur;—con un huésped tan peligroso no podremos vivir tranquilos.

—Si tenéis valor, os dejo libre el campo.

—¡Muy bien!—exclamó Aghur,—déjanos y verás cómo antes de media noche es nuestro el paquidermo.

Entró a la cabaña para buscar dos carabinas de grueso calibre y entregó una al bengalés, que la cargó cuidadosamente; provistos de pistolas y de abundantes municiones, entraron resueltamente en la *jungla*, recorriendo un largo sendero trazado entre los bambúes.

Aghur iba alegre y decidor; el bengalés, por el contrario, caminaba taciturno; a veces se detenía para mirar a su compañero y otras se inclinaba en el suelo, escuchando, aunque fingía buscar las huellas del elefante.

Aquel brusco cambio, las miradas y todas las maniobras de Manciadi, no pasaron inadvertidas para Aghur, pero creyó que el bengalés tenía miedo.

—¡Valor!—le dijo alegremente,—no creas que es tan difícil vencer a un animal, aunque tenga trompa. Una bala en un ojo y todo está terminado.

—No tengo miedo—respondió el aludido bruscamente, esforzándose en sonreir.

—Te veo inquieto.

—Lo estoy; pero no es el elefante lo que me preocupa.

—¿Pues qué?

—Aghur—dijo Manciadi con extraño acento.—¿Tienes miedo a la muerte?

—¿Que si tengo miedo a la muerte? ¿Por qué me lo preguntas? ¡Yo no he tenido nunca temor a nada!

—Mejor para ti.

—No te comprendo.

—Lo entenderás dentro de pocas horas; silencio y adelante.

—Está loco—pensó Aghur,—o medio muerto de miedo. Yo mataré al coloso.

Los dos indios apresuraron el paso, a pesar del sol que los tostaba y de los obstáculos que obstruían el sendero,

y una hora después llegaban a un bosquecillo y Manciadi con gran sorpresa de su compañero, se puso a silbar una canción melancólica desconocida en la *jungla*.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Silbo—contestó tranquilamente.

—Vas a hacer que huya el elefante.

—Al revés; le atraigo; estos animales gozan con la música, y cuando la escuchan, acuden a donde suena.

—¡No lo había oído nunca!

—Camina y mira a tu alrededor. ¿Sabes dónde hay un estanque?

—Aquí cerca.

—Pues vamos a él.

Aghur, aunque todo aquello lo encontraba muy extraño, obedeció. Tomó un senderito apenas visible y condujo a su compañero a la orilla de un diminuto estanque, rodeado de montones de piedras toscamente esculpidas, antiguas ruinas de una pagoda.

—Tú quédate aquí—dijo el bengalés,—yo daré una batida por el bosque y descubriré al elefante, que debe estar escondido.

Cogió la carabina y se alejó sin añadir ni una palabra.

Apenas tuvo la seguridad de no ser visto ni oído, corrió precipitadamente y se detuvo al pie de una palmera, sobre cuyo tronco se hallaba toscamente esgrafiado el misterioso emblema de los indios del Raimangal.

—Dentro de poco—dijo,—este bosque será su tumba.

Se levantó sobre las puntas de los pies y emitió un silbido. Otro igual le contestó algunos minutos después, y entre unas plantas apareció la siniestra figura de Suyódhana.

Cruzó los brazos sobre el pecho, exornado por la serpiente con cabeza de mujer y fijó sobre Manciadi una penetrante mirada.

—Hijo de las sagradas aguas del Ganges, ¡bien venido seas!—dijo el bengalés, inclinándose hasta tocar el polvo con la fenrte.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Nos han vencido.

—¿Qué dices?

—Que Tremal-Naik no ha muerto.

Suyodhana se quedó helado y se clavó las uñas con ira.

—¿Habré errado el golpe? ¡mas si el puñal vengador se lo hundí en el pecho!

Inclinó la cabeza, abismándose en tétricos pensamientos.

—Manciadi—dijo al poco tiempo,—ese hombre debe morir.

—Ordena lo que te plazca.

—La virgen de la sagrada pagoda fué mortalmente herida por la venenosa mirada de ese hombre; la desdichada aún le ama y le amará mientras viva.

—¿Creerá su muerte?

—Sí, porque le daré pruebas.

—¿Qué debo hacer, le envenено?

—No; el veneno no mata siempre; hay antídotos.

—¿Le estrangulo? Tengo mi lazo.

—Vayamos con calma. ¿Has hecho cuanto te ordené?

—Sí, «hijo de las sagradas aguas del Ganges»; Aghur me espera cerca de un estanque próximo.

—Pues bien, le matas.

—¿Y después?—preguntó el fanático con terrible tranquilidad.

—Después vuelves a la cabaña y cuentas a Kamanura que a Aghur le han asesinado. Te creerá, y correrá a buscarle, ¿comprendes lo demás?

—¿Tienes algo más que decirme?

—Nada.

—Y en estrangulando a Tremal-Naik, ¿qué debo hacer?

—Volver al Raimangal. ¡Ve!

Manciadi tocó por segunda vez el suelo con la frente y se alejó corriendo.

—Decididamente—dijo el bengalés,—¡el hijo de las sagradas aguas del Ganges es un gran hombre!

El fanático no pensó ni por un momento en el doble asesinato que iba a cometer. Suyodhana lo había ordenado y él hablaba en nombre de una monstruosa divinidad a la cual habían consagrado todos su fuerza y su vida.

Atravesó lentamente el bosque y llegó al estanque, cerca del cual se estaba echada su futura víctima.

—¿Has visto el elefante?

—Aun no; pero he descubierto sus huellas—dijo el asesino contemplándole con mirada llena de siniestros resplandores.

—¿Por qué me miras así?—preguntó Aghur.

El bengalés no contestó y continuó mirándole.

—¿Has descubierto algo extraño?

—Sí—respondió Manciadi,—¿te acuerdas de lo que dije hace una hora?

El indio se hallaba sorprendido e inquieto, presintiendo tal vez la catástrofe.

—¿Cuando me hablaste de la muerte?

—Sí.

—Lo recuerdo—respondió Aghur.

—¿No te parece cruel morir a los veinte años, cuando el porvenir te sonríe? ¿No juzgas atroz abandonar esta tierra dorada por el sol y perfumada por el aroma de cien flores, para ir a sepultarte en la tumba, en la obscuridad y el misterio?

—¿Estás loco?—preguntó el joven.

—No, Aghur, no estoy loco—dijo el asesino acercándose hasta tocarle.—¡Mira!...

Abrió la túnica que le cubría y dejó al descubierto su pecho exornado con el simbólico tatuaje.

—¿Qué es eso?—preguntó Aghur.

—El emblema de la muerte.

—No comprendo.

—Peor para ti.

Desarrolló el lazo que llevaba oculto bajo la túnica y le arrolló al cuello de su víctima.

—¡Aghur—gritó,—Suyodhana te ha condenado y tienes que morir!

El indio lo comprendió todo; saltó con la carabina en la mano, pero le faltó tiempo para apuntarla sobre el traidor. El desdichado, oprimido su cuello por la cuerda del estrangulador, cayó en tierra.

—¡Asesino!—aulló con voz desgarradora.

—¡Aghur!—dijo el estrangulador con acento fúnebre.—¡Saluda por última vez el sol que te acaricia; respira por última vez el aire que orea las *Sunderbunds*; envía tu último saludo a tus compañeros y desciende a la tumba!

—¡Kammamuri... Amo...!—balbuceó agonizante.

El fanático sujetó sólidamente el lazo y ahogó la voz de la víctima con una violencia repugnante; después se echó sobre él y le atravesó con el puñal.

—Muere, pues que la diosa lo desea—dijo lanzándole una feroz mirada.

Aghur, con el rostro descompuesto y los ojos fuera de las órbitas, lanzó un ronco gemido y trató de levantarse; pero volvió a caer.

—Ya está uno—exclamó el sectario con ferocidad,—ahora pensemos en el otro.

Se alejó rápidamente, mientras un tropel de marabúes caía sobre el cuerpo, palpitante aún, del pobre indio.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI

EL SEGUNDO GOLPE DEL ESTRANGULADOR

Kammamuri comenzaba a estar inquieto. El sol se iba ocultando y los dos cazadores no habían aún venido, ni se había escuchado ningún disparo en la *jungla*.

No comprendía el motivo que aquella prolongada ausencia y de aquel absoluto silencio. Entraba y salía de la cabaña, interrogaba ansiosamente el horizonte, esperando verlos asomar entre las plantaciones de bambúes, y obligaba a Punthy a ladrar, pero sin resultado alguno satisfactorio.

De cuando en cuando llegaba con el tigre hasta la primera hilera de árboles y escuchaba; alguna vez hizo retumbar el *hulok* (1) que se hallaba colgado a la puerta de la cabaña y otras disparó algunas cargas de pólvora; pero el silencio que reinaba no se alteró después de estas señales.

Desalentado, se sentó en el dintel de la cabaña, observando de continuo a su alrededor. A los pocos minutos el tigre

(1) Especie de tamtam o tambor formado con dos pieles, una más pequeña que la otra y que produce sonidos agudos.

Divisó tendido en tierra un cuerpo sobre el cual se agitaba un grupo de marabúes
(PÁG. 119)

se puso en pie, aullando sordamente, y Punthy le hizo coro con sus ladridos.

Kammamuri se levantó, creyendo que llegaban los cazadores; pero no vió a nadie. En el quicio de la puerta apareció Tremal-Naik.

—¡Tú!—exclamó con estupor.

—Sí, Kammamuri—dijo con amarga sonrisa.

—¡Qué imprudencia, estás aún convaleciente, y...!

—Calla, soy fuerte, más de lo que ellos creen—respondió el «cazador de serpientes», casi con rabia.—He sufrido mucho en esa hamaca, y ya era hora de terminar.

Dió algunos pasos sin tambalearse, sin demostrar fatiga, y sentándose sobre la hierba, se cogió la cabeza entre las manos y contempló la puesta de sol.

—Amo—dijo Kammamuri después de breve rato de silencio.

—¿Qué quieres?

—Aún no han regresado los cazadores; temo que les haya acaecido alguna desgracia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero lo sospecho. En la *jungla* pueden hallar a los hombres que asesinaron a Hurti y que te hirieron.

El rostro de Tremal-Naik se ensombreció.

—¿Se hallan aquí?—preguntó.

—Tal vez.

—Pronto me curaré y volveremos a aquella isla maldita a exterminarlos a todos.

—¿Qué dices?—exclamó Kammamuri con espanto,—¿que volveremos a aquella isla?

—¿Tienes miedo?

—No, mas el volver es una locura.

—¡Locura!... ¿Pero no sabes lo que he dejado allí, en

manos de aquellos hombres?

—¿El qué?

—La «virgen de la pagoda».

—¿Quién es esa mujer?

—Una criatura bellísima a quien amo con locura y por la cual incendiaría la India entera.

—¿Pero has dejado una mujer allí?

—Sí, la misma que contemplaba a la hora del crepúsculo en mi *jungla*. ¡Ada, Ada! ¡cuánto me has hecho sufrir!

—¿De modo que es la visión?

—Sí.

—Mas, ¿cómo se halla en Raimangal?

—Un castigo pesa sobre la desgraciada niña. Aquellos monstruos la tienen en sus manos, no sé cómo ni por qué. La vi en la pagoda vertiendo perfumes a los pies de un monstruoso ídolo de bronce.

—¡Será esa mujer semejante a ellos!

—No repitas ese insulto, Kammamuri—exclamó Tremal-Naik con acento amenazador.—Los hombres que la han condenado son los que la obligan a adorar el monstruo de bronce... ¡Ellos, los infames, a ella, pobre niña!

—Perdón, amo mío—balbuceó el *maharato*.

—No sabías nada y te disculpo; pero a aquellos hombres que la han condenado, que la hacen llorar sin consuelo, a aquellos seres que la han desgarrado el corazón y quieren evitar que la salve, a esos los exterminaré a todos. ¡Tengo en el pecho aún la huella de su puñal, que me incita a cada momento a la venganza! No permanecerás en sus manos, no, desdichada niña, porque Tremal-Naik, aunque tenga que pagar con su vida tu libertad, te arrancará de aquel horrible templo, por oculta que te tengan. Y a todos los que te hayan atormentado y que hayan envenenado tu juvenil exis-

tencia, Darma y yo nos encargaremos de matarlos a todos en sus terroríficas cavernas.

—¡Me causas pavor!... ¿y si te asesinaran?

—¡Moriré por la que amo!—exclamó con apasionado transporte Tremal-Naik.

—¿Y cuándo partiremos?

—En cuanto tenga fuerzas para sostener la carabina. Estoy fuerte, pero no tanto que pueda luchar con todos ellos.

En aquel momento se escucharon hacia el sud dos detonaciones; Darma dió un salto aullando.

El *maharato* y Tremal-Naik se pusieron de pie, sujetando a Punthy, que ladraba con furia.

—¿Qué sucede?—preguntó el *maharato* desenvainando su cuchillo.

—¡Kammamuri, Kammamuri!...—gritó una voz.

—¿Quién llama?—preguntó Tremal-Naik.

—¡Potente Brahma!... ¡Manciadi!—exclamó el siervo.

Efectivamente, el bengalés, con precipitada rapidez, atravesaba la *jungla*, sacudiendo las espesas filas de bambúes y agitando la carabina como un loco. Parecía presa de vivo terror.

—Kammamuri—repitió con voz entrecortada.

—¡Corre, Manciadi! — gritó el aludido. — ¿Te persiguen? ¡Atención, Darma!

El tigre se encogió y abrió desmesuradamente la boca enseñando una doble fila de dientes agudos.

El bengalés, que corría apresuradamente, en algunos minutos llegó a la cabaña. El miserable tenía el rostro ensangrentado por una herida que se había hecho en la frente para disfrazar mejor la traición.

—¡Amo... Kammamuri!—exclamó llorando con desesperación.

—¿Qué te ha pasado?—preguntó Tremal-Naik con ansiedad.

—¡Han herido a Aghur mortalmente!... ¡Pobre de mí... no tengo la culpa, amo mío!... ¡Aghur, pobre Aghur!

—¡Le han herido! — exclamó Tremal-Naik con furia.— ¿Quién, quién?

—Los enemigos, los indios de los lazos...

—¡Maldición!... ¡Habla, cuenta, quiero saberlo todo!

—Nos hallábamos sentados en un bosque—dijo el miserable sollozando.—Nos asaltaron a un tiempo; Aghur cayó; yo tuve miedo y huí.

—¿Cuántos eran?

—Diez o doce, no lo recuerdo bien. He salido con vida milagrosamente.

—¿Y Aghur, ha muerto?

—No, no debe estar muerto. Le han dado de puñaladas y después han huído. Al huir, oí gritar al herido, pero no tuve valor para volver a su lado.

—¡Eres un bellaco, Manciadi!

—Pero, amo mío, si hubiese vuelto, me hubieran matado—sollozó el bengalés.

—Kammamuri—gritó Tremal-Naik;—tal vez Aghur no ha muerto; es preciso ir a buscarlo y traerlo aquí.

—Llevarás contigo a Darma y a Punthy: con estos animales te puedes defender de cien hombres.

—¿Pero quién me guiará?

—Manciadi.

—¿Y tú te quedas solo en la cabaña?

—Me basto para defenderme. Ve y no pierdas tiempo, si quieres salvar al pobre Aghur. Manciadi, guía al bosque.

—Amo, tengo miedo.

—¿Y si me asaltan?—preguntó el aludido aterrorizado.

—Guíale al bosque; si rechistas, hago que el tigre te despedace.

Tremal-Naik pronunció aquellas palabras con tal tono, que hizo comprender a Manciadi que no se trataba de una broma.

Aparentando un gran terror, se unió al *maharato*, que había cogido la carabina y un par de pistolas.

—Amo—dijo Kammamuri,—si dentro de dos o tres horas no ovlvemos, será que nos han asesinado. La canoa está en la ribera y debes ponerte en salvo.

—¡Nunca!—exclamó Tremal-Naik.—Te vengaré en el Rajmangal; calla y parte.

El *maharato* y Manciadi, precedidos del perro y del tigre, se lanzaron corriendo a la *jungla*.

El sol había desaparecido ya del horizonte; pero la luna surgía, esparciendo una luz azulada de infinita dulzura, suficiente para guiar a los dos caminantes al través de los bambúes.

—Vayamos con precaución y silencio—dijo Kammamuri.—Es preciso no llamar la atención de los enemigos, que tal vez se hallan escondidos a corta distancia de nosotros.

—¿Tienes miedo?—preguntó el bengalés, que ya no temblaba.

—Creo que sí. Por fortuna traemos a Darma, valiente animal, que no teme a cincuenta hombres armados. Además dejaré a Punthy, el valeroso perro, que puede destrozar a media docena de individuos. Adelante y silencio.

Manciadi, que había trazado su plan, condujo al *maharato* por el sendero que había recorrido por la mañana, le acompañó durante unos tres cuartos de hora y por fin se detuvo a la entrada del bosque.

—¿Aquí?—preguntó Kammamuri mirando con ansiedad bajo los árboles.

—Sí—respondió Manciadi con aire misterioso.—Sigue esta senda que penetra en el bosque y llegarás al estanque, junto a la orilla cayó Aghur; yo te espero aquí escondido.

—¿Quieres el perro?

—Prefiero quedarme solo. Estoy seguro de que no me descubrirán.

—Dentro de media hora me hallo de vuelta. Darma, ve dispuesto a saltar sobre el primer hombre qeu se presente ante nosotros; y tú, Punthy, prepárate a destrozar al que nos estorbe.

El tigre lanzó un sordo rugido y se puso ante el *maharato*, con las orejas tiesas; el perro se colocó detrás, enseñando los dientes.

—Perfectamente—dijo Kammamuri cuando vió al bengalés oculto entre el follaje.—Nadie se atreverá a acercarse sin el permiso de estas queridas fieras.

Entraron en el bosque, que se hallaba envuelto en profunda obscuridad y en un silencio fúnebre, y avanzaron por el sendero sin causar ningún rumor. Kammamuri se detenía a veces esperando oir algún lamento o alguna voz que indicase la presencia de Aghur; pero nada llegó a sus oídos.

—Te advierto, Kammamuri, que yo no entro en el bosque.

—Pues espérame donde mejor te plazca; si quieres, te

—Es extraño—murmuraba secándose el sudor que le empapaba la frente.—Si estuviese aún vivo, se escucharía algún quejido; pero reina un silencio completo. ¿Si habrá ya muerto?

Había recorrido unos trescientos o cuatrocientos pasos, cuando percibió un silbido melancólico.

Era la misma canción que había silbado Manciadi antes de asesinar a Aghur. El tigre gruñó, volviendo la cabeza hacia atrás, y el perro dió señales de inquietud.

—Atención, pequeños—dijo el *maharato*, que sentía helar-

se su sangre en las venas.—Venid cerca de mí y dejad que ese hombre silbe a su antojo. Creo que Aghur habrá muerto ya...

Una nube obscureció la luna y las tinieblas fueron más intensas en la selva.

Kammamuri se detuvo indeciso, no sabiendo si avanzar o retroceder; por último siguió andando con las pistolas en la mano.

—¡Kammamuri!—gritó una voz.

—¡Kammamuri!—exclamó una segunda.

—¡Kammamuri!—repitió una tercera.

El tigre comenzó a rugir, azotándose los flancos con la cola y saltando, cual si se hallase sobre brasas. Trató dos o tres veces de lanzarse a la derecha del sendero; pero el *maharato*, con un silbido, le hacía volver.

—Calma, calma, dejad que llamen. No son espíritus, sino hombres que se divierten asustándome. Si logro volver vivo a la cabaña, debo dar gracias a Visnú por su protección.

Apresuró el paso, apuntando con las pistolas a ambos lados del sendero, y al poco tiempo llegaba al estanque.

Un rayo de luna caía sobre él, iluminándolo como en pleno día. Kammamuri, con espanto indecible, divisó tendido en tierra un cuerpo sobre el cual se agitaba un grupo de marabúes.

Punthy se lanzó hacia el cadáver, ladrando lastimosamente y haciendo huir a los volátiles.

—¡Aghur!—exclamó Kammamuri sollozando.

Corrió como un loco al estanque y se echó sobre el cuerpo de su desdichado compañero, que tenía aún el lazo arrollado al cuello y se hallaba destrozado por los marabúes.

—¡Aghur, mi pobre Aghur!—repitió abrazándole.—¡Ah, miserables!

Al cabo de un rato, lanzó un grito terrible, y sus ojos se fijaron en una piedra contra la cual se hallaba apoyada la cabeza del cadáver. A los pálidos rayos de la luna, había leído, temblando, las siguientes palabras, escritas con sangre:

«Kammamuri: Manciadi me ha asesi...»

El *maharato* se puso en pie, comprendiendo toda la traición del bengalés y el peligro que corría su amo.

—¡Darma, Punthy!—gritó con voz desgarradora.—¡A la cabaña!... ¡a la cabaña!... Van a matar al amo.

Y se lanzó a través de la floresta, precedido del tigre y seguido del perro, que ladraba con furia.

. . . . . .

. . . . . .

Mientras Kammamuri corría como un gamo bajo la bóveda de verdura, el bengalés no perdía el tiempo.

Al quedar solo, se había lanzado precipitadamente hacia la cabaña, resuelto a estrangular a su segunda víctima.

Sabía que llevaba de ventaja un cuarto de hora al *maharato*, y corría con la velocidad de una bala de cañón, temiendo verse perseguido por el perr y el tigre.

Atravesó la *jungla*, empleando menos de media hora, y se detuvo frente al borde de las plantaciones, después de preparar un segundo lazo.

—El amo debe estar en guardia—murmuró.—Si me ve volver, creerá que he abandonado a Kammamuri y me aplastará la cabeza con una bala de su carabina. Con ese hombre no se juega.

Separó poco a poco los bambúes y miró hacia el norte. A cuatrocientos pasos de distancia descubrió la cabaña, y al lado de ella a Tremal-Naik, en pie, con la carabina en la mano.

—¡Ah!—exclamó el miserable.—No es muy fácil matarlo; pero Manciadi es más sagaz que el cazador de serpientes.

Echó a correr hacia el este y después se lanzó en la llanura. La cabaña se hallaba a su derecha y Tremal-Naik estaba de lado. Con un poco de astucia, podía acercarse y coger la víctima por detrás.

Se arrastró por las hierbas, como una serpiente, ocultándose cuanto podía para no ser descubierto por Tremal-Naik.

Así, avanzando lentamente, y deteniéndose para escuchar, llegó cerca del indio, que se hallaba ajeno a la emboscada. Con un salto de tigre, se puso en pie, una atroz sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Es mío—murmuró con voz débil,—Kali, protégeme.

Caminó sobre la punta de los pies, junto a la pared de la cabaña y se detuvo a diez pasos de Tremal-Naik. Miró por última vez hacia la *jungla* y no descubrió a nadie. Volvió a sonreir con más crueldad aún, y sus ojos brillaron cual los de un felino.

Un segundo más y la víctima caería para no levantarse nunca. Hizo chasquear rápidamente el lazo y le lanzó, dando un salto hacia adelante.

Tremal-Naik cayó al suelo como un árbol desgajado por el viento; pero por casualidad el lazo se le había enganchado en una mano.

—¡Kammamuri!—gritó el desgraciado, sujetando con la otra mano la cuerda y separándola con desesperada energía.

—¡Muere, muere!—aulló el asesino, arrastrándole por el suelo.

Tremal-Naik lanzó otro grito:

—¡Kammamuri, socorro!

—¡Aquí estoy!—tronó una voz.

Mauciadi apretó con furor los dientes. Sobre el límite de la plantación había aparecido inopinadamente el *maharato*: ante él corrían, con saltos gigantescos, el tigre y Punthy.

Un relámpago iluminó la obscuridad seguido de fragorosa detonación. Manciadi dió un salto y echó a correr como un loco hacia la ribera vecina.

Un segundo disparo retumbó, y el bengalés cayó en el río, desapareciendo entre sus ondas.

CAPITULO XII

LA EMBOSCADA

Tremal-Naik, aunque casi estrangulado y además confuso, en cuanto se vió libre del lazo se levantó, cogió la carabina y se lanzó resueltamente hacia el río, creyendo hallar al traidor; pero cuando llegó a la orilla, había desaparecido ya.

Se arrojó al agua; pero nadie se hallaba en la superficie; tal vez la corriente había arrastrado al asesino, herido sin duda por los disparos del *maharato*.

—¡Ah, miserable!—exclamó Tremal-Naik con furia.

—¡Amo!—gritó Kammamuri acudiendo en compañía del tigre y del perro,—¿dónde está ese traidor?

—Ha desaparecido; pero ya le encontraremos.

—¿Estás herido?

—Tremal-Naik no se deja estrangular por esos hombres.

—Estoy medio muerto, amo mío. Temí no llegar a tiempo de salvarte. ¡Ah, el canalla! ¡estrangularte a ti!... ¡Traidor, si cae entre mis manos, el pedazo más grande que dejo de

él será como una *rupia*! Engañarnos así, a nosotros, ¡a unos cazadores de serpientes! ¿Sabes que te hallas vivo por milagro?

—Lo sé; pero, ¿y Aghur?... ¿qué es de él?

El *maharata* enmudeció, dejando caer sus brazos con desaliento.

—Habla—dijo Tremal-Naik, que adivinaba cuanto había pasado.

—Ha muerto—balbuceó Kammamuri.

Tremal-Naik se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—¡Muerto!...—sollozó;—¡matan a todos los que me rodean! ¿Pero qué he hecho yo, gran Siva, para perder a cuantos amo? ¿Estoy maldito por los númenes?

Inclinó la cabeza sobre el pecho y una lágrima rodó por sus bronceadas mejillas. Kammamuri, al verle llorar, sintió que las fuerzas le abandonaban.

—Amo mío—murmuró.

Tremal-Naik no le oyó; con la cabeza cogida entre las manos se había sentado a la orilla del río y contemplaba con húmedos ojos la *jungla*, que agitaba una leve y perfumada brisa. Su pecho de atleta se agitaba de cuando en cuando a causa de los sollozos.

—¡Pobre amo mío!—exclamó Kammamuri.—No te aflijas, hazte fuerte, es preciso.

—Sí, fuerte para luchar con la fatalidad que pesa sobre nosotros—contestó con rabia.—¡Pobre Aghur, tan joven, tan intrépido y ya muerto! ¿Es esto posible?

—Sí, le he visto con mis propios ojos, le he tocado con mis propias manos. Se hallaba tendido junto a un estanque, con el lazo al cuello y un puñal en el pecho. El miserable Manciadi, después de haberle derribado, le asesinó con sus armas.

—Sí.

—¡Ah, malvado!

—Pero no cometerá otro crimen; yo te lo aseguro... Mi bala le debe haber herido y tal vez los peces se nutren ya con su carne.

—¡Ese monstruo había tramado un plan infernal!

—Efectivamente: había asesinado a Aghur para alejarme y caer sobre ti. Por fortuna llegué a tiempo y en el momento crítico.

—¿Pero no tenías antes ninguna sospecha?

—No; jamás había dudado de él. Nos engañaba admirablemente, mas, ¿qué se podía proponer al asesinarnos?

—Temo que le hayan enviado los indios de Raimangal.

—¿Será posible?

—Estoy cierto; ¿viste su pecho?

—No, porque lo llevaba siempre cubierto, no sé por qué.

—Para ocultar el misterioso tatuaje.

—Ahora me lo explico. Pero, ¿por qué tienen tal ensañamiento contra ti?

—Porque amo a Ada.

—¿No toleran que tú la ames?

—No, y por eso quieren asesinarme.

—¿Pero por qué?

—Porque sobre la cabeza de esa niña pende una sentencia terrible.

—¿Cuál?

—No lo sé; pero algún día descifraré el misterio.

—¿Y crees que esos miserables volverán a la carga?

—Sí, Kammamuri.

—Tengo miedo, ¿y tú?

Tremal-Naik no respondió; miraba atentamente hacia el sud.

—¿Has visto algo?—preguntó el *maharato* con ansiedad.

—Sí; parece que he advertido una extraña claridad en el fondo de la *jungla*.

—Vamos a la cabaña; aquí no nos hallamos seguros.

Tremal-Naik miró por última vez hacia la *jungla* y hacia el río, y se dirigió lentamente hacia la choza, en cuya puerta se detuvo.

—Mira, Kammamuri—dijo con tristeza,—esa cabaña otras veces tan alegre y sonriente, me parece que tiene el fúnebre aspecto de un sepulcro. ¡Pobre Aghur!

Ahogó un sollozo y se echó sobre la hamaca, escondiendo la cara entre las manos; Kammamuri apoyó en el quicio de la puerta la cara hacia la *jungla*, murmurando:

—¡Pobre amo mío!

Pasaron tres horas sin que el *maharato* se moviese. El agudo sonido del *ramsinga* le arrancó de su inmovilidad.

—¡Fúnebre trompa!—murmuró con ira,—¿aun anuncias otra desgracia? Haces bien en advertirla.

Dió una vuelta en torno de la cabaña, inspeccionando las altas hierbas; pero no descubrió nada; penetró en la choza tras Darma y Punthy; formó una barricada en la puerta y se echó junto a ella para despertarse al menor ruido.

Pasaron algunas horas sin que nada aconteciese. Kammamuri, muy inquieto, estaba desvelado, y se levantaba con frecuencia para observar por las ventanas.

Hacia la media noche, la luna se ocultó, sumiendo la *jungla* en absoluta obscuridad. Al poco tiempo, Punthy ladró tres veces.

—Alguien se acerca—murmuró Kammamuri,—el perro le ha oído.

Entró en la habitación de Tremal-Naik; éste dormía profundamente y en sueños hablaba de Ada.

Punthy aulló sordamente y se lanzó hacia la puerta, en-

señando los dientes; también el tigre debía advertir algo, porque rugía con ira.

Kammamuri, después de armarse con un par de pistolas, fué a espiar por todas las ventanas; pero no vió ni escuchó nada. Tuvo por un momento la idea de disparar un pistoletazo para ahuyentar a los que se atrevían a acercarse a la cabaña; pero por no despertar a su amo y por el temor de que éste quisiera lanzarse fuera a perseguirlos, se detuvo.

Algunas horas después creyó ver hacia el sud una señal luminosa, a la que siguió un ligero silbido y una sorda detonación, pero no advirtió nada más.

—¡Cuánto misterio!—murmuró aterrorizado.—Si esta noche no nos sucede nada malo, es prueba de que Siva y Brahma nos protegen.

Permaneció despierto algunas horas; después, cediendo a la fatiga y al sueño, se adormeció. Ni el perro ni el tigre volvieron a dar señales de alarma en toda la noche.

Por la mañana, ansioso de averiguar algo, se apresuró a salir. Lo primero que divisaron sus ojos fué un puñal clavado en tierra, a pocos pasos de la cabaña, que sujetaba un papel azulado.

—¡Ah!—exclamó echándose hacia atrás,—por lo visto se han atrevido a llegar hasta aquí.

Se acercó con precaución y casi con repugnancia a aquellos objetos y los recogió temblando. El puñal era de acero bruñido, de una forma particular, y con incisiones en la hoja.

Abrió el papel y descubrió dibujada una serpiente con la cabeza de mujer, el misterioso emblema de los indios de Raimangal, y debajo algunas líneas escritas con caracteres rojos.

—¿Qué dicen estos renglones?—se preguntó el *maharato*. —Aquí hay un misterio que el amo descifrará.

Hizo agazaparse en la puerta a Darma y a Punthy, y corrió a ver a Tremal-Naik. Le halló sentado ante una de las ventanas, fija la mirada en el nebuloso horizonte que se descubría hacia el sud.

—Amo—dijo el *maharato.*

—¿Qué quieres?—preguntó con voz sorda.

—Deja de pensar y mira este objeto. Hay un misterio en él que descifrar.

Tremal-Naik se volvió de mala gana; pero una contracción nerviosa alteró los rasgos de su rostro al contemplar el puñal que Kammamuri le mostraba.

—¿Qué es esto?—preguntó estremeciéndose,—¿quién te ha dado esa arma?

—La he hallado ante la choza. Lee esta carta.

Tremal-Naik se la arrancó precipitadamente de la mano, leyendo lo siguiente:

«Tremal-Naik:

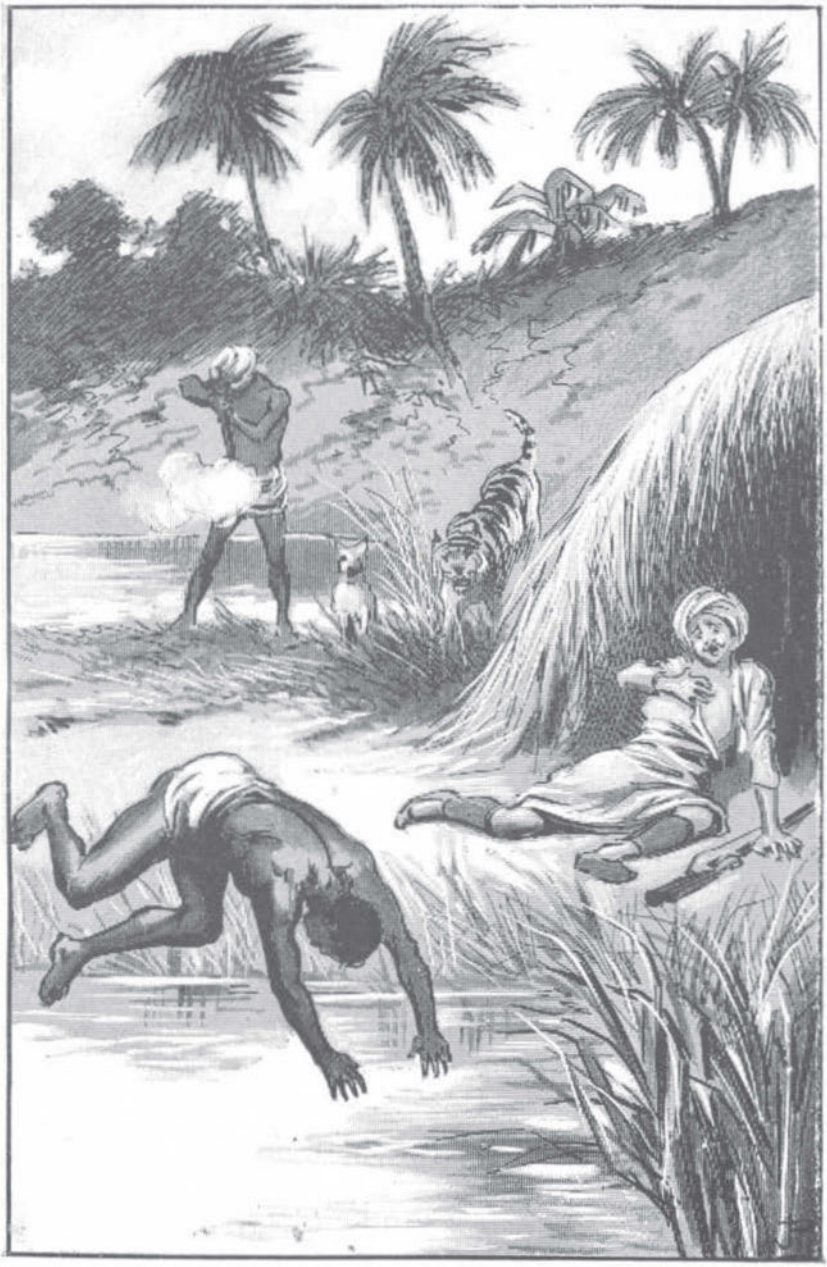
»La misteriosa divinidad que impera poderosa sobre toda la India, te envía el puñal de la muerte. Basta un rasguño de su punta envenenada para que desciendas a la tumba.

»Tremal-Naik: tienes que desaparecer de la superficie de la tierra: la diosa lo quiere. Sólo así se detendrá el fuego que está para caer sobre la cabeza de la que fué condenada. Esta tarde, al ocultarse el sol, Manciadi recogerá tu cadáver.

«*Suyodhana.*»

El «cazador de serpientes», al leer la carta, se había demudado.

—Qué...—exclamó,—¿queréis mi vida, mi vida, para detener el fuego que va a caer sobre la cabeza de la mujer que está sentenciada?... ¿Qué significa esta amenaza?... ¿Moriré?... ¡Yo!...



Un segundo disparo retumbó y el bengalés cayó en el río, desapareciendo entre sus ondas. (PÁG. 122)

—Amo mío—murmuró Kammamuri, que temblaba.—Presiento que corremos un gran peligro.

—No tengas miedo: los miserables tratan de asustarnos; pero yo desafío a la misteriosa divinidad que manda sobre la India entera. ¡Ah!... ¿quieren mi vida? ¡Su divinidad me ordena bajar al sepulcro, y me envía el puñal; pero Tremal-Naik no será tan imbécil que le utilice!...

Se detuvo un momento: un pensamiento pavoroso había cruzado por su mente. Volvió a leer la carta: un estupor dolorosísimo se pintó en su rostro.

—¡Potente Siva!—exclamó con voz ahogada,—«¡el fuego está para caer sobre la que fué condenada!»... ¡Kammamuri!

—¿Señor?

—Una mujer fué condenada... ¿y si fuese...?

—¿Quién?

—La tienen en sus manos.

—¿Pero a quién?

—¡A Ada!—profirió con acento desgarrador el indio.—¡Ah, pobre niña!...

Tremal-Naik se lanzó como un loco fuera de la cabaña, y volvió a entrar horriblemente desfigurado.

—¡No es posible que la maten!—dijo Kammamuri.

—¿Y si fuese cierto? ¡Si aquellos monstruos la asesinaran, qué horror!... ¡Siva, oh, dios mío, vela sobre ella, vela sobre mi pobre Ada!

Un sollozo agitó el pecho del cazador de serpientes.

—¿Qué hacer?—balbuceó fuera de sí;—sí, lo presiento, esos monstruos la han condenado... no quieren que ame a ningún mortal... uno de nosotros es preciso que muera. Pero, no, ¡no quiero que sea ella, tan joevn, tan hermosa!... ¿tendré yo que morir?... ¡Nunca! ¡jamás! eso es imposible: la amo demasiado para descender a la tumba sin haberla

visto, aunque sea por última vez, sin decirla que muero por ella.

Tremal-Naik se retorcía como una serpiente. De pronto se detuvo, como un tigre que se va a saltar sobre la presa. Un relámpago siniestro fulguraba en sus ojos.

—¡La hora de la venganza ha sonado!—dijo con acento indefinible.—¡Ada, allá voy... A mí, Darma!

El tigre se plantó de un salto en la puerta de la choza, lanzando un rugido formidable.

Tremal-Naik descolgó la carabina, e iba a salir, cuando Kammamuri le detuvo.

—¿Dónde vas?—le preguntó.

—Al Raimangal, a salvarla antes de que la maten.

—¿Pero no sabes que allí reina la muerte? ¿no sabes que existen miles de hombres que piden tu sangre? Te pierdes, amo mío, y tal vez matas a la que amas, creyendo salvarla.

—¡Yo!...

—Sí, en cuanto tú aparezcas, el fuego vengador caerá sobre ella.

—¡Gran Siva!

—Calma y escúchame. Déjame que yo arregle este asunto y lo sabremos todo. Tal vez esos hombres han tratado de aterrorizarte.

Tremal-Naik le miró, como si despertase de un sueño; tal vez Kammamuri tenía razón.

—Aun no es el momento oportuno de volver a esa maldita isla, ni estás aún tan fuerte que puedas luchar con todos ellos—continuó el *maharato*.—Te han escrito pidiendo tu cadáver; pues bien, lo tendrán, pero será un difunto que respirará aún y saltará al cuello del asesino del pobre Aghur. Déjame que te guíe; los *maharatos* somos astutos, bien lo sabes.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Tremal-Naik, que poco a poco se iba dejando convencer.

—Quiero decir que necesitamos uno de esos hombres para decidir lo que hay que hacer. Si es preciso, mañana partiremos a Raimangal.

—¿Necesitamos un hombre de esa isla?

—Sí, y éste será Manciadi. Escucha atentamente. Esta noche, al ocultarse el sol, te transportaré a la *jungla*, y tú te harás el muerto. Darma y yo nos emboscaremos a pocos pasos para que no te ocurra ninguna desgracia; llega el malvado que asesinó a Aghur, caemos sobre él y le reducimos a prisión; yo me encargo después de hacerle confesar el sitio donde ocultan a la mujer que amas y el número y el poder de nuestros enemigos.

Tremal-Naik cogió las manos del *maharato* y las estrechó afectuosamente.

—¿Te quedas?

—Sí—dijo el «cazador de serpientes» lanzando un hondo suspiro;—pero mañana, aunque sea solo, iré al Raimangal. Presiento que un peligro amenaza a mi Ada.

—No irás solo—dijo Kammamuri;—Darma y yo te acompañaremos. Ahora, calma, que esta tarde caerá en nuestras manos Manciadi.

Kammamuri dejó a su amo, que se había sentado a la puerta y era presa de mil congojas y pensamientos terribles, y se dirigió al río a preparar la canoa.

Durante el día no aconteció nada nuevo. El *maharato* llegó varias veces hasta la *jungla*, armado hasta los dientes; pero no vió a nadie ni escuchó ruido alguno sospechoso.

A las siete, el sol se hundía en el horizonte: era el momento crítico.

—Señor—dijo restregándose alegremente las manos,—no perdamos tiempo.

Precisamente en aquel instante se oyó hacia el sud el fúnebre *ramsinga*.

—Los miserables se acercan—indicó Kammamuri.—Animo y a la *jungla*. No pronuncies ni una palabra, no hagas el más ligero movimiento, si no quieres que fracase la emboscada. En cuanto el asesino aparezca, el tigre le sujetará.

Se echó a Tremal-Naik a la espalda, después de haber introducido en su amplia faja un par de pistolas, y se dirigió dando trompicones hacia la *jungla*.

El sol desaparecía tras las gigantescas plantaciones de occidente cuando llegó al primer grupo de bambúes. Dejó un momento a Tremal-Naik, que conservaba la aparente rigidez de un cadáver, y le dijo, inclinándose sobre él:

—Amo mío, ni el menor movimiento ahora; pero en cuanto el tigre se lance sobre Manciadi, tapa la boca al miserable. Tal vez haya algún otro indio por los alrededores.

—No tengas cuidado—susurró el aludido,—todo saldrá bien.

Kammamuri se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de un dolor profundo. Cuando llegó a la cabaña, una segunda señal de la trompa se dejó oir entre los espinosos bambúes de la *jungla*.

—Darma, sígueme.

El tigre le alcanzó de un salto, y ambos se dirigieron hacia el sud, escondiéndose tras una plantación de añil; a los pocos momentos se hallaban junto a los bambúes, emboscados a unos siete u ocho pasos del cuerpo de Tremal-Naik.

Una tercera señal de la trompa, aun más cercana, rompió el profundo silencio que reinada en las *Sunderbunds*.

—Bien—murmuró Kammamuri, empuñando una pistola,—se acerca el miserable.

Lanzó una mirada a su amo, que semejaba un verdadero

cadáver, tendido sobre un lado, con la cabeza oculta bajo un brazo; hubiese engañado a un marabú o a un chacal.

Al cabo de un rato, un hermoso pavo real se elevó, volando rápidamente. Kammamuri pasó una mano sobre el tigre, que husmeaba el aire y agitaba la cola.

—No te muevas, Darma—susurró.

Otro pavo real cruzó lanzando un grito de terror.

Manciadi se acercaba arrastrándose como un reptil, sin causar ruido alguno. Temía tal vez caer en alguna emboscada y avanzaba con excesiva cautela.

Kammamuri se puso de rodillas y preparó la pistola. Frente a él vió entreabrirse los bambúes; después salieron dos manos y por fin una cabeza de un amarillo brillante.

El *maharato* sintió que el sudor le corría por la frente. Aquella cabeza era la de Manciadi, el asesino del pobre Aghur.

—Darma—murmuró.

El tigre se había levantado y no esperaba más que una orden para tirarse.

Manciadi miró a Tremal-Naik con ojos fulgurantes y soltó una carcajada. El «cazador de serpientes» no se movió.

Entonces el indio salió de los bambúes con el lazo en la mano y dió algunos pasos hacia el «cadáver».

—¡Darma, sujétale! — exclamó Kammamuri, poniéndose en pie.

El tigre saltó unos quince pasos, cayendo como un rayo sobre el asesino, que rodó aterrorizado.

Tremal-Naik se lanzó sobre él y le aturdió de un puñetazo.

—¡Sujétale con fuerza!—gritó el *maharato* acudiendo,—¡rómpele una pierna para que no pueda huir!

—Es inútil—dijo Tremal-Naik sujetando al tigre;—casi le he matado.

Biblioteca Nacional de España

Precisamente en aquel instante se oyó hacia el sud el fúnebre *ramsinga*.

—Los miserables se acercan—indicó Kammamuri.—Animo y a la *jungla*. No pronuncies ni una palabra, no hagas el más ligero movimiento, si no quieres que fracase la emboscada. En cuanto el asesino aparezca, el tigre le sujetará.

Se echó a Tremal-Naik a la espalda, después de haber introducido en su amplia faja un par de pistolas, y se dirigió dando trompicones hacia la *jungla*.

El sol desaparecía tras las gigantescas plantaciones de occidente cuando llegó al primer grupo de bambúes. Dejó un momento a Tremal-Naik, que conservaba la aparente rigidez de un cadáver, y le dijo, inclinándose sobre él:

—Amo mío, ni el menor movimiento ahora; pero en cuanto el tigre se lance sobre Manciadi, tapa la boca al miserable. Tal vez haya algún otro indio por los alrededores.

—No tengas cuidado—susurró el aludido,—todo saldrá bien.

Kammamuri se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de un dolor profundo. Cuando llegó a la cabaña, una segunda señal de la trompa se dejó oir entre los espinosos bambúes de la *jungla*.

—Darma, sígueme.

El tigre le alcanzó de un salto, y ambos se dirigieron hacia el sud, escondiéndose tras una plantación de añil; a los pocos momentos se hallaban junto a los bambúes, emboscados a unos siete u ocho pasos del cuerpo de Tremal-Naik.

Una tercera señal de la trompa, aun más cercana, rompió el profundo silencio que reinaba en las *Sunderbunds*.

—Bien—murmuró Kammamuri, empuñando una pistola,—se acerca el miserable.

Lanzó una mirada a su amo, que semejaba un verdadero

cadáver, tendido sobre un lado, con la cabeza oculta bajo un brazo; hubiese engañado a un marabú o a un chacal.

Al cabo de un rato, un hermoso pavo real se elevó, volando rápidamente. Kammamuri pasó una mano sobre el tigre, que husmeaba el aire y agitaba la cola.

—No te muevas, Darma—susurró.

Otro pavo real cruzó lanzando un grito de terror.

Manciadi se acercaba arrastrándose como un reptil, sin causar ruido alguno. Temía tal vez caer en alguna emboscada y avanzaba con excesiva cautela.

Kammamuri se puso de rodillas y preparó la pistola. Frente a él vió entreabrirse los bambúes; después salieron dos manos y por fin una cabeza de un amarillo brillante.

El *maharato* sintió que el sudor le corría por la frente. Aquella cabeza era la de Manciadi, el asesino del pobre Aghur.

—Darma—murmuró.

El tigre se había levantado y no esperaba más que una orden para tirarse.

Manciadi miró a Tremal-Naik con ojos fulgurantes y soltó una carcajada. El «cazador de serpientes» no se movió.

Entonces el indio salió de los bambúes con el lazo en la mano y dió algunos pasos hacia el «cadáver».

—¡Darma, sujétale! — exclamó Kammamuri, poniéndose en pie.

El tigre saltó unos quince pasos, cayendo como un rayo sobre el asesino, que rodó aterrorizado.

Tremal-Naik se lanzó sobre él y le aturdió de un puñetazo.

—¡Sujétale con fuerza!—gritó el *maharato* acudiendo,—¡rómpele una pierna para que no pueda huir!

—Es inútil—dijo Tremal-Naik sujetando al tigre;—casi le he matado.

Efectivamente, el indio, herido en la frente por el puño de hierro del «cazador de serpientes», no daba señales de vida.

—Perfectamente—dijo Kammamuri,—ahora le haremos hablar; no saldrá vivo de nuestras manos, te lo juro, y vengaremos a Aghur.

—No hables tan fuerte, Kammamuri—murmuró el amo, volviendo a separar al tigre, que intentaba despedazar al prisionero.

—¿Crees que hay más indios en los alrededores?

—Podría ser; además, el cielo se obscurece rápidamente y nos amenaza un huracán formidable; llevémosle a la cabaña.

Kammamuri cogió por las piernas a Marciadi; Tremal-Naik le sujetó por los brazos y echaron a correr, en tanto que gigantescos nubarrones se condensaban con rapidez vertiginosa hacia el sud.

Pocos minutos después, entraban en la cabaña, atrancando la puerta sólidamente.

CAPITULO XIII

LA TORTURA

Lo más difícil estaba hecho; no faltaba más que hacer hablar al prisionero, cosa que requería calma, pues los indios son tan tenaces como los pieles rojas de América. Sin embargo, los «cazadores de serpientes» poseían potentes medios para desatar la lengua aunque fuera a un mudo.

Echado el prisionero en medio de la cabaña, encendieron a corta distancia de sus pies un gran fuego y esperaron pacientemente a que volviera en sí, para comenzar la prueba.

Al poco rato el indio dió señales de hallarse vivo. El pecho se levantó impetuosamente al dilatarse, agitó los miembros, y, por último, abrió los ojos, clavándolos en el «cazador de serpientes», que se inclinaba sobre él.

Al pronto pareció asombrarse; pero sus facciones se alteraron, reflejando desagrado, terror y rabia. Sus dedos se contrajeron, arañando la tierra, y un feroz sollozo entreabrió sus labios, mostrando dos hileras de dientes agudos como los de un tigre

—¿Dónde estoy?—preguntó con voz sorda.

Tremal-Naik se acercó.

—¿Me reconoces?—dijo dominando apenas la ira que le conturbaba.

—Si no me engaño, eres el hombre a quien tenía que destrozar—contestó.—¡Qué nacio fuí de dejarme prender!

—No lo niego, y debí esperarlo.

—¿Tiemblas ante mí?

—¡Yo temblar!—exclamó el estrangulador sonriendo.—Manciadi sólo tiembla ante Kali.

—¿Quién es Kali? No había oído nunca ese nombre.

—Sí, le escuchaste la noche que caíste bajo el puñal de Suyodhana. ¡Ah... ah... qué buen golpe fué aquel!...

—Tan certero, que aún vivo.

—Es una desgracia.

—Cierto—dijo Tremal-Naik irónicamente,—si me hallase bajo tierra, no volvería al Raimangal a exterminar a aquellos asesinos.

Una sonrisa se dibujó en los labios del estrangulador.

—No sabes lo que es Suyodhana—dijo.

—Lo sabré, Manciadi, te lo prometo, y tal vez antes de mañana a la noche.

—De veras. Tremal-Naik es hombre que cumple su palabra.

—¿De veras?

—¡Ah... ah!—exclamó el sectario,—aún no habrás dado un paso en la costa de Raimangal y cien lazos caerán sobre ti.

—Dejemos a Suyodhana y los lazos y hablemos de cosas más importantes.

—Como quieras.

—Cuidado, Manciadi, pues si no dices la verdad, te haré sufrir mil torturas.

—Soy fuerte.

—Ya me lo dirás después: escúchame y responde; tú, Kammamuri, atiza el fuego, que tal vez nos haga falta.

El amarillento rostro de Manciadi se alteró, y miró con angustia las llamas que subían y bajaban, iluminando caprichosamente las ahumadas paredes de la choza.

—Manciadi—interrogó Tremal-Naik,—¿quién es esa divinidad que llamas Kali y exige tantas víctimas?

—No hablaré.

—Mal empiezas; me obligarás a darte suplicio.

—Manciadi es fuerte.

—Vamos a otra cosa. Deseo saber cuántos hombres existen en Raimangal.

—Yo mismo lo ignoro. Sé que son muchos y que todos obedecen a Suyodhana, que es nuestro jefe.

—¿Conoces tú a la virgen de la pagoda sagrada?

—¿Quién no la conoce?

—Pues bien, háblame de Ada Corisanth.

Un relámpago de gozo feroz fulguró en los ojos de Manciadi.

—¡Hablarte de Ada Corisanth!—exclamó riendo.—¡Nunca!

—Manciad—profirió Tremal-Naik ciego de ira,—mira que sufrirás mil torturas si te obstinas en callar. ¿Dónde se encuentra esa mujer?

—¡Quién lo sabe!... tal vez en Raimangal, quizá en el norte de Bengala, o en el mar; puede que esté viva, o puede que agonice.

Tremal-Naik lanzó un alarido de rabia.

—¡Agonizar!—exclamó mordiéndose las manos.—Tú sabes algo, sí, y hablarás, vaya si hablarás, ¡aunque tenga que quemarte las piernas.

—Aunque me tuestes los brazos y el cuerpo, no hablaré; lo juro por mi diosa.

—Pero, miserable, ¿tú no has amado nunca?

—No he amado más que a mi diosa y a mi fiel lazo.

—¡Escúchame, Manciadi!—gritó el cazador fuera de sí, —te libertaré, te daré hasta la última *rupia* que poseo, te entregaré mis armas, seré tu esclavo; pero dime dónde se halla mi pobre Ada, si está viva o muerta; dime si es posible salvarla. Sufro atrozmente, Manciadi; no me tortures más, no me mates. ¡Habla, o te hago trizas con mis dientes!

Manciadi continuó callado, mirándole fijamente.

—¡Pero, habla, monstruosa criatura, habla!—rugió Tremal-Naik.

—¡No!...—exclamó el indio con increíble firmeza.—No saldrá una palabra de mis labios.

—¿Es que tienes el corazón de hierro?

—Sí, y lleno de odio.

—¡Por última vez, habla!

—¡Nunca!

Tremal-Naik le retorció las manos y le rugió al oído:

—¡Miserable... te mato!

—Mátame, pero no digo nada.

—¡Kammamuri, aquí!

Sujetó al prisionero por los brazos y le tiró con violencia al suelo. El *maharato* cogió los pies y los acercó a las llamas. La dura piel de las plantas se ennegreció al contacto de los carbones ardientes, y se resquebrajó. Un nausabundo olor de carne quemada se esparció por la choza.

Manciadi se agitó rugiendo como un tigre, y sus ojos se inyectaron de sangre.

—Sujétalo bien—dijo Tremal-Naik.

Un alarido desgarrador salió del pecho del torturado.

—¡Basta, basta!—repitió con voz agónica.

—¿Hablarás?—preguntó el indio.

Manciadi apretó los dientes, se mordió los labios y negó

con fiereza, aunque el fuego continuaba mordiendo y calcinándole las carnes. Pasaron aún dos o tres minutos. Un segundo alarido, más potente aún, le hizo exclamar:

—¡Basta!... ¡Es demasiado!.

—¿Hablarás ahora?

—¡Sí... hablaré... basta... socorro...!

TremalNaik le separó con un empujón del fuego.

—¡Habla, miserable!—le gritó.

Manciadi le contempló de un modo que causaba espanto. Con un desesperado esfuerzo, se fué a levantar; pero cayó, lanzando un ronco gemido, y permaneció inmóvil, con el rostro horriblemente descompuesto por los espasmos.

—¿Ha muerto?—preguntó Kammamuri asustado.

—No; está sólo desvanecido.

—Es preciso ir con cuidado; si se nos muere sin haber confesado, nos pierde.

—No morirá tan pronto; te lo aseguro.

—¿Hablará?

—Es forzoso; ¿no has oído que Ada se halla tal vez agonizando? Es preciso que sepa yo la verdad, aunque tenga que extraerle toda la sangre, gota a gota.

—No te exaltes; el miserable puede haber mentido.

—¡Siva permita que así sea! Si ella muere, comprendo que no podré sobrevivirla. ¡Mira qué destino tan cruel: amarla y ser correspondido, mas no poderla hacer mía!... ¡Oh, pero lo será; lo juro por todas las divinidades de la India.

—Calma, señor, que éste comienza a revivir.

Efectivamente, el estrangulador volvía en sí. Un estremecimiento agitó sus miembros rígidos; alzó lentamente la cabeza empapada en sudor, y sus facciones, horriblemente alteradas poco antes, revelaron más tranquilidad. Abrió la boca, cual si fuese a decir algo, pero la lengua no emitió so-

nido alguno: solamente un sordo aullido, una especie de gemido ahogado resonó en el fondo de su garganta.

—¡Habla, Manciadi!—insistió Tremal-Naik.

El torturado no contestó.

—¿Ves el fuego? Si no mueves la lengua, comienza de nuevo el suplicio.

—¿Hablar?—rugió el interpelado.—Me has... perdido... no podré andar... ¡mátame si quieres!... pero no hablaré... Te odio... escucha... Ada... la mujer que adoras... morirá!... ¡Qué gozo pensar... que experimentará las mismas torturas que yo... Me parece que oigo sus gritos... mírala... atada a la llameante pria... Suyodhana ríe... los *thugs* danzan a su alrededor... Kali se regocija... las llamas la envuelven!... ¡Ah... ah!...

El miserable prorrumpió en una carcajada satánica, a la que hizo coro el estampido de la tempestad, que conmovió hasta los cimientos de la choza.

Tremal-Naik se arrojó como un loco sobre el indio.

—¡Mientes!—rugió.—¡Eso no es posible, no es cierto!

—Es verdad... a tu Ada la quemarán...

—¡Dímelo todo... lo quiero... te lo mando!

—¡Nunca!

El «cazador de serpientes», ciego de ira y desesperación, volvió a sujetarle, arrastrándole hacia el fuego.

Kammamuri intervino.

tar otra tortura, se morirá. El fuego no basta para desatar tar otra tortura, se morirá. El fuego no basta para desata! su lengua; probemos con el hierro.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame a mí y ya verás.

El *maharato* pasó a la estancia contigua y apareció poco después llevando una especie de trépano, a cuya extremidad había dos espirales opuestas de acero templado que ter-

miaban en dos puntas separadas un centímetro una de otra.

—¿Qué es eso?—preguntó Tremal-Naik.

—Ahora lo verás; y te juro que ningún hombre, por fuerte que sea, puede resistir semejante castigo. Los de mi tierra entienden de estas cosas.

Sujetó el pie derecho del prisionero y aplicó sobre los dedos pulgares las dos puntas de las espirales.

—Atención, Manciadi, que comienzo.

Las dos hélices se hundieron en la carne. El *maharato* miró el rostro de la víctima, que estaba cubierto de helado sudor.

—¿Continúo?—preguntó.

Manciadi dió un gemido. Kammamuri continuó el suplicio. La víctima, acometida de terrible conmoción, lanzó un aullido desesperado.

—Confiésalo todo, o prosigo.

—No, no... ya hablaré...

—¡Ya lo sabía yo! explícate con claridad, si no quieres que empiece de nuevo. ¿Dónde está la virgen de la pagoda?

—En los subterráneos—murmuró con voz angustiada Manciadi.

—Júrame por tu divinidad que no me engañas.

—Lo... ju...ro... por... Kali...

—Sigue, ¿qué peligro la amenaza?

—Me habían ordenado... ¡Ah perros!...

—Adelante.

—Una sentencia pesa sobre Ada... Kali la ordena morir. Tu señor la ama... ella le corresponde... y uno de los dos es forzoso que muera... Me habían enviado aquí... para asesinarlo... he errado el golpe...

—¡Sigue... sigue!—exclamó Tremal-Naik, que no perdía sílaba.

—Como no me volverán a ver... supondrán la suerte que me... ha tocado... verán que estás vivo... y, como uno de los dos ha de morir... Ada morirá quemada... Kali la ha condenado.

—¡Horror!... ¡pero yo la salvaré!...

Una sonrisa irónica agitó los labios del torturado.

—Los *thugs* son potentes—balbuceó.

—Tremal-Naik será más poderoso que ellos. Escúchame, Manciadi. Sé que el «banian sagrado» conduce a los subterráneos, y en cuanto sepa el secreto bajaré a ellos.

—He hablado... demasiado... Puedes matarme... yo estoy agonizando y no diré una palabra más. Déjame morir.

—¿Comienzo de nuevo?—preguntó Kammamuri.

—Sé cuanto necesito. ¡Voy ahora mismo!

—¿Esta misma noche?

—¿Pues no le has oído? Mañana sería ya tarde.

—La noche es obscura y tempestuosa.

—Mejor; desembarcaré sin ser visto.

—Señor, ¡ir al Raimangal es ir a la muerte!

—¡En este momento no me detendrían ni las iras celestes! ¡Darma!

El tigre, que se hallaba acurrucado en la estancia contigua, se levantó gruñendo y fué a colocarse cerca del amo.

—Vamos a la canoa, potente animal, y prepárate a la lucha.

—¿Y yo qué debo hacer?—preguntó Kammamuri.

Tremal-Naik meditó algunos instantes y dijo:

—Ese hombre está aún vivo y probablemente no morirá, vigílale. Tal vez nos puede ser útil.

—¿Y vas a partir sin mí?

—Ya lo ves, no puedes seguirme. Si le dejamos solo, mañana se habrá muerto.

Tremal-Naik cogió la carabina, las pistolas y un enorme

cuchillo, se proveyó de abundantes municiones y salió con paso rápido. El tigre continuaba detrás, saltando a derecha y a izquierda, mezclando sus rugidos con los bramidos del huracán y el estampido de los truenos.

—La noche es mala—dijo el «cazador de serpientes»,—pero nada me detendrá. ¡Ay, si pudiese llegar a tiempo de salvar a mi Ada!

Poco después una detonación llegó a sus oídos, seguida del fúnebre ladrido de Punthy.

—¿Qué será—se preguntó asombrado.

Miró hacia la cabaña y descubrió a Kammamuri, que llegaba corriendo. Venía armado hasta los dientes y en la espalda llevaba los remos de la canoa.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Tremal-Naik.

—He vengado a Aghur—respondió.

—¿Has matado a Manciadi?

—Sí, de un pistoletazo; era un estorbo; así puedo seguirte.

—Kammamuri, ¿sabes que tal vez no podamos regresar a nuestra *jungla*?

—Lo sé, amo mío.

—¿Sabes que en Raimangal nos espera la muerte?

—Sí; vas a desafiarla para libertar a la mujer que adoras, y yo te sigo. Prefiero morir a tu lado, que permanecer aquí solo.

—¡Pues bien, valiente Kammamuri, sígueme! Punthy cuidará de nuestra cabaña.

CAPITULO XIV

AL RAIMANGAL

Como había dicho el *maharato*, la noche era tempestuosa. Enormes masas de vapores se alzaban del suelo y corrían por la bóveda celeste, remontándose unas sobre otras cual las olas del mar.

Frecuentes ráfagas de viento cruzaban, atravesando las desiertas *Sunderbunds*, inclinando las inmensas plantaciones de bambúes desgajando las débiles cañas que volaban por el aire al par de las bandadas de marabúes y pavos reales, que lanzaban estridentes chillidos.

De cuando en cuando, un lívido relámpago iluminaba las tinieblas, mostrando aquel caos de vegetales y los formidables truenos repercutían después hasta el golfo de Bengala.

No llovía, pero las cataratas del cielo amenazaban desbordarse.

Los dos indios y el tigre ganaron en pocos minutos la ribera del Mangal, cuya corriente acrecentada por algún

...una contracción nerviosa alteró los rasgos de su rostro al contemplar el puñal que Kammamuri le mostraba. (PÁG. 128)

aguacero, se deslizaban con mayor rapidez, arrastrando trozos de bambú y troncos de árbol.

Permanecieron algunos momentos ocultos entre un cañaveral, esperando que algún relámpago descubriera la opuesta orilla; y cuando se convencieron de que no los espiaban, se apresuraron a descender y a botar al agua la canoa.

—Señor—dijo Kammamuri, mientras Tremal-Naik saltaba dentro,—¿crees que hallaremos a esos hombres a lo largo del río o en los contornos de Raimangal?

—No lo sé; pero eso importa poco; esta noche me siento tan fuerte, que lucharía contra un ejército de mil hombres. La pasión que abrasa mi pecho me dará la fuerza necesaria para vencer todos los obstáculos.

—Lo sé, amo mío; pero es preciso tener prudencia. Si nos descubren, darán la voz de alerta y nos impedirán desembarcar.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Engañarlos.

—¿Cómo?

—Déjame a mí; pasaremos sin ser vistos.

El *maharato* volvió a la ribera, tronchó una porción de altos bambúes y cubrió con ellos la canoa de tal modo, que semejaba un montón informe de cañas arrastradas por la corriente.

—Está muy obscuro—dijo escondiéndose debajo de las ramas con Tremal-Naik y el tigre.—Los indios no sospecharán que debajo de estas cañas va una canoa y en ella dos hombres y una fiera.

—Pronto, Kammamuri, pongámonos en marcha—dijo el amo, que temblaba de impaciencia;—a cada minuto que pasa, parece que se me clava un puñal en el pecho, y tiemblo al

pensar el gran peligro que corre Ada. ¿Crees que llegaremos a tiempo de salvarla?

—Estoy seguro—exclamó Kammamuri, impulsando la canoa al centro de la corriente.—Sus verdugos deben esperar a que Manciadi vuelva de cumplir su cometido.

—¿Pero, y si llegásemos tarde?... ¡Gran Siva, qué terrible golpe! Comprendo que no podría sobrevivir a esa catástrofe.

—Calma, señor. Tal vez Manciadi ha exagerado.

—Debe de ser verdad. ¡Infeliz Ada!... ¡si aún te volviese a ver!...

—Silencio, amo mío, el hablar es una imprudencia.

—Cierto, Kammamuri.

Tremal-Naik se echó a proa, al lado del tigre, y el criado a popa, con el timón en la mano para dirigir la embarcación.

El huracán redoblaba su violencia, y a la obscuridad había sucedido un verdadero incendio en las nubes.

El viento rugía en la *jungla*, curvando con estridente crujido los vegetales y torciendo los troncos de los bananos, de las palmeras, latanias y *pipales* (1) y entre las nubes resplandecían de continuo las exhalaciones, descendiendo en zis-zás.

La canoa, arrastrada por el viento y por la corriente extraordinariamente crecida, navegaba como una flecha, chocando con las isletas y los troncos de árboles que derivaban por el río.

Kammamuri se esforzaba inútilmente en dirigir la embarcación, y Tremal-Naik calmaba al tigre, que asustado del fragor de la tormenta, rugía ferozmente, echándose a uno y a otro lado de la embarcación, con gran peligro de hundirla.

A cosa de las diez, el *maharato* señaló una hoguera que

(1) Estos árboles tienen un tronco enorme y hojas oscura.

ardía sobre la ribera del río a menos de trescientos pasos de la proa de la nave; y aun no había terminado de hablar, cuando se escuchó el *ramsinga* por tres veces y en diversos tonos.

—¡Alerta, señor!—gritó dominando con la voz el estampido del trueno.

—¿Descubres a alguien?—preguntó Tremal-Naik sujetando al tigre por el cuello con la mano izquierda y apuntando con la derecha, en la que esgrimía una pistola.

—No; pero el fuego debe hallarse encendido para ver si viene alguien. Estemos en guardia, porque el *ramsinga* anuncia algo.

—Coge la carabina; tal vez tengamos que entablar la lucha.

La canoa se acercaba rápidamente al fuego; era un montón de bambúes secos que ardían iluminando como en pleno día las orillas del río.

—¡Mira!—dijo al poco rato Kammamuri.

—¡Silencio!—susurró Tremal-Naik sojetando la boca del tigre.

Dos indios se habían lanzado de improviso fuera de unas matas. Llevaban el lazo rodeando su cuerpo y sostenían en las manos los fusiles; sobre su pecho se destacaba la serpiente azul con cabeza de mujer.

—¡Mira hacia allí!—gritó uno de ellos.—¿Ves?

—Sí—respondió el otro,—es un montón de cañas que arrastra la corriente.

—¿Eso crees?

—¿Y por qué no?

—Temo que oculte algo.

—No veo debajo nada.

—Calla... creo haber oído...

—¿Rugir?

—Cierto. ¿Si irá algún tigre allí en medio?

—Pues, buen viaje.

—Pronto, Huka, el hombre que Mancladi debe estrangular posee un tigre.

—No lo sabía, pero, ¿crees que bajo esas ramas pueden ir un hombre y la fiera?

—Tal vez; es muy audaz y astuto.

—¿Qué vas a hacer?

—Descubrirlo con un disparo. Mira muy abajo.

Kammamuri y Tremal-Naik habían oído el diálogo, y al ver a los dos indios apuntar, se echaron con presteza en el fondo de la canoa.

—No contestes o estamos perdidos—dijo el *maharato.*

Dos balas horadaron los bambúes. El tigre dió un salto, lanzando un furioso alarido.

—¡Calla, Darma!—dijo Tremal-Naik sujetándole.

—¡Que la diosa me mate!—gritó uno de los indios.—¡Es él!

—¡Da la señal, Huka!—ordenó el otro.

Algo fulgurante brilló en la canoa, seguido de un crujido formidable que ahogó las agudas notas del *ramsinga.* Tremal-Naik y Kammamuri, que se habían puesto de pie, fueron derribados, y el tigre rugió con más furia.

—¡Señor, un rayo!—exclamó Kammamuri.

Tremal-Naik, aún atontado por la influencia de la descarga eléctrica, se puso de rodillas; un grito de rabia brotó de sus labios.

—¡Maldición... nos quemamos!

Efectivamente, los bambúes, prendidos con la chispa ardían rápidamente.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Kammamuri.—¡Al río... al río!...

—No te muevas si no quieres morir.

Tremal-Naik, con un esfuerzo desesperado, cogió el montón de cañas y las echó al río.

—¡El él!—gritó una voz.

—¡Fuego, Huka!...

Dos detonaciones retumbaron. Tremal-Naik oyó silbar las balas en sus oídos.

—¡Da la señal, Huka!

—¡Nos hemos perdido!—gritó Kammamuri.

—No te muevas—dijo su amo,—sujeta al tigre.

Se acercó a popa y apuntó a Huka, que acercaba a sus labios el *ramsinga*. A la descarga de la carabina siguió un grito.

Huka, herido en la frente por la diestra bala del «cazador de serpientes», había caído al río.

Su compañero dudó un instante, pero después huyó al través de la *jungla*, haciendo sonar con furia el *ramsinga*, que había recogido del suelo.

Tremal-Naik le hizo blanco; pero no llegó a herirle.

—¡Errado el golpe!—gritó, tirando el arma con ira.—¡Estamos perdidos!

—¿Qué hacemos?—preguntó Kammamuri.—Hemos perdido la esperanza de poder desembarcar; el *ramsinga* pondrá en movimiento a los indios. ¡Maldito rayo que nos ha descubierto!

—Sigamos adelante; esta noche no nos detiene ni aun todos los moradores de las *Sunderbunds*; mueve los remos, que yo me defenderé de cuantos salgan a recibirnos.

Kammamuri quiso añadir algo, tal vez algún consejo, mas Tremal-Naik no le dejó tiempo.

—Si tienes miedo, desembarca—le dijo,—el tigre y yo te seguiremos.

—Voy contigo, y Siva nos protegerá.

Cogió los remos y sentándose en medio de la barca, remó con todas sus fuerzas; a aquel potente impulso, la canoa descendió por el río con rapidez vertiginosa, saltando sobre

las ondas. Tremal-Nak, con la carabina cargada, se puso a popa, con los ojos fijos sobre las dos orillas. El tigre se había acurrucado a sus pies y rugía sordamente a cada balanceo de la nave.

Pasaron diez minutos. Las riberas, que huían rápidamente ante los ojos de los dos indios, se hallaban cubiertas de bambúes, que se bamboleaban sobre la corriente, y la mayor parte estaban desgajados por la furia del huracán.

Al cabo de un rato, Tremal-Naik, que observaba atentamente, vió ascender a gran altura una especie de signo luminoso.

—Debe de ser una señal; sigue, Kammamuri.

Un nuevo fogonazo iluminó la opuesta orilla.

—¿Qué hacemos?—interrogó Kammamuri.

—Adelante, valiente *maharato*.

—Indican sin duda nuestra llegada.

—No importa; mi adorada corre un peligro. ¡Adelante, Darma; atención, la lucha se acerca!

El río entonces corría con rapidez, estrechándose mucho. Tremal-Naik comprendió que se hallaban cerca del cementerio flotante. Sin saber por qué, se estremeció.

—De prisa, Kammamuri, presiento que corremos algún riesgo.

El *maharato* redobló sus fuerzas y la canoa se deslizó sobre el estanque, cubierto por las ramas de los tamarindos. La obscuridad era tan profunda, que no descubrían msá que lo que se hallaba a cinco pasos de distancia. La embarcación chocaba contra los cadáveres, y un ruido como de un cuerpo que se sumerge respondió al primer empuje.

—¿Has oído?—preguntó Kammamuri.

—Sí; alguien se ha arrojado al agua.

Tremal-Naik se acercó hacia el río para ver si se acercaban a la embarcación; pero no vió nada.

—Pasa gente—dijo una voz que llegó hasta los dos navegantes.

—¿Quién es?

—¿Serán de los nuestros? Estaba fijado para la media noche.

Tremal-Naik, al oir la palabra «media noche» sintió oprimírsele el corazón.

—¡Media noche!—murmuró con voz trémula.—¡Qué horrible sospecha!

—Hola—gritó una de aquellas voces,—¿quién pasa?

—No contestes, señor.

—Al contraroi, es forzoso que lo sepa todo.

—Te pierdes.

—¿Quién habla?—preguntó Tremal-Naik.

—¿Quién pasa?—interrogó una voz.

—Indios de Raimangal.

—Apresuráos, pues, que la media noche se acerca.

—¿Qué es lo que vamos a celebrar?

—Se quemará a la virgen de la sagrada pagoda.

Tremal-Naik ahogó un alarido que iba a brotar de sus labios.

—¡Gran Siva, ten piedad de ella!—murmuró.

Después, dominando su emoción, preguntó:

—¿No ha muerto Tremal-Naik?

—No, hermano, porque Manciadi no ha regresado.

—¿Y van a quemar a la virgen?

—Sí, a la media noche; el fuego está presto y la niña irá pronto al paraíso de Kali.

—Gracias, hermano—respondió con ahogada voz Tremal-Naik.

—Una palabra aún: ¿has escuchado el *ramsinga*?

—No.

—¿Has visto a Huka?

—Sí, al lado de la hoguera.

—¿Sabes dónde van a quemar a la virgen?

—Creo que en los subterráneos de la pagoda.

—Sí, en el gran templo subterráneo. Apresuráos, que la media noche se acerca. Adiós, hermano.

—¡Rema, Kammamuri!—rugió el «cazador de serpientes».

—¡Ada, mi pobre Ada!

Un sollozo desgarró su pecho y ahogó su voz.

Kammamuri empuñó los remos, y al poco tiempo la canoa dejó atrás la masa de cadáveres y llegó a la parte opuesta.

—¡Pronto... pronto!—dijo Tremal-Naik fuera de sí,—a la media noche la queman... ¡Adelante, Kammamuri!

El *maharato* no necesitaba que le excitase: remaba con tal furia, que los músculos amenazaban hacer estallar su piel.

La canoa atravesó el estanque y entró de nuevo, rápida como una flecha, en el río. Pronto divisaron la costa de Raimangal con su gigantesco «árbol sagrado», cuyas desmesuradas ramas se retorcían de mil modos bajo los potentes soplos del huracán.

Un relámpago rompió las tinieblas, mostrando la ribera completamente desierta.

—¡Siva está con nosotros!—exclamó Kammamuri.

—¡Adelante... adelante!—dijo Tremal-Naik, que se hallaba en la proa.

La embarcación, que iba con gran velocidad, encalló en la arena, quedando un buen trozo fuera del agua.

El «cazador de serpientes» se pertrechó con furia de municiones; Kammamuri y el tigre se lanzaron a tierra, llegando al tronco principal del «banian sagrado».

—¿Oyes algo?—preguntó Tremal-Naik.

—Nada; seguramente se hallan todos en el subterráneo.

—¿Tienes miedo de seguirme?

—No, amo mío—respondió con voz firme el *maharato*.

—Pues descendamos nosotros también... ¡Mi Ada, o la muerte!

Se colgaron de las columnas y ascendieron a las ramas superiores, acercándose a la parte horadada del tronco. El tigre se unió a ellos de un salto.

Tremal-Naik miró hacia el fondo de la cavidad. Al fulgor de la tormenta descubrió una especie de gradas que permitían descender.

—Vamos, valiente *maharato*, yo te precedo.

Y se metió por el ahuecado tronco, descendiendo silenciosamente. El criado y Darma le siguieron.

Cinco minutos después, los dos indios y el tigre se hallaban en el subterráneo.

CAPITULO XV

EN LA PAGODA SUBTERRÁNEA

Después de descender sin despertar alarma alguna en los subterráneos, no faltaba más que hallar el gran templo de la diosa Kali y caer de improviso sobre la horda infame, arrancándoles su víctima, aprovechándose de la confusión y espanto causado por la aparición del tigre.

Sin embargo, no era tan fácil orientarse en aquella obscuridad y entre los corredores del subterráneo inmenso. Ni Tremal-Naik, ni su criado, conocían el camino, ni sabían hacia dónde caía la pagoda; mas no eran hombres capaces de retroceder ni dudar un solo momento, aun cuando les amenazasen mil peligros.

Tentando los muros con las manos, comenzaron a avanzar, uno tras otro, tanteando con los pies el terreno para no caer en alguna abertura y guardando el silencio más absoluto, por ignorar si se hallaban solos o si habría por allí algún centinela.

Al poco tiempo hallaron una vasta abertura, una especie de puerta a la que aplicaron el oído.

—¿Oyes algo?—susurró Tremal-Naik.

—Nada más que los truenos.

—Es señal de que aún no ha comenzado el suplicio.

—Eso creo; ya sabes que los indios practican el *onugonum* (1) con gran estrépito.

—Sin embargo, mi corazón late cual si fuera a estallar.

—Es la emoción, amo mío.

—¿Crees que llegaremos a encontrar la pagoda?

—¿Y por qué no?

—Temo perderme en estos corredores. Se diría que en este supremo instante tengo miedo.

—Pues bien, sí; no sé si es la fiebre o la profunda emoción, lo que se apodera de mí.

—Valor y vamos adelante. Si alguien nos oye, puede dar alarma y hacer que caigan sobre nosotros todos los misteriosos habitantes de esta tenebrosa cavidad.

—Lo sé, Kammamuri; cuida del tigre.

Tremal-Naik apoyó los pies en un escalón y comenzó a descender con las manos hacia adelante para evitar el choque contra cualquier obstáculo. Después de bajar diez gradas, halló el suelo de una galería que descendía lentamente.

—¿Ves algo?—preguntó Kammamuri.

—Nada, parece que estoy ciego, ¿será éste el camino que coduce a la pagoda?

—No lo sé; y daría sangre de mis venas por poder encender una luz. ¡Qué horrible situación!

—Adelante, señor; temo que la media noche esté próxima.

(1) Ceremonia de quemar a una mujer.

Tremal-Naik sintió escalofríos y latir apresuradamente su corazón.

—¡Horror!—exclamó con voz ahogada.—¡La media noche!

—Silencio, podrían escucharnos.

El cazador enmudeció, ahogando un grito, y se lanzó resueltamente hacia adelante, tambaleándose como un beodo y buscando con las manos las paredes.

Cada vez se hallaba más torturado. La sangre le silbaba en los oídos, el corazón le palpitaba aún con más violencia y había momentos en que creía oir a lo lejos voces, gritos desgarradores, como de personas que padeciesen un suplicio, descubrir luces, llamas y sombras, que se movían y saltaban en las tinieblas.

Con verdadera imprudencia, caminaba rápidamente, con verdaderos saltos como un demente. No escuchaba ni la voz de Kammamuri, que le suplicaba refrenase su exaltación; por fortuna el estallido del trueno repercutía bajo las arcadas, ahogando el rumor de los pasos.

De pronto, el «cazador de serpientes» chocó contra un objeto que le rasgó las ropas, rozándole la epidermis. Se detuvo preguntando:

—¿Quién está ahí?—y amenazaba con su enorme cuchillo.

—¿Qué has hallado?—interrogó el sirviente, que se disponía a soltar a Darma.

—Alguien se halla a nuestro lado. Estate en guardia.

—¿Has visto alguna sombra?

—No; pero he tropezado con una lanza. Me tocó la punta en el pecho y a poco me hiere.

—Pues Darma no está inquieto.

—¿Me habré engañado? Lo juzgo imposible.

—¿Volvemos?

—Nunca. La media noche se acerca; adelante, Kammauri.

Trató de avanzar; pero la misma y aguda punta se le clavó en la carne. Lanzó una sorda imprecación y alargó la mano derecha, sujetando una especie de lanza tendida horizontalmente a la altura del pecho.

—¿Qué significa esto?—murmuró.

—¿Qué obstáculo es ese?—preguntó Kammamuri.

—Una lanza inamovible clavada sin duda en el muro; desviémonos.

Se dirigió a la derecha; pero a los pocos pasos halló otra que le cerraba el paso. Su sorpresa llegó al colmo.

—Debe ser un medio de defensa—pensó,—o algún instrumento de tortura. Vayamos por otro lado: seguiremos la primera galería que esté libre.

Caminó durante un rato; pero después su cabeza tropezó con una bóveda muy baja y halló un escalón. Descendió con precaución otros cuatro o cinco y después se detuvo. Su mano halló la de Kammamuri y se la estrechó con fuerza.

—¿Señor, oyes?—preguntó el *maharato.*

—Sí—contestó Tremal-Naik.

—¿Qué será ese murmullo?

—No lo sé; calla y escucha.

Contuvieron hasta la respiración para enterarse. ¡Cosa extraña en verdad! Sobre sus cabezas se percibía una especie de susurro que repetía el eco de la galería.

Un momento después apareció bajo la bóveda un disco levemente iluminado que se apagó en seguida.

Un fuerte bramido se escuchó detrás.

A Kammamuri y a su amo les asaltó viva inquietud y esgrimieron las pistolas.

y al desvanecerse, se advirtió el mismo ruido.

Al cabo de algunos minutos, el disco volvió a aparecer.

—¿Comprendes algo?—murmuró el *maharato.*

—Creo que sí—respondió Tremal-Naik.—Ese ruido me pa-

rece que es de agua: tal vez corre un río sobre esta bóveda.

—¿Y el disco que aparece y se oculta?

—Tal vez sea una lenta de vidrio o de cuarzo: la luz procede de lámparas y el ruido es el trueno que estalla fuera.

—Sea o no cierto, no doy un paso hacia atrás. La media noche se acerca.

—Nos hallamos en un lugar espantoso: tiemblo cual si tuviese frío, y esta obscuridad me horroriza.

—¿Está inquieto Darma?

—No.

—Es señal de que el enemigo no se acerca aún. Sigamos adelante.

Caminaron nuevamente entre las frías y húmedas tinieblas, subiendo y bajando, tropezando a veces con la cabeza en la bóveda, lo más deprisa posible, seguidos por la fiera, que continuaba tranquila.

Pasaron unos diez minutos, que ellos juzgaron diez horas, y creían haber seguido una dirección equivocada, cuando al avanzar más divisaron una llama en medio de la galería. Tremal-Naik descubrió junto a ella un indio casi desnudo, apoyado en una especie de azagaya que terminaba en la misteriosa serpiente.

—¡Por fin!—murmuró.—Temí que nos hallábamos en una caverna deshabitada. Atención, Kammamuri.

—¿Hay algún peligro a la vista?

—Sí, un indio.

—¡Ah!—exclamó el *maharato* temblando.

—Ese hombre nos intercepta el paso y hay que matarlo.

—¿No lo podemos evitar?

—Sí, volviendo atrás; pero Tremal-Naik no retrocede nunca.

—Pero gritará y vendrán los otros.

—Nos vuelve la espalda y la fiera tiene el paso silencioso.

—Señor, está en guardia.

—Estoy decidido a todo, hasta a pelear con mil hombres.

Se inclinó hacia el tigre, que miraba con fericidad al indio enseñando sus agudos colmillos y sus largas uñas.

—Mira aquel hombre, Darma—dijo Tremal-Naik.

El animal lanzó un rugido.

—Vete y destrózale.

Darma miró al indio; después a su amo. Sus pupilas se dilataron y encendieron; había comprendido lo que deseaba el «cazador de serpientes».

Se encogió, hasta rozar con el vientre la tierra; miró por última vez a Tremal-Naik, que le señalaba la víctima, y se alejó, ondeando levemente la cola como un gato furioso. El indio nada había visto ni oído: se le hubiera creído aletargado por su inmovilidad.

Tremal-Naik y el *maharato*, con los fusiles en la mano, seguían con afán los movimientos de Darma, que contemplaba con ardor a su presa, avanzando cautelosamente. Bastaba un grito del indio para que la alarma cundiese por el subterráneo y la audaz empresa se desmoronase como un castillo de naipes.

—¿Acertará?—preguntó en voz baja el *maharato*.

—Darma es inteligente—contestó el «cazador de serpientes».

—¿Y si fallase el golpe?

Tremal-Naik se estremeció.

—¡Lucharemos!—dijo con voz firme.—¡Calla y mira!

El indio no había aún advertido nada, tan silenciosamente caminaba la fiera; al poco tiempo, ésta se detuvo, encogiéndose.

Tremal-Naik oprimió con fuerza la mano de Kammamuri.

El tigre se hallaba a diez pasos de su víctima.

Pasaron dos segundos y el tigre dió un salto asombroso.

Hombre y animal rodaron por tierra y se escuchó un crujido de huesos.

Los dos indios se lanzaron hacia el fuego, dirigiendo sus carabinas al corredor.

—¡Valiente, Darma!—dijo Tremal-Naik, pasándole una mano por el robusto lomo.

Se acercó al guardián y le levantó. El desdichado no daba señales de vida y se hallaba inundado de sangre. El tigre había triturado su cabeza entre los dientes.

—Está muerto—dijo dejándole caer.—Darma no ha podido dar el golpe con mayor destreza. ¿Verdad, Kammamuri, que con este valiente compañero vamos a realizar grandes hazañas? Me parece que la salvación de mi amada no será difícil.

—Lo mismo opino; será un gran golpe cuando Darma se arroje sobre esa horda: de fijo que huyen todos.

—Y nosotros entonces raptaremos a Ada.

—¿Y a dónde la conduciremos?

—Ante todo a la cabaña; después, ya veremos si es más conveniente llevarla a Calcuta o aun más lejos.

—¡Silencio, señor!

—¿Qué pasa?

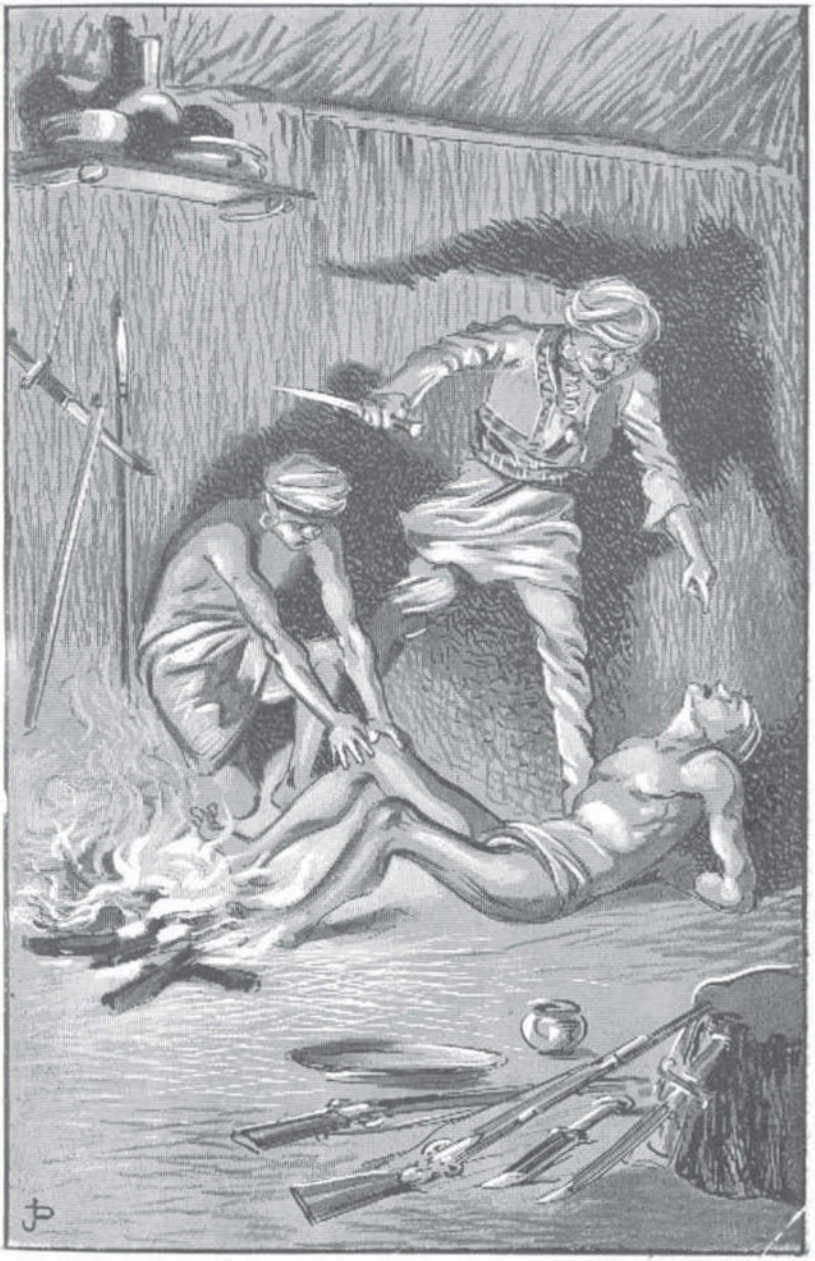
—¡Escucha!

A lo lejos vibró una aguda nota que reconocieron en seguida.

—¡El *ramsinga*!—exclamaron.

Un estruendo sordo y formidable resonó bajo los corredores y repercutió varias veces. Era un ruido igual al que escucharon la noche que fueron al Raimangal para buscar a Hurti y que tanto les sorprendió.

Tremal-Naik se estremeció de pies a cabeza, las fuerzas se le centuplicaron y dió un salto cual un tigre que se dispone a acometer.



—Confiésalo todo, o prosigo. (PÁG. 141)

—¡La media noche!—exclamó en un tono de voz que nada tenía de humano.—¡Ada, oh, mi prometida!

No pudo decir más: lanzó un grito desgarrador y penetró resueltamente por la galería, seguido de Kammamuri y del tigre.

Más que un hombre, parecía una fiera: tenía los ojos inyectados de sangre, los labios cubiertos de espuma, y esgrimía en la mano un enorme cuchillo, presto a hundirle en cualquier obstáculo. No tenía miedo de nadie y mil indios no hubieran podido detener su loca carrera.

El *kauk* continuaba sonando, repercutido por los ecos de las galerías y cavernas, llamando a los sectarios de la misteriosa divinidad; a lo lejos se escuchaban las agudas notas del *ramsinga* y un confuso murmullo de voces. Se acercaba el momento terrible y la media noche iba a llegar.

Tremal-Naik corría con más rapidez, sin preocuparse de que pudieran escuchar su precipitada carrera.

—¡Ada... Ada!—rugía, y se internaba con la furia de un toro bajo las galerías, que se sucedían y enlazaban unas a otras.

Una gran claridad aparecía en el fondo, y un confuso griterío se oyó en los subterráneos.

—¡Ahí están!—aulló Tremal-Naik con voz desgarradora.

Kammamuri se lanzó tras él, y con un esfuerzo supremo le detuvo.

—¡Ni un paso más!—le dijo.

Tremal-Naik se volvió con ira.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó con feroz acento.

—Que si aprecias la vida de tu amada, no sigas adelante—repitió el fiel servidor.

—¡Déjame, *maharato*, déjame! ¡Tengo fiebre... me conturba el delirio!

—Pues bien, por lo mismo que no eres dueño de ti, no quiero que avances. Si te precipitas allí antes de tiempo, nos pierdes. Refrena tus ímpetus y la salvaremos.

—¿De veras?—preguntó Tremal-Naik.—El corazón me salta furiosamente dentro del pecho y la sangre me hierve. Me creo capaz de destruir estos muros y sepultar bajo los escombros a todos esos monstruos. ¿Oyes?... ¿No has escuchado un grito desgarrador?

—Nada he oído; te engañas.

—Había creído reconocer su voz.

—Es el delirio. Cálmate si quieres salvarla.

—Te obedeceré; pero no nos detengamos aquí.

No, ven conmigo; mas si acometes una imprudencia, te abandono; dame la mano.

Kammamuri sujetó la mano derecha de Tremal-Naik y siguieron hacia la caverna. Poco después se detuvieron tras una enorme columna desde donde podían ver sin ser vistos.

Un extraño espectáculo se ofreció ante su vista.

Ante ellos se abría una vastísima caverna socavada en granito rojo como los famosos templos de Ellra, estaba sostenida por veinticuatro columnas adornadas de esculturas más o menos caprichosas, de cabezas de elefantes, leones y de divinidades. A sus pies se descubría a *Parvadi*, la diosa de la muerte, sentada sobre un león, y *Ganesa*, con sus ocho brazos, sentada entre dos elefantes que unían sus trompas sobre la cabeza de la divinidad.

En los cuatro ángulos destacaban estatuas de Siva y en el medio una diosa monstruosa, con la lengua sangrienta saliéndole por la boca, un cinturón de miembros humanos y un collar de cráneos, cual la que Tremal-Naik había visto en la pagoda.

En la bóveda, cubierta de altos relieves, se veían representaciones de los combates de *Rama* con el tirano *Ravana*,

raptor de la bella *Sita*, y la guerra de los *koros* y *pandovas*, que lucharon por largo tiempo por poseer a *Brabata-Varca*, según se describe en el poema indio el *Ramayana*. Desde allí pendían numerosas lámparas de bronce que esparcían una luz azulada, lívida, cadavérica.

Cuarenta indios, casi desnudos, con el emblemático tatuaje en el pecho, el lazo de seda rodeando sus caderas, y el puñal en la mano, estaban sentados, según la costumbre musulmana, en torno de la monstruosa divinidad de bronce. Uno de ellos tenía a su lado un enorme tambor, un *kauk* ornado de plumas y crines, y de cuando en cuando le sacudía, haciendo retumbar las bóvedas de la caverna.

Tremal-Naik se hallaba tras la colosal columna sorprendido y aterrorizado al mismo tiempo, pero oprimiendo convulsivamente las armas.

—¡Ada!...—murmuró escudriñando con una mirada todo el templo.—¿Dónde está?

Un rayo de alegría brilló en sus ojos.

—¡El sacrificio no ha comenzado aún!—exclamó.—¡Siva sea bendito!

—No hables tan fuerte—dijo Kammamuri oprimiendo el cuello del tigre.—Si estos son todos los que habitan el subterráneo, no creo difícil libertar a tu amada.

—¡Sí, sí, la salvaremos!—murmuró Tremal-Naik con exaltación.—Haremos un estrago horrible.

—Silencio...

El *kauk* sonó doce veces, y los cuarenta indios se levantaron a un tiempo, cual si fuesen un solo hombre.

Tremal-Naik sintió oprimírsele el corazón y se agarró a la columna, cual si temiese no poder dominarse.

—¡Media noche!—murmuró.

—Señor, calma—dijo por última vez Kammamuri sujetándole.

Se abrió una puerta con gran estrépito y un indio de alta estatura, muy delgado y con el rostro circuído por una barba negra muy larga, los ojos brillantes y envuelto en un rico *dootée* de seda amarilla entró en la caverna.

—¡Salve a Suyodhana, hijo de las sagradas aguas del Ganges!—exclamaron a coro los indios.

—¡Salve a Kali y a su hijo!—contestó el jefe con voz ronca.

Tremal-Naik, al mirar a aquel hombre, lanzó una sorda imprecación, y quiso lanzarse hacia él, pero Kammamuri le detuvo.

—No te muevas—susurró a su oído.

—¿Ves ese hombre?—exclamó con ira.

—Sí, ya sé que es quien domina a todos.

—Es el que me clavó el puñal.

—¡Ah, miserable!

Suyodhana entró rápidamente en el templo, se inclinó ante la monstruosa divinidad de bronce, y volviéndose hacia los sectarios, gritó con voz potente:

—Ha llegado la última hora de «la virgen de la pagoda»; Manciadi ha muerto.

Un murmullo amenazador recorrió el círculo de indios.

—Se da principio al acto—ordenó el terrible jefe de los estranguladores.

Dos indios cogieron unas trompas y lanzaron algunas notas tristes y plañideras.

Cien siervos cargados de leña penetraron en la pagoda subterránea y alzaron frente a la diosa, a los pies de una columna, una hoguera gigantesca, vestiendo sobre ella gran cantidad de aceite perfumado.

Un tropel de *devasis* se lanzó en el recinto, haciendo piruetas y agitando cien campanillitas que llevaban en aros de plata. Sus trajes eran aparatosos, de una riqueza indescriptible; corazas de oro sembradas de diamantes que des-

pedían mil reflejos, brillaban sobre sus pechos, cortas faldillas de seda roja asomaban bajo la larga faja de cachemir que ceñía sus caderas, y blancos bombachos descendían hasta sus pies. Anillas con cascabeles adornaban sus brazos y piernas y ténues velos de colores brillantes cubrían sus cabezas.

Al són del *kauk* y de los fúnebres *taré* comenzaron a ejecutar en torno de la diosa Kali una danza voluptuosa, haciendo oscilar en el aire los velos de seda azul o roja y formando un conjunto de un efecto mágico y sorprendente.

Después la danza cesó y las *devasis* desfilaron ante la divinidad, tocando la tierra con la frente y formando en un grupo soberbio y pintoresco.

Los indios, que habían vuelto a sentarse mientras duró el baile, a una señal de Suyodhana se levantaron de nuevo, y Tremal-Naik comprendió que iba a comenzar el suplicio.

—¡Kammamuri!—balbuceó el desdichado apoyándose en la columna.

—Señor, valor y calma—dijo el *maharato*, a quien le castañeteaban los dientes.

—La razón huye de mi mente, mi corazón estalla... ¡Ada, Ada mía!...

A lo lejos se oeyron redobles de tambores. Tremal-Naik se irguió con los ojos llameantes y oprimiendo las pistolas.

—¡Ya vienen!—rugió con indefinible acento de odio.

Los redobles se acercaban y repercutían indefinidamente bajo las obscuras bóvedas de la caverna; en los tenebrosos corredores, y tras ellos, se escucharon voces desaforadas y salvajes.

—¡Llegó el momento!—exclamó el cazador por segunda vez.

Una ancha puerta se abrió y entraron diez estrangula-

dores, con grandes vasos de tierra cocida, cubiertos de piel, conocidos con el nombre de *mirdengs*. Tras ellos otros veinte con dos enormes *gauthas* o campanas de bronce, y luego doce con *ramsingas*, *tarés* y *tam-tam*.

Por último, tras aquel ensordecedor concierto, apareció la infeliz Ada, con su coraza de oro esmaltada de brillantes de inapreciable valor, vestida de seda blanca y con el cabello colgando. La víctima que aquellos hombres iban a sacrificar, se hallaba pálida como un cadáver, debilitada por largos ayunos y atontada por los narcóticos que la habían dado a beber.

Dos estranguladores, cubiertos con una larga túnica de seda amarilla, la sostenían, y otros diez seguían cantando elogios por su heroísmo y prometiéndola viril ventura en el paraíso de Kali, como recompensa de su virtud.

El momento terrible llegaba. El gran sacerdote había prendido fuego a la pira y las llamas se alzaban hacia la bóveda cual serpientes luminosas; los estranguladores, enloqueciéndola con sus alaridos, arrastraban a la joven, y los tambores y el *taré* redoblaban una marcha fúnebre.

En aquel momento la niña volvió en sí. Vió la hoguera que llameaba ante sus ojos y comprendió el peligro que la amenazaba. A pesar de la embriaguez producida por el opio que la habían propinado, recordó la sentencia pronunciada por el cruel e implacable Suyodhana, y un grito desgarrador salió de su boca:

—¡Tremal-Naik!... ¡A mí, Tremal-Naik!...

En el fondo del negro corredor resonó un feroz rugido.

—¡Destrózalos, Darma, a ellos!...

El hermoso tigre de Bengala no esperaba más que aquella orden; salió del escondite con la boca abierta, se encogió, lanzó un aullido y, dando un salto gigantesco, cayó en medio de los estranguladores.

Un grito de espanto salió de todos los pechos al ver a la fiera, que había derribado ya, con su potente impulso, a dos hombres.

—¡Destrózalos, Darma!...—repitió la misma voz.

Luego sonaron cuatro detonaciones que sembraron la alarma entre los sectarios, que cayeron de hinojos y en medio de la nube de humo apareció el «cazador de serpientes» de la *jungla nerga*, con el rostro transfigurado y en la mano el vengador puñal.

Separó con irresistible empuje las filas de aterrorizados indios, cogió en sus brazos a la jovencita, que yacía en tierra desmayada, y desapareció, cual un rayo, por la tenebrosa galería, seguido de Kammamuri y del feroz tigre.

CAPITULO XVI

EL TRIUNFO DE LOS ESTRANGULADORES

Los subterráneos de Raimangal, habitados por los sectarios de Kali, eran tan vastos o más que los famosos de Elorla o Mahalipur.

Infinitas galerías socavaban el subsuelo en mil direcciones; algunas eran tan bajas, que no se podía caminar de pie; otras altísimas y dilatadas; unas rectas, algunas tortuosas, e iban ascendiendo hasta salir al terreno pantanoso de la isla, o descendían a las entrañas de la tierra.

Por un lado, antros horribles, húmedos, fríos, tenebrosos, deshabitados hacía siglos, por otro cavernas, cuevas, pagodas exornadas de monstruosas y extrañas figuras de la mitología nidia; en una suntuosas columnatas, en otras, pozos que conducían a subterrneáos aun más obscuros y tal vez hasta ignorados de los mismos estranguladores.

Tremal-Naik huyó con sus fieles compañeros por la primera galería que halló. No sabía a dónde iría a parar, pero en aquel momento le era imposible reflexionar. Lo primero

era huir, dejar entre ellos y los estranguladores el mayor espacio posible, antes que reaccionaran de la sorpresa y el terror causados por la imprevista aparición del tigre, y antes de que tratasen de alcanzarlos.

Para llevar menos peso, había arrojado parte de las municiones y corría con la mayor velocidad que le era posible. Oprimía entre sus brazos a la jovencita, que seguía desmayada, procuraba libertarla de todo choque y repetía a cada momento:

—¡Salvada... libre!... ¡Voy a enloquecer de alegría!

Y en la misma excitación hallaba energía y fuerza; la preciosa carga le parecía más leve y aumentaba la rapidez de la carrera, temeroso de verse perseguido por los crueles sectarios.

Kammamuri le seguía con gran fatiga y Darma, a su lado, hendía el espacio con saltos gigantescos, lanzando sordos aullidos.

—Detente, señor—decía el pobre *maharato*,—que voy a perderme.

Pero Tremal-Naik redoblaba el paso y respondía invariablemente:

—¡Adelante, más allá!... ¡Libre... libre... me vuelvo loco!

Hacía diez minutos que corría sin descanso cuando chocó con fuerza contra una pared que le cerró el paso. El empuje fué tan potente, que cayó al suelo con la niña.

Se levantó con presteza, conservando siempre entre sus brazos a Ada, y tropezó con Kammamuri, que casi se rompió el cráneo contra un muro.

—¡Señor!—exclamó el siervo aterrorizado,—¿qué sucede?

—¡El camino está cerrado!—contestó Tremal-Naik lanzando en torno suyo una mirada feroz.

—Detengámonos.

Tremal-Naik iba a responder, cuando a lo lejos se oyeron gritos espantosos, y rugió lleno de ira.

—¡Los *thugs*!

—¡Señor!...

—¡Corre, Kammamuri!...

Tomó la dirección de la derecha y volvió a reanudar la vertiginosa marcha; pero al poco tiempo chocó de nuevo. El tigre, que también se había lastimado al saltar contra los muros, lanzó un formidable rugido.

Se precipitó hacia la izquierda, dió contra otra pared.

—¡Maldición!—vociferó.—¿Nos hallamos encerrados?

Tremal-Naik tuvo por un momento la idea de volver hacia atrás para buscar otra galería, pero el temor de hallarse de improviso entre los sectarios, le detuvo.

Si se hubiera hallado solo, no hubiese titubeado de lanzarse en medio de la horda, que trataba de acorralarle en el antro, aunque hubiese salido herido de la desigual pelea. Pero en el momento en que había arrancado de la muerte a su adorada, no tenía valor para ello.

Al mismo tiempo, era forzoso salir a toda costa de la caverna, que podía convertirse en tumba para ellos.

—¿Es que los númenes me maldicen?—se preguntaba con furia.—¿Pereceré ahora que estrecho entre mis brazos a la que me debía dar la dicha? ¡Ah, no, Ada, no te recuperarán, aunque tenga que morir en la refriega!

Escuchó algunos momentos; después se inclinó y colocó suavemente a la jovencita sobre el suelo. Arrancó con rapidez las pistolas de su faja y las cargó.

—¡Darma!—murmuró.

El tigre se colocó a su lado.

—¡Quédate junto a ella!—ordenó Tremal-Naik.—No te muevas hasta que yo te llame, y si alguien se le acerca, destrózale sin piedad.

—Señor, ¿qué vas a hacer?—preguntó Kammamuri.

—Es forzoso salir de aquí. Buscaremos una galería que nos permita ocultarnos, a un sitio seguro; ven conmigo.

El *maharato*, después de vagar por algunos minutos en las tinieblas, le alcanzó y cargó las pistolas.

—Estoy pronto a tus órdenes.

—Vamos, valiente amigo.

—¿Y si hallamos a los *thugs*?

—Lucharemos con ellos.

Los dos indios avanzaron por la galería que les había conducido hasta allí; pero con más viva emoción. Tremal-Naik se volvió un momento, y divisando en la obscuridad las brillantes pupilas del tigre.

—Puedo fiarme de ti—murmuró.—No temás, Ada mía, que lograremos salvarte.

Ahogó un suspiro y siguió hacia delante, caminando de puntillas y tentando con las manos la pared de la izquierda. Kammamuri, a cinco pasos de distancia, palpaba el muro derecho. Caminaron algunos momentos y luego se detuvieron, conteniendo la respiración. Se escuchaba en el fondo de la galería un leve rumor, parecía que varias personas llegaban arrastrándose como serpientes.

Tremal-Naik se dirigió hacia el otro lado del corredor subterráneo y tropezó con Kammamuri.

—¿Quién es?—preguntó con voz débil, colocando una pistola sobre su pecho.

—¿Has oído?—dijo Tremal-Naik.

—¡Ah, eres tú! Sí, he escuchado un ruido sospechoso: alguien se acerca arrastrándose.

—¿Tal vez los estranguladores?

—Creo que sí, amo mío.

Tremal-Naik se estremeció y miró hacia la cueva; ya

no se divisaban los ojos del tigre. Una vaga inquietud lo conmovió.

Dió algunos pasos hacia atrás, cual si fuese a retroceder, pero se detuvo de pronto oyendo a corta distancia la respiración de un sér. Sujetó la mano de Kammamuri y la oprimió con fuerza.

—¿Nada?—preguntó una voz.

—Nada—contestaron con voz apenas perceptible.

—Habremos equivocado el camino.

—Tal creo.

—¿Sabes dónde nos hallamos?

—Creo que sí.

—¿En los pasajes?

—No.

—¿En los calabozos?

—Si mal no recuerdo, este es un pozo.

—¿Estarán en él?

—¡Quién lo sabe!

—¿Proseguimos?

—Es preferible volver.

—¿Nos siguen?

—No; pero a trescientos pasos, en la unión de las galerías, están dos hermanos.

—No podrán salir de aquí por lo tanto.

—No, porque vigilan nuestros compañeros.

—Volvamos, pues, y más tarde registraremos la caverna.

Se escuchó un leve roce, que poco a poco fué aumentando hasta que cesó por completo.

Tremal-Naik volvió a estrechar la mano de Kammamuri.

—¿Has oído?

—Todo, señor—respondió el *maharato*.

—Están cerradas todas las salidas.

—Conviene retroceder.

—Pero luego volverán a tal vez nos encuentren.

—No sé qué hacer.

—¿Y si forzáramos el paso? La distancia que nos separa de ellos se recorre sin ser advertidos.

—¿Y Ada?

—Yo la transportaré, y nadie se atreverá a tocarla.

—Pero al primer disparo acudirán todos los indios. El eco se propaga con rapidez en estas galerías.

Tremal-Naik se rasgó el pecho con las uñas, desesperado de su impotencia.

—¿Tendré que perder a mi adorada?—murmuró con acento desgarrador.

—¿Si descendiéramos al pozo?—dijo Kammamuri

—¿A cuál?

—¿No has oído hablar de él? tal vez conduce a alguna otra galería que tenga salida al exterior de la irla.

—¡Si fuese cierto!

—Volvamos, señor.

Tremal-Naik no se lo dejó repetir dos veces, y pronto se hallaron en el antro. El tigre rugió.

—Calla, Darma—ordenó al animal.

Se inclinó hacia el suelo.

—¡Ada, Ada!—repitió con ansiedad.

No contestó a su llamamiento, pero sintió bajo su mano el helado cuerpo de la jovencita. Observó el corazón y le sintió latir. Un suspiro de satisfacción brotó de sus labios.

—No es nada—murmuró.

—¿Lo crees así?—preguntó Kammamuri.

—Indudablemente. La emoción que experimentó fué muy violenta, y no es extraño se haya desvanecido. Busquemos el pozo.

—Déjame a mí solo; tú piensa en Ada e impide que entren en la cueva.

Dicho esto, comenzó a buscar a derecha e izquierda, palpando, avanzando, retrocediendo e inclinándose. Cuatro veces chocó contra las paredes, sin hallar nada, y ya desesperaba de descubrir algún indicio de la existencia del pozo, cuando se halló junto a un parapeto que, según sus cálculos, tenía que hallarse en el centro de la caverna.

—Este debe de ser—murmuró.

Se levantó y pasó la mano alrededor de las piedras; después se inclinó sobre el parapeto y miró hacia abajo, sin descubrir más que tinieblas.

—Perfectamente, el pozo no tiene agua y no es muy profundo. ¡Señor!—llamó.

—¿Qué pasa?—interrogó éste.

—La suerte nos es propicia; podemos descender.

—¿Hay alguna grada?

—Creo que no; pero bajaré el primero.

Se ató al cuerpo una cuerda que había llevado consigo, le dió la extremidad a Tremal-Naik y se metió intrépidamente en el pozo, agitando las piernas en el vacío.

—Alto, señor—gritó.

—¿Oyes algo?—preguntó Tremal-Naik inclinándose sobre el parapeto.

—No veo ni escucho nada. Echame a la niña y luego baja tú.

El «cazador de serpientes» sujetó por los brazos a la jovencita y se la entregó a Kammamuri; después se dejó caer, arrojando la cuerda.

—¿Nos hallarán aquí?—preguntó el *maharato*.

—Tal vez; pero la defensa será fácil.

—¿Habrá alguna salida?

—No lo creo; de todos modos, lo veremos. Tú quédate aquí con el tigre, yo encenderé una antorcha que traigo y trataré de reanimar a Ada.

Volvió a coger a la jovencita y la transportó a unos cincuenta pasos, mientras el tigre, de un salto formidable, se precipitaba en el pozo, colocándose al lado del *maharato*.

Tremal-Naik se quitó la larga faja de cachemir que llevaba, la extendió en el suelo, colocó sobre ella a la niña y se arrodilló a su lado, encendiendo una pequeña antorcha resinosa.

Pronto una luz azulada iluminó el subterráneo. Este era vasto y sus paredes de piedra, esculpida caprichosamente. La bóveda también se hallaba exornada de esculturas, representando cabezas de elefantes y divinidades indias, se elevaban en el medio hacia la boca del pozo, formando una especie de gigantesco embudo.

Tremal-Naik, intensamente conmovido, pálido, tembloroso, se inclinó hacia la jovencita y la despojó de la coraza de oro en que fulguraban las facetas de los diamantes. La hermosa criatura se hallaba helada como el mármol y blanca como la nieve; tenía los ojos cerrados y revestidos de un cerco azulado; las facciones estaban alteradas y los labios entreabiertos dejaban ver unos dientes blanquísimos; semejaba un cadáver. Tremal-Naik levantó con delicadeza los largos y negrísimos cabellos que le caían sobre la nívea frente y la contempló durante un instante, conteniendo hasta la respiración.

Luego tocó su frente, y a aquel contacto la jovencita lanzó un leve suspiro.

—¡Ada... Ada!...—exclamó el indio.

La cabeza de la niña, que descansaba sobre uno de sus hombros, se elevó lentamente; después sus párpados se abrieron y posó sus ojos sobre el rostro de Tremal-Naik. Un grito salió de sus labios.

—¡Tú aquí!—exclamó con voz ronca.—No... no es posible... ¡Dios quiero que esto no resulte un sueño!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y rompió a llorar.

—¡Ada!—murmuró el cazador, asustado.—¿Por qué lloras? ¿No me amas ya?

—¿Pero eres de veras Tremal-Naik?

—Sí, Ada; he llegado a punto de salvarte.

La joven levantó su rostro inundado de lágrimas y sus manos estrecharon afectuosamente las del valeroso indio.

—¡No, no es un sueño!—prosiguió riendo y llorando al mismo tiempo.—Eres tú mismo. Pero, ¿dónde me hallo? ¿Qué indican estos húmedos muros y aquella antorcha?... Tengo miedo, Tremal-Naik.

—Estoy a tu lado para evitar las asechanzas de los enemigos; no tengas miedo, porque yo te defiendo.

La niña le contempló con extraña fijeza; después palideció como una muerta y un estremecimiento convulsivo agitó todos sus miembros.

—¿Pero he soñado?—murmuró.

—No—dijo su adorador, que adivinó su pensamiento.—Iban a sacrificarte a su odiosa divinidad.

—Sacrificarme... ah, sí, ya lo recuerdo todo. Habían ofuscado mi razón con bebidas... me prometían la dicha en el paraíso de Kali... sí, recuerdo que me arrastraron bajo las galerías... que iban a echarme a la hoguera..., ¡Qué horror... tengo miedo, Tremal-Naik!

—No temas, delicada virgen de la pagoda, no te separes del «cazador de serpientes», que nunca temió nada, y además te defienden el fuerte brazo de Kammamuri y las garras de mi fiel tigre.

—No, no tendré miedo a tu lado, valiente Tremal-Naik, mas, ¿cómo te hallas aquí? ¿Cómo llegaste a tiempo de salvarme? ¿Qué pasó después de la horrible noche en que te alejaron de la pagoda? ¡Cuánto he sufrido desde entonces! ¡cuántas angustias, cuántos tormentos! Creí que aque-

—¡Señor, un rayo!—exclamó Kammamuri. (PÁG. 148)

BIBLIOTECA

los miserables te asesinarían y perdí la esperanza de volver a ver al que había prometido libertarme.

—¿Y crees que yo no he sufrido en la *jungla*, lejos de ti? ¿Crees que no he experimentado horribles torturas cuando, herido en el pecho por el puñal de los estranguladores languidecía en una hamaca?

—¿Te hirieron?

—Sí, pero ya sólo queda la cicatriz.

—¿Y aún vuelves a esta isla maldita?

—Sí, hubiera venido aunque hubiese tenido la certeza de no volver a mi *jungla*. Un miserable, uno de estos sectarios, me confesó que corrías el peligro de que te sacrificasen a su divinidad. ¿Podía yo haber permanecido tranquilo en la *jungla negra*?... Partí, mejor dicho, volé, descendí a estas cavernas y caí en medio de la horda. Apenas te arranqué de sus garras, huí y me oculté aquí con mis compañeros.

—¡Ah! ¿no estamos solos?

—No; están con nosotros el valeroso Kammamuri y Darma.

—¡Oh, yo quiero ver a tus compañeros!

—¡Kammamuri, Darma!

El *maharato* y el tigre se acercaron a su señor.

—Este es mi fiel Kammamuri—dijo Tremal-Naik presentándole al aludido,—un verdadero valiente.

—Graicas, mi buen amigo—dijo la niña.

—Ama mía—contestó,—soy tu esclavo; haz de mí lo que quieras. Me juzgaré feliz si pierdo la vida por lograr tu libertad y...

Se detuvo de pronto, poniéndose de pie. Tremal-Naik, a pesar de su extraordinario valor, se estremeció de pies a cabeza. Un lejano fragor se había oído de improviso y se acercaba rápidamente.

—¿Llegan?—preguntó Tremal-Naik estrechando con la mano izquierda las de su prometida y sujetando con la derecha la pistola.

El tigre lanzó un sordo rugido.

El rumor se aproximaba y llegó sobre sus cabezas, haciendo temblar las bóvedas de las cuevas; después cesó de pronto.

—Señor—murmuró Kammamuri,—apaga la tea.

Tremal-Naik obedeció y los cuatro quedaron sepultados en las tinieblas. El mismo fragor volvió a repetirse; se deslizó sobre ellos y se detuvo cerca del pozo.

Ada temblaba tanto, que el indio se acercó a ella.

—Estoy aquí para defenderte—le dijo;—nadie descenderá aquí.

—¿Pero qué ruido es ese?

—¿Lo sabes tú, Ada?

—Le he oído otras veces—contestó con voz débil,—pero nunca supe de qué procedía.

El tigre aulló de nuevo, mirando con fijeza la boca del pozo.

—Kammamurí—dijo Tremal-Naik,—Alguien se acerca.

—Sí, el tigre lo anuncia.

—Quédate aquí, Ada, voy a ver si bajan.

La jovencita se agarró a él temblando de miedo.

—¡Tremal-Naik! ¡Tremal-Naik!—murmuró con voz apenas perceptible.

—No temas—respondió el indio, que en aquel momento hubiese luchado contra mil hombres.

Se desprendió de los brazos de su prometida y se acercó al pozo con el cuchillo entre los dientes y la carabina cargada. El tigre le siguió, rugiendo.

No había dado aún diez pasos cuando oyó en lo alto un leve estallido. Pasó la mano sobre la cabeza de Darma

como para ordenarle que callase y se acercó con mayor precaución, deteniéndose bajo la boca del pozo.

Miró hacia arriba; la obscuridad hacía imposible distinguir nada; pero oyó un ligero murmullo: parecía que hablaban cerca del brocal.

—Ahí están—murmuró.

No había aún terminado, cuando un relámpago iluminó la cueva. Aunque Tremal-Naik se separó con rapidez, divsó iniclinados sobre el pozo a seis o siete indios.

Apuntó rápidamente la carabina hacia el parapeto que tenía de frente.

—Están aquí abajo—dijo una voz.

—He visto al que buscamos—añadió otra.

Tremal-Naik apretó el gatillo y a la detonación siguió un clamor aterrador.

Un estallido resonó sobre el pozo y el ruido cesó de improviso.

El «cazador de serpientes» descargó una de sus pistolas, pero una exclamación de rabia se le escapó.

—¡Ah, miserables!

Kammamuri y Ada se lanzaron de común acuerdo hacia él.

—¡Tremal-Naik!—exclamó la jovencita tomándole una mano,—¿estás herido?

—No—respondió, esforzándose por parecer tranquilo.

—¿Pero y ese ruido?

—Han cerrado el pozo, mas ya saldremos de aquí, yo te lo prometo, amada mía.

Encendió la antorcha y llevó a su prometida lejos de la boca del pozo, haciéndola sentarse sobre el cachemir.

—Estás fatigada—le dijo dulcemente,—procura descansar, que en tanto buscaremos una salida; mientras vivamos, no corres ningún peligro.

La jovencita, rendida por tantas emociones, a pesar de

la inminencia del peligro, le obedeció y se echó sobre el chal. Tremal-Naik y el *maharato* se acercaron a los muros y se pusieron a escudriñarlos con suma atención, con la esperanza de hallar alguna salida que permitiera fugarse.

¡Cosa extraña e incomprensible! por el otro lado de la pared se oía de cuando en cuando un sordo fragor igual al que poco antes alarmó al tigre.

Hacía ya una media hora que buscaban alguna salida, golpeando la roca con los cuchillos y metiéndolos entre las piedras, cuando advirtieron que la temperatura aumentaba tanto que se hacía dificultosa la respiración.

—¿Nos irán a quemar?—preguntó el *maharato*.

—No comprendo nada de todo esto—continuó su amo, quitándose el *dubgah*.

—¿Pero de dónde proviene esta calor? Si sigue, nos vamos a cocer.

—Apresurémonos.

Volvieron a escudriñar la caverna, mas sin hallar salida alguna. En un ángulo, la roca resonaba cual si se hallase en hueco; tal vez se podía desmoronar con los cuchillos y abrir una galería.

Los dos indios volvieron al lado de la jovencita; pero ésta dormía. Se consultaron rápidamente lo que debían hacer, y decidieron intentar prontamente la salida de aquel sitio.

Asaltaron con vigor la roca; pero prontamente se detuvieron. La temperatura era tan ardiente, que se morían de sed. Buscaron por si había allí algún pozo de agua; pero no hallaron ni una sola gota, y tuvieron miedo.

—¿Tendremos que morir en esta cueva?—preguntó Tremal-Naik dirigiendo una mirada angustiosa sobre las rocas, que se iban poco a poco calcinando.

En aquel instante un misterioso murmullo se dejó oír sobre sus cabezas, y un enorme trozo de roca se destacó de

la bóveda, viniendo a tierra con enorme estruendo y casi de repente, por aquella abertura, cayó con furia un gran chorro de agua.

—¡Nos hemos salvado!—gritó Kammamuri.

—Tremal-Naik—murmuró la jovencita, que despertó al precipitarse la cascada.

El indio corrió a su lado.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Me ahogo... el aire me falta... con este horrible calor me muero de sed. Un sorbo de agua.

El «cazador de serpientes» la cogió entre sus robustos brazos y la llevó junto a la cascada, donde el *maharatt* y el tigre bebían con fruición.

Con las manos formó una especie de cuenco, que llenó de agua y acercó a los labios de la niña, diciéndole:

—Bebe, Ada, bebe.

La dió varias veces de beber del mismo modo, y después aplacó él mismo su sed.

De pronto el tigre lanzó un ronco aullido y cayó en tierra agitándose con furia. Kammamuri, asustado, se lanzó hacia la fiera, mas pronto le faltaron las fuerzas y cayó también con los ojos extraviados, las manos crispadas y cubierto de baba sanguinolenta.

—Se...ñor—balbuceó con voz ahogada.

—¡Kammamuri! — gritó Tremal-Naik. — ¡Potente Siva!.., ¡Ada!... ¡Oh... amor mío!...

La jovencita, igual que Kammamuri y Darma, tenía los ojos fuera de las órbitas; la espuma cubría sus labios y el rostro complemante descompuesto. Agitó las manos tratando de asirse al cuello del indio, abrió la boca como si quisiera hablar, después cerró los ojos y se quedó rígida. Tremal-Naik la sostuvo y lanzó un grito desgarrador.

—¡Ada... favor... socorro!

Fué su último grito. La vista se le ofuscó, los músculos se le quedaron rígidos, una violenta conmoción le sacudió de los pies a la cabeza, vaciló, trató de sostenerse y después cayó como herido de un rayo sobre las ardientes piedras de la caverna arrastrando consigo a su prometida.

Casi al mismo tiempo se oyó un estrépito formidable y una turba de sectarios se precipitó en la caverna, cayendo sobre sus cuatro víctimas.

PARTE SEGUNDA

El desquite de Tremal-Naik

CAPITULO I

EL CAPITÁN MACPHERSON

Era una espléndida noche de Agosto, una verdadera noche tropical. El aire estaba tibio, embalsamado por el suave perfume de la floración india.

Arriba, en un cielo purísimo, de un azul de añil, titilaban millares de brillantes estrellas y el astro nocturno seguía su carrera, iluminando fantásticamente la corriente del Hugli, que semejaba una cinta de plata desarrollada entre las interminables llanuras del delta del Ganges.

Bandadas de marabúes volaban sobre las aguas, posándose ya en una o en otra orilla a los pies de los cocoteros, de los bananos y de los tamarindos, que se curvaban graciosamente sobre las ondas.

Un silencio fúnebre, misterioso, reinaba, interrumpido de vez en cuando por una oleada de viento que estremecía las frondas, por el aullido melancólico de los charcales que

vagaban sobre las riberas y por el griterío de los cuervos y de los marabúes.

Aunque la hora era avanzada y aunque mil peligros acechaban entre las sombras de la noche, un hombre se hallaba echado bajo un enorme tamarindo.

Tenía unos treinta y cinco o cuarenta años, y llevaba las divisas de capitán de los cipayos, deslumbrantes de plata y oro. Era de alta estatura, de complexión robusta, de cutis bronceado, pero menos que el de los indios; se adivinaba en él al europeo expuesto por largos años al sol tropical.

Su rostro, enérgico, estaba adornado de una larga barba negra, y su frente se hallaba surcada por precoces arrugas. Los ojos eran grandes, melancólicos; mas a veces brillaban con intensidad.

No se movía; pero de rato en rato alzaba la cabeza, miraba fijamente al gran río y hacía un movimiento de impaciencia.

Habría transcurrido una media hora cuando a lo lejos se oyó una detonación. El capitán cogió una hermosa carabina esmaltada con arabescos e incrustada de nácar y plata y se puso en pie rápidamente, valiéndose de las raíces del tamarindo, que salían de tierra cual serpientes. Hacia el norte apareció un punto negro, que se acercaba presuroso; en torno de él cabrilleaban las ondas cual si las agitasen algunos remos.

—Ahí están—murmuró.

Levantó el fusil y disparó; otra detonación le contestó.

—Todo marcha perfectamente—dijo el capitán.—Esta vez llegaré a saber algo.

Una dolorosa conmoción descompuso sus facciones; pero sólo duró un momento.

Volvió a mirar hacia el río, el punto negro había tomado ya la forma de una barca que descendía presurosa con el

empuje de media docena de remos. A bordo se veían siete u ocho hombres armados.

A los diez minutos la embarcación, que era un bellísimo y ligero *mur-punky* conducido por seis indios provistos de largos remos y guiado por un sargento de cipayos, llegó a corta distancia de la ribera y encalló entre las altas hierbas.

El sargento saltó a tierra, saludando militarmente.

—Conducid el *mur-punky* a la pequeña ensenada—dijo el capitán a los indios,—y tú, Bhârata, ven conmigo.

La embarcación pasó de largo; el capitán condujo al indio bajo el árbol que antes cobijaba, y ambos se echaron sobre el césped.

—¿Estamos solos, capitán Macpherson?—preguntó el sargento.

—Sí, y puedes contármelo todo, sin temor de que nos escuchen.

—Dentro de una hora Negapatuan se hallará aquí.

Una oleada de sangre ascendió al rostro del capitán.

—¿Le han prendido por fin?—exclamó con viva emoción.—Creí que me habían engañado.

—Pues es cierto; el miserable hace una semana que permanecía encarcelado en los subterráneos del fuerte Willian.

—¿Estás seguro de que es un estrangulador?

—Segurísimo, y es uno de los jefes más poderosos.

—¿Ha confesado algo?

—Nada, y eso que le hicieron pasar hambre y sed.

—¿Cómo le apresaron?

—El bribón estaba escondido en los alrededores del fuerte Willian y allí esperaba su presa. Seis soldados habían caído ya bajo su infalible lazo, y sus cadáveres se habían hallado desnudos y con el misterioso tatuaje sobre el pecho. El capitán Hall, ayer hizo siete días, se puso en campaña con

algunos cipayos, resuelto a descubrir al asesino. Después de dos horas de inútiles pesquisas, se detuvieron bajo la fresca sombra de unos bananos para descansar unos minutos. De pronto el capitán sintió un lazo que le caía sobre la cabeza oprimiéndole el cuello. Se puso en pie sujetando con fuerza la cuerda y se lanzó sobre el estrangulador pidiendo socorro. Los cipayos cayeron sobre el asesino, que se defendía con fiereza, rugiendo como un león, y lograron derribarle.

—¿Y dentro de una hora ese hombre estará aquí?—preguntó el capitán Macpherson.

—Sí—respondió Bhârata, prosiguiendo con despecho,—¿por qué no me lo cuenta usted todo? Tal vez podría serle útil.

El capitán no respondió; se hallaba ensimismado, y una niebla de lágrimas empañaba sus ojos. Se comprendía que un profundo dolor abatía su entereza en aquel momento.

—Capitán—dijo el sargento conmovido,—he despertado en su mente dolorosos recuerdos; perdóneme.

—No tengo que perdonarte nada, mi buen Bhârata—respondió Macpherson, estrechándole la mano,—es justo que lo sepas todo.

Dió tres o cuatro pasos con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, y después volvió a sentarse junto a su subordinado. Una lágrima rodó silenciosamente por sus tostadas mejillas.

—Transcurría el año 1853—dijo con voz que en vano se esforzaba porque pareciere tranquila.—Mi esposa había muerto hacía algunos años, a causa del cólera, dejándome una niña, linda como un botón de rosa, con cabellos negros, ojos hermosísimos y brillantes como unos luceros. Aun recuerdo cuando saltaba por las sombrías calles del parque persiguiendo a las mariposas; aun recuerdo aquellas tardes en que, sentada a mi lado bajo la sombra de un enorme

tamarindo, tocaba el *sitar* y entonaba canciones de mi lejana Escocia. ¡Ah, qué feliz era en aquella época... Ada... mi pobre Ada!...

Un sollozo ahogó su voz, ocultó la cabeza entre las manos, y durante algunos minutos, Bhârata le oyó llorar como un niño.

—Valor, capitán—dijo el sargento.

—Sí, valor—murmuró el aludido enjugándose casi con ira las lágrimas.—¡Hacía tanto que no lloraba! Esto me desahoga de vez en cuando.

—Continúe usted, si esto le consuela.

—Tienes razón—contestó con voz alterada.

Estuvo algunos instantes silencioso y ensimismado; después continuó:

—Una mañana la ciudad de Calcuta fué presa de viva conmoción. Los *thugs* o estranguladores habían clavado sobre los muros y sobre los árboles unos escritos en que advertían a los habitantes que su diosa reclamaba una niña para su pagoda. Sin saber por qué, me acometió un estremecimiento, y presagié una gran desgracia. La misma tarde recluí a mi hija dentro del fuerte Willian, seguro de que los *thugs* no podrían encontrarla. Tres días después, aunque lo dudes, mi Ada tenía sobre un brazo el tatuaje de los estranguladores.

—¡Ah! — exclamó Bhârata palideciendo, — ¿y quién llegó hasta ella?

—Nunca lo he podido saber.

—¿Penetró algún estrangulador en el fuerte?

—Eso debió de ser.

—¿Tendrán algún afiliado entre los cipayos?

—Su secta se halla muy difundida y tienen cofrades no sólo en toda la India, sino en la Malasia y en la China.

—Prosigue.

—Yo, que jamás había sabido lo que era el miedo, lo tuve entonces. Comprendí que mi niña era la elegida por la monstruosa divinidad y redoblé mi vigilancia. Comíamos juntos, dormía en una estancia contigua, tenía centinelas que vigilaban hasta de noche ante su puerta; pero todo fué inútil; una noche desapareció.

—¿Pero cómo?

—Una ventana se hallaba arrancada: los estranguladores penetraron, sin duda, por ella, y la raptaron. Sus afiliados habían vertido un potente narcótico en nuestras bebidas, y nadie oyó nada, ni nada advertimos.

El capitán se detuvo, conmovido por profunda emoción.

—La busqué durante años enteros—prosiguió, después de algunos minutos de dolorosa tregua;—pero no pude ni encontrar el más leve rastro. Los estranguladores la habían conducido a su inaccesible cueva. Cambié de nombre, usando el de Macpherson para emprender más activa campaña contra ellos. Cientos de aquellos hombres cayeron en mis manos y les hice morir entre los tormentos más crueles, esperando arrancarles una confesión que me pusiese sobre la pista de mi pobre Ada; pero todo fué en vano. Cuatro eternos años han transcurrido, y mi hija se halla aún en manos de esos hombres.

El capitán no se detuvo, y por segunda vez rompió en amargo llanto.

A lo lejos se oyó una trompa. Los dos se alzaron precipitadamente, corriendo hacia el río.

—¡Ahí están!—gritó Bhârata.

De los labios de Macpherson salió un sordo alarido y en sus ojos brilló un relámpago de feroz alegría.

Descendió a la ribera, descubriendo a quinientos o seiscientos metros de distancia una enorme canoa, que surcaba

con rapidez las ondas. A bordo se veían algunos cipayos con bayonetas caladas sobre las carabinas.

—¿Le ves?—preguntó con ansiedad.

—Sí—respondió Bhârata,—está sentado a popa entre dos cipayos y se halla encadenado.

—¡Pronto, pronto!—gritó el capitán.

La embarcación redobló la velocidad y fué a encallar a poca distancia de ellos. Seis cipayos de rostro bronceado y terrible y adornados de brazaletes, collares y casquetes de oro y plata saltaron a la ribera; tras ellos desembarcaron otros dos soldados, sujetando por los brazos al estrangulador Negapatuan. Este era un indio de unos seis pies de altura, delgado y ágil; su rostro era feroz y barbudo, sus ojos pequeños brillaban como los de una serpiente cuando se halla furiosa. En el pecho ostentaba el misterioso emblema; un pequeño *dubgah* de seda amarilla le rodeaba las caderas, y una especie de turbante sujeto con un diamante grueso, le cubría la cabeza, que llevaba afeitada y reluciente a causa del aceite de coco.

Al descubrir al capitán, se demudó su semblante, y una profunda arruga surcó su frente.

—¿Me conoces?—preguntó Macpherson, a quien no se le había escapado la emoción del *thug*.

—Eres el padre de «la virgen de la pagoda sagrada»—Una llamarada arreboló el rostro del capitán.

—¡Ah... lo sabes!

—Sí, tú eres el capitán Harry Corishant.

—No; el capitán Harry Macpherson.

—Ya sé que has cambiado de nombre.

—¿Sabes para qué te he hecho conducir aquí?

—Supongo que será para hacerme hablar; pero es inútil.

—Eso es cosa mía. A la factoría, valientes compañeros, y vigilad constantemente, que los *thugs* pueden hallarse cerca.

El capitán recogió la carabina, la armó y se puso a la cabeza de la pequeña columna, tomando un sendero abierto en una floresta de hermosísimos árboles. Habrían recorrido un cuarto de milla, sin hablar a nadie, cuando en el bosque resonó el lastimero aullido del chacal.

El estrangulador, al escuchar aquel grito, alzó con rapidez la cabeza y lanzó una ojeada entre las frondas. Los cipayos, que caminaban a su lado, profirieron una sorda exclamación.

—En guardia, capitán—dijo Bhârata,—el *thug* ha advertido algo.

—¿Tal vez sean aliados suyos?

—Puede ser.

El mismo grito volvió a escucharse, con más fuerza aún que la vez primera. Macpherson se volvió hacia la derecha del sendero.

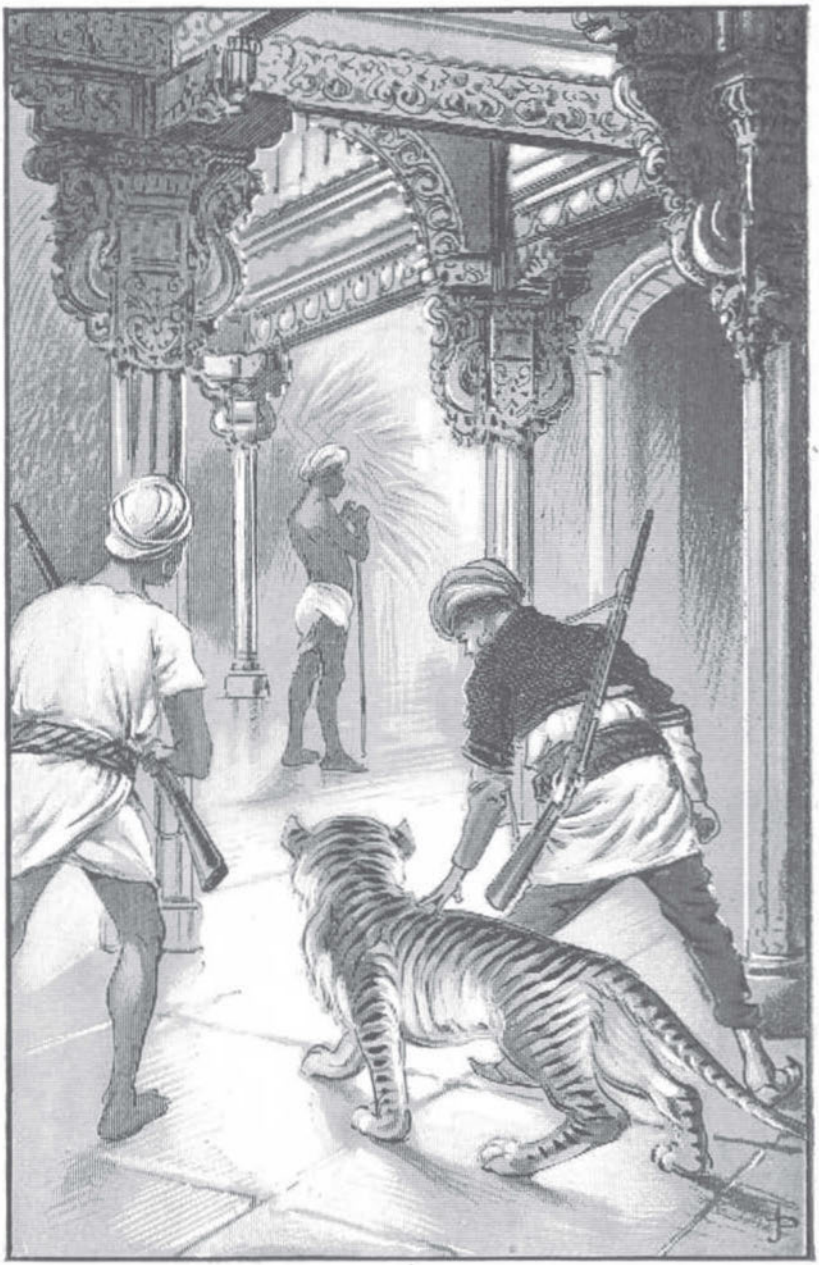
—¡Rayos y truenos!—exclamó;—ese no es un chacal.

—En guardai—repitió el sargento,—es una señal preventiva...

—Apresuremos la marcha.

El piquete se puso de nuevo en movimiento, con las carabinas hacia los dos lados del camino.

Diez minutos después llegaban, sin ningún incidente, a la factoría del capitán Macpherson.



—Mira aquel hombre, Darma—dijo Tremal-Naik. (PÁG. 159)

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPITULO II

NEGAPATUAN

El fuerte del capitán Harry Macpherson se destacaba sobre la orilla izquierda del Hugli, ante una pequeña ensenada, en que se veían algunos *gongas* y *mur-punky*.

Era uno de esos palacetes denominados en la India *bengalow*, elegante, cómodo, de un solo piso, alzado sobre un basamento de ladrillos y con un techo piramidal. Una galería sostenida por columnas, llamada *varanga*, que terminaba en una vasta terraza, daba vuelta al edificio y lo sombreaba un techo de esterilla de cocotero. A derecha e izquierda se descubrían bajos sotechados destinados para cocinas, para viviendas de los cipayos y para cuadras, sombrados por toldos vegetales.

El capitán entró en la factoría, dejando a los cipayos a la puerta, recorrió varias habitaciones amuebladas sencilla, pero elegantemente, con sillones, mesas y mesitas de acayoiba, y salió a la terraza, sombreada por un hermoso

toldo. Bhârata no tardó en reunírsele, arrastrando a viva fuerza a Negapatuan.

—Siéntate y hablemos—dijo el capitán, indicando al estrangulador una silla de ligeros bambúes entrelazados.

Negapatuan obedeció, haciendo cugir las cadenas que le sujetaban las manos. El sargento se colocó al lado, apuntándole con un par de pistolas.

—De modo que, según has dicho, me conoces—dijo Macpherson, clavando sobre el indio una mirada escrutadora.

—Te dije que eras el capitán Harry Corishant—respondió el estrangulador,—el padre de la «virgen de la pagoda sagrada».

—¿Cómo me conoces?

—Te vi algunas veces en Calcuta; una noche te seguí para estrangularte; pero erré el golpe.

—¡Miserable!—exclamó el capitán, lívido de ira.

—No te irrites por tan poca cosa—añadió el *thug* sonriendo.

—¿Te acuerdas de la noche en que me robaron a mi hija?

—Como si fuese ayer. Fué la noche del 24 de Agosto de 1853; siempre he capitaneado todas las empresas de los *thugs*—dijo el indio con orgullo,—yo fuí el que arrancó la ventana y raptó a tu hija.

—¿Pero no tiemblas de narrar tales hechos ante el padre de aquella desdichada?

—Negapatuan jamás tembló.

—Pero yo te destruiré como a una caña.

—Y los *thugs* te desgajarán a ti como a un tierno bambú.

—¡Lo veremos!

—Capitán Corishant—dijo gravemente el estrangulador,—sobre los que dominan a nuestra patria existe un poder

oculto y terrible que nada teme. Los reyes se inclinan bajo el hálito de la diosa Kali. ¡Tiembla!

—Pues bien, si tú no temblaste nunca, el capitán Macpherson jamás tuvo miedo.

—Ya me lo dirás el día en que el lazo te estrangule.

—Y tú también me lo dirás cuando el hierro calcine tus huesos.

—¿Es para torturarme para lo que me has hecho traer aquí?

—Sí, si es que no me revelas el secreto de los *thugs*. Sólo así te librarás de la muerte.

—¡Ah! ¿quieres que hable? ¿de qué?

—Soy el padre de Ada Corishant.

—¿Y qué?

—No he perdido aún la esperanza de verla de nuevo entre mis brazos.

—Continúa.

—Negapatuan—dijo Macpherson con voz conmovida,—¿no has tenido hijos?

—No—replicó el estrangulador.

—Pero, al menos, habrás amado.

—Solamente a mi diosa.

—Pues yo amo a mi hija hasta el punto de dar toda la sangre de mis venas por su libertad. Dime dónde se halla.

El indio permaneció impasible, semejante a una estatua de bronce.

—Te concederé la vida.

El *thug* continuó silencioso.

—Te daré todo el oro que ambiciones; te conduciré a Europa para sustraerte de la venganza de tus compañeros; te otorgaré un grado en el ejército inglés; haré cuanto me ordenes; pero dime dónde está oculta mi Ada.

—Capitán Macpherson—dijo el indio con rostro ceñudo, ¿tu regimiento no tiene una bandera?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—¿No la has jurado fidelidad?

—Sí.

—¿Serías capaz de hacerla traición?

—¡Oh... nunca!

—Pues bien; yo he jurado fidelidad a mi diosa, que es mi enseña; ni la libertad que me prometes, ni las riquezas, ni los honores, entibiarán mi fe.

El capitán Macpherson se había levantado, cogiendo una varilla; estaba rojo como un ascua y sus ojos fulguraban de ira.

—¡Monstruoso reptil!—exclamó encolerizado.

—No me toques con esa fusta, que desciendo de un rajá—gritó el estrangulador.

El capitán, por toda respuesta, alzó el látigo y cruzó el rostro del prisionero con un signo sangriento.

Un rugido de fiera salió de los labios del estrangulador.

—Mátame—dijo con voz que nada tenía de humana.—Mátame, porque si no, te haré trizas.

—Sí, monstruo; te mataré, no tengas cuidado; pero lentamente, gota a gota. Bhârata, llévalo al subterráneo.

—¿Le torturo?—preguntó el sargento.

El capitán dudó un momento.

—Aun no—dijo.—Empieza por privarle de alimento y de agua durante veinticuatro horas.

Bhârata sujetó al estrangulador, arrastrándole fuera de la terraza, sin que opusiese resistencia.

El capitán Macpherson arrojó lejos de sí el látigo, y se puso a pasear, pensativa y trastornado.

—Paciencia—dijo con los dientes apretados,—ese hombre

llegará a confesarlo todo, aunque tenga que arrancarle palabra por palabra con un hierro candente.

Al cabo de un rato se detuvo, levantando vivamente la cabeza. De uno de los cobertizos salió un formidable resoplido.

—¡Ah!—exclamó.—Bhagavadi el elefante siente acercarse algún enemigo.

Se acercó hacia el parapeto de la terraza. Los perros del *bengalow* ladraron con fuerza, y sobre un sotechado apareció la trompa de un elefante, que lanzó un resoplido aun más fuerte que el anterior.

Casi al mismo tiempo, a unos trescientos metros del *bengalow*, saltó en el aire una masa negra dotada de extraordinaria agilidad, que cayó, ocultándose entre las altas hierbas.

El capitán no pudo distinguir lo que era aquella masa.

—¡Hola!—gritó.

El cipayo que vigilaba bajo el cobertizo con el fusil, bajó el brazo.

—Capitán—interrogó el soldado.

—¿Has visto algo?

—Sí.

—¿Era un hombre o un animal?

—Me parece que es un animal. Se elevó a unos trescientos metros.

La masa negra volvió a dar un salto y el cipayo lanzó un grito de terror.

—¡Un tigre!

El capitán cogió su carabina y disparó a la fiera, que huía con saltos gigantescos hacia la *jungla*.

—¡Maldición!—exclamó con rabia.

El felino, al escuchar el disparo, se detuvo, lanzando un rugido, y después se internó entre los bambúes con mayor rapidez.

—¿Qué sucede?—preguntó Bhârata precipitándose en la terraza.

—Hay un tigre en los alrededores—respondió el capitán.

—¡Un tigre! Es imposible.

—Le he visto con mis propios ojos.

—¡Pero si los habíamos destruído todos!

—Alguno habrá huído de nuestros tiros.

—¿Le ha herido?

—Creo que no.

—Nos va a tener inquietos esa fiera.

—Poco tiempo será; no me gustan semejantes vecinos.

—¿Le daremos caza?

El capitán consultó su reloj.

—Son las tres; dentro de una hora saldré con Bhagavadi, y dentro de un par de ellas tendré en mi poder la piel de ese tigre.

CAPITULO III

EL LIBERTADOR

Comenzaba a alborear cuando Macpherson y Bhârata descendieron al patio del *bengalow*.

Iban armados de carabinas de grueso calibre y de pistolas y cuchillos de doble filo. Un cipayo los seguía llevando otros dos fusiles y algunas picas. Llegaron al recinto sobre cuyo techo asomaba impaciente su trompa Bhagavadi, rodeado de una media docena de *wahuts*, o conductores de elefantes.

Bhagavadi era el más hermoso ejemplar de *coomareah* que podía hallarse en las riberas del Ganges. Menos corpulento que uno de los llamados *merghee*, pero más vigoroso, dotado de una potencia extraordinaria, con un cuerpo macizo, patas cortas y toscas, una trompa excesivamente desarrollada y magníficos colmillos.

En su dorso se destacaba el *handa*, una especie de navecilla, en la uqe se colocaron los cazadores sólidamente afianzados con cuerdas y cadenas,

—¿Estamos ya?—preguntó Macpherson.

—No falta más que partir—respondió el jefe de los *wahuts*.

—¿Y los batidores?

—Han ido ya a la *jungla* con los perros.

Uno de los más hábiles *wahuts* se colocó en el cuello de Bhagavadi, armado de un grueso gancho y de una larga pica.

El capitán, Bhârata y los cipayos, después de subir por la escala, se colocaron en el *handa*. La señal de partida se dió en el momento en que el sol aparecía tras el bosque, ilumniando la ría y sus riberas.

El elefante caminaba con paso ligero, excitado por la voz del *wahut*, plastando, destruyendo bajo sus enormes patas las raíces y los arbustos y derribando con su vigorosa trompa los árboles que interceptaban el camino.

El capitán, con una carabina en la mano, espiaba atentamente los grupos de maleza y los arbustos en que podía ocultarse el tigre.

Un cuarto de hora después llegaban al principio de la *jungla*, llena de bambúes y enormes céspedes espinosos. Seis cipayos, provistos de largas pértigas y armados de hachas y fusiles, esperaban con un tropel de perros pequeños, pero valerosos, e indispensables para la caza del terrible felino.

—¿Qué hay?—preguntó el capitán inclinándose hacia ellos.

—Hemos descubierto las huellas de la fiera—respondió el jefe de los batidores.

—¿Recientes?

—Sí, ha debido pasar hace media hora.

—Entonces vamos a la *jungla*; soltad los perros.

Los sabuesos, libres de trabas, se lanzaron tras las huellas del tigre, ladrando con furia. Bhagavadi, después de olfatear con la trompa tres o cuatro veces a diversas altu-

ras, penetró en la espesura, sacudiendo con su empuje la masa de follaje.

—Ve con cuidado, Bhârata—dijo Macpherson.

—¿Habéis visto algo?

—No, pero el tigre puede haber retrocedido y hallarse emboscado entre los bambúes; ya sabes que es animal astuto y que no teme acometer a un elefante.

—En ese caso, se las tendrá que haber con Bhagavadi; no es el primer tigre que aplasta bajo sus patazas, o que voltea en el aire con su trompa. ¿Vísteis al animal?

—Sí, y es gigantesco; no recuerdo haber visto un tigre tan corpulento y ágil; daba saltos de diez metros.

—¡Ah!—exclamó el sargento,—entonces con un salto llegará hasta el *handa*.

—Si le dejásemos.

—Callad, capitán.

A lo lejos ladraron los perros desesperadamente. Bhârata se estremeció.

—Los perros le han encontrado—dijo.

—Y alguno ha muerto en la refriega—añadió el cipayo que había cogido las carabinas para alargárselas a los cazadores.

Una bandada de pavos reales se elevó a unos quinientos metros, lanzando gritos de terror.

—¡Uszaka!—gritó el capitán empleando las manos cual un portavoz.

—Ya estoy alerta—contestó el aludido, que era el jefe de los batidores,—el tigre ha hecho presa en los perros.

—Toca a retirada.

Uszaka se acercó a la boca el *bansy*, que era una especie de flauta y lanzó unas notas muy agudas.

Al momento se vió llegar a los batidores a todo correr y colocarse tras el elefante.

—Valor—dijo Macpherson al *mahut*,—lleva al elefante hacia donde ladran los perros, y tú, Bhârata, mira bien hacia la izquierda, que yo lo haré a la derecha; puede que tengamos que luchar con más de un adversario.

Los ladridos continuaban cada vez más furiosos, signo infalible de que el tigre había aparecido. Bhagavadi apresuró el paso, caminando intrépidamente hacia un grupo de bambúes, en medio de los cuales chillaban los sabuesos.

A unos cien pasos de distancia hallaron un perro horriblemente despedazado. El elefante comenzó a dar señales de inquietud, subiendo y bajando su trompa.

—Bhagavadi le husmea—dijo Macpherson,—atención, *mahut* y cuida de que el elefante no retroceda o exponga demasiado la trompa.

—Ya cuidaré de todo, señor.

Entre los bambúes se escuchó un formidable rugido; Bhagavadi se detuvo sumamente excitado.

—¡Adelante!—gritó el capitán, sujetando el gatillo de la escopeta.

El «mahut» dió un latigazo al paquidermo, que bufó con furia arrollando la trompa y enseñando sus magníficos cólmillos. Dió diez o doce pasos y volvió a detenerse.

Desde los bambúes saltó a gran distancia, cual un rayo, un gigantesco tigre, aullando desesperadamente.

El capitán disparó su carabina.

—¡Rayos y truenos!—gritó irritado.

El tigre había caído de nuevo entre la espesura, sin que la bala le hubiese tocado; se lanzó después otras dos o tres veces en el aire y dando saltos de doce metros, desapareció.

Bhârata también hizo fuego, pero la bala hirió a uno de los sabuesos que, maltrecho ya por la fiera, se arrastraba entre la espesura.

—¿Pero tiene el diablo en el cuerpo ese tigre?—dijo el ca-

pitán, malhumorado.—Es la segunda vez que huye a mis tiros.

Bhagavadi se puso en marcha con grandes precauciones, alargando temerosamente la trompa, que retiraba después con rapidez. Caminó otros cien metros, precedido por los sabuesos que iban y venían buscando el rastro del felino, y por último se plantó, apoyando sólidamente las patas, volviendo a temblar y a bufar ruidosamente.

Ante él, a unos veinte metros, había un grupo de cañas de azúcar. Un soplo de aire, impregnado de un fuerte aroma selvático, llegó hasta los cazadores.

—¡Mirad, mirad!—gritó el capitán.

El tigre se había lanzado desde las cañas, acometiendo con fulmínea rapidez al paquidermo, que se había apresurado a enseñar los colmillos.

El felino huyó de los disparos de los cazadores y saltó a la frente del elefante, tratando de sujetar con sus garras al *mahut*, que se había echado hacia atrás horrorizado. Ya iba a alcanzarlo, cuando a lo lejos se oyeron algunos sones de *ramsinga* y la fiera huyó como atemorizada a esconderse entre las hierbas.

—¡Fuego!—gritó el capitán descergando su carabina.

El tigre lanzó un rugido pavoroso, cayó, se levantó y volvió a caer, cual si se hallase herido.

—¡Hurra, hurra!—exclamó Bhârata.

—¡Buen golpe!—profirió el capitán con orgullo, dejando el arma, aun humeante.—Echa la escala.

El *mahut* obedeció. Macpherson, empuñando el cuchillo, descendió, dirigiéndose hacia el escondite del felino. El tigre yacía inerte, pero el capitán observó con asombro que no se hallaba herido, ni había rastro de sangre en el suelo; y sabiendo que a veces estos felinos se fingen muertos para caer sobre el cazador, iba a retroceder, pero le faltó tiempo,

El misterioso toque del *ramsinga* conmovió al tigre, que saltando, cayó sobre el capitán y le derribó. Su enorme boca se abrió con voracidad, presta a destrozarle.

Macpherson, sin poderse mover, lanzó un grito de angustia.

—¡A mí... estoy perdido!

—Defendéos, que voy—gritó una voz potente.

Un indio saltó de la espesura, sujetó al tigre por la cola y con una violenta sacudida le separó a un lado. Se escuchó un rugido furioso. El animal, loco de cólera, se disponía a lanzarse sobre su nuevo enemigo, mas, ¡cosa extraña e inaudita! apenas le vió, se volvió hacia atrás y se alejó con fantástica rapidez, desapareciendo entre el insondable caos de la *jungla*.

El capitán, sano y salvo, se había puesto en pie; un profundo estupor se reflejaba en su rostro

A cinco pasos de él se hallaba un indio de musculatura potente y hermosa cabeza. Un pequeño turbante recamado de plata cubría su cabeza, y le ceñía desde la cintura un *dubgah* de seda amarilla, sujeto con un lindo chal de cachemira. Aquel hombre que tan intrépidamente había afrontado la furia del tigre, no llevaba arma alguna.

Con los brazos cruzados y la mirada chispeante, contemplaba con curiosidad al capitán, y por su inmovilidad semejaba una hermosa estatua de bronce.

—Si no me engaño, te debo la vida—dijo Macpherson.

—Tal vez—respondió el indio.

—Sin tu valor, a estas horas me hallaría muerto.

—Tal creo.

—Dame la mano, eres un valiente.

El indio estrechó temblando la mano que Macpherson le tendía.

—¿Puedo conocer el nombre de mi salvador?

—Saranguy—respondió el aludido.

—No lo olvidaré nunca.

Hubo una pausa breve.

—¿Qué puedo hacer por ti?—interrogó el capitán.

—Nada.

Macpherson sacó una bolsa llena de libras esterlinas y se la alargó. El indio la rechazó con noble ademán.

—No necesito oro.

—¿Eres rico?

—Menos de lo que crees; soy un cazador de tigres de las *Sunderbunds*.

—Pero, ¿cómo te hallas aquí?

—En la *jungla negra* ya no hay tigres. He venido hacia el norte en busca de ellos.

—¿Y dónde vas ahora?

—No lo sé; no tengo familia ni patria; vago a mi antojo.

—¿Quieres venir conmigo?

Los ojos del indio lanzaron un relámpago de gozo.

—Si tenéis necesidad de un hombre fuerte y valeroso, que no teme ni a las fieras ni a las iras de los dioses, soy vuestro.

—Ven, valeroso indio; no te arrepentirás.

El capitán giró sobre sus talones. Pero al poco rato se detuvo.

—¿A dónde crees que habrá huído el tigre?

—Muy lejos.

—¿Será posible hallarle?

—Lo dudo; además, ya me encargo yo de matarle dentro de poco tiempo.

—Volvamos al *bengalow*.

Bhârata, que había contemplado la escena con estupor, le esperaba cerca del elefante, y se acercó al capitán.

—Señor, ¿estáis herido?—preguntó con afán.

—No, mi querido sargento—respondió Macpherson,—gracias a este indio.

—Eres un gran hombre—dijo Bhârata a Saranguy;—no he visto nunca nada igual; eres uno de los más valientes de nuestra raza.

Una sonrisa fué la única respuesta del indio.

Los tres hombres subieron al *handa*, y en menos de media hora llegaron al *bengalow*, ante el cual esperaban los cipayos.

A la vista de los soldados, se arrugó la frente de Saraguy. Pareció inquieto y reprimió con esfuerzo un signo de despecho; por fortuna nadie advirtió aquel movimiento, que fué veloz como un relámpago.

—Saranguy—dijo el capitán, en el momento que entraba con Bhârata,—si tienes hambre, ve a la cocina; si quieres dormir, elige la habitación que más te plazca, y si deseas cazar, pide las armas que necesites.

El capitán entró en el *bengalow*; el cazador se sentó a la puerta. Su rostro se hallaba ceñudo y los ojos le brillaban como ascuas. Tres o cuatro veces se levantó, cual si fuese a entrar en la factoría, y siempre volvió a sentarse. Parecía honda y vivamente conmovido.

—¿Quién sabe la muerte que le espera a ese hombre? murmuró con voz sorda.—Morir, seguramente.—¡Es extraño lo que el capitán me interesa! parece que ya le amo. Apenas le vi, noté que mi corazón temblaba de inexplicable modo; apenas escuché su voz, me sentí conmovido. No sé por qué su rostro me recuerda al de... ¡No quiero nombrarla!...

Calló, quedando aun más pensativo.

—¿Estará aquí el que busco?—se preguntó al poco rato.—¿Y si no estuviese?

Se levantó por fin y se puso a pasear, con la cabeza

inclinada sobre el pecho y el rostro sombrío. Al pasar junto a uno de los edificios, oyó voces que salían del interior. Se detuvo, alzando bruscamente la cabeza; pareció dudar, miró en torno suyo, cual si temiera ser descubierto, y por último se dejó caer a los pies de la empalizada, escuchando atentamente.

—Te lo aseguro—decía una voz,—el bribón ha hablado después de las amenazas de muerte del capitán.

—No es posible—añadía otra.—Los *thugs* no se intimidan por la muerte. He visto docenas de ellos dejarse fusilar sin confesar nada.

—Pero el capitán Macpherson tiene medios que nadie puede resistir.

—Ese hombre es fuerte y se dejará arrancar la piel antes que decir una sola palabra.

Saranguy aplicó el oído a la misma empalizada.

—¿Y dónde le han encerrado?

—En el subterráneo.

—Ese hombre es capaz de escaparse.

—Imposible, porque las paredes miden un espesor enorme; además, tiene guardianes.

—No digo que se escape solo; pero si le ayudan los *thugs*...

—¿Crees que rondarán por aquí?

—Esta misma noche hemos oído señales, y me dijo un cipayo que había visto algunas sombras.

—Me haces temblar.

—¿Tienes miedo?

—Ya lo creo; sus malditos lazos fallan pocas veces.

—Poco te durará el susto.

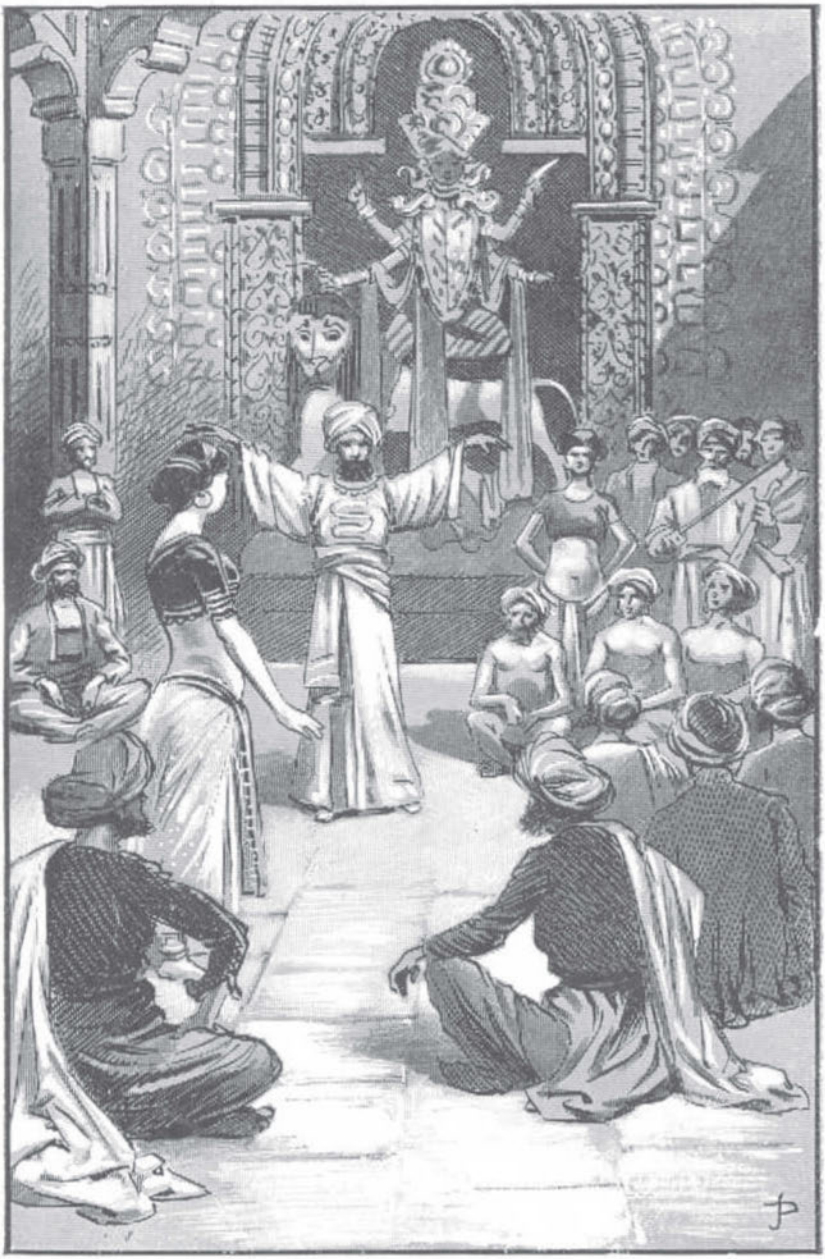
—¿Por qué?

—Porque los vamos a asaltar en sus cuevas. Negapatuan lo confesará todo.

Saranguy, al escuchar este nombre, había saltado, poniéndose en pie, vivamente excitado.

Una siniestra sonrisa asomó a sus labios y miró con crueldad hacia el *bengalow*.

—¡Ah!—exclamó con voz imperceptible,—Negapatuan se halla aquí. Esos malditos estarán satisfechos.



La pagoda subterránea. (PÁG. 162)

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPITULO IV

MATAR PARA SER FELIZ

Había llegado la noche; Macpherson no había salido de la factoría, ni ningún incidente había turbado la paz del *bengalow*.

Saranguy, después de vagar a su antojo de aquí para allí, por los sotechados y empalizadas, escuchando lo que hablaban los soldados, se había echado sobre el césped a unos cincuenta pasos de la vivienda, cual si fuera a dormir. Sin embargo, de rato en rato alzaba con precaución la cabeza y sus ojos recorrían el terreno que se abarcaba, cual si esperase a alguno.

Pasó una hora; la luna se elevó sobre el horizonte, iluminando vagamente las florestas y el curso del gran río, que murmuraba alegremente chocando contra las orillas.

Un grito agudo, el del chacal, se oyó a lo lejos. Saranguy se levantó con presteza, mirando a todos lados con desconfianza.

—¡Por fin!—murmuró estremeciéndose.—Voy a saber mi condena.

A unos doscientos pasos, entre la espesura, se distinguieron dos puntos luminosos con verdosos reflejos. Saranguy acercó los dedos a los labios y lanzó un ligero silbido.

Pronto los puntos luminosos se acercaron ante él. Eran los ojos de un hermoso tigre, que rugía sordamente.

—¡Darma!—dijo el indio.

El tigre se bajó tumbándose, y arrastrándose después silenciosamente. Se detuvo ante Saranguy, lanzando una especie de maullido.

—¿Te han lastimado?—preguntó con dulzura.

El tigre, cual si quisiera responder, lamió las manos y el rostro del indio.

—Has desafiado un gran peligro, pobre Darma—continuó afectuosamente.—¿Será la última prueba?

Pasó una mano bajo el cuello de la fiera y allí encontró un diminuto papel rojo arrollado y suspendido de un sutil hilo de seda.

Lo abrió con mano temblorosa; vió unos signos extraños y, escrito con tinta azul, un renglón en sanscrito.

«Ven, que el mensajero ha llegado»—leyo.

Un estremecimiento agitó sus miembros, y algunas gotas de sudor empaparon su frente.

—Sígueme, Darma—ordenó.

Miró de reojo la factoría, recorrió trascientos o cuatrocientos pasos arrastrándose y después se internó en el bosque. Caminó durante veinte minutos apresuradamente; luego se detuvo, llamando con un gesto al tigre.

A veinte pasos de él se levantó de pronto un individuo que le apuntó con su fusil, gritando:

—¿Quién vive?

—Kâli—respondió Saranguy.

—Pasa.

El indio se acercó al que le había dado el alto y que entonces le examinaba atentamente.

—¿Eres el que esperamos?—le preguntó.

—Sí.

—¿Sabes quién te espera?

—Kongli.

—Tú eres; sígueme.

El indio se echó la carabina al hombro, se puso en marcha y Saranguy y Darma le siguieron.

—¿Has visto al capitán Macpherson?—preguntó el guía al poco rato.

—Sí.

—¿Qué hace?

—No lo sé.

—¿Has averiguado algo de Negapatuan?

—Sí: que está prisionero.

—¿Es cierto lo que dices?

—Cierto.

—¿Y sabes dónde le ocultan?

—En los subterráneos del *bengalow*.

—¿Son prudentes los europeos?

—Así parece.

—Tú le libertarás.

—¡Yo!—exclamó Saranguy.

—Así lo creo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; calla y sigamos.

El indio enmudeció; apresuró el paso atravesando entre los bambúes y los céspedes espinosos. De trecho en trecho se detenía y examinaba el tronco de las palmeras.

—¿Qué miras?—preguntó Saranguy sorprendido.

—Los signos que indican el camino.

—¿Ha cambiado de morada Kongli?

—Sí, porque los ingleses han aparecido cerca de la cabaña.

—¡Ya!

—El capitán Macpherson tiene buenos esbirros a su servicio. Vive alerta, porque podrían jugarte una mala pasada cuando menos lo esperes.

Se detuvo, acercó las manos a la boca y lanzó un grito cual el del chacal.

Otro igual le contestó.

—El camino está libre—dijo el indio,—síguelo y llegarás a la puerta de la cabaña; yo me quedo aquí vigilando.

Saranguy obedeció, observando que detrás de cada árbol había apostado un indio con una carabina en la mano y el lazo rodeando su cintura.

—Estamos bien guardados—murmuró,—podemos transitar sin temor a ser sorprendidos por los ingleses.

Al poco rato se halló ante una gran choza, construída con sólidos troncos de árbol, en que habían abierto muchas hendiduras para que pudieran pasar por ellas los cañones de los fusiles. El techo se hallaba cubierto de hojas de latania y sobre él se divisaba una tosca estatua de la diosa Kâli.

—¿Quién vive?—preguntó un indio que se hallaba sentado a la puerta, armado de una carabina, de un puñal y un lazo.

—Kâli—respondió por segunda vez Saranguy.

—Pasa.

El indio penetró en un cuartucho iluminado por una rama de un árbol resinoso que esparcía una luz humeante.

Echado sobre una esterilla se hallaba un indio tan alto como el cruel Suyodhana, rociado de fresco aceite de coco, y con el misterioso tatuaje sobre el pecho.

Su rostro era bronceado, duro y feroz, con inculta barba negra; los ojos, muy hundidos, brillaban con intensidad.

—Adiós, Kongli—dijo el indio casi con repulsión.

—¡Ah, eres tú, buen amigo!—respondió éste levantándose; —Ya comenzaba a impacientarme.

—La culpa no es mía; es largo el camino.

—Lo sé. ¿Cómo marchan las cosas?

—Perfectamente. Darma ha ejecutado divinamente su papel. Si no llego pronto, aplasta la cabeza del capitán.

—¿Le había derribado?

—Sí.

—¡Valiente es tu tigre!

—Ya lo creo.

—¿Estás ya a su servicio?

—Sí.

—¿Y en calidad de qué?

—De cazador.

—¿Sospecha algo?

—No.

—¿Sabe que te has alejado del *bengalow*?

—No lo sé; pero me ha concedido amplia libertad de ir al bosque o a la *jungla* para cazar.

—Sin embargo, vive alerta: ese hombre tiene cien ojos.

—Lo sé.

—Dime algo de Negapatuan.

—Anoche llegó a la factoría.

—Lo sé; nada se escapa a mi vigilancia, ¿dónde le han ocultado?

—En el subterráneo.

—¿Le conoces?

—Aun no; pero ya le encontraré; sé que las paredes son muy gruesas y que un cipayo armado vela de noche ante la puerta.

—Sabes más de lo que yo esperaba. Eres un valiente, permite que te lo diga.

—El «cazador de serpientes» de la *jungla negra* es más fuerte y astuto de lo que tú crees—respondió el aludido

—¿Ha hablado algo Negapatuan?

—No lo sé.

—Si habla, estamos perdidos.

—¿Desconfías de él?—preguntó Saranguy con una ligera entonación irónica.

—No; porque es un gran jefe e incapaz de traicionarnos; pero Macpherson sabe atormentar a los prisioneros. Mas vengamos a nuestro asunto.

La frente de Saranguy se surcó de arrugas y un leve estremecimiento agitó sus miembros.

—Habla—dijo con acento extraño.

—¿Sabes para qué te he llamado?

—Lo adivino; se trata...

—De Ada Corishant.

Al oir aquel nombre, la sombría mirada de Saranguy pareció iluminarse; una lágrima asomó entre sus pestañas y un profundo suspiro brotó de sus labios descoloridos.

—¡Ada... oh, mi Ada!...—exclamó conmovido.—Habla, Kongli, sufro demasiado.

Kongli miró al indio, que se oprimía con fuerza la frente. Una sonrisa satánica entreabrió sus labios.

—Tremal-Naik—dijo con sepulcral acento,—¿te acuerdas de la noche en que te refugiaste en el pozo con Ada y el *maharato*?

—¡Sí, lo recuerdo!—respondió con voz sorda Saranguy, o mejor dicho, Tremal-Naik, el «cazador de serpientes» de la *jungla negra*.

—Estabas en nuestro poder; bastaba que Suyodhana lo quisiese, y los tres, a estas horas, dormiríais bajo tierra.

—Lo sé; pero, ¿para qué me recuerdas aquella noche?

—Es forzoso.

—Apresúrate entonces y no me hagas sufrir tanto; el corazón me sangra.

—Seré breve. Los *thugs* habían pronunciado vuestra sentencia de muerte; tú debías ser estrangulado, la «virgen de la pagoda» sería quemada en una hoguera y Kammamuri moriría entre las serpientes. Suyodhana se opuso; Negapatuan había caído en poder de los ingleses y era forzoso salvarle. Tú habías dado pruebas de ser hombre audaz y con grandes recursos; por esto te perdonó, con tal de que sirvieses a nuestra secta.

—Prosigue.

—Pero tú amabas a esa niña, era forzoso cedértela para que fueses un fiel aliado, y nuestra diosa te la ofrece.

—¡Ah!...—exclamó Tremal-Naik transfigurado.—¿Es cierto lo que dices?

—Sí, es cierto—contestó Kongli, recalcando todas las palabras.

—¿Y será mi esposa?

—Sí. Pero los *thugs* exigen una cosa de ti.

—Cualquiera que sea, la acepto; por mi prometida, quemaría la India entera.

—Hay que matar...

—Mataré.

—Habrá que salvar algunos hombres.

—Los salvaré, aunque los tuviese que libertar de una ciudad fortificada.

—Pues bien, escucha.

Sacó de la cintura un papel, le desdobló y leyó con profunda atención.

—Los *thugs*—dijo,—ya sabes que aprecian a Negapatuan, que es valeroso y fuerte. ¿Quieres poseer a Ada? pues li-

berta a nuestro compañero; pero Suyodhana exige algo más de ti.

—Habla—dijo Tremal-Naik, que sin saber por qué, se estremeció,—te escucho.

Kongli no djo nadia, pero le miró de extraño modo.

—Y bien—balbuceó el cazador.

—Suyodhana te entrega a tu prometida a condición de que mates al capitán...

—¿A Macpherson?...

—Sí—afirmó el estrangulador sonriendo con crueldad.

—¿Y sólo a ese precio me la entrega?

—Solamente.

—¿Y si me negase?

—No podrías seguirla amando.

—¡Yo! ¿qué te dije antes? ¿No oiste que por ella quemaría la India?

—Tienes razón, mas si te niegas a esto, la «virgen de la pagoda» morirá en una hoguera, y a Kammamuri le despedazarán las serpientes. Tenemos a los dos en nuestras manos. ¿Qué decides?

—Mi vida pertenece a Ada; acepto.

—¿Tienes ya algún plan?

—Ninguno; pero le hallaré.

—Primero liberta a Negapatuan.

—Le salvaré.

—Nosotros velaremos por ti; si necesitas ayuda, pídemela.

—El «cazador de serpientes» no necesita a los *thugs*.

—Como quieras: puedes irte.

Tremal-Naik no se movió.

—¿Qué quieres?—preguntó el estrangulador.

—¿No podré ver a mi amada?

—No.

—¡Sois inexorables!

—Cumple tu misión y después... será tu esposa. Vete, Tremal-Naik.

El indio, presa de viva desesperación, se dirigió hacia la puerta.

—Tremal-Naik—dijo el *thug* en el momento que llegaba al umbral.

—¿Qué quieres?

—No te olvides de que nos urge la muerte del capitán Macpherson.

CAPITULO V

LA FUGA DEL «THUG»

Comenzaba a desvanecerse el fulgor de las estrellas, cuando Tremal-Naik, conturbado aún por el coloquio sostenido con el estrangulador, alcanzaba al *bengalow* del capitán Macpherson.

Un hombre estaba apoyado en el umbral de la puerta y bostezaba, respirando ansiosamente la fresca brisa de la mañana. Este hombre era Bhârata.

—¡Hola, Saranguy!—le gritó,—¿de dónde vienes?

Aquella interpelación sacó bruscamente a Tremal-Naik de sus cavilaciones. Retrocedió, creyendo que le seguía el tigre; pero el inteligente animal había quedado en el borde de la *jungla*. Bastó una ligera señal del amo para que desapareciese entre los bambúes.

—¿De dónde vienes, mi bravo cazador?—replicó Bhârata, saliéndole al encuentro.

—De la *jungla*—respondió Tremal-Naik, cuyo rostro se serenó.

Biblioteca Nacional de España

—¿De noche? ¡Y solo!

—¿Por qué no?

—Pero... ¿los tigres?...

—No me intimidan.

—¿Y las serpientes... los rinocerontes?

—No me preocupan.

—¿Sabes, joven, que tienes valor?

—Lo sé.

—¿Has hallado alguno?

—Tigres sí; pero no se han acercado.

—¿Y hombres?

Tremal-Naik se estremeció.

—¡Hombres!—exclamó fingiendo sorpresa.—¿Dónde quieres que los haya encontrado, de noche y en medio de la *jungla*?

—Hay algunos.

—No te creo.

—¿Has oído hablar de los *thugs*?

—¿De los estranguladores?

—Sí, de los que manejan el lazo de seda.

—¿Pero están aquí?—preguntó Tremal-Naik, fingiendo terror.

—Si caes en sus manos, te estrangularán irremisiblemente.

—Mas, ¿por qué están aquí?

—¿Sabes quién es el capitán Macpherson?

—No lo sé aún.

—Es el enemigo más implacable de los *thugs*.

—Comprendo.

—Les haremos la guerra.

—Se la haré yo mismo. Odio a esos miserables.

—Un hombre tan valeroso como tú no debe despreciarse. Vendrás con nosotros cuando demos la batida en la *jungla*.

Custodiarás a un estrangulador que ha caído en nuestras manos.

—¡Ah!—exclamó Tremal-Naik, sin poder encubrir su alegría.—¿Tienes un *thug* prisionero?

—Sí, uno de los principales.

—¿Cómo se llama?

—Negapatuan.

—¿Y yo le vigilaré?

—Sí. Tú eres fuerte y valeroso y no se te escapará.

—Así lo creo. Bastará uno de mis puños para reducirle a la obediencia—indicó Tremal-Naik.

—Ven a la terraza. Pronto vendrá Negapatuan y necesitaremos de tu valor.

—¿Por qué?—preguntó Tremal-Naik con inquietud.

—El capitán recurrirá a los medios más violentos para hacerle hablar.

—Comprendo. Se convertirá en carcelero, y si es preciso en torturador.

—Eres muy perspicaz. Ven, mi bravo Saranguy.

Penetraron en el *bengalow* y subieron a la terraza. El capitán Macpherson se hallaba allí fumando un cigarrillo, echado indolentemente en una hamaca de fibras de coco.

—¿Hay algo nuevo, Bhârata?—le preguntó.

—No, capitán. Viene conmigo un enemigo acérrimo de los *thugs*.

—¿Eres tú, Saranguy?

—Sí, capitán—repuso Tremal-Naik con acento impregnado de odio.

—Bien venido. Serás también de los nuestros.

—Lo espero.

—Te advierto que se arriesga la vida.

—De igual modo que me la juego con los tigres, puedo jugármela con los hombres.

—¡Eres un valiente, Saranguy!

—No me envanezco, capitán.

—¿Cómo ha pasado la noche Negapatuan?—preguntó Macpherson dirigiéndose al sargento.

—Ha dormido como quien tiene la conciencia tranquila. Ese hombre endiablado, es de hierro.

—El se doblegará. Ve a traerle; comencemos de nuevo el interrogatorio.

El sargento giró sobre sus talones y volvió poco después conduciendo a Negapatuan, sólidamente atado.

El *thug* se mostraba tranquilísimo; una sonrisa plegaba sus labios. Su mirada se posó súbitamente sobre Tremal-Naik, que estaba detrás del capitán.

—Y bien—dijo Macpherson con acento sarcástico,—¿cómo has pasado la noche?

—Mejor que tú—respondió el estrangulador.

—¿Y qué has decidido?

—Que no hablaré.

La mano del capitán asió involuntariamente la empuñadura del sable.

—Hablarás bien pronto—le dijo.—¿No sabes que dispongo de los medios más terribles?

—Nada hay terrible para los *thugs*.

—Hay tormentos peores que la muerte.

—No nos arredran.

—Lo veremos cuando te retuerzas entre espasmos de dolor.

—Puedes empezar en seguida.

El capitán sentió subir a su rostro una oleada de fuego.

—¿Aún te resistes a hablar?—gritó ronco de ira.

—No, no hablaré.

—¿Es tu última respuesta?

—La última.

—Está bien; ahora veremos, Bhârata.

—El sargento se aproximó.

—¿Hay algún poste en el subterráneo?

—Sí, capitán.

—Ata fuertemente a este hombre.

—Bien, mi capitán.

—Cuando el sueño le rinda, le acribilláis a lancetazos. Si a los tres días no habla, maceráis sus carnes a fustazos, y si aún se obstina en callar, derramáis aceite hirviendo gota a gota sobre sus heridas.

—Confiad en mí, capitán. Ayúdame, Saranguy.

El sargento y Tremal-Naik se llevaron al estrangulador que había escuchado, sin inmutarse, la sentencia.

Descendieron por una escalera muy profunda y penetraron en una especie de bodega muy amplia, iluminada por una claraboya abierta a flor de tierra y defendida por sólidas barras de hierro.

En el centro había un poste, al cual fué atado el estrangulador. Bhârata aproximó tres o cuatro lancetas de punta agudísima.

—¿Quién le vigila?—preguntó Tremal-Naik.

—Tú hasta esta tarde. Después te relevará un cipayo.

—Está bien.

—Si cierra los ojos, púnzale fuertemente.

—Serás obedecido—respondió Tremal-Naik con calma glacial.

El sargento volvió a subir la escalera. Tremal-Naik le siguió con la vista hasta que desapareció; después sentóse frente al estrangulador, que le contemplaba tranquilamente.

—Escucha—dijo Tremal-Naik bajando la voz.

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó Negapatuan burlonamente.

—¿Conoces a Kongli?

El estrangulador, al oír aquel nombre, se estremeció.

—Kongli—exclamó sin embargo,—no sé quién es.

—Eres prduente; está bien. ¿Conoces a Suyodhana?

—¿Y tú quién eres?—interrogó Negapatuan con terror.

—Un estrangulador como tú y como ellos.

—Mientes.

—Te demostraré que soy veraz. Nuestra residencia no radica en la *jungla*, ni en Calcuta, ni en la orilla del río sagrado, sino en el subterráneo del Raimangal.

El prisionero apenas pudo contener un grito.

—¿Será posible que seas de los nuestros?—le dijo.

—¿No te lo he demostrado?

—Es cierto; mas, ¿para qué has venido aquí?

—Para salvarte.

—¡Para salvarme!

—Sí.

—¿Pero, cómo?

—Confía en mí y antes de media noche estarás libre.

—¿Y huiremos juntos?

—No; yo permaneceré aquí; debo cumplir otra misión.

—Alguna venganza.

—Tal vez—murmuró Tremal-Naik sombríamente.—Silencio y esperemos las tinieblas.

Y fué a sentarse al fin de la escalera, esperando pacientemente la noche.

El día transcurrió lentamente. El sol desapareció del horizonte y la obscuridad se hizo profunda en la cueva.

Había llegado el momento oportuno.

—Manos a la obra—dijo Tremal-Naik alzándose bruscamente y sacando una lima inglesa.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó Negapatuan con emoción.

—Ayudarme—respondió Tremal-Naik;—limaremos los hierros de la reja.

—¿No sospecharán que me has facilitado la huída?

—No sospecharán nada.

Desatadas las ligaduras del prisionero, ambos limaron fuertemente el hierro, procurando no hacer ruido.

Sólo faltaba una barra, cuando Tremal-Naik advirtió un rumor procedente de la escalera.

—Alguien viene.

—¿El cipayo tal vez?

—De seguro.

—Estamos perdidos.

—Aun no. ¿Sabes manejar el lazo?

—Nunca fallo el golpe.

—Tremal-Naik desligó el lazo que llevaba en torno del cuerpo y se lo entregó.

—Ponte junto a la puerta—le dijo sacando el puñal.—Mata al primero que llegue.

Negapatuan tomó el lazo con la mano derecha. Tremal-Naik se situó frente a él junto a la puerta, con el puñal alzado.

El rumor se aproximaba. Una luz brilló en la escalera y apareció un sipai con una cimitarra desenvainada.

—Atención, Negapatuan—murmuró Tremal-Naik.

El rostro del *thug* se puso lívido. Sus ojos despidieron siniestros destellos; sus labios descubrieron los dientes; su nariz se dilató. Parecía una fiera sedienta de sangre.

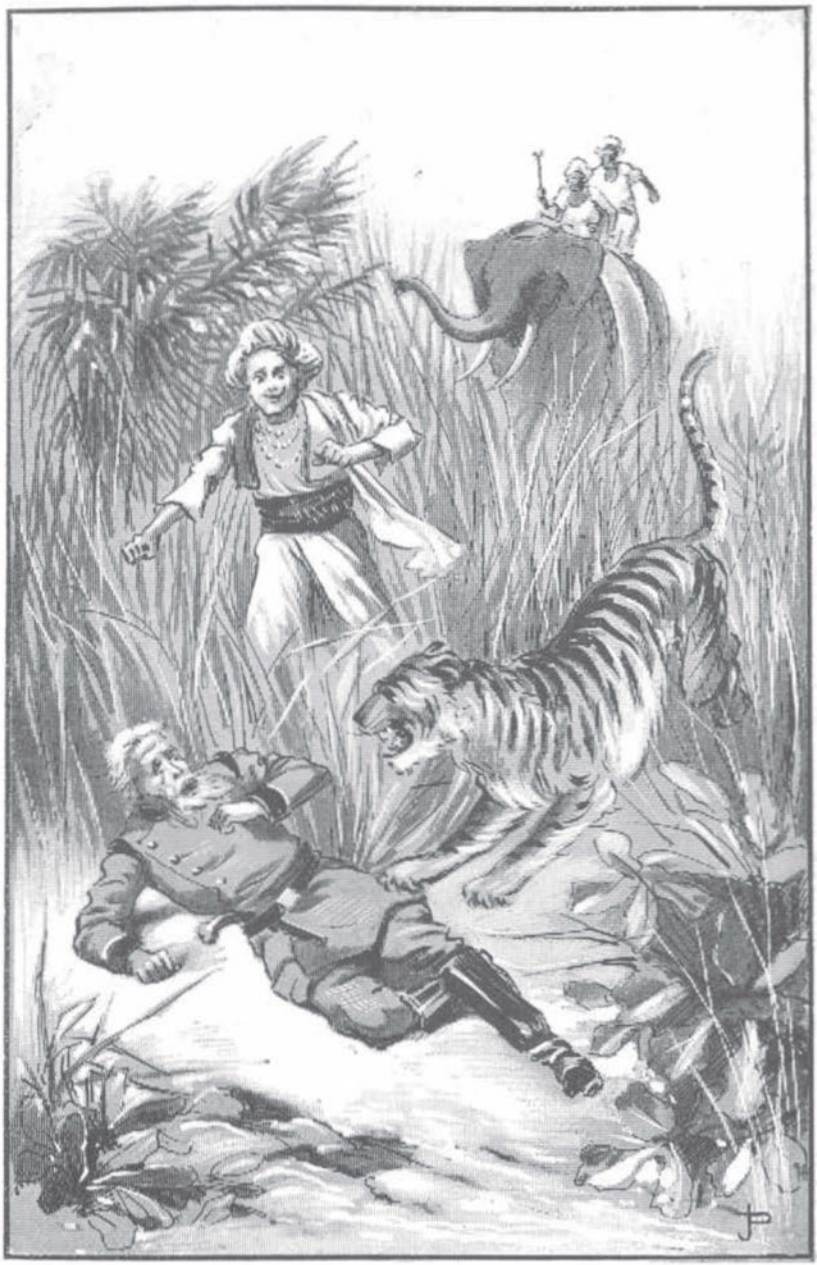
El cipayo se detuvo en el último peldaño.

—¡Saranguy!—llamó.

—Baja—respondió Tremal-Naik.

—Está bien—respondió el cipayo, llegando al umbral de la bodega.

El lazo hendió el aire, y se enroscó tan fuertemente al cuello, que el cipayo cayó al suelo sin lanzar un grito.



...el tigre, saltando, cayó sobre el capitán y le derribó. (PÁG. 204)

—¿Debo estrangularle?—preguntó el *thug* poniendo un pie sobre el pecho del caído.

—Es forzoso—replicó Tremal-Naik fríamente.

Negapatuan tiró del lazo. La lengua del cipayo salió un palmo fuera de la boca, sus ojos parecieron saltar de las órbitas y su piel bronceada se tornó negra. Estaba muerto.

—Que la diosa Kâli reciba su sangre—dijo el fanático recogiendo el lazo.

—Terminemos antes que descienda otro.

La cuarta barra fué limada.

—¿Podrás pasar?—preguntó Tremal-Naik.

—Pasaría por otra hendidura más estrecha.

—Está bien. Ahora átame sólidamente y amordázame.

—¿Para qué?

—Para que no sospechan que soy de los tuyos.

—Comprendo. Eres más astuto que yo.

Tremal-Naik se arrojó en el suelo, cerca del cadáver del sipai y Negapatuan le ató y le amordazó.

—Eres un valiente—dijo el *thug*.—Si un día necesitas un amigo fiel, acuérdate de mí. Adiós.

Lanzóse a la abertura, después de haberse armado con las pistolas del cipayo, y desapareció.

No habían transcurrido diez segundos, cuando se oyó un disparo de fusil y una voz que gritaba:

—¡A las armas!... ¡Un hombre huye!

CAPITULO VI

LA LIMONADA QUE DESATA LA LENGUA

Tremal-Naik, al escuchar aquel grito, se había incorporado un poco, presa de viva inquietud.

Al primer disparo habían seguido otras detonaciones; en el *bengalow* se elevó una gran chillería que hizo estremecer al «cazador de serpientes».

—¡Mira hacia la *jungla*!—gritaba una voz.

—¡A las armas!—añadía otra.

—Montad en el elefante.

—¡Fuera todo el mundo!

Se escucharon relinchos de caballos, un galope precipitado y un estrépito ensordecedor que todo lo confundía.

Tremal-Naik, con la frente bañada en sudor, escuchaba conteniendo la respiración.

—¡Corre, Negapatuan, corre!—murmuró, cual si el fugitivo pudiese escucharle.—Si te vuelven a coger, estamos todos perdidos.

Con un esfuerzo desesperado se puso en pie, y saltando

cuanto las cuerdas le permitían, se acercó a la hendidura. Unos pasos apresurados que sonaban en la escalera le detuvieron.

—Bajan—pensó, echándose rápidamente en el suelo.—Es forzoso tener sangre fría y audacia. Quién sabe, tal vez Negapatuan llegará a donde está Kongli.

Comenzó a agitarse, fingiendo que trataba de soltar las ligaduras y lanzando al par gritos desgarradores. Ya era tiempo; Bhârata descendía los peldaños de cuatro en cuatro y se precipitó en la cueva lanzando un alarido terrible.

—¡Se ha escapado, ha huído!—gritó arañándose el pecho con las uñas.

Saltó como un tigre hacia la hendidura, y una maldición salió de sus labios.

—¡Ah, miserable!

Lanzó en torno suyo una mirada de desaliento y vió a Tremal-Naik que se retorcía, lanzando sordas imprecaciones, y se acercó rápidamente.

—¡Vivo!...—xclamó arrancándole la mordaza.

—¡Maldecidos *thugs*!a—ulló Tremal-Naik con voz ahogada.—¿Dónde está... ese... perro? ¡voy a arrancarle el corazón!

—¿Qué ha pasado... cómo huyó?... ¿cómo estás atado? Habla, Saranguy—dijo Bhârata fuera de sí.

—Nos han engañado. ¡Potente Brahama! ¡he caído en la emboscada como un imbécil!

—Pero, explícate, que se me hiela la sangre en las venas. ¿Cómo llegó a evadirse? ¿Quién limó la barra de la tronera?

—Ellos.

—¿Quiénes?

—Los *thugs*.

—¿Qué dices?

—Sí, todo lo tenían preparado para que pudiera evadirse.

—No lo comprendo. Es imposible que los *thugs* hayan venido aquí.

—Pues bien, han venido, los he visto yo con mis propios ojos y por poco no me matan como a ese pobre cipayo.

—¿Han matado a uno?

—Sí, al que debía relevarme de la guardia.

—Explícate, Saranguy.

—El sol se había ocultado—dijo Tremal-Naik;—yo me hallaba ante el prisionero, que no separaba sus ojos de los míos. Pasaron tres horas sin que hiciésemos el menor movimento; de pronto sentí que mis párpados se cerraban, y un sopor, una somnolencia irresistible se apoderó de mí. Negapatuan sofría los mismos síntomas y deliraba de tal modo, que daba miedo; luché un rato, pero por fin, sin saber cómo, caí y me dormí; cuando abrí los ojos me hallé ligado y amordazado y la barra de la tronera yacía en el suelo. Dos *thugs* estaban estrangulando al pobre cipayo. Traté de luchar, de gritar, pero todo fué en vano. Los *thugs*, realizado el asesinato, se metieron por la tronera y desaparecieron.

—¿Y Negapatuan?

—Había huído antes que ellos.

—¿Y no sabes la causa de tu sueño?

—No.

—¿No viste nada en la cueva?

—Nada.

—Te han debido adormecer con flores que exhalan un potente narcótico.

—Así debe de ser.

—Volveremos a cogerle, no temas; he lanzado los hombres más valientes tras sus huellas.

—También yo soy capaz de hallar su rastro.

—Lo sé, y harás bien en ir en su busca. Es forzoso volverle a atrapar a cualquier precio, o por lo menos apoderarse de otro *thug*.

—De eso me encargo yo.

Bhârata había soltado sus ligaduras; subieron y llegaron al *bengalow*.

—¿Qué camino ha tomado?—preguntó Tremal-Naik, que se había armado de un fusil.

—Se ha internado en la *jungla*. Camina por ese sendero y hallarás sus huellas; pero ve de prisa, porque el bribón debe hallarse lejos.

Tremal-Naik se echó la carabina al hombro y partió corriendo hacia la *jungla*. Bhârata le siguió con la mirada hondamente preocupado.

—¿Y si fuese cierto?—se preguntó.

Una rápida contracción descompuso su rostro, y gritó:

—¡Nysa, Nysa!

Un indio que se hallaba cerca de la tronera examinando el rastro del fugitivo, acudió.

—Aquí estoy, sargento.

—¿Has examinado bien las huellas?

—Sí.

—Y bien, ¿cuántos hombres han huído?

—Uno solo.

Bhârata hizo un gesto de sorpresa.

—¿Estás seguro de no haberte engañado?

—Segurísimo. Negapatuan ha salido solo.

—Está bien. ¿Ves aquel hombre que corre hacia la *jungla*?

—Sí, es Saranguy.

—Síguelo; es preciso saber a dónde va.

—Confía en mí—respondió el indio.

Esperó que Tremal-Naik hubiese desaparecido tras los

árboles y partió con la rapidez de un ciervo tratando de ocultarse tras los macizos de bambúes.

Bhârata, satisfecho, volvió a la factoría y fué en busca del capitán, que se paseaba por la terraza desahogando su cólera con sordas imprecaciones.

—¿Qué hay?—preguntó al ver al sargento.

—Nos han hecho traición.

—¡Traición!... ¿Quién?

—Saranguy.

—¡El hombre que me salvó la vida!... ¡es imposible!

—Tengo pruebas.

—Habla.

Bhârata le informó en pocas palabras de cuanto había acaecido y lo que había visto. El capitán Macpherson iba de sorpresa en sorpresa.

—¡Saranguy traidor!—exclamó.—¿Pero por qué no huyó con Negapatuan?

—No lo sé; pero lo averiguaremos en breve; Nysa traerá al bribón.

—Si es esto cierto, lo hago fusilar.

—No haréis tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque es forzoso hacerle hablar. Ese hombre sabrá lo mismo que Negapatuan.

—Tienes razón.

El capitán se puso a mirar hacia la *jungla* y Bhârata hacia el río. Pasaron tres largas horas; nadie volvía ni se escuchaba ninguna detonación. El capitán, impacientado, iba a bajar de la terraza para internarse en la *jungla*, cuando Bhârata lanzó un grito de triunfo.

—¿Qué pasa?

—Mirad allí, capitán.

—Uno de los nuestros vuelve corriendo.

—Es Nysa.

—Pero solo. Saranguy ha debido huir.

—No lo creo, no volvería Nysa.

El ndo corríaii con la velocidad de una flecha, mirando con frecuencia hacia atrás, cual si temiera que le siguiesen.

—¡Nysa!—gritó Bhârata.

—Apresútare—dijo el capitán, que estaba impaciente.

El indio llegó anhelante a la terraza; sus ojos brillaban de alegría.

—¿Qué hay?—preguntaron a un tiempo, corriendo hacia él.

—Todo está descubierto; ¡Saranguy es un *thug*!

—¡Ah! ¿no te engañas?—preguntó el capitán con voz alterada.

—No, tengo las pruebas.

—Habla, Nysa, quiero saberlo todo. Ese miserable me las pagará, lo mismo que Negapatuan.

—He seguido sus huellas hasta la *jungla*—dijo Nysa;—allí le perdí de vista; pero no tardé en hallarle cien metros delante de mí. Apresuré el paso, y en breve le alcancé; caminaba rápidamente, pero con precaución, volviéndose frecuentemente hacia atrás y acercando el oído al suelo. Veinte minutos después le oí lanzar un grito y vi salir del follaje un indio; era un *thug*, un verdadero estrangulador, con el tatuaje en el pecho y arrollado el lazo a la cintura. No pude escuchar el diálogo que tuvieron, pero Saranguy, antes de separarse, dijo más fuerte: «Advierte a Kongli que vuelvo al *bengalow* y que dentro de pocos días tendrá la cabeza que desea». Se separaron, tomando dos caminos diversos. Yo sabía ya bastante y regresé; Saranguy no debe tardar.

—¿No os lo decía yo, capitán?—preguntó Bhârata.

Macpherson no respondió. Con los brazos cruzados con

vulsivamente sobre el pecho, la faz ensombrecida y la mirada centelleante, estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Quién es ese Kongli?—preguntó al cabo de un rato.

—Lo ignoro—contestó Nysa.

—Sin duda un capitán de los *thugs*—dijo Bhârata.

—¿De qué cabeza hablaba el miserable?

—No lo sé, capitán, pues no dijo más que eso.

—¿Aludiría a una de las nuestras?

—Es probable—dijo el sargento.

El capitán se ensimismó.

—Tengo un extraño presentimiento, Bhârata—murmuró,—ese hombre hablaba de mi cabeza.

—Pues nosotros, en cambio, enviaremos la suya a ese señor Kongli...

—Eso creo; pero, ¿qué haremos con Saranguy?

—Es preciso que hable.

—¿Y cómo?

—Con el fuego se alcanza todo.

—No siempre.

—¿Se trata de que hable, capitán?—preguntó Nysa,—de eso me encargo yo.

—¿Tú?...

—Bastará hacerle beber una limonada.

—Una limonada, ¿estás loco?

—¡No!—exclamó Bhârata,—Nysa no está loco; yo también he oído hablar de una limonada que desata la lengua.

—Es cierto—dijo Nysa,—con algunas gotas de limón mezcladas con el jugo de la youma y un poquito de opio, se hace hablar a cualquier persona.

—Ve a prepararla—dijo el capitán;—si no mientes, te regalo veinte rupias.

El indio no se lo hizo decir dos veces, y pocos momentos después volvía con tres grandes tazas de limonada coloca-

das sobre un lindísimo plato de porcelana chinesca; una de ellas contenía opio y el jugo de la youma.

En aquel momento Tremal-Naik apareció a la salida de la *jungla*, seguido de tres o cuatro de los soldados que buscaban las huellas de los *thugs*. Por su aspecto, comprendió el capitán que Negapatuan no había sido descubierto.

—No importa—murmuró,—aranguSy hablará. Estemos en guardia, Bhârata, para que el miserable no sospeche nada y tú, Nysa, haz poner a escape barras a la tronera de la bodega: la utilizaremos dentro de poco.

Tremal-Naik llegaba al *bengalow*.

—¡Eh, Saranguy!—gritó Bhârata inclinándose sobre el parapeto,—¿qué hay? ¿has descubierto al bribón?

Tremal-Naik dejó caer sus brazos con desaliento.

—Nada he hallado, sargento—dijo,—hemos perdido las huellas.

—Sube con nosotros y cuéntanoslo con detalles.

Tremal-Naik, que nada sospechaba, no se hizo repetir la invitación, y se presentó al capitán Macpherson, que se había sentado cerca de una mesita en que se hallaban las tazas de limonada.

—Y bien, mi bravo cazador—preguntó con afable sonrisa,—¿el miserable no aparece?

—No, capitán, y le hemos buscado por doquiera.

—¿Habéis descubierto sus huellas?

—Sí, y las hemos seguido durante largo rato; pero después no hemos podido hallarlas de nuevo. Parece que el maldito Negapatuan ha atravesado la floresta de árbol en árbol para no dejar huellas.

—¿Queda alguien en el bosque?

—Sí, cuatro cipayos.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Hasta la opuesta extremidad.

—Debes estar cansado; bebe esta limonada, que te sentará bien.

Y diciendo esto, le alargó la taza, que Tremal-Naik vació de un sorbo.

—Oye, Saranguy—insistió el capitán,—¿crees que estarán los *thugs* en la floresta?

—No—respondió el aludido.

—¿Conoces tú a algunos de esos hombres?

—¡Conocerlos yo!...—exclamó Tremal-Naik.

—¿Y por qué no? Tú has vivido mucho tiempo en los bosques.

—No es cierto.

—Pues me habían dicho que te han visto hablar con un indio sospechoso.

Tremal-Naik le miró sin responder; sus ojos resplandecían como dos ascuas; su rostro parecía más cetrino que de ordinario; sus facciones parecían alteradas.

—¿Qué contestas?—preguntó el capitán con acento ligeramente burlón.

—¡Los *thugs*!—balbuceó el «cazador de serpientes», agitando locamente los brazos y lanzando una carcajada;—¡hablar yo con un *thug*!

—Atención—murmuró Bhârata al oído del capitán,—la limonada va surtiendo efecto.

—Vamos, habla—insistió Macpherson.

—Ya recuerdo. He hablado con un *thug* en la floresta. ¡Ah!... ¡ah!... ¡y creían que iba en busca de Negapatuan! ¡Qué necios! ¡Perseguir a Negapatuan!... ¡Yo que he trabajado tanto para que huyese!...

Tremal-Naik, presa de una alegría febril e irresistible, reía como un imbécil, sin comprender lo que hablaba.

—Adelante, capitán—prosiguió Bhârata,—vamos a saberlo todo.

—El miserable se ha perdido—dijo el capitán.

—Calma, ya que está en hablar, aprovechemos la ocasión.

—Es cierto. ¡Hola, Saranguy!...

—¿Saranguy?—interrumpió bruscamente el pobre beodo, riendo.—No soy Saranguy... ¡qué imbécil eres, amigo mío, creyendo que me llamo así! Soy Tremal-Naik... Tremal-Naik, el de la *jungla negra*, el cazador de serpientes. ¿No has estado nunca en la *jungla negra*? Peor para ti: no has visto nada hermoso. ¡Oh, qué necio... qué necio eres!

—Sí, lo soy—dijo el capitán dominándose con gran esfuerzo,—¿tú eres Tremal-Naik? ¿Y por qué has cambiado de nombre?

—Para alejar toda sospecha. ¿No sabes que deseaba entrar a tu servicio?

¿Y por qué?

—Los *thugs* así lo exigían. Me han perdonado la vida y me entregarán a la «virgen de la pagoda»... ¿la conoces?... ¿no? peor para ti... es hermosa, muy hermosa... haría enloquecer a Brahama, a Siva y hasta a Visnú.

—¿Dónde se halla?

—Lejos de aquí, muy lejos.

—¿Pero dónde?

—No te lo digo; podrías robármela.

—¿Quién la tiene?

—Los *thugs* me la darán por esposa... Soy fuerte, valiente; haré cuanto quieran por conseguirla; ya he libertado a Negapatuan.

—¿Tienes otra misión que cumplir?

—¡Ah!... ¡ah!... debo... ¿comprendes?... llevar una cabeza... me hace reir como un loco...

—¿Por qué?—preguntó Macpherson sorprendido.

—Porque la cabeza que debo segar... es la tuya...

—¿La mía?—exclamó el capitán poniéndose en pie de un salto.—¡Mi cabeza!

—Sí... sí...

—¿A quién tienes que entregarla?

—A Suyodhana.

—¿Quién es?

—¡Cómo!... ¿No le conoces? Es el jefe de los *thugs*

—¿Sabes dónde tiene su guarida?

—Sí que lo sé.

—¿Dónde?

—Habla—rugió el capitán sujetándole furioso por las manos.

—¿Tan curioso eres?

—Sí, tengo que saberlo.

—¿Y si no quisiera decirlo?

El capitán, presa de tremenda exaltación, le asió por la cintura y le levantó en alto.

—Abajo está el río—indicó,—si no contestas, te arrojo a él.

—¿Quieres burlarte?

—Sí, quiero burlarme; dime dónde está Suyodhana.

—¡Qué necio eres! ¿Dónde quieres que esté si no es en Raimangal?

—Repítelo, repítelo.

—En Raimangal he dicho.

Macpherson lanzó un grito y cayó sobre una silla murmurando:

—¡Ada!... ¡oh mi Ada!... por fin te salvaré.

CAPITULO VII

LAS FLORES QUE ADORMECEN

Cuando Tremal-Naik volvió en sí, se halló encerrado en un subterráneo iluminado por una estrecha abertura, defendida por gruesos barrotes. Estaba fuertemente ligado a dos argollas de hierro fijas en una especie de columna. Al principio creyó que soñaba; pero bien pronto se convenció de que se hallaba realmente prisionero. Un vago temor se apoderó de aquel hombre, que había dado tantas pruebas de valor sobrehumano. Procuró aclarar sus ideas, pero en su cerebro reinaba una confusión que no era posible desvanecer. Recordaba vagamente a Negapatuan, su fuga, la limonada que había bebido y después... nada más.

—¿Quién me habrá traicionado?—se preguntaba estremeciéndose.—¿Qué irán a hacer conmigo? ¿En qué consiste esta niebla que me ofusca el cerebro? ¿Me habrán embriagado con alguna pócima desconocida?

Hizo un esfuerzo para levantarse, pero cayó nuevamente al oir abrirse una puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Yo, Bhârata—respondió el sargento, adelantándose.

—¡Por fin!—exclamó Tremal-Naik.—¿Me explicarás por qué me hallo prisionero?

—Porque sabemos que eres un *thug*.

—¡Yo!

—Sí, Saranguy.

—Mientes.

—Lo has confesado todo.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—Imposible, Bhârata.

—No; te hemos dado a beber «youma» y has hablado.

Tremal-Naik le miró con espanto, recordando la limonada que el capitán le había hecho beber.

—¡Miserables!—exclamó con desesperación.

—¿Quieres salvarte?—preguntó Bhârata.

—Habla.

—Confiésalo todo y tal vez el capitán te perdonaría la vida.

—No puedo. Matarían a la mujer que amo.

—¿Quién?

—Los *thugs*.

—¿Qué dices? Habla...

—Es imposible—repuso Tremal-Naik con acento salvaje.—¡Malditos sean!

—Escúchame, Saranguy. Sabemos que los *thugs* tienen guarida en Raimangal, pero ignoramos cuántos son y cómo viven. Si lo revelas, podrás salvarte.

—¿Qué haréis de los *thugs*?—preguntó Tremal-Naik.

—Los fusilaremos a todos.

—¿También si entre ellos hay mujeres?

—Antes que a nadie.

—¿Por qué?

—Son más terribles que los hombres. Rrepresentan a la diosa Kâli.

—Te engañas, Bhârata, te engañas.

—Tanto peor.

Tremal-Naik se oprimió la frente con las manos; sus ojos vagaban apagados; su rostro parecía ceniciento y su pecho se agitaba impetuosamente.

—Si concediéseis la vida a una de aquellas mujeres... tal vez hablaría...

—Es imposible.... porque costaría torrentes de sangre. Los ahogaremos a todos, como a bestias feroces, en sus subterráneos.

—Pero, ¿y mi prometida?—exclamó Tremal-Naik con desesperación.—¿Quieres, tigre, hacerla morir? ¡Matadme... atormentadme!... entregadme a las autoridades inglesas, haced de mí cuanto queráis... pero no hablaré. Los *thugs* son numerosos y potentes, se defenderán, salvarán tal vez a la que tanto amo.

—Una pregunta, ¿quién es esa mujer?

—No puedo decirlo.

—Saranguy — dijo con voz alterada, — ¿quieres decirme quién es?

—Nunca.

—¿Es blanca o bronceada?

—No te lo diré.

—Será una fanática como las demás.

Tremal-Naik no respondió.

—Está bien—replicó el sargento,—dentro de tres o cuatro días te conduciremos a Calcuta.

Una viva emoción contrajo las facciones del prisionero, el cual miró a Bhârata, que salía.

Es forzoso huir, o todo está perdido—se dijo contemplando la estrecha abertura.

El día transcurrió sin que nada nuevo acaeciese. Al anochecer llevaron al prisionero una gran escudilla de *carri* (1) y una copa de *tody* (2).

Apenas el sol se ocultó tras la floresta y la obscuridad fué absoluta, Tremal-Naik respiró. Permaneció inmóvil durante tres horas, temiendo que alguien penetrase de improviso; después comenzó alegremente a tantear la evasión.

Son famosos los indios por el modo de atar a las personas; se necesita gran práctica para deshacer los complicadísimos nudos. Por fortuna, Tremal-Naik poseía una fuerza prodigiosa y unos dientes soberbios.

Con una sacudida, rompió una cuerda que le impedía inclinar la cabeza; después, pacientemente, despreciando el dolor, aproximó una de sus manos a la boca y con los dientes fué cortando y serrando; libre una mano, el desembarazarse de las demás ligaduras fué cuestión de un momento. Estiró sus miembros doloridos y se acercó a la hendidura. Ningún rumor se escuchaba, ni ninguna persona se descubría en los contornos. El prisionero asió una de las barras y la sacudió furiosamente; pero no pudo romperla.

—La fuga por aquí es imposible—murmuró.

Miró en torno suyo, buscando cualquier objeto que pudiera ayudarle a arrancar los barrotes; pero no halló ninguno.

—Estoy perdido—murmuró con espanto.—No quiero morir ahora que la felicidad se aproxima.

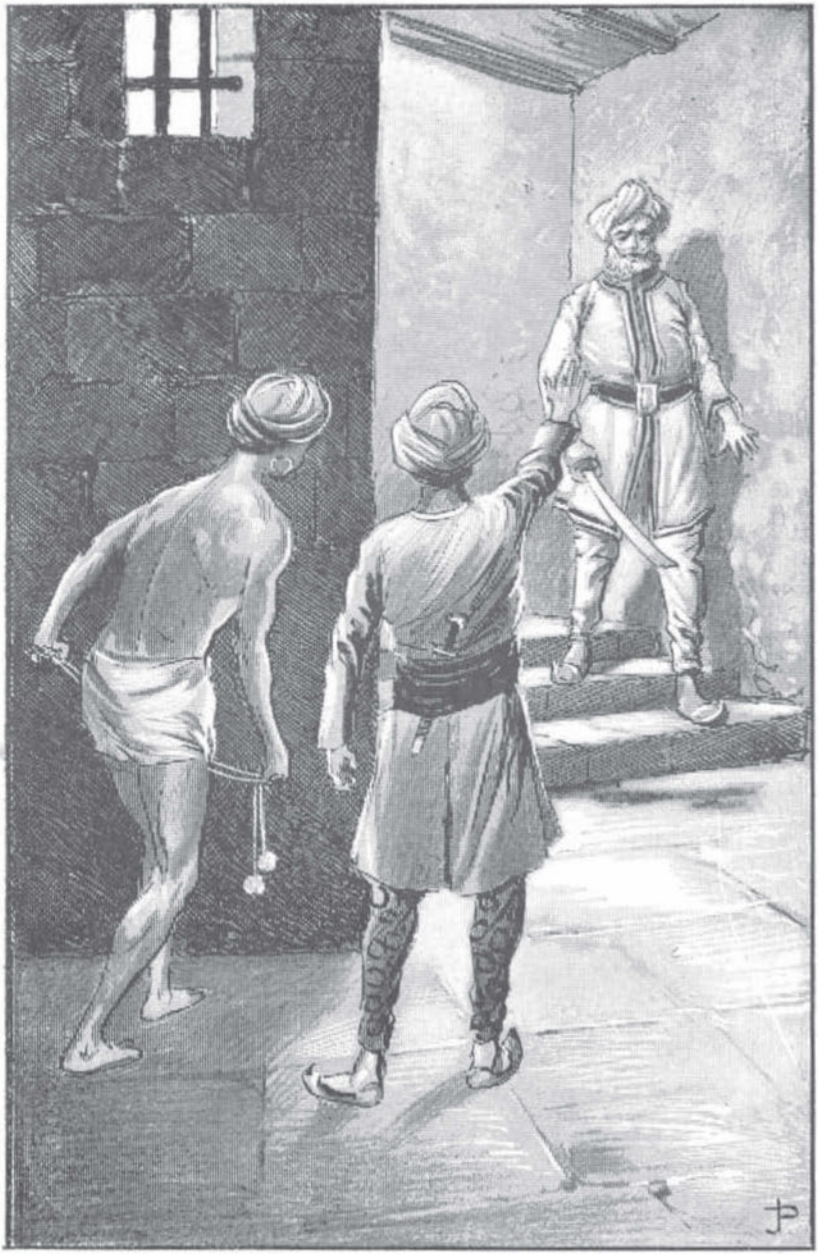
Se acercó a la puerta, pero se detuvo de pronto: un sordo maullido procedente del exterior se escuchaba cerca de allí.

---

(1) Plato favorito de los indios, compuesto de arroz con carne o pescado, condimentado con hierbas y otros ingredientes.

(2) Especie de vino que se extrae de un árbol.

Biblioteca Nacional de España



—Baja—respondió Trenal-Naik. (PÁG. 224)

BIBLIOTECA NACIONAL

Volvió la cabeza hacia la claraboya y la vió cubierta por una masa obscura, en medio de la cual brillaban dos puntos luminosos. Una esperanza le alentó.

—¡Darma!... ¡Darma!—murmuró con voz temblorosa.

El tigre lanzó un aullido, sacudiendo las barras. El prisionero se aproximó a la hendidura y sujetó las zarpas de la fiera.

—¡Me he salvado!—exclamó.—Valiente Darma, ya sabía que vendrías a buscar a tu dueño. Ya no me preocupan ni el capitán ni su gente.

Separóse de la hundidura y corrió a un ángulo, donde había visto un trozo de papel. Se mordió un dedo para que brotase la sangre, y con una astilla de madera escribió rápidamente los siguientes renglones: «Me han traicionado y estoy preso donde Negapatuan. Socorredme prontamente, o todo se ha perdido.—Tremal-Naik».

Arrolló el papel, volvió a la claraboya y ató la carta con una cuerda al cuello del tigre.

—Corre, Darma, corre al lado de los *thugs*—dijo,—tu amo corre un peligro espantoso.

La fiera sacudió la cabeza y partió con la rapidez del rayo.

—Ellos me darán medios para evadirme.

Transcurrió una hora. Tremal-Naik, asido convulsivamente a las barras, esperaba ansiosamente el regreso del tigre, asaltado por mil inquietudes.

Al poco rato le vió acercarse a saltos gigantescos.

—¿Si le descubrirán?—murmuró temblando.

Afortunadamente, Darma llegó hasta la abertura sin ser visto por los centinelas. Llevaba al cuello un grueso envoltorio que Tremal-Naik pudo a duras penas introducir entre las barras. Lo abrió; contenía una carta, un revólver, mu-

niciones, un puñal, un lazo y dos ramas de flores herméticamente cerradas en dos vasos de vidrio.

—¿Qué significan estas flores?—se preguntó con sorpresa.

Abrió la carta, la colocó bajo la claridad de la luna que penetraba por la claraboya y leyó: «Estamos rodeados por varias compañías de cipayos; pero uno de los nuestros sigue a Darma. Nos amenazan grandes peligros y tu evasión es forzosa. Van con las armas dos ramos de flores; las blancas adormecen; las rojas combaten el efecto de las blancas. Adormece a los centinelas y ten preparadas las flores rojas. Una vez en libertad, asalta la habitación del capitán y cercena su cabeza. Nagar advertirá su presencia con el silbido de costumbre y te prestará ayuda. Apresúrate.—Kongli.»

Cualquier otro se hubiese horrorizado al leer aquella carta, pero no Tremal-Naik, que en aquel instante supremo se sentía capaz de asaltar la casa, aun sin la ayuda del *thug*.

—El amor me dará fuerza y audacia para realizar el milagro—se dijo.

Ocultó las armas y las municiones bajo un montón de tierra y tornó a la abertura.

—Vete, Darma—ordenó,—corres un gran peligro.

El tigre se alejó, pero aún no había dado veinte pasos, cuando uno de los centinelas gritó:

—¡El tigre!... ¡el tigre!...

Escuchóse una detonación.

Después resonó otro disparo, pero el valiente animal había redoblado la carrera y se perdió de vista.

Se oyó un rumor de pasos precipitados y algunos hombres se detuvieron junto a la hendidura.

—¡Eh!—prorrumpió una voz, en la que Tremal-Naik reconoció la de Bhârata.—¿Dónde está el tigre?

—Se ha escapado—respondió el centinela.

—¿Dónde estaba?

—Cerca de la abertura.

—Apostaría cien rupias contra una a que es de Saranguy. Pronto, dos hombres a la cueva, o el bribón se nos escapa.

Tremal-Naik lo había escuchado todo. Cogió y rompió los dos vasos, arrojó las flores blancas en el ángulo más obscuro, ocultó las rojas en el pecho y se tiró en el suelo, colocándose encima las cuerdas y apretándolas lo mejor que pudo.

¡Ya era hora! Dos cipayos, armados y provistos de una tea penetraron en el subterráneo.

—¡Ah!—exclamó uno,—¿estás ahí, Saranguy?

—Calla, que deseo dormir—dijo Tremal-Naik, fingiendo mal humor.

—Puedes dormir con toda tranquilidad, porque nosotros velaremos.

Tremal-Naik cerró los ojos.

Los dos cipayos, después de colocar la antorcha en una hendidura de la pared, se sentaron en el suelo con las carabinas sobre las rodillas.

Habían transcurrido algunos minutos cuando Tremal-Naik advirtió un penetrante perfume que turbaba su cabeza, a pesar de las flores rojas que emanaban otro no menos singular.

Miró a los cipayos, que bostezaban de tal modo, que era de temer se les rompieran las quijadas.

—¿Notas algo?—preguntó el más joven.

—Sí—respondió su camarada,—me parece estar...

—¿Ebrio... quieres decir?

—Eso mismo. Siento un impulso irresistible de cerrar los ojos.

—¿En qué consistirá?

—No lo sé.

—¿Habrá algún manzanillo cerca?

—No le he visto en el parque.

La conversación terminó con estas palabras.

Tremal-Naik, que estaba atento, vió que poco a poco cerraban los ojos; lucharon por algunos minutos y después cayeron al suelo roncando ruidosamente.

Era el instante decisivo. Tremal-Naik tiró las cuerdas y se irguió.

—¡La libertad!—murmuró.

Cogió las armas; ató sólidamente a los dormidos y se lanzó hacia la escalera.

CAPITULO VIII

LA REVELACIÓN DEL SARGENTO

Ningún centinela velaba en las gradas. Tremal-Naik, aún tembloroso y emocionado, pero decidido a todo por conquistar la libertad, llegó a una estancia obscura y desierta. Se detuvo un momento escuchando, armó el revólver y poco a poco, empujó la puerta, mirando con precaución.

—¡Nadie!—murmuró.

Abró otra segunda puerta, caminó por un corredor largo y obscuro y penetró en otra habitación; era vastísima; una luz brillaba en el fondo, esparciendo débil claridad sobre unos cuantos lechos en los que roncaban sonoramente otros tantos hombres.

—¡Los cipayos!—murmuró Tremal-Naik deteniéndose.

Iba a volverse hacia atrás, cuando escuchó unos pasos y un tintineo que parecían de espuelas. Tremal-Naik oprimió la pistola.

—¡Si fuese el capitán!—exclamó.

Volvió al corredor; en el fondo descubrió una forma ape-

nas perceptible que se esfumaba, y escuchó el ruido de las espuelas. Subió una grada y vió un segundo corredor; el hombre que le precedía se detuvo, oyó girar una llave, abrir una puerta y desaparecer. Alargó el paso y se detuvo ante la misma puerta, que había quedado sin cerrar. Una lámpara iluminaba malamente la habitación; sentado ante una mesa había un hombre que no pudo distinguir bien, aunque sospechó que sería el capitán, y sin saber por qué, se vió asaltado por cruel inquietud, cual si hubiese recibido una puñalada en el corazón.

—Es extraño—pensó,—¿tendré yo miedo?

Empujó suavemente la puerta, que se abrió sin ruido, y entró cautelosamente como un tigre, dirigiéndose hacia la mesa. Aunque sus pisadas no resonaban casi, aquel hombre las advirtió y se puso bruscamente de pie.

—¡Bhârata!—exclamó Tremal-Naik; y apuntándole con la pistola, añadió:—Ni un grito, ni un paso más, o te mato.

El indio, al verse frente al prisionero, había hecho un movimiento para apoderarse de sus pistolas, que se hallaban en una silla; pero ante aquel tono amenazador, que no admitía réplica, se había detenido, rechinando los dientes como una pantera cogida a lazo.

—¡Saranguy!—profirió arañando con las uñas la mesa.

—No soy Saranguy, sino Tremal-Naik, el «cazador de serpientes» de la *jungla negra*—respondió el indio, sin dejar de apuntarle.

Bhârata le miró, más bien sorprendido que asustado.

—¿Pero cómo te hallas aquí?—le preguntó.

—Eso es mi secreto; no se aprisiona a un *thug*.

—¿De modo que no me había engañado?

—Ya lo ves.

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

—Voy a matarte.

—¡Ah!—exclamó con ira,—vienes a asesinarme.

—Tal vez.

—¿Hay algún medio de salvar mi vida?

—Sí.

—Habla.

—Siéntate y charlemos.

Bhârata obedeció. Tremal-Naik se apoderó de todas las armas, cerró con llave la puerta y sentándose frente al sargento, le dijo:

—Te advierto que el primer grito que dés, te cuesta la vida; tengo seis tiros disponibles para mandarte con Brahama o Visnú.

—Habla—repitió el sargento, que iba recobrando su sangre fría.

—Tengo que cumplir una misión terrible.

—No te comprendo.

—He jurado a los *thugs* que mataría al capitán Macpherson.

Tremal-Naik miró a Bhârata para observar qué impresión le causaban aquellas palabras; pero el rostro del indio permaneció impasible.

—¿Has comprendido?—le preguntó.

—Perfectamente.

—¿Y bien?

—Prosigue.

—Es forzoso que lleve la cabeza del capitán.

El sargento lanzó una carcajada.

—¡Qué loco eres! ¿no sabes que el capitán no está aquí?

Tremal-Naik se puso en pie.

—¡El capitán no está ya aquí!—exclamó con desesperación, añadiendo:—¿A dónde ha ido?

—No te lo diré.

—¿Però no te he dicho que he jurado llevar a los *thugs* su cabeza?

—No lo hagas.

—No, Bhârata, es forzoso que cumpla mi misión. ¿Dónde se halla tu jefe?... quiero saberlo, aunque tenga que rebuscar toda la India, desde el Himalaya hasta el Cabo Comorín.

—No seré yo quien te lo diga.

—¡Ah!...—exclamó Tremal-Naik,—¡tú lo sabes!

—Sí.

Tremal-Naik levantó la pistola, mirándole de frente.

—Bhârata—le dijo con voz ronca,—¡habla!

—Puedes amenazarme; pero de mi boca no saldrá una sola palabra. ¡Soy cipayo!

—Mira, Bhârata, que de la tumba no se vuelve.

—Mátame si quieres.

—¿Es tu última decisión?

—La última.

Tremal-Naik había extendido el brazo: ya el cañón de la pistola se hallaba a corta distancia del sargento, e iba a soltar el gatillo, cuando se escuchó por tres veces un silbido.

—¡Nagor!—exclamó Tremal-Naik, que había reconocido la señal del *thug*.

Se guardó la pistola, sujetó a Bhârata, tapándole con una mano la boca y le arrojó al suelo.

—No te muevas, o te mato.

Le ató sólidamente con una cuerda, le amordazó y después corrió a la ventana, donde contestó con otros tres silbidos diferentes.

Detrás de unas matas se divisó una forma humana que corrió hacia el *bengalow* y que se detuvo bajo la ventana, alzando la cabeza.

—¡Nagor!—susurró Tremal-Naik.

—¿Quién eres?—preguntó el aludido, tras unos instantes de duda.

—Tremal-Naik.

—¿Subo?

El «cazador de serpientes» miró a derecha e izquierda con suma atención y dijo después:

—Sube.

El *thug* arrojó el lazo, que se enredó en la ventana y en un momento ascendió. Era un hombre como de unos veinte años, alto, delgado y dotado de extraordinaria agilidad. Se hallaba casi desnudo, recientemente untado con aceite de coco, y ostentaba el tatuaje y las armas de los sectarios de Kâli.

—¿Estás libre?—preguntó.

—Ya lo ves.

—¿Y los cipayos?

—Duermen.

—¿El capitán?

—Ese indio me ha dicho que se ha ido.

—¿Ha sospechado algo?—preguntó el *thug* con ira.

—No lo creo.

—Es preciso saber a dónde ha ido. El «hijo de las sagradas aguas del Ganges» quiere su cabeza.

—Pero el sargento no habla.

—Ya verás cómo sí.

—Pero ahora que pienso, estos hombres me dieron una bebida que me embriagó y me hizo hablar.

—¿Alguna limonada?—preguntó el *thug* sonriendo.

—Sí.

—Se la haremos beber al sargento.

Miró a Bhârata, que esperaba pacientemente su sentencia, cogió un vaso lleno de agua y preparó la misma limonada que Macpherson había dado a beber a Tremal-Naik.

—Bebe—dijo al sargento, después de quitarle la mordaza.

—¡Pero...!—indicó Bhârata, que adivinaba lo que querían hacer.

El *thug* le oprimió la nariz entre los dedos con gran fuerza. El sargento, por no morir asfixiado, abrió los labios, y en aquel momento le echaron la limonada en la boca.

—Ahora lo sabrás todo—dijo Nagor a Tremal-Naik.

—¿Tienes miedo a los cipayos?—le preguntó el cazador de serpientes.

—¡Yo!—exclamó el *thug* riendo.

—Pues ponte detrás de la puerta y haz fuego sobre el primero que intente subir la escalera.

—Cuenta conmigo, nadie interrumpirá tu interrogatorio.

El *thug* cogió un par de pistolas, vió si estaban cargadas y salió, poniéndose de centinela detrás de la puerta.

El sargento comenzaba a reir y a hablar sin detenerse un momento.

Tremal-Naik, que escuchaba absorto aquel torrente de palabras, oyó el nombre de Macpherson.

—¡Bravo, sargento!—le dijo,—¿y dónde se halla el capitán?

Bhârata, al oir aquella voz, se detuvo, miró a Tremal-Naik con dos ojos que echaban chispas y preguntó:

—¿Quién me habla?... me parece haber oído la voz de un *thug*... ¡ah... ah!... pronto no existirán. El capitán lo ha dicho... y es un hombre de palabra, que no tiene miedo. Los asaltará en sus guaridas... los destruirá a fuerza de bombas... será hermoso verlos huir con el agua en los talones... ¡ah... ah!...

—¿Irás tú a verlo?—indicó Tremal-Naik, que no perdía sílaba.

—Sí, y también tú... ¡Ah, qué hermoso espectáculo!...

—¿Y sabes dónde se ocultan?

—Sí, lo ha dicho Saranguy.

—¡Ah miserables!—exclamó el cazador,—pero también yo lo sabré todo.

—Bebio la limonada y nos lo contó todo—repitió el sargento.

—¿Estaba el capitán cuando habló Saranguy?

—Sí, pero partió a escape para sorprender a los *thugs*.

—¿Fué al Raimangal?

—¡No, no!—exclamó vivamente el sargento,—son muchos y es menester muchos hombres para aniquilarlos.

—¿Ha ido a Calcuta?

—Sí, al fuerte William... y embarcará mucha gente... y cañones... ¡ah... ah... qué hermoso espectáculo!

CAPITULO IX

SITIADOS

Aun no había terminado de hablar, cuando resonaron dos detonaciones, seguidas del alarido de un moribundo. Sin pensar en el riesgo que corría, se precipitó, gritando:

—¡Nagor, Nagor!

Nadie contestó a su llamamiento; el estrangulador que pocos momentos antes vigilaba ante la puerta, no estaba allí, ¿dónde se hallaba? ¿qué había acaecido?

Tremal-Naik, inquieto, pero resuelto a salvar a su compañero, se lanzó hacia la escalera. Un hombre, un cipayo, se retorcía con las últimas convulsiones, en el centro del corredor.

—¡Nagor!—repitióTremal-Naik.

Tres hombres aparecieron en el fondo, corriendo hacia la puerta de la otra habitación, y casi al mismo tiempo se escuchó la voz del *thug*, que gritaba:

—¡Socorro!

Tremal-Naik descendió precipitadamente la escalera y dis-

paró dos pistoletazos, y los tres indios huyeron.

—Nagor, ¿dónde estás?—preguntó el «cazador de serpientes».

—Aquí, en la habitación grande—respondió el *thug*;—derriba la puerta, me han encerrado.

Tremal-Naik, con potente empujón, descerrajó la puerta.

El estrangulador, contuso y ensangrentado, se precipitó fuera de su prisión.

—¿Qué has hecho?—preguntó Tremal-Naik.

—¡Huyamos, huyamos! nos persiguen.

Subieron precipitadamente la escalera y se encerraron en la habitación en que se hallaba el sargento. En el corredor resonaron dos o tres detonaciones.

—Saltemos por la ventana—indicó Nagor.

—Es demasiado tarde—dijo Tremal-Naik inclinándose hacia fuera.

Dos cipayos se habían apostado a doscientos metros del *bengalow*; viendo a los indios, hicieron fuego, pero las balas sólo alcanzaron a las esteras de cocotero.

—Estamos presos—dijo Tremal-Naik,—interceptemos la entrada.

La puerta era muy sólida y provista de buenos cerrojos; además, acumularon tras ella todos los muebles de la habitación.

—Carga tus pistolas—dijo Tremal-Naik a Nagor.—Dentro de poco nos asaltarán.

—Así lo creo.

—Los cipayos saben que sólo somos dos; ¿pero qué has hecho? ¿cómo ha pasado todo esto?

—He obedecido tus instrucciones—dijo el estrangulador;—viendo que avanzaban dos cipayos por el corredor, he disparado y uno rodó por tierra; el otro huyó a aquel cuarto

y le seguí; pero tropecé, y cuando pude levantarme, me hallé prisionero; si no es por ti, aún estaría encerrado.

—Has hecho mal en disparar tan pronto.

—¿Permaneceremos aquí?

—Sí, y en tanto Raimangal caerá en sus manos.

—¿Qué dices?

—Que Raimangal se halla en peligro.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El sargento.

—¿Dónde se halla?

—Ahí duerme.

—¿Y te aseguró que está amenazada nuestra isla? Será una broma tal vez.

—Te digo la verdad. Los ingleses han descubierto la guarida.

—¡Es imposible!

—El capitán Macpherson está en el fuerte William y prepara una expedición para asaltar el Raimangal.

—Pues entonces, ¡corremos un gran peligro!

—Ciertamente.

—Es forzoso alcanzar al capitán y matarlo.

—Lo sé.

—Ese es negocio tuyo.

—No lo ignoro.

—Si no le matas, «la virgen de la sagrada pagoda» no será tu esposa jamás.

—Calla, no la nombres—dijo Tremal-Naik con sorda voz.

—¿Qué vas a hacer?

—Salir de aquí e ir al fuerte William.

—Estamos sitiados.

—Ya lo veo.

—Entonces...

—Nos evadiremos.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Cómo?

—Eso es cuenta mía.

—¿Cuántos hombres hay en el *bengalow*?

—Diez y seis o diez y ocho, pero...

Sujetó una mano del *thug* y la oprimió con fuerza.

—¿Oyes?—preguntó señalándole la puerta.

—Sí—dijo el *thug*.—Alguien viene por el corredor.

—Son los cipayos.

—¿Intentarán un asalto?

Los pasos se acercaron y después golpearon la puerta.

—¿Quién vive?—preguntó Tremal-Naik.

—Kâli.

—Eres un cipayo; tenemos cien tiros que dispararte; si no te alejas, te matamos.

El pavimento del corredor resonó aún con más fuerza.

—Tienen miedo—dijo Tremal-Naik;—no intentarán nada contra nosotros.

—Pero nos tendrán prisioneros—respondió Nagor Inquieto.

—Esta noche nos evadiremos, ya te lo he dicho.

—¡Silencio!

Un disparo resonó fuera, seguido del grito:

—¡El tigre... el tigre!...

Tremal-Naik se lanzó hacia la ventana. Los dos cipayos que estaban ante unos arbustos, lanzaban gritos de espanto; ante ellos, a unos doscientos pasos, aullaba un gran tigre.

—¡Darma!—gritó Tremal-Naik.

El tigre dió un salto amenazando caer sobre los dos soldados.

—¡Huye, Darma!—ordenó el «cazador de serpientes», viendo que los otros cipayos corrían en ayuda de sus compañeros.

La inteligente fiera dudó, cual si comprendiese el peligro que corría su amo, y después se alejó con fulminante rapidez.

—¡Valiente animal!—dijo Nagor.

—Sí, valiente y fiel—añadió Tremal-Naik,—esta noche nos ayudará a huir.

Volvieron tras la barricada y esperaron pacientemente a que cerrase la noche. Varias veces, durante el día, los cipayos se acercaron a la puerta, tratando de forzarla; pero un pistoletazo bastaba para hacerlos huir.

Por fin, tras un breve crepúsculo, llegó la noche; la luna no debía salir hasta muy tarde. Hacia las once, Tremal-Naik se asomó a la ventana y descubrió confusamente a los dos cipayos. Buscó al tigre con los ojos, pero no le vió.

—¿Nos vamos?—preguntó Nagor.

—Sí.

—¿Por dónde?

—Por la ventana; se halla a cuatro metros de altura y el suelo no es muy duro.

—¿Y los cipayos?—preguntó;—apenas saltemos, nos asaltarán.

—Antes descargaremos sus armas.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

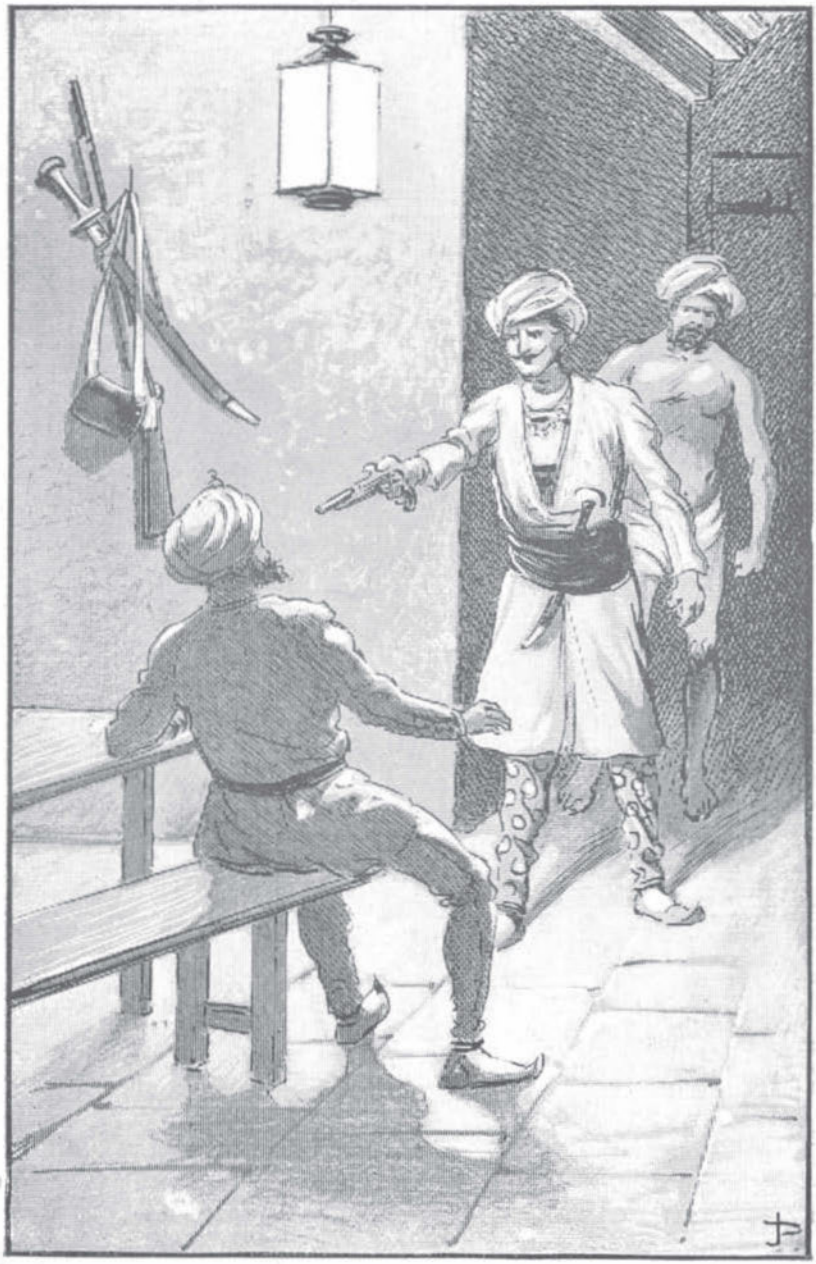
Tremal-Naik cogió las alfombras, las ropas del lecho, las almohadas y cuanto pudo hallar, y formó un muñeco del tamaño de un hombre.

—¿Estás preparado?—preguntó a Nagor.

—Cuando quieras, salto por la ventana. ¿Y el sargento?

—Duerme, y le dejaremos. Atención, los dos cipayos se hallan a cincuenta pasos de nosotros.

—Lo sé.



Tremal-Naik levantó la pistola, mirándole de frente. 248)

BIBLIOTECA NACIONAL

—Levanto este fantoche y le confundirán con nosotros, disparando las carabinas.

—Perfectamente.

—Entonces aprovechamos para saltar y escapar. ¿Lo comprendes?

—Eres valeroso y astuto—dijo Nagor;—con un hombre así, todo se puede conseguir; ¡qué lástima que no seas *thug*!

—Prepárate a saltar.

Cogió el lazo y colocó el muñeco en la ventana, moviéndole un poco; los dos cipayos dispararon sus carabinas, gritando:

—¡Alerta!...

Tremal-Naik y Nagor se precipitaron por la ventana con las pistolas en la mano. Cayeron, se levantaron rápidamente y huyeron cual dos saetas.

—Sígueme—dijo Tremal-Naik, redoblando la carrera.

Escucharon las voces de alarma de los soldados; después algunas detonaciones. Tremal-Naik entró como una bomba en una empalizada. Un caballo estaba tendido en tierra y de un puñetazo le hizo enderezarse.

—Monta detrás de mí—ordenó al *thug*.

Los dos fugitivos saltaron sobre el caballo, apretaron las rodillas, se asieron a las crines y lanzaron el corcel a través de la llanura.

—¿Dónde vamos?—preguntó Nagor.

—A buscar a Kongli—respondió Tremal-Naik, golpeando los flancos del caballo con la culata del revólver.

—Caeremos en poder de los cipayos.

—¿Habían sitiado a Kongli?

—Cuando le dejé, había soldados en el bosque.

—Iremos con precaución. Prepara las armas.

El caballo, hermoso animal, hendía el espacio saltando hondonadas y matas a pesar del doble peso. El *bengalow* había ya desaparecido entre las tinieblas, cuando entre un grupo de bambúes gritó una voz:

—¡Eh!... ¡Alto!...

Los fugitivos se volvieron y empuñaron las armas.

La luna, que entonces comenzaba a aparecer, les permitió divisar unos doce hombres, tendidos en tierra, dirigiendo sus carabinas hacia el caballo.

—¡Dispara!—gritó Nagor.

Resonaron varias detonaciones, a las que respondieron distintos pistoletazos. El caballo se encabritó, dió un relincho y cayó, arrastrando a los jinetes.

Los cipayos se lanzaron fuera de las matas, prorrumpiendo en gritos de alborozo, que se trocaron de improviso en alaridos de terror.

Una sombra gigantesca había surgido de un grupo de bambúes, lanzando un ronco aullido. El comandante de los cipayos fué derribado en tierra por el tigre.

—¡Darma!—gritó Tremal-Naik levantándose con presteza.

—¡El tigre... el tigre!...—vociferaron los cipayos, dispersándose en todas direcciones.

El inteligente animal se aproximó a su amo.

—¡Valiente Darma!—exclamó él acariciándole afectuosamente.—Nunca me abandonas...

—Aquí corremos riesgo. Los cipayos no tardarán en volver.

Los dos indios se lanzaron en medio del bosque, mirando en torno suyo, por temor de caer en alguna emboscada.

Tras media hora de precipitada carrera, llegaron a la guarida de los *thugs*.

Nagor permaneció fuera con el tigre; Tremal-Naik entró. Kongli, en tierra, se ocupaba en descifrar algunas cartas

en sanscrito. Apenas le vió, se puso en pie y salió a su encuentro.

—¡Libre!—exclamó, sin disimular su gozo y su sorpresa.

—Ya lo ves—manifestó Tremal-Naik.

—¿Y Nagor?

—Está fuera.

—¿Has dado muerte al capitán?

—Imposible; nos combaten, Kongli.

El *thug* dió un paso atrás.

—¡Combatirnos!... ¿qué quieres decir?

—Qué Macpherson está aún vivo.

—¡Vivo!

—No he podido matarle.

—Habla.

—Ha abandonado el *bengalow* sin que yo me enterase.

—¿A dónde ha ido?

—A Calcuta.

—¿Para qué?

Tremal-Naik no respondió.

—¡Habla!

—El capitán va a asaltar la guarida de los *thugs*; sabe que habitáis el Raimangal.

Kongli le miró aterrado.

—Pero... ¡deliras!—dijo.

—No.

—¿Pues quién nos ha traicionado?

—Yo.

—¡Tú!... ¡tú!...

El estrangulador se lanzó sobre Tremal-Naik, puñal en mano. El «cazador de serpientes» le sujetó con rapidez, y con tal fuerza, que los huesos crujieron.

—No hagas locuras, Kouli—prorrumpió con ira.

—Pues habla, condenado, habla. ¿Por qué nos has vendido? ¿No sabes que Ada está en nuestro poder? ¿No sabes que le espera la hoguera?

—Sí.

Tremal-Naik, al fin, dijo:

—Pues bien, os he traicionado involuntariamente. Me han dado a beber youma...

—¡Youma!...

—Sí.

—¿Y has hablado?

—¿Quién resiste al youma?

—Cuéntalo todo.

Tremal-Naik, en breves palabras, refirió cuanto le había acaecido en el *bengalow*.

—Te has portado bien—dijo Kongli,—pero tu misión no ha terminado aún.

—Lo sé—repuso Tremal-Naik suspirando.

—¿Por qué suspiras?

—¡Y tú me lo preguntas!... No he nacido yo para asesino. Es horrible y monstruoso lo que voy a intentar.

Kongli se encogió de hombros.

—¿No conoces el odio?—preguntó.

—Sí—respondió Tremal-Naik con acento salvaje.—¡Si supieses cuánto os aborrezco!...

—Calla, que tu prometida sigue en nuestras manos.

El infeliz inclinó la cabeza sobre el pecho y ahogó un sollozo.

—Volvamos al capitán—indicó el estrangulador.

—¿Qué debo hacer?

—Es preciso, ante todo, impedir que el maldito vaya al Raimangal. Si llega hasta allí, pierdes a tu Ada.

—¿Otra nueva condena?—preguntó Tremal-Naik con amargura.—Sois menos compasivos que los tigres.

—No es una condena. ¡Ay de nosotros si ese hombre desembarca en Raimangal!

—¿Cómo impedirlo?

Kongli no respondió; oprimía su cabeza entre las manos y meditaba.

—¿Has hallado algún medio?

—Creo que sí.

—Habla.

—El capitán irá embarcado al Raimangal.

—Es probable.

—En Calcuta y en el fuerte William tenemos afiliados, lo mismo que en el ejército inglés. Algunos ocupan una brillante posición.

—Y bien...

—Irás al fuerte William, y ayudado por los nuestros, te embarcarás en su misma nave.

—¡Yo!

—¿Tienes miedo?

—Tremal-Naik nunca ha temido; pero el capitán me reconocerá.

Una sonrisa entreabrió los labios de Kongli.

—Un indio puede transformarse en un malayo o en un birmano.

—Basta... ¿Cuándo he de partir?

—En seguida, o llegarás ya tarde.

—¿Está libre el camino hasta el río?

—Los cipayos que nos acechaban han sido cazados en el bosque.

Kongli aproximó los dedos a los labios, silbó y presentóse un *thug* inmediatamente.

—Seis hombres de buena voluntad y de valor comprobado, que se preparen a partir. ¿Está dispuesta la ballenera?

—Sí.

—Pues ve a cumplir mis órdenes.

Kongli se quitó de un dedo un anillo de oro de una forma extraña, con un pequeño escudo en que estaba grabada la misteriosa serpiente.

—Basta que lo muestres a uno de los afiliados, para que todos los *thugs* de Calcuta se pongan a tus órdenes.

Tremal-Naik se lo puso en un dedo de la mano derecha.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Que nosotros velamos por Ada.

—¿Y qué más?

—Que si nos traicionas morirá en la hoguera.

Tremal-Naik le miró torvamente.

—Adiós—le dijo con sequedad.

Salió y se acercó a Darma, que le miraba inquieto, cual si adivinase que su amo le iba a abandonar otra vez.

—¡Pobre amigo mío!—murmuró con voz triste.—Volveremos a vernos; no temas, Darma. Nagor te cuidará.

Volvió de nuevo la cabeza y se aproximó a los *thugs*.

—Guiadme hasta la barca—dispuso.

Los siete hombres se internaron en la floresta con los fusiles bajo el brazo.

A las dos de la mañana llegaban a la ribera. En una pequeña rada, bajo un grupo de bambúes, se divisaba una esbelta embarcación, una especie de ballenera.

Todo estaba dispuesto; sólo faltaba embarcarse.

—¿Se ve a algún hombre?—preguntó Tremal-Naik.

—Ninguno—respondieron los *thugs*.

—Pues a la barca.

Los siete hombres saltaron al navío y la dirigieron hacia el centro del río.

CAPITULO X

LA FRAGATA

El Hugly, cuyas aguas creen sagradas los pobladores de la alta India, que emprenden frecuentes y largas peregrinaciones para arrojar en ellas las cenizas de sus difuntos o para bañarse, es uno de los más importantes ríos de la gran península asiática. Su longitud no llega a cincuenta leguas, hallándose formado por la afluencia del Casinbazar y el Djellinghey, que son los dos brazos más accidentales del Ganges; pero el caudal de aguas es muy considerable y está engrosado por la derecha por el Darumoudah, el Roupnaram, el Timgarilly y el Hidicly.

En este brazo del Ganges reina una actiivdad extraordinaria, febril, comparable a la de los grandes ríos de la América Septentrional. Aprovechando la marea alta, que es muy ostensible; barcos procedentes de todos los puertos del globo le surcan, deteniéndose en Calcuta, Chandernagor o Ken Hugly, las tres ciudades más importantes de las riberas.

Goletas, barcas, briks, bergantines y «scalp», se hallan di-

seminados en su curso, sin citar las «pinasas», «poular», «banglemurpunky», «fylt'sciarra», «gangas» y otras embarcaciones más o menos grandes de origen indio, que se cuentan a millares y se cruzan en todas direcciones.

Sin embargo, en el momento que la ballenera comenzó a navegar, pocas barcas surcaban la corriente y casi todas procedían del sur; del norte descendían, por el contrario, montones de cadáveres que flotaban caprichosamente o que se detenían en las riberas, donde los acechaban los tigres y los chacales, siempre dispuestos a tomar parte en aquellos hediondos banquetes, que les ofrece la superstición india.

—Valor—dijo Tremal-Naik,—es preciso llegar al fuerte antes de que salga la expedición. Si llegamos tarde, perdéis el Raimangal.

—Confía en nosotros—respondió el que parecía el jefe de los *thugs*.—Llegaremos a tiempo.

—¿Qué distancia nos separa del fuerte?

—Menos de diez leguas.

—¿Cuándo crees que saldrá la expedición?

—Con la marea alta. Dentro de media hora comenzará a subir y correremos más que un «teamer».

Los *thugs*, fuertes y habituados desde la infancia a manejar el remo, hacían avanzar la embarcación rápidamente.

La ballenera no tardó en navegar velozmente, cortando apenas el agua, cuya corriente amenazaba detenerse por la próxima subida de la marea, que avanza con tal ímpetu, que no es raro observar en Calcuta un aumento de nivel en las aguas de más de cinco pies.

La noche era clarísima, iluminada por una radiante luna, y la brisa era grata y beneficiosa. Las riberas se vislumbraban como en plano día, y de cuando en cuando se divisaban las fieras propias de la región. El paisaje resultaba seductor; a veces se destacaban hermosos bosques de palmeras y

cocoteros de aspecto majestuoso, mangos de mil clases, algunos de los llamados *calames* que llegan a tener ciento cincuenta metros; ya eran campos floridos que a la luz de la luna resultaban fantásticos; ya plantaciones de añil, de azafrán, de sésamo, de jalapa, o inmensas explanadas cubiertas de bambúes gigantescos, entre los cuales iban y venían rebaños de búfalos salvajes, animales verdaderamente formidables, que son capaces de acometer a un regimiento. A veces aparecían míseras aldeas, sepultadas entre la exuberante vegetación; riachuelos o estanques pantanosos sobre los que flotaba una neblina pestilencial generadora de las fiebres y el cólera.

Sin embargo, no faltaban tampoco elegantes *bengalow* con techos piramidales en que dormitaban cigüeñas negras, ibis y otros pájaros gigantescos muy respetados por los indios, que según la metempsícosis, creen que en sus cuerpos se encierran las almas de los sacerdotes de Brahama.

Media hora habría tarnscurrido desde que la ballenera había dejado la ensenada, cuando desde la orilla derecha una voz comenzó a gritar:

—¡Eh... alto!...

Tremal-Naik, al oir aquella brusca orden, que no esperaba por hallarse el río desierto, se puso de pie.

—¿Quién ordena que nos detengamos?—preguntó mirando en torno suyo.—¿Algún hermano tal vez?

—Mira hacia allá—dijo uno de los remeros señalándole la ribera,—pasamos ante el fuerte del capitán Macpherson.

—¿Nos habrán visto?

—Eso debe de ser; sospecharán algo y vigilan a las barcas que surcan el río, ¿no ves hombres en la terraza?

Tremal-Naik miró hacia el *bengalow* y vió un grupo de personas; la luna hacía brillar el cañón de los fusiles.

—¡Eh... detenéos!—repitió la misma voz,

—Adelante—gritó Tremal-Naik,—querrán darnos caza.

La ballenera, que había retardado su marcha, la reavivó momento. Un griterío ensordecedor resonó en la terraza.

—¡Rayos y truenos!—aulló una voz,—¡disparad!

—¡Ellos son!—gritó otro.

—¡Fuego!

Tres o cuatro disparos resonaron, y algunas balas silbaron cerca de la embarcación.

—¡Ah, bribones!—exclamó Tremal-Naik cogiendo la carabina.

—¡Mira!—gritó uno de los *thugs*,—se preparan a seguirnos.

—Yo pienso alejarme de ellos; dirigid la barca hacia aquel *grab* que surca el río, tal vez viene de Calcuta y podrá darnos noticias de la expedición.

—¡Atención, Tremal-Naik!—gritó uno de los remeros.

El indio volvió la mirada hacia la factoría y vió que varios cipayos se embarcaban en un *mur-punky*.

La ballenera aceleraba su marcha y lo mismo hacía la embarcación que los perseguía, en que detrás de la vela se ocultaban los cipayos con las carabinas cargadas.

—¡Detenéos!—gritó uno.

—¡Adelante!—ordenó Tremal-Naik, y apuntando rápidamente con el fusil, disparó, y un cipayo cayó, lanzando un grito en el fondo del bajel.

—¿A quién le toca ahora?—gritó el «cazador de serpientes» cogiendo otra escopeta.

Una descarga general le contestó; pero una nueva bala de Tremal-Naik derribó a otro soldado. Aquella precisión matemática desalentó a los cipayos, que tras breve conciliábulo, viraron, dirigiéndose a la opuesta orilla.

—Ve con cuidado, Tremal-Naik—dijo un *thug*,—pues sobre esa ribera hay tropas inglesas que los facilitarán hombres y barcas.

—No les daremos tiempo—dijo el indio,—a ver si alcanzamos al *grab*.

La nave a que aludía no distaba de ellos más que media milla, era uno de esos barcos indios que se construyen en Bombay, donde desde remotos tiempos se construyen naves con mayor perfección que en otros lugares de la India que se construyen con el *tek*, un árbol notable por su extremada dureza, que resiste durante algunos siglos.

La proa del *grab*, de construcción puramente india, era larga y aguda y se hallaba adornada de una divinidad con cabeza de elefante, esculpida con rara maestría. Sus tres palos, exornados de velas, se curvaban a impulsos de la fresca brisa septentrional.

En quince minutos la ballenera llegó a abordarle. El capitán se inclinó hacia la barca preguntando lo que deseaban.

—¿De dónde venís?—interrogó Tremal-Naik.

—De la «Ciudad blanca»—respondió el marino.

—¿Cuántas horas hace que pasásteis frente al fuerte William?

—Cinco.

—¿Habéis visto barcos de guerra?

—Sí, una fragata: la «Cornvall».

—¿La cargaban?

—No; embarcaba soldados.

—Ellos son—dijeron los *thugs*.

—¿Sabéis cuál es el destino de la fragata?—preguntó Tremal-Naik apretando los dientes.

—Lo ignoro—respondió el capitán.

—¿Estaba encendida la máquina?

—Sí.

—Gracias, capitán.

La ballenera se separó del *grab*.

—¿Habéis oído?—preguntó el cazador con ira.

—Sí—respondieron los *thugs* inclinándose sobre los remos.

—Es forzoso llegar antes de que la fragata salga, o todo estará perdido.

En aquel momento un *thug* lanzó un grito de triunfo.

—¿Oís?—exclamó.

Todos escucharon, conteniendo hasta la respiración. Al sud se percibía un sordo mugido, cual si se acercase una borrasca.

—¡La marea!—gritaron.

La corriente del Hugli se detuvo. Al Sud apareció una oleada espumosa que se acercaba con la velocidad de un caballo lanzado al galope. Llegó rugiendo sordamente y prosiguió hasta Calcuta, arrastrando velozmente montones de detritos, hierbas y algunos troncos de árbol.

—¡A la orilla derecha!—ordenó el jefe de los remeros,—dentro de una hora estaremos en el fuerte.

La ballenera se dirigió hacia la ribera derecha, donde la marea era más rápida; comenzó a navegar velozmente.

Amanecía. Los astros, brillantes anteriormente, palidecían poco a poco, desapareciendo, y los aullidos de las fieras se apagaban. Las riberas, según se iban acercando a Calcuta, perdían su especto salvaje; desaparecían las florestas pobladas de tigres, búfalos salvajes, chacales y serpientes, y las inmensas plantaciones de bambúes para ceder el puesto a fertilísimas campiñas, cultivadas cuidadosamente, a plantaciones de añil, de algodón, de cinamomo, a hermosísimos y variados árboles cargados de fruta de toda clase y a elegantes quintas y vastos pueblecillos.

Monos peludos, negros o grises, con el rostro casi humano, aparecían sobre los árboles, columpiándose entre las ramas, dando saltos prodigiosos de diez y hasta de quince metros; manadas de elegantes ciervos con el pelo fosco y

salpicado de blanco, mansos búfalos que se acercaban al agua; y en el aire, y sobre los cobertizos de las chozas, pájaros de todas las especies y tamaños, nibos, gypaetos, ibis, grullas, marabúes, un delirio de plumajes pintados, de alas de radiantes colores, que cortaban la línea azul del firmamento.

—Nos hallamos cerca de Calcuta—dijo un remero, después de haber observado atentamente las dos riberas.

Tremal-Naik, que se hallaba consumido por febril impaciencia, al oir aquellas palabras se levantó de un salto, mirando hacia el norte.

—¿Se ve ya?—preguntó.

—Aun no; pero pronto se divisará.

—¡Remad con fuerza!...

La ballenera aceleró la marcha; los *thugs*, no menos impacientes que su jefe, remaban con verdadero furor; nadie hablaba, para no despecdiciar las fuerzas.

A las ocho un cañonazo se escuchó hacia el norte.

—¿Qué es eso?—preguntó el cazador.

—Estamos cerca de Kiddepur y algún barco de guerra saluda.

—¡Pronto, pronto... si aún pudiésemos llegar a tiempo!...

El río comenzaba a animarse extraordinariamente. Barcos, brik, bergantines, goletas, poroscafos, surcaban la corriente en gran número. Los enormes *grab* y *pariah* de la costa de Coromandel que por su construcción no permiten realizar más que un viaje anual: cuando el monzón es favorable; los ligeros *poular* de Dacca, veloces y provistos de gran vela cuadrada; los *bangle* cubiertos de estopa y los magníficos *fylt-sciarra*, deslumbrantes por su dorado barniz y movidos por treinta remeros, se cruzaban entre sí o estaban anclados a lo largo de las riberas, al lado de los *kbengalow* o de los pueblecillos.

Tremal-Naik tenía que emplear toda su habilidad para no chocar contra aquella muchedumbre de barcas que aumentaba enormemente, de tal modo, que ocupaban toda la superficie del río. Los *thugs* seguían remando con creciente ardor y sus músculos parecía que iban a hacer estallar la piel.

A las nueve, la ballenera pasaba ante Kiddepur, hermosa ciudad que surge en la orilla izquierda del río y pocos minutos después se hallaban a la vista de Calcuta, la reina de Bengala, la capital de las posesiones inglesas en la India, con su imponente hilera de palacios, sus pagodas, sus cúpulas, sus extraños campanarios, sus campanas, sus *sgnares* y su fuerte William (1) la más grande y potente fortaleza que existe en la península y que necesita por lo menos diez mil hombres para poderla defender.

Tremal-Naik se había puesto en pie y miraba con asombro aquella extraordinaria aglomeración de edificios, jardines y fuentes.

—¡Qué esplendor!—murmuró.—Nunca hubiese creído que a tan corta distancia del país de los tigres y de las serpientes surgiera una ciudad tan inmensa.

Se volvió hacia el más anciano de los *thugs* y le preguntó:

—¿Conoces la ciudad?

—Sí—contestó el indio.

—¿Sabes cuál es mi misión?

—Kongli me lo dijo: matar al capitán para que no llegue al Raimangal.

—¿Dónde se hallará ese hombre?

—Espero saberlo.

---

(1) Este fuerte es de forma octógona y se halla defendido por un foso que recibe el agua del río por medio de dos cataratas. Fué construído por lord Clive en 1757, cuando la Compañía de las Indias se estableció definitivamente en Bengala.

—¿Habrá partido?

—No hemos visto ningún barco de guerra descender por el Ganges—respondió el anciano;—podemos tener la seguridad de que la expedición no ha salido aún.

—¿Sabes si el capitán posee algún palacio en Calcuta?

—Sí, cerca del fuerte William.

—¿Le conoces?

—Perfectamente.

—¿Estará en él?

—Pronto lo sabremos.

—¿Por quién?

—Por uno de nuestros afiliados, que es contramaestre a bordo de la «Devonshire».

—¿Qué es la «Devonshire»?

—Aquella cañonera anclada cerca del fuerte.

Tremal-Naik miró en la dirección indicada y descubrió a cincuenta brazas de los macizos muros de la fortaleza una pequeña nave de vapor de trescientas a cuatrocientas toneladas. No tenía más que un solo palo situado a proa, y a popa tenía una enorme pieza de artillería sobre una especie de plataforma, y en una gran plancha metálica se leía en letras doradas: «Devonshire».

—¿Hay un afiliado a bordo de ese barco?—preguntó Tremal-Naik.

—Ya te lo he dicho, el contramaestre Hider.

—Vamos hacia él.

—Despacio, Tremal-Naik; es preciso tener gran prudencia.

—Aquí no nos conocen.

—¿Quién puede asegurarlo? Déjate guiar por mí, que soy el más viejo de los *thugs*.

—Te obedeceré.

El *thug* soltó un momento el remo y miró atentamente el puente de la cañonera. Había algunos marineros en la tol-

dilla, ocupados en la limpieza, entre ellos descubrió al contramaestre, que estaba charlando con un joven cadete.

—El es—dijo el estrangulador, volviéndose hacia Tremal-Naik.

—¿Quién?

—Hider.

—¿Te ha visto?

—Espera un instante.

Acercó los dedos a sus labios y lanzó tres notas estridentes que más parecían salir de un instrumento que de una boca humana.

Instantáneamente el marinero se volvió hacia el río, inclinándose sobre las bandas del barco; en aquel momento la chalupa pasaba bajo la cañonera. La mirada del contramaestre se cruzó con la del anciano *thug*; después se volvió otra vez, fingiendo observar un *grab* que descendía por la corriente a toda vela.

—Dentro de poco, Hider estará en tierra—dijo el viejo, volviéndose hacia Tremal-Naik.

—¿Dónde le esperamos?

—En una taberna que posee otro afiliado.

—¿Sabe que le esperas allí?

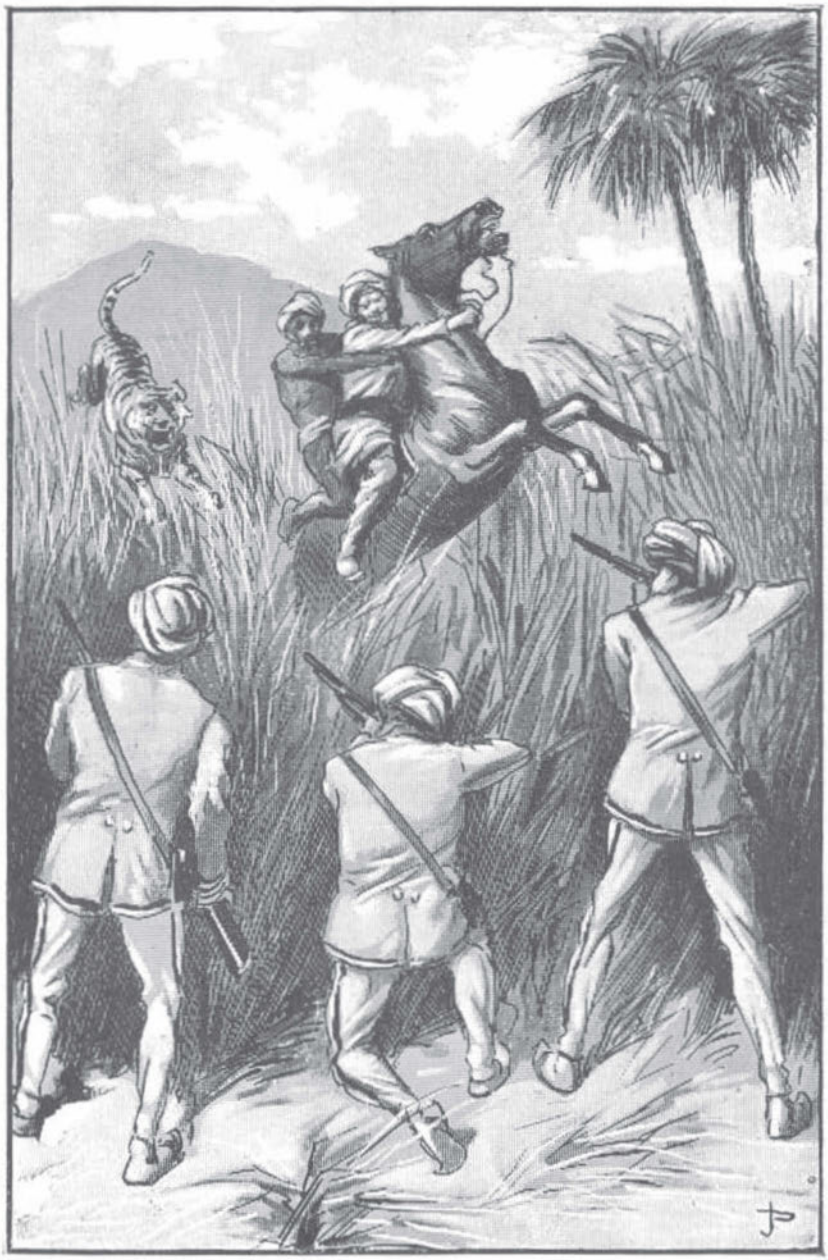
—Mi silbido se lo habrá dado a entender.

—Vamos, pues.

La ballenera navegó por el centro de la corriente, dirigiéndose hacia el centro de la capital de Bengala.

Los barcos aumentaban, ocupando todo el río; embarcaciones de diferentes partes del mundo, unas de vapor, otras de vela y gran número de naves indias llenaban los desembarcaderos, en tanto que legiones de faquines cargaban y descargaban las mercancías, amontonándolas en los muelles.

Entre aquel bosque de palos y velas se destacaban *bangles*



—¡El tigre!... ¡el tigre!...—vociferaron los cipayos. (PÁG. 258)

BIBLIOTECA NACIONAL

cargados de arroz, *gongas* socavados simplemente en un tronco de árbol, y junto a las naves ancladas, se veían pasar como saetas los deslumbrantes *fylt-sciarra* adornados con cabezas de elefante: en la proa y cargados de estofas y tapices de seda y terciopelo que servían para probar el fausto de algún opulento indio. En las riberas, especialmento los *ghât*, que son unas gradas de piedra que descienden hasta el río, se veían agolparse hombres, mujeres y muchachos para hacer sus abluciones en las sagradas aguas del Ganges.

En las ciudades de la India que tienen la fortuna de ser bañadas por el inmenso río, todas las mañanas los habitantes se agolpan sobre las gradas apenas sale el sol y se sumergen en el agua; ya sean las mañanas cálidas o lluviosas, no renuncian a esto, especialmente los que pertenecen a la secta de Brahama.

Hombres y mujeres, ricos y pobres, llevan cada uno bajo el brazo la ropa que después han de cambiarse; se desnudan en las gradas, al aire libre, sin preocuparse de las curiosas miradas, y toman su baño con el rostro vuelto hacia el sol, como prescribe su culto.

La primera ceremonia es el enjuagarse la boca y después ofrecer el agua que cabe en la mano, al astro diurno; en seguida lavan las ropas, sin emplear jabón, que es considerado como materia impura, y después se visten allí mismo y vuelven a sus casas transportando un vaso de agua que servirá para las abluciones del día.

La ballenera, después de pasar en medio de aquel caos de embarcaciones y bañistas, y de cruzar ante espléndidos palacios, pagodas y jardines, se detuvo ante una vasta gradería que en aquel momento estaba desocupada.

El anciano *thug* hizo señas a sus compañeros de que

permaneciesen custodiando la chalupa, y dijo a Tremal-Naik:

—Sígueme.

Subieron la escalinata, pasando ante algunos vendedores de hojas de *betel*, de nueces de arecia, cal, resina y otras drogas recomendadas para la conservación de la dentadura y para purificar la boca de los espíritus impuros que infestan por doquier la supersticiosa fantasía de los indus; y después de atravesar la calle, penetraron en medio de los espléndidos *sgnares* que embellecen las orillas del río. Aunque estaba amaneciendo, una compacta muchedumbre pululaba por aquellos bosquecillos dignos de los más hermosos *squares* de Londres, sobre las orillas de los laguitos y en torno de las fuentes y los *bengalow* se cruzaban un sinnúmero de bengaleses, braminos, morwaris, auropeos, chinos y birmanos, en tanto que por las anchas vías conducían los cómodos palanquines deslumbrantes de oro, con cortinas de muselina azul o amarilla, los elegantes *ratt* coronados por ligeras cúpulas doradas y tirados por cuatro bueyes blanquísimos con los cuernos dorados.

El viejo *thug* atravesó rápidamente los *squares*, pasó entre los espléndidos palacios, ante los frontones de los templos griegos que se alinean aquí y allí en los jardines y que fraternizan sin lenta transición con sórdidos barrios formados por casuchas de paja que habitan las ínfimas castas de indus. Después de un cuarto de hora de marcha, el anciano se detuvo ante un edificio de aspecto mirerable, de cuya puerta pendía un horrible pez embalsamado, de piel negra, cabeza cuadrada como las de las ranas y provisto de os mdembranas paralelas y largas.

—Aquí es—dijo el *thug*,—dentro de poco llegará Hider.

Entraron en un cuartucho casi obscuro, donde se veían algunas mesas y escabeles de bambú y se sentaron en el ángulo más iluminado. Un indio flácido como un *fakir* y

horriblemente picado de viruelas, les llevó una cazuela de arroz condimentado con *karri* y peces cocidos con diversas hierbas y aceite rancio de coco y un vaso de *tody*, una especie de vino extraído de la palma vinífera, muy claro, agradable y levemente embriagador.

Tremal-Naik y su compañero estaban acabando con gran apetito su ración, cuando vieron entrar al contramaestre de la marina real. Aquel hombre era un indio vigoroso, de unos cuarenta años, de corpulenta estatura, barba negrísima y mirada inteligente. Lleva entre los labios una pipa y fumaba vigorosamente. Al ver al viejo *thug* se le acercó, tendiéndole la mano y diciendo:

—Me alegro de verte, Moh.

Después le miró fijamente, indicando con un gesto a Tremal-Naik.

—No temas, Hider—respondió el aludido,—es un devoto afiliado, uno de nuestros jefes.

—Pruébamelo—dijo el marino.

Tremal-Naik le mostró la sortija que llevaba en un dedo; el contramaestre inclinó la cabeza, diciéndole:

—Estoy a tus órdenes, enviado de Kâli.

—Siéntate y escucha—indicó el «cazador de serpientes».

¿Conoces al capitán Macpherson?

—¿Al padre de la «virgen de la pagoda»?... Le conozco tal vez mejor que todos.

—¿Dónde se halla?

—¿Ha dejado su *bengalow*?—preguntó a su vez Hider.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres o cuatro días.

—Lo ignoraba; ¿qué ha venido a hacer a Calcuta?

—A preparar una expedición contra el Raimangal.

El contramaestre se puso en pie de un salto, arrojando la pipa con que fumaba.

—¿Has dicho contra Raimangal? ¡Ah!... ¡ya había yo sospechado algo!

—¿Por qué?

—Porque desde hace días se está armando la «Cornvall».

—¿Una nave?—preguntó Tremal-Naik.

—Una vieja fragata que ya había mandado el capitán Macpherson.

—¿Dónde está ese barco?

—En el arsenal; sé que han embarcado municiones y víveres, cual si hubiese de transportar a un considerable número de soldados y marineros.

—¿Tenemos afiliados entre la dotación de la fragata?—preguntó el anciano *thug*.

—Dos, Palavan y Bindur.

—Los conozco; es preciso verlos y hablarlos.

—No saben nada del itinerario de la «Cornvall», he hablado con ellos ayer por la noche y parece que se guarda escrupulosamente el secreto del camino que van a seguir.

—Entonces no queda ninguna duda—dijo Tremal-Naik, como hablando consigo mismo,—esa fragata es la destinada a transportar la expedición.

—Yo también lo sospecho—añadió Hider.

—¡Esa nave no debe partir!—exclamó el «cazador de serpientes».

—¿Y quién lo impedirá?

—¡Yo!

—¿De qué modo?

—Matando al capitán antes de que se embarque. Kongli y Suyodhana lo quieren.

—No será cosa fácil, pero...—dijo Hider, que se había

quedado pensativo,—el capitán estará en guardia, especialmente ahora.

—Es necesario que le mate, ya te lo he dicho; sé que tiene un palacio.

—Es cierto.

—Averiguaremos si está en él.

—¿De qué modo?

—Aún no lo sé; pero ya le hallaremos—dijo Tremal-Naik.

En aquel instante el viejo *thug* alzó la cabeza, y haciendo una seña con la mano derecha, dijo lentamente:

—Pronto lo sabremso.

—Explícate, Noh—dijo Hider.

—Un hombre lo averiguará.

—¿Quién?

—Nimpor.

—¿El *fakir*?...

—El mismo; ¡salgamos!

CAPITULO XI

EL FAKIR

Echando una rupia sobre la mesa, los tres indios salieron de la mísera taberna y atravesando los *squares* que comenzaban a despoblarse a causa del calor que resultaba excesivo, se pusieron a costear las riberas del Ganges, deteniéndose a la sombra de los grandes árboles que formaban magníficas hileras. Pasada la parte central y más populosa de Calcuta, llamada Ciudad blanca, remontaron la ribera hacia el norte, internándose en la ciudad india, la más sucia y miserable, pero también la más pintoresca, hallándose en ella las hermosas pagodas dedicadas a Brahama, a Siva, a Vinú, a Crisna, a Parvadi y tantas otras divinidades adoradas por los indios.

Allí nada de espléndidos carruajes, de palanquines con flotantes sedas, de palacios ni calles anchas y limpias; por el contrario, un caos de casuchas, de barracas sombreadas por algún árbol, de callejuelas fangosas y repugnantes, donde se veían como animales inmundos centenares de mu-

chachos desnudos y enormes *arghilah*, los gigantescos pájaros de pico descomunal, que se encargan con su voracidad de la limpieza de las calles.

El anciano *thug*, después de haber recorrido algunas de aquellas vías, se detuvo en una plaza en que se elevaba entre tanta miseria una hermosa pagoda con la cúpula adornada por extrañas estatuas representando todas las encarnaciones de Visnú. Moh subió la vasta escalinata que conducía a la entrada de la pagoda y se detuvo ante un indio sentado en la última grada.

—Aquí está el fakir—dijo a Tremal-Naik y a Hider.

Al verle, el «cazador de serpientes» no pudo dominar un gesto de burla. Aquel miserable indio, víctima del fanatismo religioso y de la superstición, causaba espanto; más que un hombre, era un esqueleto; su rostro acartonado estaba cubierto por una barba inculta uqe le llegaba al pecho, exornado de extraños tatuajes rojos y negros representando el bien y el mal con serpientes y su frente se hallaba cubierta de ceniza; sus cabellos larguísimos, que tal vez no habían conocido jamás el uso de los peines, semejaban crines donde pululaban repugnantes insectos. El cuerpo, horriblemente delgado, le tenía casi desnudo, no llevando más que un pequeño taparrabos de unos cuatro dedos. Lo que más llamaba la atención, era su brazo izquierdo, aquel miembro reducido a huesos y piel permanecía constantemente alzado y parecía hallarse disecado; en la mano, fuertemente ligada con correas y cerrada hasta el punto de formar casi un recipiente, el fanático había depositado tierra, plantando en ella un pequeño mirto sagrado que, poco a poco había crecido como si se hallase en un tiesto. Las uñas no hallando salida, se habían curvado primero, después habían traspasado la mano, y por último asomaban como colmillos de bestia feroz a través de la palma de la mano.

Aquel infortunado no era un fakir vulgar, como los *saniosos*, que son más ladrones que santos, los *dendy*, que viven a costa de los ricos, saqueando sus propiedades, los *nanek-punthy*, de índole tranquila y los *biscuub*, que pueden compararse a nuestros rateros. Este fakir era un *poron-hungse*, hombres que, según la superstición india, son de origen celeste, y que viven, según creen, miles de años sin probar jamás ningún alimento, que aunque los arrojen en el fuego y en el agua, no perecen, por lo que son considerados como seres sobrenaturales (1).

—Nimpor—dijo el viejo *thug* inclinándose hacia el fakir, que conservaba una absoluta inmovilidad cual si no hubiese advertido la presencia de los tres hombres,—Kâli tiene necesidad de ti.

—Mi vida pertenece a la diosa—respondió sin levantar la vista,—¿quién te envía?

—Suyodhana.

—¿El hijo de las sagradas aguas del Ganges?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Que nos ayudes.

—¿Qué hay que hacer?

—Descubrir dónde se halla un hombre que es nuestro más mortal enemigo y al que debemos dar muerte para que no aniquile a nuestros hermanos del Raimangal.

Un estremecimiento conmovió el impasible rostro de Nimpor.

—¿Quién se atreve a ir al Raimangal?

—El capitán Macpherson.

---

(1) Estas creencias radican en el pueblo *indu*; creen firmemente qué stos fakires no comen nunca, porque no lo hacen en público.

—¡Eh!... ¡a tanto se atreve!...

—Sí.

—¿Y quieres saber dónde se encuentra?

—Es forzoso.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿No está en su palacio?

—Nadie lo sabe—indicó Moh.

—¡Ah!... pues si está allí, nos veremos.

—¿De qué modo?

—Permaneced esta noche junto a su casa. Lo demás no os importe. Nimpor manda en todos, hasta en los *sapwallah*. Ahora Vichnou me llama a la oración.

El fakir se levantó haciendo un esfuerzo; después, sin mirar a nadie, entró en la pagoda, llevando siempre en alto el brazo.

—¿Dónde os podré hallar?—preguntó Hider cuando el fakir hubo desaparecido.

—Es preciso que vuelva a bordo.

—Iremos a pedir hospitalidad a Vinhya—dijo el anciano *thug*,—mientras permanezcamos en Calcuta nos ocultaremos en su casa. ¿Cuándo volveremos a verte?

—Mañana, después de medio día. Antes es imposible, porque tenemos mucho que hacer a bordo. Partimos dentro de unos días.

—¿A dónde va la «Devonshire»?

—A Ceilán.

—Siento que no nos ayudes en tan difícil empresa.

—No partiremos tan presto. Hasta mañana.

Cuando quedaron solos Tremal-Naik y el anciano *thug*, volvieron a la ciudad europea, siguiendo la ribera del Ganges para buscar a sus compañeros, que permanecían de guardia en la ballenera.

—A casa de Vinhya—dijo sencillamente el viejo *thug*.

Sentóse a popa, junto al «cazador de serpientes», y la ligera embarcación remontó el curso del Ganges. Tremal-Naik contemplaba con viva curiosidad las orillas del sagrado río, con sus espléndidas escalinatas de piedra y sus árboles, que parecían coronados de plumas.

Soberbios palacios desfilaban ante la asombrada vista del selvático hijo de la *jungla*; quintas bellísimas, pagodas majestuosas, exornadas profusamente con cabezas de elefantes y de divinidades monstruosas esculpidas en mármoles de varios colores; suntuosas moradas de ricos indus, blancas y ornadas con sutiles columnitas que parecían poder troncharse bajo la simple presión de la mano, y tras aquellas avenidas de palacios y templos, un caos de cúpulas brillantes como el oro, agujas, campanarios, terrazas, altas murallas, sobre las cuales se veía dormitar bandadas de cigüeñas, halcones, cuervos y especialmente de *arghilah*, altos como hombres, con la cabeza hundida entre las alas y el monstruoso pico, casi oculto entre las plumas del pecho.

En la base de las inmensas graderías y bajo los árboles que se inclinaban sobre las aguas del río, se elevaba gran número de columnas de humo, que el viento impelía hacia el centro de la corriente, viéndose arder varias hogueras y escuchándose a intervalos los fúnebres *taré*, las largas trompas que se emplean en los funerales.

Gigantescas piras crepitaban lanzando raudales de chispas y en torno bailaban y gritaban danzantes y muchachos entre un ruido ensordecedor, y en lo alto revolotcaban las aves de rapiña, prestas a precipitarse sobre los restos de los cadáveres que se libraban de las llamas. De vez en cuando las cajas de perfumada madera que guardaban los cadáveres carbonizados, descendían por la ribera hasta la corriente sagrada, por el camino del paraíso, según la su-

persitición india, mientras los brahamines recitaban los versículos de los Vedas y los parientes plantaban un árbol que recordase al difunto, o elevaban mástiles con orifla-mas. Otras veces se veía a los moribundos rodeados de sus familias, esperando la muerte en las riberas del río sagrado. El indio que no muere de repente, se hace transportar a las orillas del Ganges, para estar dispuesto a ir al *Kailason* de Brahama; hace que le coloquen a la sombra de algún árbol, sobre la hierba, y espera resignado y tranquilo que se separe el alma del cuerpo, mientras la familia le rocía con agua del Ganges, le embadurna con fango y el brahamán le cubre con hojas de basilisco y prepara la pira en que ha de ser quemado.

La ballenera, después de recorrer otras dos millas, pasando ante nuevos templos y hotelitos de los acaudalados ingleses, se detuvo junto a una lengua de tierra sombreada por latanias y cocoteros.

El anciano *thug* ordenó que anclase la ballenera y saltó a tierra, diciendo a su gente:

—Os esperamos en casa de Vinhya.

¡Hzo seña a Tremal-Naik para que le siguiese, y se dirigió hacia un grupo de casuchas agrupadas junto a una vieja pagoda medio ruinosa, aunque de gigantescas dimensiones; por fin se detuvo ante una casita con el tejado de hojas de cocotero, que se elevaba aislada sobre la margen de un estanque pantanoso.

Un indio, ya viejo, se hallaba sentado a la puerta, sosteniendo en la mano un ramo de hojas secas, salpicadas de ceniza, como acostumbran a tener los fakires pertenecientes a la casta de los adoradores de Brahama, a la divinidad creadora. Como ellos, tenía cabellos muy largos, embadurnados con barro rojo, pero arrollados alrededor de la cabeza; su barba era rasa y en el mentón había dejado cre-

cer una sutil perilla, tan larga, que casi llegaba al suelo. Llevaba además tres signos sobre la frente hechos con ceniza, otros tres en la cavidad del pecho, lo mismo que en los brazos.

El anciano *thug* se acercó a aquel sér espantoso y le dijo bruscamente:

—Tenemos necesidad de ti, Vinhya.

El aludido contestó:

—Sea bienvenido el enviado de Kâli; estoy presto a obedecer.

—Necesito tu casa.

—Tuya es.

—Tus consejos.

—Estoy pronto a dártelos.

—Tenemos hambre.

—Cuanto tengo es tuyo.

—Entremos.

—Te precedo.

Se levantó con una presteza inconcebible en un anciano de su edad, arrojó el mazo de hojas y entró en la casucha.

El *thug* y Tremal-Naik se hallaron en un cuarto rapizado con hojas de banano, que conservaban en una deliciosa frescura y el pavimento se hallaba cubierto con esterillas de coco. No había ningún mueble; sólo se veían grandes ollas de barro que contenían probablemente los víveres del fakir, algunas *kaskpanayas* o sea cajitas de paja donde se conservan generalmente raíces olorosas, y esteras arrolladas que servían de lechos por la noche y de sillas durante el día.

El *thug* hizo señas a Tremal-Naik para que se acomodase y conduciendo al fakir a un ángulo del cuarto, habló con él en voz baja.

Cuando hubo acabado, le condujo ante Tremal-Naik, diciendo:

—Este es el hombre que Suyodhana te recomienda.

—Estoy presto a obedecerle—indicó el ramanandy.

—Vinhya lo sabe todo—dijo después el *thug* a Tremal-Naik.—Es hombre prudente, astuto y decidido y te dará útiles consejos.

—Está bien—repuso Tremal-Naik reprimiendo un suspiro.

El ramanady cerró la puerta, llevó tres tazas y una hermosa botella dorada y ofreció a sus huéspedes *arak*, exquisito licor que extraen los indios del jugo y de la corteza aromática del fruto denominado jagra.

—Puedes hablar—manifestó el viejo *thug*.

—Bien sabes de lo que se trata; esperamos tu consejo para lograr nuestros fines. ¿Crees que Nimpor logrará descubrir dónde se halla el capitán?

—Sí—replicó el ramanandy.—Nimpor puede poner en pie de guerra un ejército de espías.

—Descubrirlo no es lo mismo que matarlo—dijo Tremal-Naik.—La vida de ese hombre es la salvación de la mujer que adoro.

—Eres valeroso y lograrás matarle.

—¿Pero cómo? Macpherson habrá tomado muchas precauciones para no verse sorprendido.

—Le tenderemos un lazo.

—Es sobrado prudente para caer en él.

Una sonrisa plegó los labios del ramanandy.

—Lo veremos—dijo.—Cuando se trata de revelaciones, los ingleses acuden pronto.

—¿Qué quieres decir? Habla.

—Ahora no; sepamos antes dónde se halla el capitán.

—¿Esperas atraerlo a una emboscada?

—Es probable.

—No será tan imprudente.

—Lo será—repuso el ramanandy con increíble convicción. —No sabrá dónde se halla la entrada del subterráneo del Raimangal, y entonces podrá intentarse un golpe de audacia.

—Cierto, la entrada la desconoce—meditó Tremal-Naik. —Sólo sabe que la guarida de los *thugs* se encuentra en el Raimangal.

—Que pruebe a descubrirla—dijo el anciano *thug* con acento irónico.—Recorrerá la isla durante un mes entero, sin hallarla.

—Ahora vendrá aquí.

—¡Aquí!—exclamó Tremal-Naik, mirando al fakir con estupor.

—Sí, aquí.

—Mas, ¿quién se inclinará a ello?

—Yo.

—¿Cómo?

—Prometiendo hacerle importantes revelaciones.

—No vendrá solo.

—¿Qué importa?

—Traerá una guardia numerosa.

—Aunque traiga todo un regimiento de cipayos, es lo mismo.

—No te comprendo; aunque logre matarle, los cipayos se apresurarán a vengar su muerte.

—Si logran encontrarte—indicó el ramanandy con acento misterioso.—La pagoda próxima comunica con mi casa.

Después, cruzando los brazos sobre el pecho, murmuró:

—Kâli es poderosa y protege a sus fieles; Vidya es uno de sus más fervientes devotos.

—El capitán Macpherson nos ha ofendido gravemente.

Quiere destruirnos, pero antes morirá él que «el hijo de las sagradas aguas del Ganges».

—Sí—suspiró Tremal-Naik oprimiéndose la cabeza entre las manos con desesperación.—Le mataré, porque sólo su muerte puede hacerme para siempre dueño de Ada.

CAPITULO XII

EL ACECHO

Cuando el viejo *thug* y Tremal-Naik abandonaron la cabaña del ramanandy, el sol se había ocultado y las tinieblas descendían rápidamente sobre las aguas del río sagrado.

Seguíanlos a corta distancia los tripulantes de la ballenera, armados de pistolas y de puñales para protegerlos si eran descubiertos por el capitán o por los cipayos, lo cual no era difícil, debiendo acudir al llamamiento de Nimpor. En la ribera del Ganges embarcáronse todos en la ballenera y siguieron la gigantesca corriente.

Era una noche de espléndida calma. En el cielo miriadas de estrellas brillaban temblorosas y se reflejaban en el río, mientras la luna comenzaba a surgir tras el bosque de campanarios, de agujas y de cúpulas de las numerosas pagodas, haciendo fulgurar las doradas superficies de los majestuosos edificios del arte indio.

Enormes bandadas de *arghilah*, de marabúes, de cigüeñas negras y de ánades brahámicos, cruzaban el aire o se paraban en las cúpulas de las pagodas, sobre los tejados de las casas o sobre las hojas de los lotos [illegible]

agua brillaban las lucecitas confiadas a la sagrada corriente por las mujeres de los marineros indios, para vaticinar augurios felices. Aquellas llamitas ondulaban de aquí para allá, y las indias, agrupadas sobre las orillas del río sagrado, las seguían con la vista. Cuando algunas de las luces de coco llegaba a la ribera contraria, era signo de buen augurio, de la próxima vuelta del marinero que navegaba por el Océano Indico; gritos de gozo se elevaban en los grupos, y la esposa feliz, que había confiado en las sagradas aguas, podía volver a su hogar, segura de la protección de las divinidades.

Hacia la parte inferior del río una luz viva proyectaba en alto una neblina fosforescente que indicaba la Ciudad blanca, mientras al Sud dos interminables hileras de puntos luminosos, colocados paralelamente, señalaban las naves ancladas a lo largo del río. La ballenera, que surcaba la corriente con la rapidez de una flecha, se halló en medio de los *grab*, *poular* y los navíos europeos, dirigiéndose bruscamente hacia la opuesta orilla, aproximándose a una pequeña escalinata medio ruinosa que estaba cerca de un templo.

—Seguidme—dijo el viejo *thug*.

La ballenera fué amarrada y todos desembarcaron. Ante la pagoda, Tremal-Naik descubrió al fakir del brazo momificado. Se hallaba sentado en el último peldaño, cubría su delgado cuerpo con un amplio *dubgah* de color obscuro.

—Buenas noches, Nimpor—dijo el *thug*,—estaba seguro de hallarte aquí.

—Y yo te esperaba—respondió el *porom-hungse* sin alzar la vista.

—¿Has podido indagar algo?

—No, pero tengo razones para creer que el capitán se halla en su palacio.

—¿Le has visto?

—No.

—¿Cómo haremos para averiguar si se halla allí?

—Escucha.

A lo lejos se oían sonar *khole* y *hulok*, especie de tambores muy generalizados entre los indios; parecía que la música se acercaba rápidamente a la pagoda.

—¿Una orquesta?—preguntó el viejo *thug*.

—Los *sapwallah*—respondió el fakir sonriendo.

—¿A qué vienen?

—Después lo sabrás. ¡Mira!

El *thug* y Tremal-Naik habían avanzado hasta el último escalón para poder abarcar mayor horizonte. Vieron avanzar por la orilla gran número de lucecitas que lanzaban chispas a millares. Una procesión caminaba delante, entre los tamborileros que agitaban furiosamente los *hulok* y los *khole*, serpenteando a lo lacgo del Ganges en dirección a la pagoda.

—Ya comprendo tu idea—dijo el *thug*.

—Id a esperarnos ante el palacio—añadió el fakir.

—¿Tendrá allí lugar la fiesta?

—Sí.

—Ven, Tremal-Naik—ordenó el *thug*.

Descendieron por la opuesta gradería, situada detrás de la pagoda, y atravesando una pequeña explanada sombreada por cocoteros y bananos de hojas gigantescas, se detuvieron ante un elegante *bengalow* de piedra blanca, coronado por un techo piramidal de zinc y rodeado por una espaciosa galería de columnas de madera pintada de azul.

Dos filas de palmeras y cocoteros la protegían de los tórridos rayos solares. Las ventanas de la alegre casita es-

taban abiertas; pero en el interior no brillaba ninguna luz; sin embargo, el palacio debía de estar habitado, porque un cipayo vigilaba, armado de fusil y bayoneta.

—¿Es el *bengalow* del capitán?—preguntó Tremal-Naik con voz ahogada.

—Sí—respondió el *thug*.

—¿Estará aquí Macpherson?

—Probablemente.

—¡Oh!... ¡si pudiese entrar!...

—Lo averiguaremos pronto. ¿Supones que está solo ese cipayo? El capitán es prudente y vivirá rodeado de numerosa escolta.

—Y entonces, ¿qué hacer?—preguntó Tremal-Naik con ansiedad.

—Deja meditar a los fakires. Vamos a sentarnos bajo aquel banano que proyecta obscura sombra, y esperemos a los encantadores de serpientes.

En tanto, la procesión, que debía ser muy numerosa, a juzgar por el estruendo que hacían los instrumentos musicales y por los gritos que se oían, avanzaba con la mayor rapidez.

Bien pronto aparecieron las primeras luces en la escalinata del templo, proyectando un fulgor vivísimo sobre los monstruos que exornaban las altas y macizas columnas. No eran precisamente lámparas, sino astas de hierro, terminadas en una especie de jaula, en que ardían trozos de algodón impregnados de óleo perfumado.

El cortejo de los *sapwallah* se detuvo en la explanada del templo para tributar homenaje a la divinidad; después descendió por la escalinata opuesta, redoblando el estrépito.

Componíase de unas doscientas personas. En primera línea, capitaneados por Nimpor, marchaban los *sapwallah* o sea los encantadores de serpientes, vestidos con un sencillo

languti que apenas cubría sus caderas y provisto de su *tamoril*, especie de flauta, formada con una caña de bambú. Detrás de ellos venían los que transportaban las serpientes, los cuales llevaban sobre la cabeza cestas redondas, herméticamente cerradas, llenas de serpientes de todas clases; después otros hombres que transportaban calderas llenas de leche, destinada a alimentar los peligrosos reptiles.

Seguían veinte músicos, provistos unos de *khole*, tambor sagrado, formados de barro y cubiertos de pieles en los extremos, siendo uno más grande que el otro para producir sonidos diversos; otros de *hulok*, tambores más pequeños, que dan sonidos más agudos, y otros de *daup*, de mayor tamaño que los dos anteriores, de forma octógona, que se tocan con la mano.

No faltaban instrumentos de aire y de cuerda: había *tabri*, instrumento que se parece algo a la gaita de nuestros pastores; *bausi*, especie de flauta de pico, y *sarinda*, violín que se toca con un arquito formado de cuerdas de algodón.

Venían, por último, multitud de fakires de diversas castas: «saniossi», «nanekpunty», «dendy» y «nagrí», llevando barras de hierro candente y vasos de terracota llenos de materias inflamables.

El cortejo atravesó la escalinata, se detuvo delante de la residencia del capitán, redoblando el estruendo y formando un gran círculo.

El fulgor proyectado por todas las luces era tan intenso, que iluminaba como en pleno día la fachada del palacio: así que se podía distinguir cualquier persona que se asomase en la galería y en las ventanas.

Los encantadores de serpientes esperaron a que los músicos terminasen; después se agruparon en el centro del círculo, haciendo colocar en tierra los cestos que contenían los reptiles. Todos eran unos hombres hermosísimos, de

gran estatura, musculatura poderosa y rostros barbudos que daban un aspecto salvaje a su figura.

En tanto que se disponían a abrir los cestos, Nimpor se había colocado entre los fakires, llevando siempre en alto el repugnante brazo; después de dar una vuelta en rededor del palacio, se colocó junto a Tremal-Naik y el anciano *thug*.

—No perdáis de vista las ventanas—dijo;—si el capitán se halla aquí, se asomará.

—Te obedeceremos—respondió el *thug*.

—Yo también vigilaré—indicó el fakir;—soy viejo, pero no me falta la vista.

En tanto, los encantadores de serpientes habían preparado sus instrumentos, formando un pequeño círculo dentro del de los espectadores. Tocaban las flautas, arrancando de ellas melodías dulces y melancólicas, mezcladas con modulaciones extrañas y con notas agudas que se dulcificaban poco a poco.

Al escuchar aquellas melodías, los reptiles que contenían los cestos, habían comenzado a agitarse, levantándose lentamente. Al poco tiempo se vió aparecer un reptil de escamas amarrilentas, con el cuello enormemente hinchado, el cuerpo del tamaño de un brazo y de dos metros de longitud: era una serpiente de las llamadas de anteojos, que cuando se encolerizan, se les forman en el cuello dos extrañas convexidades y en la cabeza tiene dos manchas que semejan un par de lentes; este reptil es uno de los más peligrosos de su especie, siendo su mordedura incurable; se irguió agitando la lengua y mostrando sus agudos dientes, saturados de veneno; pero de pronto un encantador la cogió por la mitad, y mientras sus compañeros continuaban tocando, la arrojó en el aire. El reptil, furibundo, cayó silbando y retorciéndose; el *sapwallah*, rápido como un re-

lámpago, la sujetó por la cola antes de que llegase al suelo, y oprimiéndole el cuello, la obligó a abrir la boca. Sin hacer caso de los silbidos que lanzaba, le arrancó con una pinza los dos dientes conductores del veneno y después la arrojó a tierra, junto a un recipiente lleno de leche.

En tanto, otros dos reptiles, atraídos por la música, se irguieron. Uno era una boa, una hermosa serpiente de cuatro metros, de piel verdosa y azulada y de anillos irregulares; la otra era una «serpiente del minuto o minute-snacke», de menos de quince centímetros y del grueso de una cañita; su piel era negra, con manchas amarillas, siendo la más peligrosa, porque en algunos segundos mata al hombre más fuerte. Dos encantadores se apresuraron a sujetarlas, echándolas junto a la otra, que olvidando su cólera, bebía la leche de la caldera.

Otros reptiles negros, pitones atigrados, serpientes de piel roja salpicada de manchas coralinas y otros de diversas especies continuaban saliendo de los cestos. Bien pronto los cuatro grandes calderos fueron rodeados por las serpientes, ávidas de leche. Entonces enmudecieron las flautas; pero los tambores y los instrumentos de aire y de cuerda comenzaron un concierto ensordecedor, mientras los fakires danzaban desordenadamente entre los reptiles, ya inofensivos, uniendo sus alaridos salvajes a la ensordecedora orquesta.

Tremal-Naik y el viejo *thug* se habían conmovido; una ventana del palacio estaba iluminada y una silueta se dibujaba detrás de los vidrios.

—Mira—había exclamado el *thug*.

—No separo la vista—contestó el indio.

La sombra se había inclinado de modo que iluminaba su semblante la luz de las antorchas.

Tremal-Naik ahogó un grito.

—¡El!...

—¡El capitán!—exclamó el *thug*.

—¡Un fusil... dadme un fusil!...

—¿Estás loco?... Además, ¿dónde hallarlo?

—Huirá y pierdo a mi Ada.

—Volveremos a encontrarle.

—Os lo aseguro—respitió tras ellos una voz.

Tremal-Naik y el *thug* se volvieron.

Nimpor, el fakir, se hallaba cerca de ellos.

—¿Le habéis visto?

—Sí—respondieron.

—Ese hombre no huirá ni dará un paso sin que le espíen.

—¿Quién?

—Dos fakires.

—¿Cuándo podré matarlo?

Nimpor, en lugar de responder, preguntó:

—¿Habéis visto a Vindhya?

—Nos hospedamos en su casa—repuso el *thug*.

—¿Tenéis chalupa?

—Una randa ballenera.

—Conducidme a su casa. Los *sapwallah* han terminado y podemos irnos.

—¿Quieres trazar algún proyecto para que caiga en la emboscada el capitán?

—Sí—respondió el fakir,—venid.

Los encantadores de serpientes se disponían a marchar. Los reptiles, encerrados de nuevo en los cestos a pesar de sus contorsiones y silbidos, y la comitiva volvió a ordenarse, precedida de la orquesta.

Mientras el cortejo se dirigía a la ciudad india, el fakir, Tremal-Naik y el anciano *thug*, seguidos de los remeros, se dirigieron hacia la pagoda, ante la cual, escondidos entre

las columnas, hallaron dos indios, dos *dendy*, especie de fakires que, por distintivo, llevan un nudoso bastón que no abandonan ni aun cuando duermen, adornado con un trocito de tela roja de forma cuadrada.

El *paran-hungse* se acercó a ellos, e indicándoles el palacio, les dijo:

—Vigilad cuidadosamente y seguid al capitán; mañana, antes de anochecer, me llevaréis las noticias que haya a la choza de Vindya.

—No le perderemos de vista un solo instante—respondieron los *dendy*.

Los *thugs* descendieron de las gradas, y al llegar a la orilla del Ganges, se embarcaron en la ballenera, remontando con rapidez la corriente.

El río estaba desierto; solamente hacia el Sur brillaban las luces de los navíos anclados ante la Ciudad blanca.

La ballenera, en medio de media hora, llegó al desierto promontorio a cuyo extremo opuesto se veía, a la luz de la luna, la vieja pagoda.

Tremal-Naik y sus compañeros iban a desembarcar cuando de unas matas vieron surgir una forma humana.

—¿Eres Vindya?—preguntó el anciano *thug*, cargando rápidamente una pistola.

—No temas, soy yo—respondió el fakir.—¿Ha terminado ya la *nagapantciani*? (fiesta de las serpientes).

—Sí—contestó Nimpor adelantándose.

—¿También estás aquí?—preguntó Vindya con asombro.

—Necesito hablarte.

—Estoy a tus órdenes.

—¿Quieres que vayamos a tu cabaña?

—Este lugar se halla desierto y hablaremos mejor aquí—respondió Vindya.

—Como quieras.

—¿Y el capitán?

—Ya le hemos visto.

—¡Ah!... ¿en su palacio?

—Sí.

—Entonces es nuestro.

—Vas demasiado deprisa, Vindya.

—No, Nimpor.

—¿Tienes algún proyecto?

—Sí, y le creo infalible.

—Habla—dijo el *porom-hungse.*

—Se trata de hacerle venir aquí.

—¡Um!... ¿Vendrá?

—Estoy cierto de que si entra en mi cabaña no saldrá vivo.

—Estoy decidido a todo—dijo Trema!-Naik.

—Lo sabemos; Suyodhana sabe elegir a sus hombres. Escuchadme—dijo Vindya,—el capitán es valeroso y se halla resuelto a todo con tal de obtener una revelación que pueda facilitarle el ataque contra Raimangal; le conozco y sé de todo lo que es capaz.

—Continúa—ordenó el *porom-hungse.*

—Mi proyecto es el de armarle una emboscada.

—¿De qué modo?

—Enviándole a uno de nuestros afiliados a decirle que un traidor que sabe la noticia de su expedición contra Raimangal se halla dispuesto a venderle el secreto de la entrada en los subterráneos.

—¿Y crees que caerá en el lazo?—preguntó Nimpor con acento de duda.

—Te digo que vendrá. Exigiremos por la revelación un precio enorme y le diremos que acuda aquí a media noche.

—Vendrá acompañado.

—¿Qué importa?... Tremal-Naik se hallará emboscado con una carabina y le matará.

—Y los otros asaltarán la cabaña y terminarán con todos nosotros—dijo el fakir.

—¿Te olvidas de los subterráneos de la pagoda?—preguntó Vindya,—¿quién será capaz de hallarnos en aquellas obscuras é interminables galerías?

—¿Las conoces?

—Sí.

—Entonces apruebo tu proyecto—dijo el *porom-hungse*, después de meditar algunos instantes.

—Sí, tal vez el capitán caerá en la trampa, prometiéndole que se le enseñará la entrada de los subterráneos del Raimangal. No acudirá solo, estoy cierto; pero una bala puede alcanzarle, aunque se halle entre cien hombres; eres un hábil tirador, ¿verdad, Tremal-Naik?

—Es infalible—dijo el anciano *thug*.

—Me marcho.

—Antes una pregunta—dijo el cazador de serpientes,—muerto el capitán, ¿creéis que la expedición no se llevará a cabo?

—No habrá otro hombre tan audaz que esté dispuesto a dirigir una expedición a través de las *Sunderbunds*. Muerto él, ningún peligro nos amenaza. Adiós, pues, mañana morirá ese hombre.

—¿Quieres la ballenera?—preguntó el anciano *thug*.

—Es inútil—respondió el *porom-hungse*.—Nimpor tiene inservibles los brazos; pero las piernas desafían a las de los mejores corredores.

Y diciendo esto, se puso en camino, siguiendo las sinuosidades de la ribera y desapareciendo bajo la obscura sombra que proyectaban las copas de los árboles.

CAPITULO XIII

LA EMBOSCADA

A la noche siguiente, Tremal-Naik, Vindhya y el *thug* abandonaban silenciosamente la cabaña, caminando hacia el pequeño promontorio. El primero iba armado de una carabina, los otros dos con lazos y puñales. Al llegar a la vieja pagoda subieron la escalinata desde donde se podía contemplar gran extensión del río sagrado. Un silencio casi absoluto reinaba sobre la ribera del gigantesco río; no se escuchaba más que el murmullo de las ondas al chocar contra los macizos de lotos y las raíces de los árboles acuáticos. Ninguna barca se descubría; el río, a la luz de la luna, semejaba un bruñido espejo y todo parecía dormir en torno del Ganges.

Vindhya, subido sobre un trozo de columna derruída, observaba, tratando de descubrir hacia el sud algún punto o línea obscura que indicase que se acercaba alguna chalupa, en tanto que Tremal-Naik, que se hallaba muy agitado, iba y venía alrededor de una estatua que representaba a un hijo de Visnú, que se transformó en mujer para sedu-

cir a los gigantes que dominaban el mundo y robarles el *amurdon*, el precioso líquido que otorgaba la inmortalidad.

—Nada—dijo al cabo de un rato el fakir descendiendo de su observatorio,—y la media noche se acerca.

—¿Si no vendrá?—interrogó con sorda ira Tremal-Naik.

—Siento en este momento una imperiosa necesidad de matar, o de que me maten.

—Vendrá—añadió el fakir con voz tranquila.—El capitán no se dejará escapar la ocasión de saber una cosa que tanto le interesa.

—No hemos vuelto a ver al *porom-hungse*, y por esto temo que tu proyecto no se realice, ¿dónde está nuestra gente?

—Apostados en el río.

—Tampoco ellos han visto nada.

—Te engañas, Tremal-Naik—dijo el fakir,—¿no ves un hombre que se acerca corriendo?

—¿Es uno de los nuestros?

—No lo sé.

Tremal-Naik se había subido sobre la columna que le había servido de observatorio a Vindhya, y miraba hacia el río. Un hombre llegaba apresuradamente, cual si fuese perseguido, o si tuviese que comunicar alguna noticia urgente. Parecía un *dendy*, porque llevaba en una mano un bastón adornado con una borla flotante; el caminante, en vez de seguir las sinuosidades de la orilla, cruzó en medio de varios grupos de plantas que surgían a poca distancia del río y se dirigió hacia la casucha de Vindhya, continuando después su carrera hacia el templo.

—Es un emosario de Nimpor—dijo el anciano *thug*;—nos trae de seguro alguna buena nueva.

El *dendy* subió apresuradamente la escalinata y se detuvo ante Vindhya, diciéndole con voz agitada:

—¡Viene!...

—¿Quién?—preguntaron todos a una.

—El capitán.

—¡Gran Siva!...—gritó Tremal-Naik.—¡Ese hombre es mío!

—¿Viene solo?—preguntó el fakir.

—No, le acompañan seis hombres.

—¡Pues aunque sea entre mil cipayos, le mataré!—exclamó el cazador de serpientes, exaltándose.

—¿Quiénes le acompañan?

—Seis cipayos.

—¿Armados?

—Creo que sí.

—¿Ha creído al mensajero?

—Cuando viene, es prueba de que sí.

—Vamos a esperarle a la cabaña—dijo el fakir,—allí le mataremos.

—He de ser yo solo—dijo Tremal-Naik.

—Esperemos a que se vea la barca—indicó el anciano *thug*,—la cabaña se halla cerca y prepararemos pronto la emboscada.

—¡Mirad... ya viene!...—exclamó el *dendy*.

Tremal-Naik, el *thug* y Vindhya dirigieron su vista hacia el río.

A la pálida superficie de la luna se divisaba una sutil línea, que se deslizaba sobre la bruñida superficie del Ganges. Observando más atentamente, Tremal-Naik pudo distinguir seis personas; debían ir armadas de fusiles, porque brillaban a la difusa claridad sus cañones.

—Ya vienen—dijo con terrible acento.—¡Brahama, Siva, Visnú, dadme fuerza para cometer este último delito y salvar a la infeliz Ada!

—¡A la choza!—ordenó el anciano *thug*.

—¿Y tus hombres?—preguntó el fakir.

—A esta hora deben haberse reunido: nos alcanzarán prontamente.

Los cuatro indios abandonaron la escalinata de la pagoda, y a los pocos momentos llegaron a la cabaña del fakir.

—Vamos a ponernos de acuerdo—dijo Vindhya.—Yo fingiré hacer al capitán las revelaciones prometidas.

—¿Y nosotros?—preguntó Tremal-Naik.

—Os ocultáis tras aquellas esteras con los lazos preparados; cuando me oigáis toser, salís rápidamente.

En aquel instante los seis *thugs* que mandaba Tremal-Naik entraron, diciendo:

—Van a desembarcar.

—Perfectamente—contestó Vindhya,—a vuestros puestos.

En tanto que Tremal-Naik, el anciano *thug* y el *dendy* se ocultaban tras las esteras, el fakir se volvió hacia los marineros y les dijo:

—Id a emboscaros cerca de la casa y no os mováis hasta que escuchéis un pistoletazo.

Los *thugs* desaparecieron rápidamente, ocultándose entre las cañas que rodeaban a la choza.

—Ahora nos veremos, capitán—murmuró el fakir, mientras un relámpago animaba sus ojos, casi apagados.—Serás muy valiente si esta vez escapas del lazo que te tienden los sectarios de Kâli.

Se dirigió hacia la puerta y miró atentamente hacia la pagoda. Como reinaba un profundo silencio, oyó el chapoteo de los remos, el choque de la chalupa contra la escalinata del desembarcadero y poco después una forma blanca se dibujó entre una calle de tamarindos. Parecía que el capitán, para no ser reconocido, había adoptado un traje indio; en efecto, Vindhya divisó un amplio *dubgah* de tela blanca y en la cabeza una especie de turbante voluminoso que debía cubrirle parte de la cara.

El capitán se detuvo a cincuenta pasos de la casa, mirando a derecha e izquierda, cual si temiese ser espiado o caer en alguna emboscada; después, tranquilizado por el silencio que reinaba en aquel lugar, se dirigió hacia el fakir, que había salido a recibirle.

Al hallarse a unos diez pasos, volvió a detenerse; después, sacando de la cintura una pistola, la apuntó hacia Vindhya, preguntándole con voz amenazadora:

—¿Quién eres?

—El hombre que ha de hablar al capitán Macpherson.

—Tu nombre.

—Vindhya.

—Habla en tu choza y calla, pues si has abrigado intención de tenderme una emboscada, tengo dos pistolas en mi cintura y la primera bala será para ti.

—No soy ningún traidor.

—De un delator todo se puede esperar.

—¿Desconfías de mí?

—Tal vez.

—Entonces puedes volver a tu chalupa; soy un hombre leal.

—Ya lo veremos.

—¿Has traído el dinero?

—Traigo las cinco mil rupias que pides por tu delación.

—Entrad sin temores.

El capitán penetró, mirando por última vez en torno de la choza. El fakir le había precedido para encender una lámpara; apenas la luz iluminó la estancia, un grito de asombro y de ira se escapó de sus labios. El hombre que hasta entonces había tomado por el capitán, era un fornido benalgés, de aspecto audaz y fiera mirada; había dejado caer su amplio *dubgah*, mostrando la divisa blanca y roja de los cipayos indios.

—Pareces imbécil—dijo el bengalés con una sonrisa burlona,—¿por qué te asombras?

—¿Y me lo preguntas?—contestó el fakir, que a duras penas dominaba la ira que ardía en su pecho.—He creído hablar con el capitán Macpherson, y veo que estoy ante un sargento de cipayos.

—¿Creías que mi capitán iba a ser tan ingénuo que viniese aquí?...

—Tal vez tendrá miedo.

—No; es prudente.

—Ha hecho mal.

—¿Por qué?

—Porque no diré nada; sólo a él le hubiera hecho la delación.

—Soy Bhârata, el hombre de más confianza del capitán; un implacable enemigo de los *thugs*; puedes, por lo tanto, decirme lo que querías revelarle a él. Nada pierdes, porque te pagaré, y no comunicaré más que a él lo que me digas.

El fakir tuvo un momento de vacilación; después, indicando al sargento una silla, que se hallaba cerca de la estera tras la cual se ocultaban Tremal-Naik y sus compañeros, dijo:

—Siéntate y escucha.

Recorrió la estancia, miró hacia fuera, cual si temiese ser espiado y cerró la puerta, asegurándola con un cerrojo.

—¿Qué haces?—preguntó el sargento con leve tono de inquietud.

—Tomo mis precauciones—respondió el fakir con voz tranquila.

—Yo también tomaré las mías—dijo Bhârata, sacando del cinto las dos pistolas y poniéndoselas sobre las rodillas.

—Yo estoy desarmado.

—También sin armas puedes ser un traidor—contestó el sargento,—ahora, habla.

—Quiero hacerte antes una pregunta.

—Di.

—¿Es cierto que el capitán va a dirigir una expedición contra el Raimangal?

—Sí.

—¿Con una nave?

—Ya se está preparando la «Cornwall», una hermosa fragata que transporta numerosos cañones y que puede desembarcar media compañía de cipayos.

—¿Partirá pronto?

—Todo lo pronto que se pueda—respondió Bhârata,—el capitán se halla impaciente por destruir a aquellos malditos sectarios.

—Pero debe ignorar dónde se halla la entrada de los subterráneos.

—Si lo hubiese sabido, no estaría yo aquí con las cinco mil rupias; sólo sabe que se hallan en la isla de Raimangal.

—Pues yo le guiaré—dijo el fakir fingiendo una reroz sonrisa.—Aquellos malditos me han hecho tanto daño, que ardo en deseos de venganza. Pero hubiese deseado hablar con el capitán.

—No está lejos de aquí, y si tus revelaciones son importantes, te llevaré a su presencia.

—¿Por qué no viene él?

—Ya te he dicho que es prudente.

—¿Se halla bien acompañado?

—Sí; tiene gran escolta.

El fakir hizo un imperceptible gesto de ira; pero al poco

tiempo su frente se serenó, cual si hubiese adoptado una resolución rápidamente.

—Escúchame—añadió,—como antes te dije, odio a los *thugs* y especialmente al despiadado Suyodhana; hasta hace pocos días he pertenecido a su secta; pero he resuelto romper la pesada cadena que me ligaba a ellos para vengarme de los malos tratamientos que me han hecho sufrir.

—¿Qué te han hecho?

—Es inútil que te lo diga. He permanecido varios años en el Raimangal y tal vez no conoce nadie mejor que yo las *Sunderbunds* y las inmensas cavernas que sirven de refugio a los devotos de la monstruosa divinidad. Te diré lo que ha de hacer Macpherson para sorprender...

El fakir se había interrumpido bruscamente, mientras una viva inquietud se reflejaba en su rostro. Fuera, en dirección del pantano, había oído el triste aullido de un chacal. Como sabía que aquellos animales no frecuentan los parajes cercanos a la ciudad india, comprendió que podía ser un aviso de los tripulantes de la ballenera.

—Algún peligro nos amenaza—pensó,—es forzoso tener prudencia.

El sargento parecía que no había notado el aullido del chacal, creyendo tal vez que se trataba realmente de uno de aquellos animales.

—Continúa—había dicho, viendo que el fakir se detenía.

—Ya prosigo—dijo Vindhya;—si el capitán tiene intención de sorprender a los *thugs* en sus guaridas, habrá de tomar grandes precauciones para que no le descubran; si desembarca de día, no hallará ni un hombre en los subterráneos.

En aquel momento un segundo aullido, más prolongado y triste que el anterior, se escuchó fuera de la choza.

No era posible engañarse: era una señal de alarma. Vindhya fingió no preocuparse, y continuó:

—Dirás al capitán que no desembarque en el Raimangal, sino que se oculte en el canal de Gona-Souba; allí las islas abundan y podrá establecer un campamento cómodo; después...

Se interrumpió nuevamente, tosiendo con fuerza. Casi al mismo tiempo, vió agitarse imperceptiblemente las esteras y abrirse después. El sargento, que volvía la espalda a aquel ángulo de la habitación, no advirtió nada, preocupado con el relato del delator.

—Para después caer de improviso sobre el Raimangal—prosiguió el fakir.

—Como nosotros caeremos sobre ti...—gritó de improviso una voz detrás del sargento.

Este había hecho un movimiento para empuñar las pistolas que tenía sobre las rodillas; pero seis robustas manos le sujetaron, desarmaron y arrojaron en tierra.

—¡Traidores!—exclamó, tratando de librarse de ellos.

Después se le escapó un grito de asombro y de cólera.

—¡Tú, Tremal-Naik!

—Yo, Bhârata—respondió el cazador de serpientes.

—¡Miserable!

—Ya te dije que mi misión no estaba terminada.

—¡El infierno te trague!

—Calla. Estás en nuestro poder y son inútiles tus insolencias.

—Pero, ¿qué pretendéis de mí?... Si necesitas mi vida, tómala. El capitán sabrá vengarme.

—No tan pronto como crees—dijo Tremal-Naik.—En vez de amenazar, responde a nuestras preguntas si aprecias la vida.

—Haz lo que quieras. He sido tan imbécil, que he caído dos veces en tus manos. Puedes matarme.

—Nada de eso. Eres una presa demasiado preciosa para sacrificarte. Dime dónde se halla tu jefe.

—Para matarle, ¿no es cierto?—dijo Bhârata con ironía.

—Eso no te importa; dime dónde está.

—¿Dónde?... Abre la puerta y podrás verle.

—¡El aquí!—exclamaron los *thugs*.

—Sí, queridos míos; no espera más que una señal para lanzarse con sus cipayos y prenderos a todos.

—¡Potente Siva!—gritó el cazador palideciendo.

—¡Ah!... ¡ah!—continuó el sargento, riendo,—¿le creíais tan incauto que iba a caer en la emboscada?... No, canallas; él es el que os ha tendido un lazo, y dentro de poco os prenderá.

—Mientes—replicó Vindhya,—¿quieres asustarnos?

Tremal-Naik había empuñado las dos pistolas del prisionero, lanzándose hacia la puerta. Vindhya y el anciano *thug* le detuvieron.

—¿Qué locura vas a cometer?—le preguntó el fakir.

—Tal vez el capitán esté cerca—dijo el indio.

—¿Cuántos hombres le custodiarán?... ¿tú lo sabes?

—Bhârata puede haber mentido.

—O, por el contrario, haber dicho la verdad. ¿No has escuchado dos veces el aullido del chacal? Nuestros espías nos advierten un peligro.

—¿Y qué queréis hacer?

—Resignarnos y esperar otra ocasión más propicia para intentar el golpe.

—Estamos sitiados.

El fakir se encogió de hombros.

—Aunque hubiese mil hombres huiríamos igualmente. Esperadme.

El indio iba a penetrar en la estancia contigua, cuando

golpearon furiosamente a la puerta, mientras una voz amenazadora gritaba:

—¡Abrid o prendemos fuego!

—¡Mis camaradas!—exclamó el sargento.

—¡Que no responda nadie!—ordenó el fakir.—Amordazad a ese hombre y seguidme sigilosamente.

—¿A dónde?—preguntó Tremal-Naik.

—Huyamos.

—¿Es el capitán? y... ¡he de abandonarle!

—Si aprecias la vida, ven. Después entablaremos una nueva partida.

Bhârata había sido amordazado y sujeto rápidamente. A una seña del fakir, Tremal-Naik le cogió en sus brazos; luego pasaron a la estancia contigua, mientras la voz gritaba con mayor fuerza:

—¡Abrid... o moriréis abrasados!

El fakir levantó una esterilla de fibras de coco que cubría el pavimento; después una piedra, luego una plancha de metal y apareció una obscura escalinata.

—Encended antorchas—dijo al anciano *thug* y al *dendy*.

Los dos indios cogieron ramas resinosas, gruesas como el brazo de un hombre, y las encendieron rápidamente.

—Adelante—ordenó Vindhya.

Descendió por la estrecha escalera y se detuvo en una especie de cueva pequeña y húmeda, escavada cerca del pantano. Echó una mirada en derredor y dijo al *dendy*:

—Sube sobre aquel trozo de columna.

El indio obedeció.

—¿Ves un trozo de hierro empotrado en la pared?

El aludido tocó con la mano y se produjo una vibración metálica.

—La plancha está aquí—afirmó.

—Hay un botón en medio, ¿le ves?

—Sí.

—Oprime con fuerza.

El *dendy* obedeció y separóse la placa, dejando libre un pasadizo obscuro.

—¿Oyes algo?—preguntó Vindhya.

—Nada absolutamente.

—Subid todos.

—¿Y tú?—preguntó el viejo *thug*.

—Os alcanzaré pronto.

Todos se internaron en el pasadizo, llevando consigo a Bhârata, que no opuso la menor resistencia, por juzgarlo inútil.

Vindhya esperó a que sus compañeros desapareciesen y subió la escalinata que conducía a su choza, poniéndose a escuchar.

Fuera se oía a los cipayos, amenazando derruir la casucha.

Cansados de esperar, comenzaron a golpear la puerta con las culatas de los fusiles.

—Nadie os detendrá—murmuró el fakir irónicamente.—Veremos si sois capaces de descubrirnos en los tenebrosos subterráneos de la vieja pagoda.

Cogió otra antorcha, se colgó de la cintura un largo cuchillo y tornó a la bodega, deteniéndose ante la pared opuesta a la abertura. Levantó la tea y mirando cuidadosamente, empuñó el cuchillo y vibró un golpe formidable.

Una gruesa lastra de vidrio, ennegrecida por el tiempo, por el polvo y la humedad, se despedazó bajo el choque, y un enorme chorro de agua penetró mugiendo en la bodega.

—El pantano quedará seco tal vez; pero, ¿qué importa?—murmuró el fakir.—Huyamos antes de que el agua llegue a la galería y nos anegue a todos.

Mientras, sobre su cabeza, resonaban las pisadas de los

cipayos, y el agua invadía la cueva rápidamente; se encaramó en la columna y penetró en el corredor; después colocó la gruesa planta de hierro y quedó cerrada la abertura.

—Ahora buscando—dijo jovialmente,—entre perseguidores y fugitivos se interpondrá una masa de agua.

Y se precipitó en el pasadizo para alcanzar a sus compañeros.

CAPITULO XIV

EN LOS SUBTERRÁNEOS DE LA PAGODA

Aquel paraje subterráneo, desconocido indudablemente por el capitán y sus huestes, era muy estrecho, capaz apenas para que pudiese pasar un hombre, y además muy tortuoso y húmedo.

En vez de bajar, ascendía, describiendo numerosas curvas, cual si girase alrededor del estanque o de la vieja pagoda, próxima a la cabaña del fakir.

Repugnantes insectos que penetraban por las hendiduras le ocupaban, seguros de disfrutar de una tranquilidad absoluta; y a la luz de las teas se veían huir horrorizados una legión de escorpiones de todos tamaños, de cienpiés de mil puntas venenosas, arañas negras, aterciopeladas, de extraordinarias dimensiones, reptiles espantosos de aguijones punzantes con la lengua terminada por dos dardos córneos que destilan un veneno peligrosísimo.

Tremal-Naik, sin soltar a Bhârata, se había detenido en una caverna, al parecer sin salida alguna.

—No podemos seguir—manifestó a sus compañeros.—No descubro ninguna salida.

—Esperemos a Vindhya—respondió el *thug*.—Sólo él conoce estos subterráneos.

—He oído hablar de la vieja pagoda—dijo el *dendy*.

—No creo que la galería termine aquí.

—Si así fuese, estábamos perdidos—intercaló Tremal-Naik.—Los cipayos no tardarán en descubrirnos.

En aquel momento divisaron a Vinghya, que llegaba precipitadamente.

—Todo está previsto—indicó apagando su antorcha.—Estamos seguros de no ser perseguidos.

—¿Por qué?—preguntó Tremal-Naik.

—La bodega está llena de agua y no lograrán descubrir la plancha de hierro.

—¿A dónde vamos?—preguntó el *dendy*.—Aquí no hay salida.

—Sé dónde se halla.

Vindhya había cogido una tea, e iba a examinar las paredes, cuando una espantosa detonación se oyó a lo lejos. La trepidación fué tan grande, que multitud de trozos cayeron de la bóveda con gran estruendo.

Afortunadamente, los cuatro indios se habían precipitado en la galería, arrastrando consigo al prisionero.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Tremal-Naik,—¿habrán hecho estallar una mina?

—Deben haber volado mi casa—dijo Vindhya, que parecía muy inquieto.—Esto es una cosa con que yo no contaba.

—¿Descubrirán la galería?—indicó el *dendy*.

—No lo creo; pero... escuchad, ¿no oís nada?

Tremal-Naik y sus compañeros contuvieron la respiración y escucharon. Por la obscura galería avanzaba un sordo mugido que cada vez se acercaba más.

Los cuatro se miraron con inquietud.

—¿Qué ruido es ese?—preguntó el cazador de serpientes.

—No lo sé—contestó Vindhya.

—Parece que una tromba de agua llena el corredor.

—¡De agua!—exclamó el fakir aterrorizado.—Entonces han hecho saltar la plancha de hierro que nos protegía.

—¡Huyamos!—dijo el anciano *thug*.—¡Pronto, a buscar la salida.

Vindhya se había lanzado hacia un ángulo de la caverna, donde sabía que se hallaba otra plancha de hierro que obturaba la comunicación con los subterráneos de la antigua pagoda; ya había descubierto el botón que iba a separarla, cuando por la obscura galería se precipitó una verdadera tromba de agua.

El choque de aquella masa líquida fué tan violento, que los cuatro indios y el prisionero fueron a dar contra la pared opuesta. Dos antorchas se apagaron; pero el anciano *thug* había levantado la suya para que la obscuridad no fuese completa. Durante algunos segundos se sintieron arrastrar de un lado a otro por aquel furioso torrente que mugía con furia dentro de la caverna, amenazando llenarla hasta la bóveda ahogando a todos; como el agua no hallaba salida, rebotaba contra las paredes, formando verdadero oleaje, y aumentaba, haciendo insostenible la situación de los indios.

—¡Potente Siva!—exclamó Tremal-Naik, que había soltado a Bhârata.—¡Nos vamos a ahogar!... ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Han despedazado la plancha de metal, y el agua de la bodega ha invadido la galería—contestó Vindhya.

—¿Nos ahogaremos?

—No lo sé—respondió el fakir con angustia.

—Es forzoso abrir una salida para mermar el agua—dijo el anciano *thug*.

—Hay una salida; pero se halla bajo el agua.

—Tratemos de abrirla.

—Entonces la galería quedará seca y nos alcanzarán los cipayos.

—¿Qué quiere decir Vindhya?

—Que el agua penetrará en los subterráneos del templo y nos cerrará la salida.

—¿Son grandes los subterráneos?

—Inmensos.

—¿Dónde terminan?

—En el Ganges.

—Entonces el agua llegará hasta allí.

—Pero algunas galerías permanecerán inundadas.

—Trataremos de atravesarlas a nado; pronto, Vindhya, busca la salida o dentro de pocos minutos nos habremos ahogado.

—Levanta bien la antorcha—dijo el fakir,—si se apaga nos hemos perdido.

El agua continuaba chocando con furia; sin embargo, la agitación parecía menos constante; pero el nivel subía y ya les llegaba el agua hasta el pecho.

El fakir, después de mirar las paredes de la caverna, se había dirigido hacia un ángulo, y haciendo provisión de aire, se había sumergido para hallar la salida. Tres veces tuvo que salir a la superficie para respirar; pero por fin halló el botón y le oprimió con toda la fuerza de sus dedos. Casi al mismo tiempo, en aquel ángulo, comenzó un murmullo sordo que poco a poco fué en aumento. El fakir, agarrándose a las paredes, se alejaba precipitadamente para no ser arrastrado por el remolino acuoso que penetraba en la galería abierta.

—¡Nos hemos salvado!—gritó, reuniéndose con sus compañeros.—El agua se precipita por las galerías de la pagoda.

—¡Ya era hora!—murmuró Tremal-Naik.—Nuestro prisionero, que es más bajo que nosotros, estaba próximo a ahogarse.

El agua descendía lentamente, porque aún continuaba entrando nueva corriente por el pasadizo que comunicaba con la casa del fakir. Para que la caverna quedase desaguada, era forzoso esperar a que el pantano hubiese agotado toda el agua que conservaba en gran abundancia.

—Tendremos que esperar aún un par de horas—dijo Vindhya a Tremal-Naik, que le interrogaba.

—¿Y después, a dónde huiremos?

—A los subterráneos de la pagoda.

—¿Nos perseguirán los cipayos?

—Eso temo; viendo que el estanque se seca, adivinarán el camino que ha seguido el agua, y buscarán la galería.

—¿Crees que podremos librarnos de ellos?

—Sí.

—¿Y a Bhârata le llevaremos con nosotros? Temo que nos sirva más de estorbo que de utilidad.

—Es cierto—respondió Vindhya,—pero no podemos abandonarle, ¿quién sabe? puede sernos aún necesario para conocer mejor los planes del capitán.

—Puede constituir además un valioso rehén—dijo el ariano *thug*;—además, que si le dejamos aquí, puede enseñar a los cipayos el camino que hemos tomado.

—Podemos matarle—dijo el fakir.

—Sería un delito inútil—indicó Tremal-Naik.—Bhârata no es el capitán.

—Entonces le llevaremos con nosotros—terminó el *thug*.

Mientras hablaban, el agua seguía descendiendo, y al cabo de media hora les llegaba solamente a la cintura. El fakir, que se hallaba sumamente agitado temiendo la imprevista aparición de los enemigos, quiso explorar la galería

que comunicaba con su casa. Entregó la antorcha a Tremal-Naik, invitó al *dendy* a seguirle y penetró en el pasadizo, que estaba ya casi descubierto. La corriente era menos impetuosa, evidente signo de que el estanque estaba casi agotado. Era probable que los cipayos, asombrados por la falta de agua, hubiesen buscado el origen de su desaparición, llegando a descubrir la plancha metálica. Muy lentamente, porque el agua inundaba sus piernas, agarrándose a las salientes de los muros, los dos fakires recorrieron la mitad del subterráneo. Al cabo de un rato oyeron hacia el final de la galería, voces humanas; ambos se detuvieron.

—¿Oyes?—preguntó Vindhya.

—Sí—respondió el *dendy*.

—Han descubierto el pasadizo.

—¿Eso crees?

—Calla y escucha.

Una voz, que el eco transmitía claramente, había exclamado con triunfal acento:

—Aquí está la galería.

—Nos han descubierto—murmuró el *dendy*.

—Dentro de poco los cipayos nos perseguirán—prosiguió Vindhya.

—Huyamos.

—Espera. Si han hallado la entrada, distinguiremos ya la luz de sus antorchas.

Continuaron la marcha sigilosamente, y desde una curva de la galería divisaron a ciento cincuenta pasos un vivo resplandor.

Varios cipayos iban a penetrar en el pasadizo.

—¡Atrás!—ordenó Vindhya con voz ahogada;—si los pasadizos de la pagoda no se hallan libres, dentro de unos minutos nos habrán apresado.

Huyeron velozmente y llegaron a la caverna, donde los esperaban sus compañeros.

—¡Huyamos!—dijo Vindhya.

—¿Nos persiguen?—preguntó Tremal-Naik.

—Los cipayos han descubierto la entrada.

—¿Vienen ya?

—Sí, y pronto llegarán aquí.

Tremal-Naik esgrimió su puñal, y amenazando a Bhârata, exclamó:

—Ve de prisa, o te mato.

La galería que conducía a los subterráneos de la vieja pagoda, estaba bastante libre de agua. Los indios penetraron en ella, cerraron la plancha para retardar la persecución de los cipayos y caminaron resueltamente, llevando en alto la antorcha. Aquella segunda galería era más espaciosa y permitía el paso a dos o tres personas a la vez, y la bóveda era tan alta, que la luz de la tea no llegaba a iluminarla. El agua, a pesar de que no seguía entrando por haberla interceptado el paso con la plancha metálica, resonaba en la galería; a veces parecía que caía despeñándose, y su murmullo resonaba en los amplios corredores de la pagoda.

Vindhya, que conocía las tenebrosas encrucijadas, dirigía a sus compañeros y subía y bajaba sin titubear. El agua había desaparecido, y caminaban con más comodidad; durante media hora anduvieron a través de las galerías que describían cien curvas y en varios puntos de una amplia cueva, se alzaban extraños túmulos, tal vez tumbas de antiguos *radjas*.

Las paredes de aquellas cavernas se hallaban revestidas de esculturas gigantescas, representando divinidades. Las veintiuna encarnaciones de Visnú, el dios conservador, representado por enormes cabezas de gigantes, de espantosos

monstruos, de caballos con las patas adornadas de escudos y bolas, cabezas de elefante con las trompas en alto, y en el centro una enorme concha negra representaba la famosa piedra *salagraman*, un símbolo precioso para los que adoran a Visnú.

Vindhya se había detenido, porque en la parte opuesta de la caverna se veía aún gran cantidad de agua.

—El camino está cerrado—dijo con la voz temblorosa,—la galería que debía conducirnos a la segunda cueva, está inundada.

—¿Tendremos que volver?—preguntó emal-Naik.

—Esto es nuestra perdición; los cipayos deben perseguirnos.

—¿No existe ninguna otra salida?

—Ninguna—respondió el fakir acongojado.

—¿Es larga la galería que lleva al otro subterráneo?

—Tendrá unos sesenta pasos.

—Soy un buen nadador.

—También nosotros—dijeron los demás.

—¿Qué pretendéis?

—Intentar la fuga—respondió resueltamente Tremal-Naik.

—¿Y el prisionero?

—Nos seguirá si no quiere ahogarse.

Arrancó la mordaza que había puesto a Bhârata, diciéndole:

—¿Sabes nadar?

—Sí—respondió el sargento.

—Pues síguenos.

En aquel momento se escuchó una detonación que repercutió a lo largo de las galerías y en la vasta caverna.

—Habrán hecho saltar la plancha metálica para continuar la persecución.

—Apresurémonos.

Se dirigieron hacia la extremidad de la caverna y se metieron en el agua, que a causa de la inclinación del suelo se había reunido allí, obstruyendo por completo la galería que comunicaba con la segunda caverna.

—La salida se halla aquí—dijo Vindhya.

—¿Es grande?

—Sí, y muy alta; yo pasaré el primero.

—Cuidado con Bhârata—dijo Tremal-Naik.

Los cinco hombres respiraron con fuerza para hacer provisión de aire y se hundieron en el agua; al poco tiempo llegaron al corredor inundado, y nadaron vigorosamente. Durante este tiempo dos o tres veces trató Tremal-Naik de incorporarse, creyendo haber llegado ya a la segunda caverna; pero chocó con la bóveda, y a la tercera tentativa, apenas hubo hecho provisión de aire, exclamó:

—Vindhya, ¿dónde estás?

—Cerca de ti.

—¿Y los demás?

—Aquí estoy—contestó el viejo *thug*.

—Y yo también—dijo el *dendy*.

—¿Y Bhârata?...

Nadie respondió.

—¿Bhârata?—preguntó Tremal-Naik.

Tampoco contestó nadie al segundo llamamiento.

—¡Maldición!—profirió;—¡el infame ha desaparecido!...

—O se habrá ahogado—respondió Vindhya;—dejemos a los muertos y pensemos en nosotros. Si apreciáis vuestra vida, seguidme.

CAPITULO XV

LA PERSECUCIÓN

No era cosa muy fácil seguir al fakir con aquella profunda obscuridad que reinaba en la segunda caverna y hallándose desprovistos de antorchas.

Sus compañeros se hallaban sumamente perplejos no sabiendo a dónde dirigirse y viéndose obligados a nadar para continuar a flote, pues no hallaban ningún punto de apoyo.

El agua que había penetrado por las galerías se había acumulado en la caverna, a causa de la pendiente del terreno, y estaba aún tan alta, que no podían tocar el fondo.

—¿Dónde nos hallamos?—preguntó Tremal-Naik con inquietud;—me faltan las fuerzas.

—Tratad de seguirme—dijo Vindhya,—sé dónde se halla la galería que conduce al Ganges.

—¿La hallarás con esta obscuridad?

—Creo que sí.

—¿Y también estará inundada?

—No, porque debe ser más alta que la caverna.

—¿Y si no pudiésemos hallarla?

El fakir no contestó.

—Habla—insistió Tremal-Naik.

—Entonces todo habría terminado—dijo Vindhya resignadamente.

—¿Nos alcanzarían los cipayos?

—No es a las gentes del capitán lo que yo temo, sino a que nos falten las fuerzas para seguir nadando.

—Ya comienzo a cansarme—dijo el *dendy*.—Si tuviese que nadar aún media hora, caería al fondo.

—Busta la galería—dijo Tremal-Naik al fakir,—ya trataremos de seguirte.

El aludido comenzó a nadar, y cuando halló la pared de la galería, siguió paralelamente a ella para hallar con más facilidad la salida. Sus compañeros, guiados por el ruido del nadador, le seguían; aunque todos fuesen valerosos y audaces, el rumor del agua y aquella profunda obscuridad causaban deprimente impresión en su espíritu. Ya había dado la vuelta el fakir a la caverna sin hallar la salida; la desesperación aumentaba ante el temor de un peligro inminente, cuando sus pies tropezaron con un obstáculo. Alargó rápidamente una pierna y creyó subir un escalón.

—Tal vez nos hemos salvado—exclamó con acento triunfante.

—¿Has hallado la salida?—preguntó el *dendy* con voz angustiada.—No puedo más.

—He hallado un punto de apoyo—respondió Vindhya.

—¿Podemos utilizarle nosotros también?—preguntó el *thug*.

—Estoy agotado.

—Nos hallamos cerca de la galería y hay una escalinata.

—Pues a ella—dijo Tremal-Naik.

—Venid, ahora estamos salvados.

Comenzó a subir, y en breve hallaron sus manos una abertura; con un último esfuerzo llegó hasta un pasadizo.

—Venid y llegaremos a las orillas del Ganges.

—¿Ves luz?—preguntó Tremal-Naik.

—Aun no; tenemos que cruzar otras galerías y otras cavernas.

Los tres compañeros, guiados por su voz, no tardaron en hallar la escalera. Vindhya había penetrado en la galería y avanzaba a tientas, no sabiendo con precisión dónde se hallaba. Había recordado de improviso que en las cavernas existían otros parajes que jamás había explorado, y por lo tanto ignoraba si aquel corredor era el que conducía al Ganges.

—¡Qué desgracia que se hayan apagado las teas!—murmuraba,—no sé si acertaremos el camino con esta obscuridad.

Al poco tiempo chocó contra un obstáculo que cerraba, al parecer, la galería. A pesar de los escalofríos que sentían a causa de su larga permanencia en el agua, su frente se cubrió de sudor.

—¿Dónde nos hallamos?—se preguntó con angustia.—Nos hemos perdido en estos inmensos subterráneos de la pagoda.

—¿Qué ocurre?—preguntó Tremal-Naik, que había caído, no previendo aquella imprevista detención del fakir.

—El camino está cerrado—respondió Vindhya.

—¿Entonces te has engañado?

—Lo temo.

Durante algunos minutos un silencio pavoroso reinó entre ellos; aquel inesperado obstáculo que les impedía proseguir la fuga, les aterrorizaba.

—Comienzo a creer que nos hemos perdido—dijo Tremal-Naik con rabia.—¿Qué vamos a hacer?

Vindhya lanzó un suspiro.

Biblioteca Nacional de España

—Habla—respondió el cazador de serpientes,—no quiero morir, ¿me entiendes?

—No sé qué hacer—añadió el fakir,—sin luz no sé a dónde dirigirme.

—¿Qué obstáculo cierra la galería?

—No sé si es una piedra o una puerta.

Tremal-Naik sacó del cinto una pistola y con la culata golpeó repetidamente aquel obstáculo.

—Es una puerta de hierro—dijo el cazador de serpientes.—Tal vez se pueda abrir.

Recorrió la plancha con la mano, pero no halló nada; la puerta estaba perfectamente lisa.

—Nada—murmuró con voz ronca.

Reconcentró todas sus fuerzas y empezó a empujar: inútil fatiga; la puerta, que debía ser maciza, no se movió.

—Para derribarla se necesitaría una mina.

—¿Esta salida se ha cerrado hace poco?—preguntó el *thug*.

—No—respondió Vindhya,—tal vez antes comunicaba con la antigua pagoda, y ya sabéis que los subterráneos de los templos tienen puertas de hierro.

—Esta es entonces la que desemboca en el Ganges.

—No es ésta.

—Busquemos otra.

—¿Y cómo?

—Entrando de nuevo en la caverna.

—Si no la hemos hallado antes, ¿cómo vamos a encontrarla ahora?

—Probemos—dijo Tremal-Naik.—Estoy seguro de que ese paso no debe estar inundado.

—Si lo hubiese cubierto el agua, no habría aire respirable.

—La observación es justa—dijo el *dendy*.

—Vamos a buscarlo—aconsejó el anciano *thug*.

—¿Esperaremos a que desciendan las aguas?—preguntó el *dendy*;—el suelo de esta caverna es poroso y no tardará en absorberla.

—¿Y los cipayos?—preguntó el *thug*.—¿olvidas que nos persiguen?

—La galería inundada nos protege.

Como para desmentir al *dendy*, en aquel instante se escuchó a breve distancia un formidable estampido; después un relámpago iluminó la caverna. El agua, agitada por la explosión de alguna potente mina se arremolinó contra las paredes con ensordecedor estrépito, en tanto que de la bóveda caían, chapoteando, trozos de roca.

Tremal-Naik, el *dendy* y el anciano *thug* habían lanzado un alarido de terror, creyendo que la caverna se derrumbaba. Vindhya, por el contrario, estaba radiante. A aquella rápida invasión de luz, vió una segunda escalerilla que subió prontamente.

—¿Hemos descubierto al fin la salida?—exclamó.

—¡Vindhya!—gritaba Tremal-Naik.

—¡Venir!—exclamó el fakir con voz imperiosa,—los cipayos van a invadir la caverna.

Los tres indios, comprendiendo que iban a ser sorprendidos por los soldados de Macpherson, intentaron seguirle.

Por la parte de la galería que comunicaba con la primera caverna, se percibían voces humanas, y de cuando en cuando fugaces resplandores iluminaban las paredes y se reflejaban sobre el agua.

Los cipayos, destruyendo la galería para eliminar el agua, se preparaban a invadir la cueva. Escuchóse una voz que gritaba:

—¡Adelante!

Tremal-Naik había lanzado un alarido de ira.

—¡La voz de Bhârata!

—Nos ha engañado y quiere vengarse—afirmó el viejo *thug*.

Los cipayos, al escuchar las órdenes del sargento, se habían lanzado a la galería con la furia de un torrente. Iban armados de fusiles y enarbolaban antorchas.

Cuando llegaron a la caverna se detuvieron, pues el agua les subía hasta el cuello.

—¡Allí están!—se oyó decir.

Vindhya, Tremal-Naik y el *thug* habían ganado la galería pero el *dendy* se hallaba aún en el último peldaño.

Al verle los cipayos, apuntaron rápidamente y le dirigieron una descarga. El infeliz, acribillado por las balas, cayó al suelo, sin lanzar un grito.

Al oir los disparos, Tremal-Naik se había vuelto.

—¡Han matado al *dendy*!—gritó.

—¡Adelante!—dispuso Vindhya.—No es momento oportuno para ocuparse de los muertos.

Los tres indios se lanzaron a través de la galería, mientras los cipayos avanzaban a nado hasta la escalera.

Cuando los fugitivos hubieron recorrido doscientos metros, Vindhya hizo pasar delante a sus camaradas; una enorme puerta de hierro se hallaba abierta.

Este obstáculo les detendrá algunos minutos—dijo. Y cerró la puerta con estrépito.

—¿A dónde vamos?—preguntó Tremal-Naik.

—Siempre adelante—contestó el fakir.

—¿Hay algún obstáculo?

—El río no se halla lejos.

Emprendieron una carrera veloz, tropezando, empujándose, temiendo verse alcanzados por los cipayos. En el fondo de un corredor comenzaron a ver un destello de

luz y a sus oídos llegaba un ruido cual el producido por una corriente de agua.

—¿Qué ruido es ese?—preguntó Tremal-Naik.

—Es el Ganges—respondió Vindhya.

Continuaron la carrera, llegando a otro tercer subterráneo que recibía un poco de luz por una estrecha abertura que se destacaba en la elevada bóveda. Un ruido extraño les detuvo; miraron con inquietud y descubrieron las paredes tapizadas por grandes manchas negruzcas que se agitaban: eran millares de *badul* que, habituados a su soledad, protestaban contra la violación de su domicilio, reuniéndose volando por la caverna, huyendo en todas direcciones y chocando contra los tres hombres sus frías y enormes alas.

Tremal-Naik y sus compañeros cruzaron corriendo entre aquel caos de volátiles y penetraron en otra galería a cuya extremidad se escuchaba la corriente del río.

—Venid—dijo Vindhya.—¡Estamos salvados!...

La galería descendía rápidamente, y por una hendidura de la roca vieron correr el agua del Ganges

—¿Pasaremos?—preguntó Tremal-Naik.

Vindhya dió algunos pasos y se halló con que el río llegaba hasta allí, e iba a arrojarse resueltamente en sus hondas, cuando retrocedió con rapidez, haciendo un gesto de rabia.

—¿Qué pasa?—exclamó el cazador de serpientes.

—El río está vigilado por los cipayos mira.

—¡Maldición!...

CAPITULO XVI

LA MUERTE DE VINDHYA

El fakir no se había engañado. A los primeros resplandores del alba había descubierto tres chalupas ocupadas por unos doce cipayos, que esperaban inmóviles en el centro del río, cual si vigilasen la desembocadura de la galería subterránea.

Probablemente los hombres que acechaban debían ignorar el punto exacto en que terminaban los subterráneos de la vieja pagoda, porque si no, no hubiesen dudado en penetrar para cogerlos entre dos fuegos.

Tremal-Naik, al divisar las tres chalupas, se había quedado pálido; retrocedió lentamente hasta acercarse al fakir, y mirándole amenazadoramente, le dijo:

—¡Alguien nos ha hecho traición!

—Ya lo ves—respondió Vindhya.

—¿Y quién es?

—¿Y a mí me lo preguntas?

—Tú me aseguraste que nadie conocía esta galería.

—Y te lo confirmo.

—Pues mientes.

—No.

—Si así no fuese, esos hombres no se hallarían allí.

—¿Has olvidado a Bhârata?... Ese hombre nos ha perdido.

—¡Bhârata!...

Sí; él oyó nuestras palabras; me escuchó decir que el subterráneo desembocaba en el Ganges y les ha enterado de todo.

—Eso debe de ser—confirmó el anciano *thug*,—el sargento ha aprovechado nuestras confidencias para impedirnos la fuga.

—¿Y ahora qué haremos?—preguntó Tremal-Naik.

—Intentemos un golpe desesperado—respondió Vindhya; —si permanecemos aquí, caerán sobre nosotros los cipayos que nos vienen persiguiendo.

—¿No cerraste la puerta de hierro?

—A estas horas la habrán hecho saltar.

—¿Y qué intentas?

—Somos todos buenos nadadores; procuremos alcanzar la opuesta orilla.

—Si nos descubren los de las chalupas nos acribillan a balazos.

—Lo sé; pero no hay otra solución. El río arrastra siempre cadáveres, troncos de árbol, urnas funerarias, no será tan fácil que nos vean. ¡Al agua... oigo que avanzan los cipayos por la galería!...

No había tiempo que perder; se sumergieron en el agua abandonando la galería; Tremal-Naik, en vez de atravesar el río en línea recta, se dejó transportar por la corriente para no chocar con las chalupas que se hallaban ancladas a trescientos pasos de la ribera. eS sumergía cuanto po-

día resistir y contenía la respiración, de tal modo, que la sangre le silbaba en los oídos; así recorrió unas doscientas brazas; después subió a la superficie; pero en el mismo momento oyó un disparo.

—A alguno habrán herido—pensó.

Iba a sumergirse, cuando chocó contra una masa que arrastraba la corriente.

—Será algún cadáver o algún tronco—se dijo.

Lo sujetó para ocultarse detrás de él; el cuerpo con que había chocado era el cadáver de Vindhya.

El desgraciado fakir había recibido una bala en el cráneo, y la corriente se iba enrojeciendo con su sangre.

Tremal-Naik rechazó con horror aquel cuerpo y se sumergió bajo el agua; había descubierto a breve distancia la ribera, en tanto que las chalupas quedaban muy lejos de él.

Una bandada de aves acuáticas de pintados catices se elevó a su paso; el cazador de serpientes, temiendo que los cipayos sospechasen el verdadero motivo que aquella fuga, se detuvo algunos momentos entre unas flotantes hierbas, y ganando después el tiempo perdido, se lanzó por fin audazmente fuera del agua.

Cuando descansaba entre las altas hierbas, descubrió un grupo de mangos, hermosísimas plantas que crecen en las orillas del sagrado río y que producen excelentes frutas, ocultándose cuanto pudo entre los arbustos, miró hacia el río. Dos chalupas se habían acercado a la abertura de la galería por donde salían entonces algunos cipayos, probablemente los que habían atravesado los subterráneos de la vetusta pagoda; la tercera embarcación descendía por el Ganges, como si tratasen de alcanzar algo que arrastraba la corriente.

Biblioteca Nacional de España

—Buscan el cadáver del fakir—murmuró Tremal-Naik.—¿Y qué habrá sido del viejo *thug*?

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando vió agitarse unas matas, y su asombro se tradujo en estas palabras:

—¡El *thug*!

Se llevó la mano a los labios e imitó el aullido del chacal. El indio levantó la cabeza y miró hacia la ribera; había comprendido que un amigo se hallaba cerca de él: pero todavía dudaba en abandonar su acuático escondite.

—Ven—gritó Tremal-Naik;—ya no tenemos nada que temer.

El viejo se arrojó sobre la orilla.

—Nos hemos salvado—dijo;—me alegro de que hayas podido huir.

—¿Sabes que han matado a Vindhya?

—Lo sé—respondió;—cuando los cipayos le han herido, se hallaba a diez pasos de mí.

—¿Y qué haremos ahora?

—Huiremos hacia el sur.

—¿Y después?

—Buscaremos al *porom-hungse*.

—¿Y el capitán?

—No es momento oportuno para pensar en él.

—¿Y si ya hubiese partido?

—No lo creo; apresurémonos a huir antes de que las chalupas se dirijan hacia aquí, pues los cipayos registrarán toda la ribera.

—¿Conoces el camino?

—Basta seguir la dirección del río.

Iban a abandonar su escondite, cuando vieron aparecer un sacerdote brahaman, un hombre de gran estatura, luenga barba y cubierto con un manto blanco; llevaba en la

mano un vaso de metal muy brillante, capaz de contener cuatro o cinco litros de agua.

—Un importuno que viene a bañarse aquí—dijo Tremal-Naik.

—Tal vez sea una suerte para nosotros—contestó el *thug*, —ese hombre puede protegernos contra los cipayos, que no se atreverían a violar la casa de un sacerdote de Brahama. Dejémosle terminar su cometido y después le hablaremos.

El brahaman pasó al lado de ellos sin advertir su presencia; descendió lentamente por la ribera, mirando fijamente al sol, que se elevaba en el horizonte; se quitó el manto y bañó sus pies y sus manos; hecho esto recogió un poco de agua en la palma de la mano derecha, haciéndola escurrir por la muñeca, según indica el «achumunu», y después se palpó la nariz, la boca, los oídos, los ojos, el abdómen y los hombros, recitando las oraciones de rúbrica. Terminada aquella ceremonia preliminar, se sentó en la ribera, mirando consecutivamente hacia los cuatro puntos cardinales; se frotó los dientes con un trocito de madera verde, operación que los brahamanes deben hacer al salir el sol, para evitar que su alma pase en la futura metempsícosis al cuerpo de algún inmundo insecto, y después, con un poco de fango, hizo unos signos sobre su frente.

Mas aún no había terminado; los brahamanes tienen que verificar tantas ceremonias durante el día, que necesitan una gran paciencia. Después de las primeras abluciones deben recoger flores para llevar a su casa un ramito, flotarse el cuerpo con fango, después descender al río hasta que el agua llegue a su pecho, teniendo siempre la cabeza vuelta hacia oriente y entrelazando los dedos de mil modos y cubriéndose el rostro con el cabello sumergirse tres veces en las aguas sagradas.

Terminadas tan extrañas ceremonias, que causarían la hilaridad de un europeo, tienen que repetir tres oraciones y echarse agua sobre la cabeza y ofrecer por último un puñado al sol, recitando algunas otras fórmulas para asegurar su dicha en esta vida y en la otra.

Iba el brahaman a levantarse, después de beber un sorbo de las sagradas aguas, cuando el anciano *thug* se acercó, saludándole.

El sacerdote le miró y estuvo a punto de arrojar el ramillete, tal vez porque el *thug* pertenecía a una casta despreciable; pero el viejo lo detuvo con un gesto, diciéndole con arrogancia:

—Soy un sectario de Kâli y pertenezco a la casta de los guerreros (1).

—¿Qué quieres de mí?—preguntó el brahaman.

—Pedirte asilo hasta esta noche.

—¿No tienes casa?

—Sí, pero se halla distante, y mi compañero y yo nos hallamos expuestos a un gran peligro.

—¿Quién te amenaza?

—Aquellos cipayos que remontan el río.

—¿Has robado?

—No.

—¿Has matado algún hombre de mi casta o de la tuya?

—Tampoco.

—Entonces sígueme—dijo el brahaman.

—¿Estaré seguro en tu casa?

—Una pagoda es inviolable.

—¡Calla!—exclamó Tremal-Naik,—los cipayos vienen.

El viejo *thug* lanzó una rápida ojeada hacia el río; las

(1) La primera casta es la de los brahamanes, que es la más noble; la segunda la de los guerreros, la tercera los agricultores, y la cuarta los artesanos.

dos chalupas que poco antes se hallaban ante la salida de los subterráneos, atravesaban el río velozmente.

—¡Esos perros quieren cazarnos!—profirió con sorda cólera.

—Bhârata los capitanea—añadió Tremal-Naik.

—Venid—añadió el brahaman.

Mientras los cipayos bogaban hacia el sitio en que se hallaban los fugitivos, éstos se lanzaron tras el sacerdote en un pequeño bosque tras el cual se erguía una sencilla pagoda formada por una altísima cúpula coronada por una varilla de hierro en que se enroscaba una serpiente de cobre.

El brahaman subió rápidamente la escalinata, empujó la maciza puerta del templo y los introdujo en el interior, cerrando la entrada con un enorme pestillo.

—Estáis en el templo dedicado a la cuarta encarnación de Visnú—dijo;—ningún indio se atreverá a penetrar aquí sin mi permiso.

—Los cipayos están al servicio del gobierno inglés—observó Tremal-Naik.

—Pero siempre son indios ante todo—respondió el sacerdote.

El templo estaba casi despojado de ornamentos; sin embargo, en el centro surgía un monstruoso animal de metal dorado, medio hombre, medio león, que representaba a Visnú en su cuarta encarnación, cuando adopta esa forma para combatir al gigante Creniano, que había alcanzado de Brahama el privilegio de no morir ni a manos de los dioses ni de los hombres, ni ser destrozado por los animales.

El brahaman se acercó al monstruo, tocó un resorte por medio del cual se abrió una puertecilla en el vientre de la gigantesca escultura, y empujando dentro a los dos indios, les dijo:

—Ahí estáis completamente seguros; nadie os descubrirá.

El interior de aquel león se hallaba hueco y podía contener cómodamente seis personas; los ojos del monstruo, enormes y formados de una substancia muy transparente, dejaba pasar una luz ténue, pero suficiente para iluminar la concavidad. Los dos indios se acercaron a los ojos y pudieron distinguir perfectamente las paredes del templo y la escalinata que descendía desde la puerta.

El viejo *thug* hizo un gesto de satisfacción.

—Podremos observar cuanto ocurra en la pagoda.

—¿Desconfías del Brahaman?—dijo el cazador de serpientes.

—No—respondió su compañero,—odia a los ingleses, porque son los opresores de la India, e igualmente a los cipayos, porque han aceptado el vergonzoso yugo de la maldita raza blanca. Además, nos ha prometido salvarnos y cumplirá su palabra.

—¿Crees que los cipayos nos dejarán tranquilos?

—No, les obligan a seguir nuestras huellas y hasta pretenderán entrar para buscarnos.

—Entonces corremos el peligro de que nos cojan presos.

—¿Y quién supondrá que nos hallamos ocultos en el cuerpo de este animal?

—Pueden sospechar algo y despedazar la encarnación de Visnú.

—¡Ellos... los indios!... ¡Ah! ¡no cometerían tal sacrilegio!...

—Pero si bloquean la pagoda, nos obligarán a salir—dijo Tremal-Naik.

—Acabarán por cansarse.

—Pero en tanto el capitán partirá para el Raimangal.

El *thug* se quedó pensativo.

—Es cierto—murmuró,—y eso significa la destrucción de todos los secuaces de Kâli.

—Y tal vez la muerte de la niña a quien adoro—añadió Tremal-Naik ahogando un suspiro.—No, ese hombre no debe partir; es preciso que le mate para librar a la «virgen de la pagoda».

—Tal vez retrase su partida hasta que vuelvan los cipayos.

—¿Pero y si partiese?

—¿Quién te lo asegura?

—Nadie, yo lo supongo.

El anciano *thug* permaneció silencioso, no sabiendo qué responder; al cabo de un rato se golpeó la frente, exclamando con aire triunfal:

—¡Nos hemos olvidado del *porom-hungse*!

—¿El fakir del brazo imposibilitado?

—Sí.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ese hombre puede salvarnos.

—¿De qué modo?

—No lo sé; pero tengo gran confianza en el viejo Nimpor. Es un fakir temido y respetado, que sabe hacerse respetar de las demás sectas de fakires y encantadores de serpientes.

—Advirtámosle nuestra peligrosa situación y verás cómo halla medio de hacernos salir de aquí y de libertarnos.

—¿Y quién se encargará de avisarle?

—El brahamán.

—¡Ah!

En aquel momento un sonoro golpe retumbó en la pagoda.

—¡Los cipayos!—exclamó el *thug* estremeciéndose.

—¡Silencio!—exclamó Tremal-Naik.

CAPITULO XVII

LA LIBERACIÓN

El brahaman debía esperar aquella visita, porque apenas el golpe había resonado en la pagoda, cuando se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

Tremal-Naik y el anciano *thug* espiaban sus movimientos tras los transparentes ojos del monstruo en que se ocultaban.

El sacerdote separó el grueso pestillo y abrió lentamente la puerta, extendiendo el brazo para impedir el paso en el templo.

Cuatro cipayos, armados de fusiles, se presentaron precedidos de un sargento que Tremal-Naik y su compañero reconocieron en seguida.

—Perdonadme, sacerdote de Brahama, el haberos importunado; creí hallar aquí dos hombres que desde ayer noche venimos persiguiendo.

—¿Y venís a buscarlos a esta pagoda?—preguntó el brahaman con acento creciente.

—Sospechamos que se han refugiado aquí—dijo Bhârata;—hemos seguido sus huellas, y si no nos hemos engañado, los dos indios deben hallarse en los alrededores de la pagoda.

—Aquí no ha entrado nadie.

—¿Estás seguro?

—No he visto a nungún hombre, y podéis ir a buscarlos a otro sitio.

Y diciendo esto, hizo ademán de cerrar la puerta. Bhârata, a quien no habían convencido las palabras, le impidió continuar.

El brahaman arrugó la frente.

—¡Y tú te atreves!...

—No me atrevo a nada—respondió el sargento con resolución,—busco a esos dos hombres solamente.

—¿Qué pretendes?

—Registrar la pagoda.

—¡Hombres armados en un templo dedicado a Visnú, el dios conservador que todo indio teme y adora!...

—Dejaremos lar armas de fuego si tú quieres; pero entraremos.

—Haced lo que queráis—contestó el brahaman, temiendo aumentar las sospechas del sargento.

—Gracias—respondió lacónicamente Bhârata.

Hizo dejar las armas de fuego a su gente, y volviéndose hacia un segundo grupo de cipayos que se hallaba fuera, dijo:

—Rodead la pagoda, y si véis huir a alguno, disparad.

Dicho esto, entró en el templo, teniendo su mano sobre el sable, pronto a desenvainarlo en caso preciso.

La pagoda ofrecía pocos sitios en qué ocultarse; los cipayos registraron todos los ángulos, golpearon las piedras del pavimento para convencerse de que no había subterrá-

neos, y por último se detuvieron ante la monstruosa estatua del dios. Bhârata hubiese querido tal vez cerciorarse de que estaba vacía; pero no se atrevió a cometer tal profanación. El también era indio, y aunque se hallaba desde hacía muchos años al servicio del capitán, no había renunciado a su religión.

—¿Me aseguras que ningún hombre se ha refugiado en esta pagoda?—preguntó nuevamente al brahaman.

—Ninguna persona ha entrado—respondió tranquilamente el sacerdote.

—Pues aquellos dos indios deben hallarse ocultos en estos alrededores.

—¡Buscadlos!

—Lo haré; puedes estar seguro de ellos. Adiós, sacerdote de Brahama.

Los cipayos salieron lentamente del templo, lanzando en torno suyo miradas investigadoras.

El brahaman esperó a que se hubiesen alejado; después cerró la puerta y se puso a observarlos por un disimulado ventanillo oculto entre una cabeza de elefante esculpida en un trozo de piedra negra.

—¡Ah!—murmuró después de breves instantes.—¡Se disponen a bloquear la pagoda! Haced lo que queráis; si sois pacientes, nosotros también lo seremos.

Dejó el observatorio y se dirigió hacia la monstruosa divinidad, abriendo la portezuela, por donde aparecieron las cabezas de Tremal-Naik y del anciano *thug*.

—Por ahora nada tenéis que temer—dijo el brahaman.

—¿Se han ido?—preguntó Tremal-Naik, que comenzaba a respirar libremente.

—No, bloquean la pagoda.

—¿Sospechan aún?

—Temo que sí.

—¿Crees que se irán pronto?

—Lo dudo.

—¿No hay medio de huir?

—No.

—¿Existe algún subterráneo que comunique con el campo? —preguntó el viejo *thug*.

—Esta pagoda no tiene ninguno.

—Sin embargo, es preciso que huyamos—dijo Tremal-Naik.

—Si salís os prenderán—añadió el sacerdote.

—Escucha—indicó el *thug*,—¿tienes un hombre fiel?

—Sí, el muchacho que me trae las viandas.

—¿Cuándo vendrá?

—Dentro de poco.

—¿Conoce la ciudad india?

—Ha nacido en ella.

—Es preciso que vaya a buscar a un *porom-hungse* llamado Nimpor. El nos salvará.

—¿Dónde se halla?

—En la pagoda consagrada a Krisna. Le llaman el fakir de la flor, pues tiene una plantita en su mano izquierda.

—Enviaré a buscarle—repuso el brahaman,—¿Qué deben decirle?

—Que sus amigos Tremal-Naik y Moh se hallan bloqueados por los cipayos en esta pagoda.

—¿Nada más?

—Que están mandados por el sargento del capitán Macpherson.

—Antes de la noche tendréis noticias del fakir, os lo prometo.

Les presentó un recipiente lleno de arroz y de peces, una botella de jugo de *tody* y algunos bananos de la pequeña y exquisita especie que constituye el alimento pre

dilecto de los rabíes y de los sacerdotes de Brahama, por lo que los botánicos modernos llaman al árbol que los produce *musa sapientium.*

Deseó a los prisioneros buen apetito y les encargó que descansaran sin cuidado.

Tremal-Naik y Moh, que estaban hambrientos, se apresuraron a despachar las provisiones; después se acomodaron lo mejor que pudieron, conservando los puñales en la mano y se durmieron plácidamente.

Hacía algunas horas que descansaban, cuando despertaron sobresaltados temiendo una traición.

La obscuridad había invadido por completo la pagoda; pero por fin distinguieron al brahaman.

—Ha vuelto el muchacho—dijo.

—¿Ha encontrado al *porom-hungse*?—preguntaron los prisioneros.

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que esta noche os libertará.

—¿Cómo?

—Lo ignoro aún; pero me ha ordenado iluminar el templo y que esté dispuesto para recibir una procesión, a fin de celebrar el *madan-pongal.* Ayer en todas las casas de la ciudad india festejaron el *poerum-pongal.*

—¿Vendrá, pues?

—Sí, y creo adivinar el plan del *porom-hungse*—dijo el sacerdote.

—¿Cuál es?

—Transportaros dentro del dios que bañará en las aguas del Ganges.

—¿Sabe Nimpor que nos hemos escondido dentro de la divinidad?

—He encargado al muchacho que se lo dijera.

—Debe de ser ya tarde—añadió Moh.

—El sol se oculta.

—¿Y los cipayos?

—Vigilan desde fuera—respondió el sacerdote,—pero los defraudaremos.

—¿No se opondrán a la celebración de la fiesta?

—¡Que prueben, si se atreven! Nadie, ni aun las autoridades inglesas, pueden impedirnos las ceremonias de nuestro culto.

—Subo a la cúpula para ver si distingo al *porom-hungse* y a sus secuaces.

Cerrando de nuevo el ídolo, fué a espiar a los cipayos que acampaban a corta distancia de la pagoda y subió después por una escalerilla que circunvalaba la cúpula hasta lo más alto de ella.

Desde allí la mirada abarcaba una inmensa extensión. A los últimos rayos del sol poniente, el brahaman contempló las espléndidas riberas del río gigante, la campiña extendida tras la pagoda, los bosques de cocoteros, las plantaciones de añil y de algodón y los arrozales. A lo lejos divisó la ciudad blanca y la negra, muellemente reclinadas en la siniestra orilla. El sol descendía entre un océano de fuego, haciendo llamear con sus últimos rayos las aguas del sagrado río y las cúpulas de las innumerables pagodas se destacaban entre el verde intenso de las palmeras, de los tamarindos y de los bananos.

En el radiante horizonte volaban nubes de marabúes, los fúnebres pájaros del Ganges, que se alimentan de los cadáveres que los indios abandonan a la sagrada corriente para que los conduzca al paraíso de su divinidad.

En el agua vagaban graciosamente barcas de todas las formas, escuchándose las monótonas cantinelas de los remeros.

El brahaman, después de contemplar las orillas del río, fijó su vista sobre un grupo de chozas medio sepultadas entre las palmeras y los arbustos que las rodeaban. Una larga hilera negra serpenteaba entre los arrozales y avanzaba lentamente; parecía, vista desde aquella altura, una hilera de hormigas; pero el brahaman adivinaba que era una procesión.

—Ya están aquí—murmuró.

Continuó mirando durante un rato y comenzó a oír un lejano clamor.

Se escuchaban humanas voces confundidas con el estridente ruido de los tan-tan, de los tamboriles, de los *hulok* y de las trompas.

—Vienen—repitió el brahaman.

Inclinóse sobre la barandilla de hierro que circundaba la cúpula y miró a los cipayos.

Las tropas de Macpherson, al oír los lejanos clamores, habían abandonado sus improvisadas cabañas, empuñando los fusiles, cual si temiesen algún asalto.

—Preparemos el *pongal*—dijo el sacerdote.

Y con una maza de madera, recubierta de cuero, comenzó a golpear furiosamente un gigantesco disco metálico, o sea un tan-tan.

La plancha sonora vibró intensamente, turbando el silencio que reinaba en torno de la pagoda, repercutiendo en los arrozales y en los bosquecillos cercanos.

El brahaman continuó produciendo aquella música ensordecedora; pero al ver que acudían los indios de los alrededores, bajó al templo y abrió la puerta.

Bhârata, acompañado de dos cipayos, estaba en la gradería.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Nos preparamos a celebrar el *madan-pongal*—respondió el sacerdote.—¿No oyes los mugidos de las vacas?

—¿Entrará mucha gente en la pagoda?

—Claro que sí.

—Pues no lo permitiré.

El brahaman cruzó los brazos sobre el pecho y, mirando al sargento, dijo con voz tranquila:

—¿Y desde cuándo los cipayos y el gobierno inglés se permiten impedir las ceremonias indias?

—Hay dos hombres ocultos en tu pagoda—respondió Bhârata,—y entre el gentío pueden escapar.

—Búscalos antes de que los fieles secuaces de Visnú lleguen aquí.

—No sé dónde se hallan.

—Pues yo menos.

Después, sin cuidarse del sargento, se volvió a diez o doce aldeanos que habían acudido al ruido del tan-tan

—Encended el fuego para el *pongal*—les dijo.

—No permitiré que la gente penetre en la pagoda—manifestó Bhârata.

—Prueba a hacerlo—respondió el brahaman.

Después le volvió la espalda, penetrando en el templo.

En tanto, los campesinos habían encendido una gigantesca hoguera en la base de la escalinata y habían vuelto a sus hogares a coger las ollas de arroz y leche, a fin de preparar todo lo necesario para el *madan-pongal*.

Esta ceremonia, que se celebra en el décimo mes de *tai*, correspondiente a Enero, es una de las que más fielmente practican los indios. Se destina a celebrar la vuelta del sol al hemisferio septentrional, y dura dos días.

La fiesta que se solemniza el primer día se llama *poerum-pongal*, y se festeja dentro de las casas. Se ponen a hervir ollas llenas de leche purísima con arroz, y cuando el lí-

quido cuece, se verifican los augurios; pero antes se purifica el hornillo con estiércol de vaca. El arroz se sirve a los individuos de la familia y a cuantos presencian la ceremonia.

La segunda fiesta se denomina *madan-pongal*, o sea, la fiesta de las vacas, animales sagrados en la India.

Escogen hermosos ejemplares de ganado vacuno, les doran los cuernos, adornan sus colas con guirnaldas de flores y los conducen procesionalmente por la campiña, precedidos y escoltados por multitud de músicos, fakires, encantadores de serpientes, bayaderas y sacerdotes. Delante de las pagodas les dan a comer el arroz hervido en leche. Alimentadas las vacas, se mata un animal, escogido para la fiesta: unas veces es un caballo, otras un buey, otras un tigre, y otras simplemente un ratón, después de haberle dejado en libertad para ver qué camino toma. De la dirección que siguen, se deducen buenos o malos augurios.

Durante esta ceremonia, hasta los sacerdotes intentan conocer los acontecimientos futuros, en tanto que los que han tomado parte en la fiesta, cambian regalos y felices vaticinios para un buen *pongal*.

CAPITULO XVIII

¡DEMASIADO TARDE!

Las grandes vasijas colmadas de leche comenzaban ya a hervir cuando la procesión, guiada por el astuto *poromhungse* llegó ante la pagoda. Se componía de músicos, danzantes, encantadores de serpientes, fakires, *dondys*, *manekpunthy* y *abd-hut*, especie de santones, cubierto el cuerpo con signos pintados con variedad de tintes.

Delante de todos avanzaban las *nartachi* o bayaderas de la pagoda, hermosísimas jovencitas cargadas de collares y brazaletes de oro y plata, y adornadas de flores; seguían los músicos, que soplaban desesperadamente en los *bansi*, especie de flautas terminadas en una especie de pico que, en lugar de colocarse entre los labios, se lo introducen en la nariz, produciéndose notas agudísimas; no faltaban tampoco los tamborileros y los enormes *hamk*, tambores adornados con crines y plumas que sólo se tocan durante las ceremonias religiosas. Aquella muchadumbre delirante se dirigió casi corriendo hacia la pagoda, conduciendo triun-

Biblioteca Nacional de España

falmente las vacas, para las que se reservaba el arroz con leche, y al llegar a la escalinata formaron un amplio semicírculo, obligando a los cipayos a desalojar aquel sitio. Las *nartachi*, a una seña del *porom-hungse*, invadieron aquel espacio, y mientras la orquestae redoblaba el estruendo, comenzaron a ejecutar danzas a la luz de numerosas antorchas que habían encendido los fakires.

—Nimpor esperó que terminasen, y después, mientras los fakires conducían delante de las ollas de leche a las vacas, subió la escalinata del templo y se acercó al sacerdote brahaman, que estaba de pie tras la puerta.

—Sacerdote de Brahama—le dijo inclinándose,—el humilde *porom-hungse* se dirige a ti para obtener el permiso de conducir procesionalmente la estatua de Visnú que adoras en tu pagoda; todos los fakires que me siguen desean bendecirla en las sagradas ondas del Ganges.

—Los fakires son hombres santos—dijo el brahaman,—si tal es su deseo, entrad en el templo y llevad a la ribera del río la estatua del dios.

—No—intercaló una voz cercana;—nadie entrará en la pagoda fuera del brahaman.

El *porom-hungse* se volvió, hallándose de frente a Bhârata.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Ya lo ves, un sargento de cipayos.

—¡Ah! es cierto, un indio que ha vendido sus servicios a los opresores de la patria—replicó Nimpor con ironía.

—¡Calla, *porom-hungse*, tu lengua es demasiado atrevida!

Nimpor se volvió, e indicando al sargento la muchedumbre que llenaba los alrededores de la pagoda, dijo con acento amenazador:

—¡Mira, casi todos son fakires: ya sabes que ellos no temen a la muerte! Impídelos entrar en el templo, y los verás enfurecerse como a tigres de la *jungla*. Nadie se ha atre-

vido a prohibir nuestras ceremonias religiosas, ni aun los ingleses, y no sufriremos restricciones de tus cipayos. Además, mira, cuéntalos, son quinientos, y tú no tienes más que doce hombres.

Bhârata creyó oportuno no responder. Sabía que los fakires no se hubieran detenido ante los doce fusiles y que sus soldados no hubiesen podido resistir un asalto de tan numerosos fanáticos hizo un gesto de despecho y dejó el campo libre, retirándose a otro lado de la escalinata.

El *porom-hungse* aprovechó aquel momento para llamar a veinte fakires para que entrasen en el templo.

Todos estaban provistos de una especie de lanzas que en un momento podían convertirse en instrumentos de defensa para exterminar a los cipayos si éstos hubiesen intentado estorbar sus planes.

La estatua del dios fué elevada y transportada fuera de la pagoda; los fakires que habían quedado fuera saludaron a la encarnación de Visnú con ensordecedores gritos, mientras los músicos reanudaban la orquesta y las *nartachi* sus maravillosas danzas.

—¡Adelante!—ordenó el *porom-hungse* con voz resuelta.

Los fakires que sostenían al monstruoso animal sobre sus garfios de hierro, descendieron la escalinata, caminando hacia la orilla del Ganges, precedidos de las *nartachi*, de los músicos, de los encantadores de serpientes y de todos los fanáticos, que se agolpaban en torno de las vacas.

El sargento de los cipayos, no pudiendo suponer que en el vientre del monstruo se ocultasen los *thugs*, no habían abandonado los alrededores de la pagoda, hallándose aún convencidos de que el brahaman los habría ocultado en algún subterráneo.

El *porom-hungse*, satisfecho con el buen resultado de su estratagema, guió a aquella turba bulliciosa hasta las

Biblioteca Nacional de España

riberas del Ganges, escogiendo un lugar que se hallaba cubierto de plantas y cañaverales. Con un enérgico gesto, ordenó a las *nartachi* y a los músicos que se detuvieran a cincuenta pasos del sagrado río, para que entretuviesen con sus danzas a los encantadores, fakires y fieles, y después, con sus aliados, que eran los que transportaban el enorme animal, penetró entre las cañas y lotos que esmaltaban la ribera. El dios fué colocado de modo que el agua bañase solamente la base, y apretó apresuradamente el botón que abría la plancha metálica.

—¡Pronto, salid!—dijo Nimpor.

Tremal-Naik y el viejo *thug*, que comenzaban a entumecerse en aquella incómoda prisión, se apresuraron a echarse entre las cañas y las plantas de loto.

—Volved a la pagoda—ordenó el *porom-hungse* a los fakires.—El dios ya ha sido bañado por las ondas del sagrado río.

Los veinte hombres volvieron a elevar el monstruo y volvieron a donde estaban los músicos y las *nartachi*. El numeroso cortejo se reorganizó prontamente y tomó de nuevo el camino de la pagoda entre los fragorosos acordes.

El *porom-hungse* había permanecido acurrucado a la orilla del río, cual si se bañase. Cuando el cortejo se alejó, levantóse, exclamando:

—¡Venid pronto!

Tremal-Naik y el viejo *thug* le siguieron hasta unas matas espesas.

—Gracias por tu intervención—le dijo Tremal-Naik;—si no es por ti, aun nos hallaríamos encerrados en el vientre de Visnú.

—Dejad las gracias y pensemos en el capitán—respondió Nimpor.

—¿Tienes noticias suyas?—preguntó Moh.

—Sí, y malas para vosotros y para Suyodhana.

—Explícate—interrumpió Tremal-Naik.

—Temo que mañana al amanecer parta hacia las *Sunderbunds*.

—¡Potente Siva!—exclamó Tremal-Naik palideciendo.

—Hoy ha tenido la «Cornwall» encendidas continuamente las calderas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Hider.

—Entonces todo está perdido.

—Aun no; es forzoso correr a la ciudad blanca y asegurarnos de que parte definitivamente.

—No perdamos un solo instante. ¿Dónde está anclada la fragata?

—Cerca del fuerte William.

—Es preciso ir allí.

—¿Está muy lejos?

—A corta distancia os aguarda la ballenera—dijo el *porom-hungse*.

—¿Se han salvado nuestros hombres?

—Sí.

—Vamos—ordenó Tremal-Naik.—Si la «Cornwall» ha partido, pierdo a mi Ada; pero vosotros perderéis a todos los jefes de vuestra secta.

Los tres siguieron la orilla del río, en tanto que a lo lejos se escuchaban las trompas y los tambores de la procesión.

Al poco rato Tremal-Naik y sus compañeros divisaron la ballenera en que esperaban sus tripulantes.

—¿Ronda por aquí algún cipayo?—preguntó el *thug*.

—Ninguno.

—¿Creéis que podremos llegar al fuerte William antes de amanecer?—preguntó el cazador de serpientes.

—Con gran esfuerzo, es posible.

—Cincuenta rupias si lo conseguís — añadió el *porom-hungse*.

—Gracias; basta con tu bendición—respondieron.

La ballenera separóse rápidamente de la orilla y descendió por la corriente del río con la velocidad de un «steamer».

El anciano *thug* manejaba el timón, y a un lado se sentaban Tremal-Naik y el *porom-hungse*.

Como el río estaba desierto a aquella hora, la ballenera bogaba sin temor y los *thugs* remaban con tal fuerza, que los músculos de sus brazos parecían próximos a estallar.

Tremal-Naik y el *porom-hungse* habían reanudado la conversación.

—¿Viste tú mismo a Hider?—preguntó el cazador de la jungla negra.

—Sí.

—¿Está seguro de que el capitán partirá al amanecer?

—Todo lo confirma. Hider vió embarcar dos compañías de infantería, cañones y una considerable cantidad de armas y víveres. Además, la máquina estaba encendida.

—¿Se hallaba a bordo el capitán?

—No lo sabía.

—¿Hay dos afiliados en la fragata?

—Sí.

—Ellos me ayudarán en la empresa—dijo Tremal-Naik.

—¿Qué pretendes?

—Embarcarme en la fragata.

—¿Quieres matarle allí?

—No hallo otro medio.

—Será difícil, mas...

—Estoy resuelto a todo.

—¿Crees que una vez muerto el capitán no seguirá la expedición?

—No, porque él es el alma de la empresa.

—¿Y si la nave hubiese ya partido?

—Visnú me protegerá.

—¿Qué quieres decir?

—Que iré al Raimangal a esperar a Macpherson.

—Llegarías demasiado tarde; pero...

—Continúa.

—¿Sabes que la cañonera en que está embarcado Hider va a zarpar?

—¿Para dónde?

—Para Gelan.

—¿Y qué?

—Debe partir esta tarde.

—No te comprendo.

—Digo que en el caso de que la «Cornwall» hubiese levado anclas, podrías embarcarte en la «Devonshire»; la cañonera debe correr más que la fragata.

—¿Podré embarcarme?

—Ya lo pensará Hider, en el caso en que tengas que emplear la «Devonshire».

Mientras hablaban, la ballenera descendía por el Ganges con increíble rapidez.

En las naves ancladas se oían monótonas canciones y por oriente el alba comenzaba a iluminar el horizonte.

Tremal-Naik se había puesto de pie; sus miradas se dirigían al fuerte William, que se destacaba en la semi-obscuridad.

—¿Dónde está la fragata?

—Allí, mira: delante de la segunda catarata del fuerte—gritó el *porom-hungse*.

Tremal-Naik miró en la dirección indicada y descubrió la hermosa nave, de cuyas chimeneas salía denso humo. En la toldilla se veían numerosos soldados y marineros; a

primera vista, se adivinaba que aquel buque se aprestaba a partir. Tremal-Naik lanzó un aullido, como una fiera herida.

—¡Huye!... ¡pronto!... pronto, o se pierde todo.

El *porom-hungse* había hecho un gesto de cólera, murmurando.

Los *thugs* redoblaron sus esfuerzos y la ballenera, impulsada por tan robustos brazos, bogó velozmente.

—¡Pronto!... ¡pronto!...—gritaba Tremal-Naik fuera de sí.

—Es inútil—afirmó el viejo *thug* abandonando el timón.

La fragata descendía majestuosamente, vomitando humareda y lanzando agudos silbidos; los tripulantes de la ballenera, exánimes, habían soltado los remos y miraban con ojos feroces a la nave, que pasaba a dos metros de la chalupa. Casi en el mismo instante vieron que Tremal-Naik se apoderaba de un fusil y apuntaba hacia el barco.

Un hombre había aparecido sobre el puente y el cazador le había reconocido.

—¡El capitán!—había gritado con voz estridente.

Iba a disparar cuando el *porom-hungse* le arrancó el arma bruscamente.

—No cometas tal temeridad. ¿Quieres perdernos a todos?

Tremal-Naik se había vuelto con el puño levantado y los ojos llameantes.

—¿No le has visto?

—Sí—respondió Nimpor con voz tranquila.

—¡Pude matarle!

—¿Y si hubieses errado el golpe?

—Es cierto—murmuró el cazador.

—Aun puedes salvar a nuestros hermanos—continuó el fakir.—¿Has olvidado a Hider?

Tremal-Naik no contestó; parecía aniquilado.

—A la ribera—ordenó el *porom-hungse*.

La ballenera viró en redondo y se aproximaba a la orilla cuando un marinero que se ocultaba tras unas casuchas se acercó a la ribera, diciendo:

—¡Pronto, desembarcad!

Era Hider. Tremal-Naik, al escuchar aquella voz, se había puesto de pie y saltado sobre la gradería de la orilla.

—¡Ha partido!—gritó acercándose al marinero.

—Lo sé.

—Pero tu cañonera va a marchar, ¿no es cierto?

—Sí, esta noche.

—Entonces aún no se ha perdido todo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el contramaestre con asombro.

—Que podemos alcanzar a la «Cornwall».

—¿De qué modo?

—Con la «Davonshire»—respondió Tremal-Naik con acento resuelto.

Hider le miró sin responder; creía que el indio se había vuelto loco.

—¿Me has comprendido?—interrogó el «cazador de serpientes» muy exaltado.

—No, te lo juro.

—Tu cañonera, ¿no es más veloz que la fragata?

—Sí.

—Entonces alcanzaremos la nave del capitán y la echaremos a pique.

—¿Echarla a pique? ¡qué locura!

—¿Lo crees imposible?

—Por lo menos dificilísimo, y además, yo no mando la «Devonshire». Si quisiese intentar algo, el comandante me ataría de pies y manos.

—Yo tengo mi plan: ¿cuántos afiliados hay a bordo de la cañonera?

—Somos seis.

—¿Cuántos hombres tiene la dotación del barco?

—Treinta y dos—respondió Hider.

—Es forzoso embarcar otros diez afiliados.

—¡Eso es imposible!

—Nada lo es si se quiere—dijo el *porom-hungse*, que había asistido a aquel coloquio;—Tremal-Naik es el enviado de Suyodhana; de modo que haz lo que quieras.

—Que me diga qué he de hacer para embarcarlos y obedeceré—dijo el contramaestre.—Estoy pronto a intentarlo todo para salvar a nuestros hermanos de las *Sunderbunds*.

CAPITULO XIX

INGLESES Y ESTRANGULADORES

La media noche sonaba en los relojes de la ciudad inglesa cuando la «Devonshire» abandonaba a todo vapor el fuerte William, descendiendo por la obscura corriente del Hugli.

La noche era tenebrosa, sin estrellas ni luna; solamente hacia el norte se distinguía un extraño resplandor, debido a los millares y millares de luces que iluminaban las ciudades blanca y la negra que forman Calcuta.

El capitán, desde el puente, ordenaba las maniobras, y la tripulación iba y venía afanosamente.

Ya había desaparecido Kiddepur entre las tinieblas, cuando un hombre que hasta entonces había manejado la rueda del timón, atravesó poco a poco el puente, diciendo sigilosamente a un indio:

—Apresúrate.

—Estoy pronto, Hider—contestó el otro.

Pocos minutos después, los dos indios descendían la es-

calerilla que conducía a la cámara común, que en aquel momento se hallaba desierta.

—¿Y qué?—preguntó brevemente Hider.

—Nadie ha sospechado nada.

—¿Has contado los botes?

—Sí, son diez.

—¿Dónde los has colocado?

—Bajo popa.

—¿Reunidos?

—Sí.

—¿Has advertido a los demás?

—Estamos todos pronto. A la primera señal se echarán sobre los ingleses.

—Es forzoso obrar con prudencia; estos hombres son capaces de prender fuego al polvorín y hacer saltar el barco.

—¿Cuándo se dará el golpe?

—Esta noche, después de que hayamos propinado un fuerte narcótico al capitán.

—¿Qué hemos de hacer en tanto?

—Mandarás dos hombres a que se apoderen de la sala de armas, y luego, junto a la caldera de la máquina, necesitaremos valernos de tu habilidad.

Hider volvió sobre cubierta. El capitán paseaba fumando un cigarrillo.

—¡Pobre capitán!—murmuró,—no mereces lo que vamos a hacer contigo.

Y se dirigió hacia popa, deteniéndose ante el camarote del comandante. La puerta se hallaba entreabierta; entró y se acercó a una mesita sobre la cual había una botella de cristal llena de limonada.

Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios.

—Todas las mañanas la botella está vacía; de modo que el capitán bebe siempre antes de acostarse.

Sacó del pecho un frasquito muy pequeño, del que vertió tres gotas. La limonada se volvió rosada al pronto; pero después adquirió su tinte ordinario.

—Dormirá dos días—dijo el *thug*;—vamos a buscar a los amigos.

Bajó a la bodega, y hacia popa oyó como el crujido de cargar un arma de fuego.

—Tremal-Naik—llamó el *thug*.

—¿Eres tú, Hider?—preguntó una voz ahogada;—abre, que aquí dentro nos asfixiamos.

El contramaestre cogió una linterna ciega escondida allí de antemano y se acercó a unos cuantos toneles colocados unos sobre otros; levantó las tapas y salieron medio asfixiados los once estranguladores. Tremal-Naik se lanzó hacia Hider, preguntándole:

—¿Y la «Cornwall»?

—Corre hacia el mar.

—¿Hay esperanza de alcanzarla?

—Sí, si la «Devonshire» acelera la marcha.

—Es preciso abordarla, o perderé a mi Ada.

—Antes es forzoso que nos hagamos los amos de la cañonera.

—¿Tienes algún plan?

—Sí.

—Habla pronto.

—Cálmate.

—Dime cuál es.

—Ante todo, nos apoderaremos de la máquina.

—¿Hay *thugs* en la cámara de la caldera?

—Tres; entre todos no tardaremos mucho en maniatar al ingeniero.

—¿Y después?

—Iré a ver si el capitán ha bebido el narcótico que le

vertí en su limonada; si es así, entraréis ya en juego, y en cuanto yo silbe, subiréis al puente; los ingleses, asaltados de improviso, se nos entregarán.

—¿Se hallan armados?

—No tienen más que sus cuchillos.

—Apresurémonos.

—Estoy pronto; voy a maniatar al ingeniero.

Apagó la linterna y volvió a subir al puente en el momento en que el capitán se retiraba a su camarote.

—Todo marcha bien—murmuró el *thug*.

Cargó su pipa y se dirigió a la cámara de la máquina. Los tres afiliados se hallaban en su puesto, ante los hornos; el ingeniero fumaba y leía.

Hider, con una rápida ojeada, indicó a los sectarios que había llegado el momento; se acercó a la linterna, que suspendida del techo precisamente sobre la cabeza del ingeniero se hallaba.

—Permitidme, sir Kuthingon, encender la pipa—dijo el contramaestre,—sobre cubierta corre un viento que apaga la yesca.

—Con mucho gusto—respondió el ingeniero.

Se levantó para dejarle libre el paso, y casi al mismo tiempo el estrangulador le sujetaba por la garganta con tal fuerza, que le fué imposible emitir el menor sonido; después le arrojó de un golpe sobre la mesa.

—¡Dejadme!—pudo apenas articular el desdichado inglés.

—Silencio y no te pasará nada—respondió Hider.

Y a una señal suya, los *thugs* le ligaron y amordazaron, echándole tras un montón de carbón.

—Que nadie le toque—dijo el contramaestre,—y ahora vamos a ver si el capitán ha bebido el narcótico.

—¿Y nosotros?—preguntaron los afiliados.

—No os mováis de aquí, bajo pena de muerte.

—Está bien.

Hider subió sobre cubierta. La cañonera caminaba entre dos riberas completamente desiertas; los marineros miraban distraídamente la corriente; el oficial de cuarto paseaba charlando con el maestro-cañonero. Hider, muy satisfecho, se frotó alegremente las manos y volvió a popa, bajando la escotilla sigilosamente. Cerca del camarote del capitán se detuvo y oyó roncar profundamente; abrió la puerta y vió que el capitán había bebido casi toda la botella de limonada.

—No le despierta ni un cañonazo—dijo el indio.

Salió precipitadamente, descendiendo a la bodega.

Tremal-Naik y sus compañeros le esperaban, con las pistolas en la mano.

—¿Qué hay?—preguntó el «cazador de serpientes».

—La máquina es nuestra y el capitán ha bebido el narcótico—respondió Hider.

—¿Y la tripulación?

—Se halla sobre cubierta, sin armas.

—Vamos.

—Precaución, compañeros; hay que cogerlos entre dos fuegos para impedir que se atrincheren bajo el castillo de proa. Tú, Tremal-Naik, permanece aquí con cinco hombres y al primer disparo subid al puente.

Hider empuñó una pistola en la mano derecha y un machete en la izquierda; cinco *thugs* le siguieron.

—Preparad las armas, y fuego con ellos—dijo, mientras subían por la escotilla.

Los seis hombres se precipitaron en el puente, lanzando gritos salvajes.

La tripulación se dirigió hacia proa, no sabiendo lo que ocurría. Un pistoletazo derribó al maestro-cañonero.

—¡Kâli, Kâli!—aullaron los *thugs*.

Era el grito de guerra de los estranguladores, y fué seguido de varios disparos.

Algunos hombres rodaron sobre el puente, los otros, desfallecidos, aterrados por el imprevisto ataque, se lanzaron a popa, profiriendo alaridos de terror.

Tremal-Naik y su gente se precipitaron en aquella dirección, con la pistola en una mano y el puñal en la otra. Resonaron algunas detonaciones: una confusión indescriptible reinó en la cañonera, que, sin timonel, era arrastrada por la corriente.

Los ingleses, cogidos entre dos fuegos, perdieron la cabeza; por fortuna el oficial de cuarto no había sido herido, y de un salto se arrojó sobre ellos, empuñando el sable

—¡A mí, marineros!—gritó.

Los ingleses se aproximaron con rapidez, empuñando hachas y cuchillos.

El choque fué terrible; los *thugs* fueron rechazados por los intrépidos marinos; el oficial se apoderó del cañón; pero la victoria fué breve; Hider, a la cabeza de los traidores, apareció a sus espaldas, pronto a hacer fuego.

—Señor teniente—gritó, apuntándole con la pistola.

—¿Qué intentas, miserable?—aulló el oficial.

—Rendíos, pues si no, os juro que no quedará uno con vida.

—¡Nunca!

—Os advierto que podemos disparar cada uno cincuenta tiros. Toda resistencia es inútil.

—¿Y qué pretendéis?

—Os embarcaremos en los botes y os dejaremos en libertad para que arribéis a cualquiera de las dos orillas.

—¿Qué haréis de la cañonera?

—No puedo decirlo; rendíos pronto u ordeno el fuego.

—Rindámonos, mi teniente—gritaron los marineros aterrados.

El oficial, después de dudar un instante, rompió su espada y la arrojó al río.

Los estranguladores se lanzaron sobre la tripulación, la desarmaron y la obligaron a embarcarse en dos balleneras, conduciendo también a ellas al ingeniero y al capitán, que aún dormía.

—Buena suerte—gritó Hider.

—Si te llego a prender, me las pagarás—replicó el teniente, amenazándole.

—Como gustéis.

Y la cañonera volvió a navegar, mientras las embarcaciones se dirigían hacia la orilla derecha.

CAPITULO XX

A BORDO DEL «CORNWALL»

Lo más difícil estaba realizado; ya no se trataba más que de seguir a todo vapor a la fragata, que les llevaba una ventaja de quince horas.

Libre de cadáveres el puente y curados los heridos, que no eran muchos, a la voz del nuevo comandante, Udaipur, que dirigía la máquina, subió al puente.

—Es volar—dijo el «cazador de serpientes».

—Los hornos están llenos y llevamos la máxima presión.

—No basta. Hay que alcanzar a la «Cornwall».

—Carga las válvulas a cinco atmósferas—ordenó Hider.

—Corremos el peligro de una explosión.

—No importa.

El maquinista descendió precipitadamente. La cañonera volaba como un águila. Torrentes de humo negro brotaban de las chimeneas y el vapor silbaba y rugía en las calderas, de tal modo, que éstas amenazaban estallar.

—Corremos como uno de los más rápidos cazadores de mar—dijo el contramaestre.

—¿Alcanzaremos la fragata?—preguntó Tremal-Naik.

—Lo espero.

—¿En el río?

—En el mar. Entre Calcuta y el golfo sólo median 125 kilómetros.

—¿Cuántos corre la fragata?

—Seis nudos por hora, con mar tranquila.

—No quisiera que llegaran al Raimangal.

—En ese caso, ¿qué harías?

—Asaltarlos.

—Eres hombre resuelto—replicó el contramaestre.

—Así debe ser; necesito la cabeza del capitán

—Pero corres un gran peligro.

—Lo sé, Hider.

—Macpherson te podría descubrir.

—Antes le mataré.

—¿Y si errases el golpe?

—¡Imposible! — exclamó Tremal-Naik con increíble firmeza.

—Ese hombre es poderoso.

—Yo soy más fuerte que él. En mi corazón se halla grabado un nombre, el de Ada, que me transformará en un tigre y en un gigante. Por ella me siento capaz de destruir la fragata con el capitán y los hombres que la tripulan.

—¿Sigues amando a la virgen de la pagoda?

—Tanto, que si ella muriese, me mataría.

—Te compadezco—murmuró Hider, con voz ligeramente conmovida.

Tremal-Naik le miró con ansiedad.

—¡Me compadeces! ¿por qué?

—No acertaría a decírtelo.

—¿Sabes algo?

—Nada—repuso el *thug*, en cuya voz se advertía una vibración triste.

—¿Estoy engañado?

—Sí, amigo.

Hider miró fijamente a Tremal-Naik, que se había quedado taciturno; lanzó un profundo suspiro y se dirigió hacia proa.

La cañonera continuaba vagando velozmente. A las cuatro de la mañana cruzaba ante Diamond-Harbour, puertecillo situado cerca de las bocas del Hugli, donde los *paquebots* reciben los últimos encargos.

No había más que una casita blanca rodeada de cocoteros, y delante de ella se erguía el palo de señales con la bandera inglesa. En lontananza dibujóse la gran isla de Sangor, que separa las aguas del río y del mar.

—¡El océano!—gritó el vigía.

Tremal-Naik salió bruscamente de sus meditaciones, y todas las miradas se dirigieron hacia los *sandheads* (cabezas de arena), inmensos bancos peligrosísimos, que surgen entre el Ganges y el golfo de Bengala. Ninguna nave se distinguía en lontananza; ninguna luz brillaba en la semi-obscuridad.

—¡Gaviero!—exclamó dirigiéndose al indio que se hallaba en la cruceta del palo mayor con el anteojo marino con que contemplaba el horizonte.

—¡Capitán!

—¿Se ve la fragata?

—Aun no.

—Udaipur, carga las válvulas.

—Tenemos la máxima presión—observó el maquinista.

—¡A seis atmósferas!—gritó Hider.

—¡Cuatro hombres de refuerzo, a la máquina!

—Vamos a estallar—refunfuñó Udaipur.

La cañonera no corría, saltaba sobre las azules ondas del golfo, silbando y trepidando. Un calor tórrido surgía de la bodega, y un humo densísimo brotaba de las chimeneas.

—Derechos a la isla Raimatla—ordenó Hider al timonel.

La distancia que los separaba de dicha isla disminuía rápidamente; toda la tripulación escrutaba el horizonte.

—Nave a proa—gritó el gaviero.

Tremal-Naik experimentó una sacudida cual si recibiese una descarga eléctrica.

—¿La distingues?—vociferó.

—Sí—respondió el gaviero.

—¿Dónde?

—Hacia el sud.

—¿Y es?

El gaviero no contestó. Miraba fijamente con el anteojo marino.

—Nave de vapor—añadió después.

—¡La fragata!... ¡la fragata!—gritaron los indios.

—Silencio—dispuso el contramaestre.

—¡Eh, gaviero!... ¿a dónde va el barco?

—Al este de la isla Raimatla.

—Fíjate en la proa.

—Ya la distingo.

—¿Cómo es?

—En ángulo recto.

El contramaestre se lanzó hacia Tremal-Naik, exclamando:

—Es la fragata. No hay en la India otra que tenga el esperón en ángulo recto.

Tremal-Naik lanzó un grito de triunfo.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia el Este. Bordea la isla, temiendo tal vez no hallar agua bastante en el canal.

—¿Estás cierto?

—Sí.

—¿La hallaremos?

—Naturalmente. Dirigid la cañonera de modo que podamos encontrarla.

—Pero...

—¡Silencio y obediencia!

Hider empuñó el timón. La cañonera, que caminaba tres veces más que la fragata, aun estaba lejos.

—Tremal-Naik—gritó.

El cazador de serpientes apareció sobre cubierta. El tinte bronceado de su piel era verdoso como el de un malayo; sus ojos parecían mayores, sus dientes, antes blancos como el marfil, estaban ennegrecidos y con un sombrero de fibras de *rotang*, una faldilla de algodón rojo y sendos puñales envenenados, pendientes de la cintura, estaba completamente desfigurado.

—¿Me reconoces?—preguntó al contramaestre, que le miraba con asombro.

—Sí, porque a bordo no hay ningún malayo.

—¿Crees que el capitán me reconocerá?

—¡Imposible!

—Entonces dime cómo se llaman los dos afiliados que van en la «Cornwâll».

—Palavan y Bindur.

—Haz que lancen al mar una embarcación.

A un signo del contramaestre, echaron un bote al agua.

—¿Qué intentas?—preguntó.

—Esperar aquí la fragata y subir después a ella.

—¿Y yo?

—Irás a esconderte en el estrecho de Raimangal. Cuando oigas una detonación, te lanzas al mar y me recoges.

Sin añadir una sola palabra, descendió a la nave. La cañonera lanzó un agudo silbido y se alejó rápidamente.

Una hora después no era más que un punto negro en el horizonte.

Casi al mismo tiempo se divisó hacia el sud un penacho de humo.

—¡La fragata!—exclamó Tremal-Naik.—Ada, préstame valor para realizar mi última empresa! Después serás mi esposa y viviremos eternamente felices.

Comenzó a remar nerviosamente, alejándose de la isla. La fragata avanzaba, forzando la máquina.

Tremal-Naik remaba desesperadamente para salir a su encuentro.

Al medio día sólo separaban ciento cincuenta pasos a la «Cornwâll» del bote. Era el momento oportuno, anhelado por el cazador de serpientes. Esperó que una ola inclinase la navecilla y se arrojó violentamente, asiéndose a la quilla.

—¡Socorro!... ¡socorro!...—gritó reiteradas veces.

Algunos marineros se dirigieron a la proa de la fragata; después una chalupa, tripulada por cuatro hombres, fué votada, y se encaminó hacia el náufrago.

—¡Socorro!—repitió Tremal-Naik.

La embarcación volaba sobre las olas, y a los cinco minutos se hallaba junto al bote.

El náufrago se asió a las manos que le tendía un marinero y subió a la chalupa, balbuceando:

—Gracias, gracias.

Los marineros orientaron la barca hacia la «Cornwâll», desde donde les arrojaron una escala, y el falso malayo, chorreando, y con los ojos extraviados, fué conducido a presencia del oficial de guardia.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Paranga de Singapur—respondió Tremal-Naik, mriando

en torno suyo con curiosidad.

—¿Perteneces a algún barco?

—Sí; al «Hnnati» de Bombay, que se ha ido a pique hace cuatro días, hallándonos a cien millas de la costa.

—Pues el mar estaba tranquilo.

—Sufrió una avería.

—¿Y la tripulación?

—Se ahogó. Los botes eran viejos y se hundieron en seguida.

—¿Tienes hambre?

—Hace doce horas que no he comido.

—Maestro Brown, conducid a este pobre diablo a la cocina.

Un viejo lobo de mar le condujo hacia proa. Descendieron a la cocina y le presentaron una cazuela de humeante sopa.

—¿Tienes buen apetito?—preguntó el cocinero.

—Lo que tengo es el estómago vacío. ¿Cómo se llama este barco?

—La «Cornwâll»

Tremal-Naik le miró con sorpresa.

—¡La «Cornwâll!—exclamó.

—¿Te choca el nombre?

—Todo lo contrario.

—Pues entonces...

—Recuerdo que en una fragata de este nombre se embarcaron dos indios amigos míos.

—¡Qué casualidad! ¿Cómo se llaman?

—Uno Palavan y otro Bindur.

—Los dos se hallan aquí.

—¡A bordo!

—Sí.

—Es preciso que los vea. ¡Oh, qué fortuna!

—Te los envío al momento.

El lobo marino salió, y poco después los dos indios se presentaban ante Tremal-Naik.

Este echó una ojeada en torno suyo para ver si se hallaban solos, y les mostró el anillo que llevaba en la mano derecha.

Los dos indios cayeron a sus pies.

—¿Quién eres?—preguntaron sorprendidos.

—Un enviado de Suyodhana, el «hijo de las sagradas aguas del Ganges».

—¡Habla, ordena! nuestra vida es tuya.

—¿Pueden escucharnos?

—Todos están sobre el puente—dijo Palavan.

—¿Y el capitán Macpherson?

—En su camarote; aun duerme.

—¿Sabéis a dónde se dirige la fragata?

—Todos lo ignoran. El capitán ha dicho que lo sabremos cuando sea preciso.

—Entonces matando al capitán se extingue con él el secreto.

—Tememos que la fragata se dirija al Raimangal para batir a nuestros hermanos.

—No os engañáis; pero no lograrán desembarcar.

—¿Por qué?

—La haremos volar antes de que llegue a la isla.

—Cuando quieras prenderemos fuego al polvorín.

—¿Cuándo llegaremos al Raimangal, según vuestros cálculos?

—A media noche.

—¿Cuántos hombres hay a bordo?

—Unos ciento.

—Perfectamente. A las once mataré al capitán para que no logre salvarse al volar la fragata. Una palabra aún.

—Habla.

—Es forzoso que el capitán duerma profundamente a las once.

—Verteré un narcótico en su botella—indicó Palavan.

—¿Podrá entrarse en su camarote sin ser visto?

—Sí, comunica con la batería, y... esta noche estará la puerta abierta.

—¡Basta! A las once venid a buscarme.

Tremal-Naik siguió comiendo. Devoró un «beefsteak», capaz de nutrir a tres personas; apuró varias copas de «gin» y se tendió sobre una hamaca, murmurando:

—No es prudente andar sobre cubierta. Podría reconocerme el capitán.

Intentó dormirse, pero se hallaba muy agitado; pensaba en su adorada, en llegar a hacerla su esposa, después de tantos sufrimientos y peligros; pero, ¡cosa extraña, incomprensible! siempre que meditaba el asesinato que iba a cometer, le invadía un sentimiento de horror. Las horas transcurrían lentamente. Tremal-Naik, presa de viva inquietud, subió la escotilla y asomó la cabeza.

Soldados y marineros se hallaban sobre cubierta. A popa algunos hombres preparaban las chalupas; cuatro oficiales paseaban fumando y charlando animadamente; pero Macpherson no estaba allí.

Volvió a la hamaca y esperó. La campana dió las nueve, después las diez, luego las once. Aun no se había extinguido la última vibración, cuando dos sombras llegaron sigilosamente.

—¡Pronto!... no hay un minuto que perder... Raimangal está a la vista.

TremalNaik reconoció a los dos afiliados.

—¿Y el capitán?—preguntó en voz baja.

—Duerme—respondió Bindur.—Ha bebido el narcótico.

—Vamos, pues.

Al pronunciar estas palabras, Tremal-Naik temblaba convulsivamente.

Palavan abrió una puertecilla y los tres penetraron en la batería, deteniéndose ante otra segunda puerta.

—¿Estáis resueltos?—preguntó Tremal-Naik.

—Nuestra vida pertenece a Kâli.

—Escuchad.

Los dos *thugs* se aproximaron con los ojos llameantes.

—Voy a dar muerte al capitán—dijo tristemente.—Tú, Bindur, baja a la aSnta Bárbara y prende fuego.

—¿Y yo?—preguntó Palavan.—Deseo hacer algo también.

—Busca tres salvavidas y ven hacia mí. ¡Que vuestra diosa os proteja!

Tremal-Naik cogió un hacha y penetró en el camarote del capitán, iluminado por una linterna de talco.

Vió su imagen en un espejo y se horrorizó. Su rostro estaba descompuesto, le inundaban gruesas gotas de sudor, y sus ojos brillaban como el filo de dos puñales.

Un leve suspiro llegó hasta él. Miró hacia el lecho, cubierto por un mosquitero.

—¡Es extraño!—murmuró.—No he experimentado nunca nada semejante.

Descorrió la gasa con mano temblorosa.

El capitán se hallaba echado y sonreía; sin duda suñaba.

—¡Los *thugs* lo quieren!—dijo el indio.

Levantó el hacha; pero la separó prontamente. Sus fuerzas flaqueaban. Miró en torno suyo con profundo terror.

—¿Qué es esto?—se preguntó asombrado.—¿Quién es este hombre? ¿Por qué me invade tan terrible emoción?

Alzó por segunda vez el hacha, pero la retiró de nuevo.

Le parecía escuchar una voz interna que le decía que aquel hombre era sagrado para él.

—¡Ada!... ¡Ada!—exclamó frenético.

Pero palideció, echándose hacia atrás. El capitán se había sentado sobre el lecho y le miraba con asombro.

—¡Ada!—exclamó Macpherson vivamente emocionado. —¿quién pronuncia el nombre de mi hija?

Tremal-Naik, petrificado, permanecía inmóvil.

—¡Ada!—repitió el capitán;—¡el nombre de mi hija!

Después advirtió la presencia del indio.

—¿Qué haces en mi camarote?—preguntó.

Una terrible sospecha conturbaba el corazón de Tremal-Naik.

—Pero, ¿quién sois?—preguntó con voz desgarradora.—¿De qué Ada habláis? ¿Tal vez de la mía?

—¡De la tuya!—exclamó el capitán asombrado.—Habla de mi hija.

—¿Dónde se halla?

—En manos de los *thugs*.

—¡Potente Brahama!... ¡Si fuese cierto!... Una palabra, capitán, un nombre, os lo ruego: ¿cómo se llama vuestra hija?

—Ada Corishant.

Tremal-Naik ocultó el rostro entre las manos, lanzando un grito de horror.

—¡Mi prometida!... ¡Y yo iba a matar a su padre!... ¡Qué horrible trama!...

Después, cayendo sobre el lecho, exclamó:

—¡Perdón, perdón!

El capitán, estupefacto, creía soñar.

—Explícate—ordenó.

Tremal-Naik, con voz entrecortada por los sollozos, le reveló en pocas palabras la infernal trama de los *thugs*.

—¿Sabes dónde está mi hija?—preguntó el capitán, que había saltado del lecho, pálido de emoción.

—Sí, y os conduciré al lado suyo.

—Devuélvemela y te juro que, si ella te ama, será tuya.

—¡Ah, gracias, capitán! Mi vida os pertenece.

—No perdamos tiempo. Corramos al Raimangal.

—Un instante. Tengo dos cómplices y van a volar la nave.

—Los prenderemos.

Subieron al puente con velocidad.

—¡Cuatro hombres a la Santa-Bárbara! Prended a los traidores que van a incendiar el polvorín—ordenó el capitán.

En vez de cuatro, veinte hombres se precipitaron en la dirección indicada.

Poco después se oyó el chapoteo de dos cuerpos al caer en el agua.

—Los han arrojado al mar—dijo un marino.

—¡Que se ahoguen!—contestó Macpherson.

—¿Corre peligro el buque?

—Les ha faltado tiempo para destrozar los barriles de pólvora.

—¡Dios nos proteja!... ¡A todo vapor, al Mangal!...

CAPITULO XXI

LA VICTORIA DE TREMAL-NAIK

La «Cornwâll», que había escapado milagrosamente del peligro, corría a todo vapor hacia las *Sunderbunds*.

Tremal-Naik le había referido todo al capitán, y éste quería apoderarse de la cañonera de Hider, antes que la tripulación pudiera darse cuenta del ataque y avisar al formidable Suyodhana de cuanto había ocurrido.

Los soldados de infantería de marina estaban con las armas en la mano y los artilleros junto a los cañones para no permitir escapar a la «Devonshire».

El capitán, sumamente nervioso, señalaba la ruta al timonel; Tremal-Naik, a su lado, escrutaba con su mirada de águila el horizonte, para descubrir la embocadura del Mangal.

—¡Pronto!... ¡pronto!—repetía.—Si los *thugs* advierten el ataque, mi Ada se pierde sin remedio.

—Ahora que sé dónde se encuentra y que tú me guías, no abrigo ningún temor, valiente indio—objetaba el capitán.—¡Ah!... por fin podré verla, después de tantos años: el destino cruel me otorga este gozo.

—¡Y pensar que iba a mataros y que vuestra cabeza debía ser el regalo de bodas! ¡Potente Siva, qué horrenda trama!

—¿Pero estabas resuelto a matarme?

—Sí, capitán, porque sólo a costa de vuestra muerte podía obtener a la que amo con toda mi alma; y si el narcótico hubiera sido más fuerte...

—¿Qué narcótico?—preguntó Corishant asombrado.

—El que Bindur y Palavan derramaron en vuestra limonada.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Pero... ¡si no la bebí!... ¡Ah!..

—¿Qué os pasa?

—Recuerdo haber hallado la limonada muy amarga, y la vertí. Dios, sin duda, me inspiró el no beberla.

—Fué vuestra salvación, capitán.

—¡El Mangal!—gritó el oficial de guardia.

No se había engañado. A medio kilómetro de distancia se distinguían en la desembocadura del Mangal dos puntos luminosos.

—La «Davonshire»—exclamó Tremal-Naik.

—¡Máquina atrás!—ordenó el capitán.

La nave, después de recorrer 50 o 60 metros, se detuvo.

—Tres chalupas al agua y que se embarquen soldados con bayonetas—dispuso el capitán.

Después, volviéndose a Tremal-Naik, continuó.

—Ahora, si deseas la mano de mi hija...

—Ordenad... mi vida es vuestra—replicó el indio.

—Es forzoso que prendas a los tripulantes de la cañonera.

—Lo haré.

—Es preciso que no huya ninguno.

—Nadie huirá.

—Que se eviten los disparos, para no alarmar a los *thugs*.

—No se disparará un solo tiro. Hider me espera y le sorprenderé a traición.

—Muy bien, valiente amigo.

Tremal-Naik descendió a la mayor de las chalupas y dió orden de navegar sigilosamente.

El capitán permaneció a bordo, sumamente inquieto. Transcurrieron algunos minutos de angustiosa espectativa; después se escucharon gritos, fragor de lucha; por fin todo quedó en silencio.

—¿Veis algo?—preguntó el capitán con voz alterada a los que se hallaban cerca.

—Sí—gritó uno.—Las luces indican que el buque ha virado.

—La cañonera viene a nuestro encuentro—añadieron otros.

Un ¡hurra! resonó en el espacio. Era el grito de victoria.

Corishant lanzó un profundo suspiro.

—¡Dios nos protege!...—murmuró,—¡ah, mi pobre Ada!... por fin podré verte y abrazarte.

Poco después, la «Davonshire» llegaba junto a la fragata y Tremal-Naik subía a ella, diciendo al capitán:

—Todo está ultimado. Hider y los suyos se hallan prisioneros.

—¡Gracias! mi valeroso amigo—exclamó Corishant, apretándole fuertemente la mano.—¿Han sido sorprendidos?

—Sí, me esperaban, y valiéndome de una estratagema, fueron rodeados por los nuestros y rindieron las armas sin resistencia.

—Vamos al Raimangal.

—La fragata no podrá ascender por el Mangal.

—Iremos en la cañonera con veinte hombres valerosos.

Abandonaron la fragata, embarcándose en la «Davonshire». Tremal-Naik, que la dirigía, la impulsaba velozmente sobre las fangosas aguas del río.

Bien pronto el manómetro indicó seis almósferas y media; pero Tremal-Naik y el capitán, asaltados por una impaciencia delirante, no se mostraban contestos.

Tres horas habían ya transcurrido. El canal iba estrechándose y llenándose de isletas fangosas que destrozaba la cañonera, rompiendo la compacta masa de pútridos vegetales. Todo indicaba que el viaje iba a terminar.

—¡El banano!—gritó el gaviero.

Al norte se divisaba el árbol gigantesco.

Tremal-Naik se conmovió profundamente.

—¡Ada!—exclamó.—¡Por fin terminarán mis torturas.

La ribera estaba desierta. Solamente algunos marabúes se apoyaban en las ramas del árbol.

La presencia de las fúnebres aves hizo estremecerse a Tremal-Naik.

—¡Máquina atrás!—gritó.

La cañonera chocó con la proa en la costa de la isla, encallando en ella.

—El capitán se aproximó a Tremal-Naik.

—¿Hay alguien?—interrogó.

—Nadie.

—¿Entonces lograremos sorprenderles en su guarida?

—Así lo espero.

—¿Conoces la entrada?

—Sí.

—¿Será accesible para nosotros?

—Así lo creo.

—¡A tierra, pues!

—Escuchad: primero entraré yo: me conocen y me franquearán el paso. Cuando oigáis un silbido, avanzad tranquilamente.

Dicho esto, echó a correr como un loco hacia el árbol. Subió al tronco y se dejó caer.

Al pie de la escalera brillaba una antorcha, y al lado vigilaba un *thug* con la carabina en la mano.

—¡Adelante!—le dijo.

—¿Ocurre algo en los subterráneos?

—Nada absolutamente.

—¿Y mi Ada?

—Espera en el templo su regalo de boda.

Se aproximó a un enorme tambor suspendido de la bóveda y le golpeó tres veces.

A lo lejos resonaron otros golpes iguales.

—Estás preso—dijo el *thug*.

—Entonces, ¡muere!

Tremal-Naik, rápido como el rayo, se precipitó sobre el centinela, hundiéndole un puñal en el pecho.

El estrangulador cayó sin lanzar un grito.

Tremal-Naik separó el cadáver y lanzó un silbido.

El capitán y su hueste le alcanzaron.

—El camino está libre—insinuó el indio.

—¿Y mi hija?—preguntó Corishant con voz ahogada.

—Nos espera en la gran caverna.

—¡Adelante! ¡Cargad los fusiles!

—No, dejad que os preceda para sorprenderlos más fácilmente.

—Te seguiré, mas a corta distancia.

Tremal-Naik comenzó a caminar por las galerías. Mil torturas le agitaban; le parecía que le amenazaba un peligro inminente, cuando corría tras la suprema felicidad. Su carrera por los interminables corredores duró diez minutos.

Doce sonoros golpes resonaron en los espantosos subterráneos, cuando llegó a la pagoda en que se destacaba la siniestra figura de Kâli, la monstruosa divinidad de los *thugs*.

Un espectáculo extraño y nunca visto se presentó ante sus ojos. Bajo las bóvedas resplandecían ricas y capricho-

sas lámparas, que irradiaban torrentes de lívida luz. De las paredes pendían millones de lazos y puñales; en una vasija de mármol blanco, llena de agua, nadaba el sagrado pececillo de las aguas del Ganges y sobre un cojín descansaba Suyodhana, envuelto en un gran *dubgah* de seda amarilla; en torno suyo, rígidos e inmóviles, se destacaban cien *thugs*, unos negros como africanos, otros de piel bronceada o amarilla y otros verdosos como los malayos, casi desnudos y ostentando los simbólicos tatuajes.

Tremal-Naik, anheloso, estupefacto, se había detenido en el centro de la pagoda; todas las miradas se clavaron en él.

—Sé bien venido—dijo Suyodhana con enigmática sonrisa.—¿Vienes vencido, o vencedor?

—¿Dónde está mi Ada?—preguntó el interpelado.

Un sordo murmullo resonó entre los *thugs*.

—Ten paciencia—ordenó el jefe de los fanáticos.—¿Dónde está la cabeza del capitán?

—Hider me sigue y te la presentará.

—¿Le has matado?

—Sí.

—Hermanos, nuestro enemigo ha muerto—profirió Suyodhana, en cuyo rostro se advirtió un estremecimiento; después permaneció inmóvil mirando a Tremal-Naik.

—Oye—manifestó al cabo de algunos minutos.—¿Ves aquella mujer de bronce que se halla frente a nosotros?

—Sí—respondió el indio;—pero esa no es la mía.

—Lo sé; mas esta es poderosa, más poderosa que Brahama, que Siva y que todas las divinidades adoradas por vosotros. Habita en el reino de las tinieblas, se comunica con nosotros por medio de ese pez sagrado, es justa y terrible, desprecia los perfumes y las oraciones, no acepta más que víctimas. Esa mujer representa la libertad india y la destrucción de nuestros opresores de piel blanca.

Suyodhana se detuvo para observar el efecto que producían sus palabras; pero Tremal-Naik permanecía insensible al entusiasmo del sectario; sólo pensaba en la hermosa niña, que para él era su diosa, su vida y su patria.

—Tremal-Naik—insistió el sacerdote,—tú eres uno de esos hombres raros en la India: fuerte, audaz, terrible, un indio que languidece, como nosotros, bajo el yugo de los extranjeros blancos. ¿Por qué no abrazas nuestra religión?

—¡Yo!—exclamó Tremal-Naik;—¡yo *thug*!

—¿Te causamos horror porque estrangulamos? Puesto que los europeos nos destruyen con el hierro de sus cañones, nosotros esgrimimos el lazo, arma de nuestra potente diosa.

—¿Y mi Ada?

—Permanecerá entre nosotros, como Kammamuri, que se ha hecho *thug*.

—¿Mas, será mi esposa?

—¡Jamás!... Pertenece a Kâli.

—Pues yo no tengo otra diosa que Ada Corishant.

Por segunda vez un sordo murmullo resonó en la pagoda. Tremal-Naik miró a todos con furor.

—¡Suyodhana!—exclamó.—¡Me habéis hecho traición!... Si me negáis a la mujer que amo después de cuanto he realizado por vuestra diosa, seríais verdaderos perfuros.

—¡Esa mujer te pertenece!—contestó Suyodhana con un tono de voz que estremecía.

Un indio golpeó doce veces un «tan-tan».

En la pagoda reinó un silencio fúnebre; después se abrió una puerta y apareció Ada, cubierta de blancos velos, con una coraza de oro deslumbrante de pedrería.

Dos gritos resonaron en el templo.

—¡Ada!

—¡Tremal-Naik!

El indio y la jovencita se abrazaron apasionadamente.

Casi al mismo tiempo, ordenó una voz imperiosa:

—¡Fuego!

Una formidable descarga resonó en el subterráneo, repercutiendo por todas las galerías.

Después, sesenta hombres se lanzaron en la caverna a bayoneta calada.

Los *thugs*, estupefactos, huyeron atropelladamente por las galerías, abandonando en tierra a multitud de heridos.

Suyodhana, con un salto de tigre, se había lanzado a un estrecho pasadizo, cerrando tras sí una pesada puerta de madera de *tek*.

El capitán se había precipitado hacia la niña, gritando:

—¡Hija mía!... ¡Por fin vuelvo a verte!

—¡Padre!—había exclamado la jovencita, cayendo desvanecida en sus brazos.

—En retirada—ordenó Tremal-Naik.

Las tropas se replegaron dentro del templo por temor de perderse en las tenebrosas galerías.

—Marchemos — dijo el capitán. — Ven, valeroso Tremal-Naik. Mi Ada es tu esposa... bien la mereces.

Se retiraron ordenadamente; pero antes de abandonar el inmenso subterráneo, vibró la terrible voz de Suyodhana, que profería con acento amenazador:

—¡Ahora partid!... ¡Nos volveremos a ver en la *jungla*! (1)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

FIN

(1) Véase **Los piratas de la Malasia**, del mismo autor.

BIBLIOTECA NACIONAL

PARTE PRIMERA

Los misterios de las Sunderbunds

Cap.		Págs.
I.	El asesinato	7
II.	La isla misteriosa	21
III.	El vengador de Hurti	30
IV.	En la jungla	37
V.	La virgen de la pagoda	47
VI.	La sentencia de muerte	62
VII.	Kammamuri	74
VIII.	Una noche terrible	81
IX.	Manciadi	94
X.	El estrangulador	103
XI.	El segundo golpe del estrangulador	112
XI.	La emboscada	123
XII.	La tortura	135
XIV.	Al Raimangal	144
XV.	En la pagoda subterránea	154
XVI.	El triunfo de los estranguladores	168

PARTE SEGUNDA

El desquite de Tremal-Naik

Cap.		Págs.
I.	El capitán Macpherson	185
II.	Negapatnan	193
III.	El salvador	199
IV.	Matar para ser dichoso	209
V.	La fuga del Thug	218
VI.	La limonada que desata la lengua	226
VII.	Las flores que adormecen	237
VIII.	Las revelaciones del sargento	245
IX.	Sitiados	252
X.	La fragata	263
XI.	El faquir	278
XII.	El acecho	288
XIII.	La emboscada	299
XIV.	En los subterráneos de la pagoda	312
XV.	La persecución	321
XVI.	La muerte de Windaya	328
XVII.	La liberación	337
XVIII.	¡Demasiado tarde!	346
XIX.	Ingleses y estranguladores	356
XX.	A bordo de la *Cornwall*	363
XXI.	La victoria de Tremal-Naik	375

OBRAS ESCOGIDAS

DE

EMILIO SALGARI

Colección de 20 obras de viajes y aventuras, escogidas entre las más interesantes de este autor, en tomos 22×15, de unas 400 páginas, en rústica, con cubiertas al cromo en 12 colores, y en tela con planchas doradas y estampación en varios colores.

A **5 pesetas** el tomo en rústica y **8 pesetas** encuadernado en tela.

Títulos de las obras de la Colección y número de láminas que contiene cada una

Los misterios de la India, con 18 láminas.
Los piratas de la Malasia, con 17 láminas.
La conquista de un imperio, con 20 láminas.
La venganza de Sandokan, con 20 láminas.
La reconquista de Mompracen, con 20 láminas
El rey del aire, con 20 láminas.
La destrucción de Cartago, con 18 láminas.
En las montañas de Africa, con 20 láminas.
El tesoro de la montaña azul, con 18 láminas.
El hijo del corsario rojo, con 20 láminas.
Los últimos filibusteros, con 20 láminas.
Los piratas de las Bermudas, con 20 láminas.
El exterminio de una tribu, con 20 láminas.
Las águilas de la Estepa, con 18 láminas.
La estrella de Araucania, con 12 láminas.
En el mar de las perlas, con 18 láminas.
Los estragos de la China, con 22 láminas.
La montaña de oro, con 16 láminas.
La jirafa blanca, con 14 láminas.
Las maravillas del año 2000, con 10 láminas.